Una interpretación psicoanalítica de la historia



Dictadores y Discípulos De Julio César a Stalin

Gustav Bychowski

Dictadores y discípulos. De Cesar a Stalin.

Una interpretación psicoanalítica de la historia

Gustav Bychowski, doctor de medicina

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

ISBN: 9780463028377

Smashwords Inc.

Dictadores y discípulos. De Cesar a Stalin

Origen y prevención de las dictaduras

Cuando en 1935 hice mi última visita a Sigmund Freud, le pregunté cuál creía que, finalmente, podría ser la contribución que el psicoanálisis prestase a la solución de la pavorosa crisis que amenaza a nuestra civilización.

«¿Cómo podemos —le dije— dedicar nuestro tiempo y nuestras energías a curar a unos pocos individuos, en un momento como el actual, en que nuestra civilización entera y nuestra misma existencia se hallan en peligro?»

Freud contestó que, en su opinión, no podíamos esperar que la salvación de la Humanidad estuviera en nuestras manos, pero que podíamos prestar la mayor ayuda mejorando y popularizando el conocimiento del psicoanálisis de modo que, finalmente, llegase a ser del dominio público y a constituir, por así decirlo, una parte del pensamiento universal. De esta forma, en un lejano futuro, quizá llegase el día en que ya no fueran posibles esas espantosas reacciones del alma colectiva.

Fueron pasando los años y mis trabajos clínicos y psicoanalíticos me impidieron consagrarme a otros problemas. Después estalló la guerra y se produjo la invasión de mi país natal, Polonia. Tuve que marchar de mi patria y se interrumpieron forzosamente mis actividades normales, como les sucedió a tantos otros. En aquellos momentos de angustia personal, mi atención se concentró en la historia de la humanidad que intenté interpretar con la ayuda de los conceptos psicoanalíticos.

Este libro se refiere a un problema que es quizá el centro actual de la vida social y política. La dictadura ha dejado tras sí consecuencias tan funestas, que lo mismo los psicólogos que los sociólogos están obligados a meditar profunda mente sobre todos sus aspectos.

Todos los que amen la libertad deben reflexionar intensamente sobre el origen y las causas de este mal y las posibilidades dé prevenirlo y curarlo.

De la misma manera que la profilaxis es la meta ideal de la medicina, así la prevención debería ser nuestro objetivo tratándose de las enfermedades de la sociedad. Pero la prevención efectiva de la enfermedad, presupone su diagnóstico acertado. El análisis de algunas dictaduras, pasadas y presentes, que se ofrece en este libro, está encaminado a orientarnos para descubrir los principios generales qué determinan el origen, desarrollo y eliminación final de la dictadura.

Estos principios, que surgen de la complejidad de todos los fenómenos colectivos, se refieren a aspectos sociales, económicos y psicológicos. Estos últimos me interesan de un modo especial, y, en consecuencia, he colocado deliberadamente en segundo término a los otros aspectos, aunque les concedo toda la importancia que tienen para el verdadero conocimiento de lo que es la dictadura.

Este estudio de la psicología personal dé los dictadores y de la psicología colectiva que constituye el fundamento y base de la dictadura, se apoya, primariamente, en los grandes descubrimientos del psicoanálisis a los qué Freud consagro dos obras monumentales: *«Tótem y Tabú»* y *«Psicología colectiva y análisis del yo»*.

La primera presenta una serie de brillantes hipótesis sobre el origen de la moral y la religión en la sociedad humana. La segunda es un análisis magistral de los principios que rigen la psicología colectiva y la evolución del yo. También he basado este estudio, además de en los trabajos de Freud, en las obras clásicas de Le Bon.

Este autor aplicó los principios de la psicología colectiva a los estudios sobre la Revolución Francesa y el socialismo, antes de que apareciera el psicoanálisis. Mis propios estudios me han llevado a tratar con problemas individuales de psicología colectiva e histórica.

En este libro radica mi esperanza de prestar una contribución a una ciencia nueva: la interpretación psicoanalítica de la historia.

¿Qué es la dictadura? No es nuestro propósito extendernos demasiado sobre la definición de la dictadura, ya que no puede haber discusión sobre el sentido de esta palabra. Por ello, el método más sencillo quizá para expresar un concepto acertado, es el acudir al sentido etimológico. Por este procedimiento llegamos a la palabra raíz, el verbo *«dictar»* (dar, pronunciar leyes), de donde se deriva el vocablo dictadura.

En esta derivación va implícita a la vez el modo cómo un hombre impone su voluntad sobre la organización colectiva. Para completar esta definición precisa tener en cuenta dos rasgos característicos. El primero, se refiere al carácter del mando, es decir, su inflexibilidad; y el segundo, concierne al origen de la dictadura. Su fundamento no deriva de la degeneración del poder o de sus prerrogativas, sino que aquél o éstas han sido asumidas arbitrariamente por la persona del dictador.

En este sentido, las dictaduras difieren de las monarquías, incluso de las que adoptan formas despóticas. En la monarquía el acceso al poder no supone ningún problema, pues se halla previamente regulado, y, como consecuencia, la única cuestión que surge es la de si los súbditos toleran la disposición de un monarca despótico.

En lo que concierne a una dictadura, lo primero que hemos de preguntarnos es cómo subió al poder antes de examinar el problema del modo como se mantiene en él. No nos interesa aquí la técnica del golpe de Estado que conduce a la dictadura, sino la situación que hace posible ese golpe de Estado, es decir, los aspectos históricos, sociológicos y psicológicos de una situación determinada.

JULIO CÉSAR

El curso de la historia de Roma puede servir dé perfecta ilustración a la hipótesis de Freud expuesta en *«Tótem y Tabú»*, según la cual la forma primitiva de la sociedad se caracterizó por una lucha entre el primitivo patriarca de la tribu y sus hijos que se concertaron para derrocarle y dividir entre ellos a las mujeres.

Así, unos 1800 años antes de que Freud inventase esta teoría el rey de Roma fue muerto, se estableció la república y el desarrollo de ésta iba, aparentemente, encaminado en un sentido democrático. Sin embargo, la mente colectiva todavía suspiraba anhelante por el patriarca, como conductor y gobernante.

En un período de miseria y trastorno social la vorágine hizo surgir a César, uno de los *«hijos»*, que prometía ser un sustituto del patriarca grande y bueno. Aunque César era un aristócrata, consiguió persuadir al pueblo de que su corazón latía a favor suyo y logró obtener el amor popular asumiendo el papel de salvador de la libertad y liberador de la opresión.

Sin embargo, las circunstancias materiales, que hallaron un fiel reflejo en la propia mentalidad inconsciente de César, le obligaron a actuar como un tirano. Su gobierno fue el toque de difuntos de la república romana; en lugar de fomentar la libertad la aniquiló. Pero al negar de esta forma los propósitos que había ofrecido, César se negó a sí mismo y pereció a las manos de sus antiguos amigos.

A pesar de ello la muerte de César no consiguió salvar a la república. La imagen del heroico caudillo paternal había arraigado tan profundamente en la mentalidad popular que no pudo desarraigarse por un acto de aniquilamiento de un sólo individuo. El recuerdo del amado César se fundió con la imagen del viejo patriarca y pasó por un proceso de idealización y deificación. Incorporada al ego-ideal colectivo, esta creencia contribuyó a fomentar el desarrollo de la institución de los emperadores.

La subida de César había sido preparada por la tiranía de Sila. Con anterioridad a éste el poder de la aristocracia había ido declinando rápidamente; los plebeyos se agitaban en continuas revueltas y el poder de Roma era amenazado por Mitrídates, rey del Ponto. Los plebeyos rebeldes no tenían ni fuerza suficiente ni jefes aptos para conseguir una victoria decisiva. Sus revueltas, de las cuales la capitaneada por Mario fue la más grave, contribuyeron solamente a debilitar aún más la estructura total de la organización colectiva, y a la vez, aumentaron el sentimiento de incertidumbre general y prepararon el camino para la reacción.

La dictadura de Sila fue, como Perrero dice en su «*The Greatness and Decline of Rome*», «*...un triunfo inicial y sangriento de una oligarquía de asesinos, esclavos, nobles arruinados, aventureros sin escrúpulos, usureros rapaces y mercenarios, sobre una inmensa masa de millones de oprimidos, que, en el paroxismo de su furor, realizaron un vano intento de revolución*».

En resumen, la situación social en aquellos momentos se caracterizaba por una tensión extrema en la lucha de clases; por la desesperación de una parte del pueblo y por el temor y sentimiento de un peligro inminente, por parte de la otra.

Este fue el momento en que Sila entró en la escena política. Debido a que se sentía inseguro como representante de la amenazada oligarquía que gobernaba, actuó con una crueldad sin límites para salvaguardar su propia seguridad.

Sus acciones no indicaron ninguna clase de dudas ni vacilaciones, pues iban directamente encaminadas a destruir todas las fuerzas rebeldes, a conseguir el poder absoluto y sin oposición, a gobernar por la fuerza, a sostener en sus propias manos todos los resortes del poder y a conseguir el «*control*» sobre todo el pueblo, al que se proponía convertir en una turba indolente.

Sila se apartó de todo lo que no fuera el llevar a cabo su objetivo. Su absoluto y cruel egoísmo, tanto personal como de clase, no se basaba en ninguna apariencia de ideología. Ni por un sólo momento

dudó en hacer la paz, con considerable sacrificio para Roma, con el peor enemigo de ésta, Mitrídates. Ni siquiera se sintió ligado por ninguna clase de consideración con las tradiciones. Para obtener madera para las máquinas de guerra, taló las alamedas del Liceo y los plátanos centenarios de la Academia, a cuya sombra había dado sus lecciones Platón.

Esto constituye uno de los símbolos primitivos de la actitud de los dictadores hacia los gigantes del pensamiento. Sila, en su insaciable ambición, deseó añadir a su poder absoluto la sanción de la aprobación pública.

Tan grande era la debilidad general en esta situación de confusión profunda, y tan terrible la crueldad del dictador, que éste consiguió fácilmente sus propósitos y elevó su poder a un nivel tal de absolutismo como nunca se había visto hasta entonces; un poder que, contrario a todas las tradiciones, no estaba limitado en su duración ni por la delegación de cualquiera de sus facultades. *«La terrible matanza en el Circo hizo comprender, incluso a los más obtusos romanos, que, en cuanto a tiranía, había habido un cambio, pero no una liberación».*

¿Pero, realmente, era todo esto nuevo e inesperado? ¿No existía ningún otro precedente de ello en el curso anterior de la historia de Roma? Desde luego, no lo había durante el tiempo del régimen republicano, pero si retrocedemos más podemos darnos cuenta fácilmente de que la dictadura no era otra cosa que una regresión al viejo régimen de los reyes.

Esta regresión histórica se caracteriza por Mommsen, de la manera siguiente: *«El nuevo poder político no fue otra cosa que la vieja monarquía, que, después de todo, consistía también en una obligación voluntaria por parte de los ciudadanos de prestar obediencia a uno de ellos como a su señor absoluto».* Mommsen, con tono melancólico, concluye: *«Había habido algo de derrota en la última victoria de la oligarquía»*.

Sila barrió todos los derechos de ciudadanía y convirtió al pueblo en una masa aterrorizada y cobarde.

«En su residencia palaciega, recibía con indiferencia el homenaje de los más distinguidos personajes de Roma, que, con el odio en su corazón, acudían humildemente a prestar obediencia al amo de la vida y de la muerte».

Mientras se le temía y se le odiaba, Sila sólo mostraba hacia tales personajes el desprecio y un egoísmo tan fuerte y cruel, que no constituía otra cosa que la aplicación lógica de la ley de la selva a los débiles a quienes había conseguido acobardar, convirtiéndoles en ciegos servidores.

Sila manejó sus propios intereses personales y los de sus amigos como si se tratara de asuntos de Estado. Como quiera que sus ambiciones no tenían otro propósito que salvar sus propias prerrogativas, abandonó rápidamente el poder en el momento en que no pudo sostenerse en esta posición sin peligro para él mismo y para sus amigos.

Después de dejar Sila el poder resultó que el último «monarca» había sido, comparativamente, cuando menos, un republicano integérrimo. Una vez fuera del gobierno, se retiró completamente a la vida privada llevando una existencia de ociosidad y placer epicúreo.

«Su conducta», dice el sabio Plutarco, *«fija un estigma sobre los cargos revestidos de gran poder que se cree que producen un cambio en el carácter anterior de los hombres y los vuelven caprichosos, vanos y crueles. Sin embargo, si es que realmente se trata de un cambio y reversión de naturaleza producido por la fortuna, o si, por el contrario, si lo que surge es una revelación, cuando un hombre es elevado a la autoridad, de una bajeza oculta que se mantenía latente, es materia para determinar en algún otro tratado»*.

No obstante, psicológicamente, la dictadura de Sila y la restauración preparó al pueblo romano para la llegada de un nuevo gobernante. El pensamiento político independiente se había menoscabado hasta tal

extremo, y la necesidad de apoyarse en un jefe fuerte se sentía de forma tan aguda, que el deseo de transferir la dirección del gobierno a un solo hombre minó por completo los fundamentos sobre los que se podía haber edificado de nuevo la república. *«Sila diezmó a los caballeros, amordazó a los tribunos y sojuzgó a los cónsules. Pero el mismo Sila no podía abolir su propio ejemplo y evitar que otro le sucediera en su dominio»*.

De acuerdo con esto, cuando surgió el nuevo hombre, que no sólo ansiaba el poder, sino que poseía todas las cualidades necesarias para ser un verdadero gobernante, sus ambiciones coincidieron con los deseos encubiertos de una gran parte del pueblo. *«Los romanos abrieron camino ante el éxito del hombre y aceptaron las restricciones de su libertad, considerando a la monarquía como un respiro en los desastres de las guerras civiles, nombrándole dictador vitalicio»*.

Los planes y las ambiciones de César se pusieron de manifiesto incluso antes de su entrada en la vida pública. Su deseo de dominio personal se había manifestado ya en su juventud. Suetonio relata la reacción de César cuando vio la imagen de Alejandro el Grande en el templo de Hércules, en Cádiz.

«Lanzó un suspiro como si se manifestara impaciente por su propia incapacidad de no haber hecho todavía nada digno de mención en una edad en la que Alejandro había ya puesto a sus pies el Mundo, e inmediatamente solicitó una licencia para aprovechar la primera oportunidad de realizar las más grandes empresas en Roma».

Inmediatamente después de este relato, Suetonio, con profunda penetración, señala los motivos más íntimos y arraigados que tenía César para este deseo de dominar la Tierra. *«Además, cuando se mostró aterrado por un sueño tenido la noche siguiente (pues creía que había llegado a ultrajar a su madre), los adivinos le inspiraron grandes esperanzas por la interpretación dada a tal sueño, que era que él estaba destinado a dominar el mundo, puesto que la madre que había visto en su poder no era otra que la Tierra, que es considerada como la madre común de todo el género humano».*

Esta ansia de poder encuentra una justificación en la tradición familiar del orgullo patricio. ¿No era él un heredero de los reyes e incluso de los dioses? *«En el panegírico de su tía, César habló en los siguientes términos sobre su ascendencia paterna y materna y la de su propio padre... "nuestro linaje, por lo tanto, tiene la santidad de los reyes, cuyo poder es supremo entre los mortales, y el derecho a la adoración qué pertenece a los dioses, que tienen poder sobre los mismos reyes"»*.

Debió haber sido una humillación particularmente afrentosa para un hombre de tal naturaleza el haber tenido que esconderse del dictador Sila, como si fuera el último de los criminales. César, por medio de su mujer, que era hermana de Mario, estaba relacionado con la revolución de éste.

En consecuencia, Sila, resuelto a consolidar su poder, le pidió que se divorciara de su esposa. César, consciente del peligro que le acechaba, huyó a Roma, donde, víctima de un fuerte ataque de fiebres tercianas, tenía que cambiar de lugar, de escondite casi cada noche. Al fin se vio obligado a pedir clemencia al dictador por la intervención de amigos influyentes.

Un lance de esta naturaleza, en un período de lucha general y de disgregación dé las formas sociales y de los ideales, causó en él un profundo resentimiento y consolidó su resolución de alcanzar una posición en la que nunca pudiera volver a ser oprimido de nuevo. ¿Por qué él, que era un descendiente de los reyes y de los dioses y sentía en su interior la fibra de un gobernante, no había de alcanzar la cima en esta lucha? ¿Por qué no había de ser él el temido y el obedecido?

En otra aventura característica, mientras se hallaba destinado a las provincias, César fue capturado por unos piratas. Permaneció tranquilo mientras esperaba que llegase el dinero para el rescate, pero dijo a sus aprehensores que algún día les crucificaría a todos. Una vez libre, cumplió prontamente su promesa.

Al principio, solicitó del gobernador que castigase a los piratas, pero cuando aquél le contestó que tenía que estudiar el asunto, César tomó la venganza por sus propias manos y crucificó a los malhechores. El buen Suetonio cita como un ejemplo de la clemencia de César el que les hiciera degollar antes de crucificarlos.

En esto podemos ver un ejemplo de la reacción de César ante la impresión de verse oprimido y humillado. Estas actitudes, llenas de resentimiento y orgullo amenazado, prevalecieron hasta sus últimos años y algunas veces se manifestaron incluso en el período del apogeo de su poder.

César no se levantó cuando el Senado vino a saludarle, pero se mostró indignado cuando, en la reunión próxima, un senador no se puso en pie a su entrada. Se mofó de él amargamente: «Vamos, Aquiles, tribuno poderoso: toma otra vez la república de mis manos». Después, durante algún tiempo, cuando anunciaba públicamente sus decisiones, acostumbraba añadir con tono mordaz: *«Esto es..., si Aquiles lo permite»*.

Las inclinaciones y actividades eróticas de César fueron intensas y de un carácter claramente bisexual.Su homosexualidad constituyó una causa notoria de escándalo y motivó que César fuera objeto de las más acerbas burlas en el curso de toda su vida, y, esto, en un tiempo en el que el nivel medio de la moralidad sexual era mucho más tolerante que en el nuestro. Sus relaciones con Nicomedes, rey dé Bitinia, fueron un baldón ignominioso.

Durante una dé sus apoteosis triunfales, fue saludado como una reina, y en sus victorias de la Galia, los soldados gritaban: *«César venció a todos los galos, pero Nicomedes le venció a él. Ahora César cabalga triunfador y victorioso sobre todos los galos; Nicomedes no triunfa, pero domina al conquistador».*

César no se mostró muy preocupado por esta reputación. Parecia como si hubiera hecho cuestión de amor propio el demostrar que incluso una «reina» podía ser un verdadero rey. El siguiente episodio resulta muy característico de esta actitud desafiadora. César recibió

el mando de las Galias después de haber tenido que vencer la oposición de sus enemigos.

Transportado de júbilo por este éxito, unos pocos días más tarde no pudo por menos dé alardear ante una multitud de gente de que, habiendo logrado el deseo de su corazón, a pesar del duelo de las lamentaciones de sus contrarios, en lo sucesivo iría al frente de todos.

Cuando alguien le hizo observar que aquello no habría sido asunto fácil de lograr por ninguna mujer, contestó: «*que Semíramis también había sido una reina en Siria*». También mencionó a las amazonas.

También podemos comprender los relatos que se hacen respecto a que era muy melindroso en su persona y que se deleitaba con las vestiduras lujosas, las perlas y las piedras preciosas, si se tiene en cuenta la influencia del homosexualismo y del narcisismo en su personalidad.

César tuvo también muchas aventuras amorosas con mujeres. En uno de sus discursos, el viejo Curio le llamó *«marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos».* Al parecer, sus deseos eróticos fueron ilimitados, pues se dice que ordenó que se dictara una ley en virtud de la cual se consideraba legal para César el casarse con cualquier mujer que quisiera y con tantas como desease.

Esta fue otra manifestación del complejo del hijo rebelde que procura volver a la posición privilegiada de su poderoso padre en la tribu primitiva donde éste era el dueño de las mujeres. Incluso su amada Servilia prostituyó para César a su propia hija, Tercia.

El vanidoso deseo de César de aparentar e impresionar al pueblo puede haber sido una compensación de su homosexualismo pasivo y una manifestación de su desmesurado afán de exhibición. Los espectáculos circenses fueron tan pródigos que hubo de dictarse una ley limitando el número de gladiadores.

César utilizó incluso la muerte de su hija como una oportunidad para dar una fiesta extraordinaria en su memoria, cosa sin precedentes en

los anales de Roma. Siempre procuraba causar impresión en las princesas extranjeras y en las gentes de países remotos. *«Todos quedaban aturdidos por sus actos y se preguntaban cuáles podrían ser sus propósitos»*.

Estas intenciones, no obstante, pronto resultaron claras y evidentes. Cicerón dice que César siempre tenía en los labios esta frase de Eurípides: *«Si el mal pudiera convertirse en bien, sería, muchas veces, trocada la injusticia en justicia por la fuerza de la razón de Estado; en todo lo demás se exigiría el temor a los dioses»*.

Sus ambiciones, sin embargo, pronto rebasaron la mera salvaguardia de sus intereses personales, llegando a abarcar a toda la nación, al país en general. No sólo su ego-ideal se equiparó e identificó con los ideales de la expansión y poderío de su patria, sino que el mismo pueblo romano, o cuando menos una parte considerable de él, vio en César la encarnación de sus propios deseos e ideales profundos.

César fue reverenciado como un caudillo, como el símbolo de la poderosa Roma, y fue obedecido no sólo por temor sino con amor y fe profundamente arraigados. Su poder quedó suficientemente justificado y consolidado, y, poco a poco, el respeto y la obediencia a César, que iban echando raíces en los corazones de sus súbditos, llegaron a ser componentes integrales del ego-ideal colectivo.

«La monarquía de César no fue un despotismo de estilo oriental, por la gracia de Dios, sino un régimen monárquico semejante al establecido por Pericles y más tardé por Cromwell, es decir, una representación de la nación mantenida por un personaje de la más elevada categoría y por un hombre en quien se depositaba una confianza sin límites.» No obstante, el retorno a la monarquía fue completo. *«No hubo en el gobierno de César ni una sola característica que no pudiera encontrarse en el viejo reinado»*.

Estudiando los procedimientos por los que César alcanzó el poder, podemos destacar ciertos factores decisivos. A pesar de toda la debilidad interior de la república, las tradiciones republicanas se hallaban todavía arraigadas en la mentalidad popular de una ¡manera

demasiado profunda para consentir que se estableciera, sin el empleo de la fuerza, un régimen autocrático.

En consecuencia, cuando Pompeyo, que había vencido en Oriente, decidió, después de muchas dudas, a volver a Italia (62 a. de J.C.) y, en lugar de asumir el gobierno, licenció sus tropas y avanzó hacia Roma acompañado solamente por una pequeña escolta, hizo inevitable su caída. Opuesto al empleo de la fuerza, creyó que conseguiría lodos sus propósitos sin necesidad de ninguna presión y que, manteniéndose dentro de los límites de la legalidad, podría sostener su posición de primer ciudadano y depositario de la voluntad popular y disfrutar de la confianza del Senado, creyendo también, que si fuera preciso, podría actuar como jefe supremo del Estado. Sin embargo, la disposición de ánimo de los romanos había cambiado entretanto rápidamente debido a los rumores que circularon sobre el licenciamiento de las tropas.

El espíritu de conformidad con que se había esperado su regreso a Roma se convirtió en una oposición general. Pompeyo no llevó a cabo el alarde de fuerza que hubiera sido necesario para impresionar la mentalidad de las masas.

«Evidentemente había concebido el propósito de llegar a la suprema jefatura política sin el empleo de las armas y contaba con destruir la república por medio de una lenta revolución interna, conservando, en cuanto fuera posible, las formas exteriores de la legalidad en un intento de carácter tan ilegal.»

El principio básico de la acción de César fue, en primer término, buscar el apoyo del pueblo. Debe tenerse presente que en el comienzo de sus actividades políticas había sido el jefe del partido democrático.

Otro factor que no debe olvidarse es que inició el período de su consulado vigorizando las leyes agrarias, lo que suponía, prácticamente, una reforma del agro en gran escala. El reforzamiento dé estas leyes exigía la aplicación de la fuerza y el aniquilamiento implacable de la oposición de la aristocracia.

De esta manera, el futuro emperador se presentó como un campeón del pueblo y éste no pudo por menos de ver en él a su protector y amigo, en otras palabras, a un padre bondadoso.

La siguiente aguda observación de Salustio conviene magníficamente con el método seguido por César en sus actividades políticas:

«Mientras simulan perseguir el bien común, sólo buscan su propio poder». Desde luego esta era la manera de proceder corrientemente en aquel tiempo. *«Nadie buscó nunca el poder personal y la esclavización de los demás sin invocar la libertad y otras bellas palabras semejantes..., y siglos más tarde, cuando se acusa el lema "Vindex Libertatis", se indica la usurpación armada intentada o conseguida, la subida al poder de un pretendiente o de un tirano».*

Después de dimitir su Consulado, César siguió al frente de sus tropas, a las que se creía que iba a conducir a las provincias, en las proximidades de Roma, a fin de hallarse preparado para intervenir con su peso en el curso de los acontecimientos que pudieran desarrollarse en la ciudad.

El tribuno Claudio, que debía su cargo a César, propuso cuatro leyes de las que tres iban encaminadas a conseguir el favor de las masas y a restringir el poder del senado.

La campaña de las Galias dio a César fama y poder. A fin de influir en la opinión popular a su favor, publicó sus memorias dé las guerras gálicas y a la vez intensificó el proceso de corrupción del pueblo, lo que ya había estado haciendo desde varios años atrás usando para ello de las inmensas riquezas que había acumulado en las Galias como parte del botín de guerra.

César practicó la corrupción en gran escala. Casi cada año, durante el invierno, volvía de la Galia Cisalpina con los tesoros conseguidos. En Lucca, en un sólo día, pudieron contarse doscientos senadores en su morada y ciento veinte lictores en sus puertas, solicitando todos ellos diversos favores.

Su partido se componía, en gran parte, de bribones. Cicerón les tuvo verdadero miedo cuando César llegó a Formia con su séquito para visitarle. *«No hay un sólo bribón en toda Italia»*, dijo Cicerón, *«que no esté con él»*. Ático denominaba a la comitiva de César *«una banda infernal»*.

Las tropas eran total y completamente afectas a César, pues le consideraban no sólo un gran general sino un bienhechor generoso que tenía en sus manos su suerte futura y la promesa de la seguridad en su vejez, punto este de no poca trascendencia para los veteranos. César tenía un profundo conocimiento de la psicología del soldado y sabia la forma de manejarlo, como se demuestra en la famosa escena del motín en el *«De Bello Gallico»*.

En el curso de la guerra civil, César consiguió subyugar a la vieja Roma, republicana y aristocrática, lo que constituía el objetivo que había perseguido desde el comienzo de su carrera política. Incluso anteriormente ya había procurado socavar el prestigio de la aristocracia debido a que por la oposición de ésta no había conseguido el mando en Egipto.

César restauró los trofeos que conmemoraban las victorias de Mario, mandados destruir por Sila hacía mucho tiempo. A la vez trataba de ganarse la simpatía de individuos y colectividades insatisfechos y fracasados.

«Era la única ayuda, siempre propicia, de todos los que se hallaban con dificultades legales o con deudas y de los jóvenes manirrotos, exceptuando solamente a aquellos que se hallaban tan abrumados por sus culpas o por la miseria o que estaban tan encenagados en la disolución que ni siquiera él hubiera podido salvarlos». «Lo que necesitaban», les decía, *«era una guerra civil»*.

La serie de victorias por las que César destruyó las antiguas libertades republicanas comenzaron en la batalla de Farsalia y terminaron con la derrota de Escipión en Tapso; el suicidio profundamente simbólico de Mario Poncio Catón, jefe de la

guarnición de Utica, añadió otro detalle siniestro al drama que se estaba desarrollando.

El Senado, intimidado y servil para el triunfador, ofreció a César su apoyo, la dictadura por un período de diez años, la inspección suprema sobre la moralidad pública (prefectus morum), la facultad de nombrar los funcionarios públicos, el privilegio de asiento en el senado en lugar preferente a todos los demás y otras varias prerrogativas.

«La República», solía decir César, «es un nombre sin cuerpo ni forma y Sila fue un mentecato cuando renunció a la, dictadura». Enmascarándose con estas cínicas críticas los actos de César tendían exclusivamente a consolidar y robustecer su poder absoluto. En estos esfuerzos nunca podía quedar satisfecho, pues como dice Plutarco, estaba impulsado por *«una emulación de sí mismo»* (magnífica definición de su insaciable ego-ideal).

Al identificar su propia carrera política con el destino de la patria, salvaguardaba la integridad y la indivisibilidad del país a la vez que aseguraba su propia posición.

El levantamiento en España constituyó la última tentativa para conseguir la supervivencia de la República fundacional, pero el destino de este movimiento se decidió en la batalla de Munda. *«Pero el hado»*, escribe Plutarco, «*no es tanto una cosa inesperada como inevitable»*.

César volvió a Roma, y, contra la tradición, que repugnaba la celebración de las victorias logradas en las guerras civiles, hizo una entrada solemne en la capital. En esta apoteosis triunfal se le prodigaron profusamente los homenajes y los honores, y mientras era ensalzado hasta los cielos sé desencadenó una ola de envilecimiento contra todos los órganos de gobierno existentes, especialmente contra el Senado que era el objeto de la principal aversión de César.

El remate de las alabanzas tributadas al dictador fue la idolatría, que, entre otras cosas, le convirtió en el creador de la verdadera libertad.

Entre las estatuas erigidas en la colina del Capitolio a los reyes romanos se alzó la de César el Libertador, próxima al monumento conmemorativo del legendario Bruto e inmediato al templo de la diosa de la Libertad.

En seguida empezaron a levantarse estatuas a César en todos los templos del ámbito romano, ofreciéndose sacrificios ante ellas y nombrándose para su culto a una clase especial de sacerdotes. César comenzó a reducir, más allá de toda ponderación, el prestigio del Senado y del Consulado, instituciones que habían sido universalmente respetadas en todos los tiempos.

Nombró senadores a muchos de sus soldados, entre los que abundaban los rufianes y los extranjeros, y se mofó del consulado, cuando, a la muerte del cónsul Fabio, el treinta y uno de diciembre del año 45 (a. de J.C.), dispuso que fuera nombrado para el cargo un tal Caninius Rabilus para las escasas horas que restaban de aquel día.

César fue, efectivamente, un verdadero dictador. Poco a poco fueron siendo destruidas y degradadas todas 'las instituciones en torno a las que giraba la vida política mientras que se concentraba toda la autoridad en su persona, rodeando a ésta de un aureola de omnipotencia. Ambos procesos se complementaron mutuamente.

Una vez que se aplastaron las instituciones antiguamente reverenciadas fue más fácil adscribir el poder y la autoridad a la única persona que había llevado a cabo esa labor destructora, y, por otra parte, cuanto más elevada en la jerarquía social fue la posición del personaje dominante, más fácil le fue a éste el triturar los restos de las antiguas tradiciones y costumbres.

No hay duda de que el culto a César arraigó profundamente en la mentalidad popular y de que se trató por todos los medios de aumentarlo. Es incuestionable que a todo ello contribuyó la verdadera grandeza intrínseca de César. En consecuencia, los ideales antiguos fueron siendo lentamente reemplazados en el espíritu popular por el

ideal de un emperador en el que se basara la grandeza dé la nación y del Estado.

De esta forma resultó cada vez más fácil prestarle sumisión y obediencia. En efecto, estos sentimientos llegaron a ser una realidad palpable y *«el padre dé la patria»* se convirtió en un adorado padre de la nación.

El atentado contra la vida de César pudiera pensarse que contradice esta interpretación. Por el contrario, creemos que la tragedia que se desarrolló en los fatídicos Idus de marzo y sus consecuencias, apoyan nuestras conclusiones.

Según la opinión del pueblo, la organización política republicana estaba pereciendo. No es de extrañar que este hecho produjera desesperación en los romanos más conscientes, lo que no era más que una reacción natural producida por el aniquilamiento de los antiguos vínculos e ideales. Fue, pues, muy natural que algunos republicanos prominentes creyeran, o sé hiciesen la ilusión de creer, que César restauraría las antiguas libertades democráticas.

A este respecto es muy significativo el cambio de actitud de Cicerón que refleja esas profundas vacilaciones de la mentalidad romana. En su *«Pro Marcello»*, Cicerón celebra el aumento de poder de César y le da consejos relativos a las esperanzas de los romanos. *«Porque tu gloria» escribía Cicerón, «se basa en los rumores esparcidos por el mundo de los grandes servicios prestados a los amigos, a tu patria y a la humanidad. Todavía tienes que reconstruir la república»*.

No fue una cosa accidental el hecho de que los asesinos perteneciesen al círculo más estrechamente relacionado con César y que el mismo Bruto fuese como un hijo del dictador. Algunos de los que tomaron parte en su muerte le habían adorado, como todo el pueblo en general, y creyeron firmemente que restauraría la antigua libertad.

Por consiguiente, cuanto más firme había sido su fe y su amor, mayor fue su desilusión. Los que esperaban su reconocimiento de la libertad

debido al sentido de justicia del padre benigno y de ten poder, se dieron cuenta, demasiado tarde, de que habían estado sirviendo a un tirano que, con el pretexto de salvaguardar la libertad, había concentrado el poder en sus manos. *«El odio más declarado y mortal se produjo debido a la pasión de César por el poder real»*.

De pronto, el patriarca bondadoso se volvió en un padre malvado y cruel, en un gobernante despótico de la antigua tribu, lo que produjo en sus hijos el odio y la rebeldía. De esta forma, matando al falso libertador, ellos mismos se convertían en «libertadores» para la posteridad.

Creían profundamente no sólo en la antigua república, sino en los privilegios de su propia clase que se encontraban fuertemente amenazados, o incluso abolidos, por el dictador. Un ligero análisis de Bruto y sus cómplices arrojará gran claridad sobre este punto. La relación entre César y Bruto es tan conocida que aquí nos limitaremos a recordar algunos pocos detalles.

Cuando se acusó a Bruto de oposición a César, éste dijo: *«¡Cómo! ¡No creeréis que Bruto esté acechando mi pobre cuerpo!»* Después se hizo patente que César no sólo le excluyó del castigo impuesto a otros dé su partido, sino que le admitió en su más estrecha intimidad. *«Bruto tenía una participación tan grande como pudiera apetecer en el poder de César»*.

Después de la batalla de Farsalia, Bruto abandonó la causa perdida, fue perdonado por César, recibió de él preciados favores, se le designó para un mando provincial y finalmente fue nombrado Pretor. César perdonó a Bruto, y, al parecer, le apreciaba... aparte de su consideración a Servilia. En su juventud, César había tenido gran intimidad con Servilia, madre de Bruto, que estuvo locamente enamorada de él. Bruto nació cuando esta pasión estaba en su apogeo, y César tenía algún fundamento para creer que Bruto era hijo suyo.

César sentía por él gran aprecio y no le podía mirar como un futuro rival, sino más bien como un amigo de toda su confianza y un

sucesor suyo. Sin embargo, Bruto había indicado claramente, por sus actos y sus escritos, cuál sería su actitud frente al poderoso patriarca.

Antes de alzarse en armas contra César ya se había vuelto simbólicamente contra su padre, cuando menos una vez, uniéndose a Pompeyo, a cuyas instigaciones su padre legal había sido ejecutado. Bruto escribió: *«Nuestros mayores creían que no se debía soportar a un tirano aun cuando fuera nuestro propio padre... El tener mayor autoridad que las leyes y el Senado es una facultad que no concedería ni a mí mismo padre»*.

La influencia póstuma de Catón, aquel modelo de virtudes republicanas, se mantuvo viva en Bruto que había sido su amado sobrino. Bruto hizo una composición en honor del republicano que se quitó la vida, fiel a sus principios.

«Existieron causas más íntimas todavía en la resolución de Bruto de dar muerte al tirano... La envidia hacia César y el recuerdo de sus amores con Servilia, públicos y notorios. Sobre todo para Bruto y para Catón, que semantenían fieles a los antiguos ideales, era patente que César, ávido de pompas, gloria y poder, dispuesto a utilizar su nacimiento y posición para destruir a su propia clase, era un personaje funesto, el aristócrata monárquico que recordaba a los reyes de Roma y resultaba fatal para la república».

No obstante, en la situación de Bruto con respecto a César mediaban lazos tan estrechos que en conjunto resultaba casi parecida a la de Hamlet y tuvo que ser inducido por una presión muy continuada para decidirse a tomar parte en la conjura.

Entre los restantes liberadores había íntimos amigos de César y sus mejores generales. *«El nuevo partido de los liberadores no era homogéneo ni en sus orígenes ni en los motivos que habían determinado su fundación. El resentimiento de los pompeyanos perdonados, las ambiciones frustradas, las enemistades personales y los intereses particulares enmascarados por la profesión de elevados principios, la tradición familiar y la primacía de las virtudes cívicas sobre las privadas... todos estos estímulos entraron en juego. Sin*

embargo, al frente de este heterogéneo partido figuraban oficiales de toda la confianza del dictador y los generales de las guerras civiles y gálicas recompensados ya por los servicios prestados o nombrados para altos cargos».

Podemos suponer que tomaron parte en la conspiración no sólo para salvar la libertad, sino también a causa de la envidia a la gloria ilimitada y a la supremacía de quien se pensaba que debía ser solamente primas ínter paces. Los hijos se oponían a que uno de ellos asumiese exclusivamente el poder del padre primitivo.

No debe pensarse que la conducta de los 800 senadores que presenciaron el asesinato de César sin proferir ni una voz de protesta indique necesariamente un amor apasionado a la libertad. *«Debían a César el honor de sentarse en la Curia. Habían solicitado su protección y vivían gracias a sus beneficios... todo el tiempo que duró la terrible lucha, mientras que, como una bestia, acosada por los cazadores, César se debatía entre las espadas desnudas dirigidas contra él, los senadores permanecieron inmóviles en sus asientos y todo su valor consistió en huir, cuando Bruto, junto al ensangrentado cadáver, trató de hablar»*.

De esta dramática situación sólo puede deducirse que se precisó de César y se deseó su permanencia en el poder únicamente mientras mantuvo su fuerza y pudo ser considerado como una forma de apoyo. Se mostraron dispuestos a abandonarle tan pronto como pareció que surgía una fuerza más poderosa, un poderío que osaba oponerse al mismo patriarca divinizado. En este sentido, Cicerón, mientras expresaba sus sentimientos amistosos, escribía estas memorables palabras: *«El día en que los opresores de un pueblo caen, comprendemos claramente que no tenían amigos..., un tirano no puede tenerlos»*.

Así vemos como los acontecimientos históricos condujeron desde la antigua democracia, a través de un régimen aristocrático y oligárquico, hasta la concentración del poder absoluto en una sola persona. La regresión a la antigua monarquía parecía total. En el

monumento a César, alguien escribió estas palabras: «*Al principio Bruto fue cónsul; después éste arrojó a los reyes de Roma; luego César expulsó a los cónsules y, finalmente, se convirtió en nuestro rey*».

Con todo, las consecuencias del asesinato de César en marzo del año 44 (a. de J.C.) son especialmente aleccionadoras. Los conspiradores habían creído que con el asesinato de César se había realizado la parte más difícil de su misión y que una vez que el tirano muriera quedaría abierto el camino para la restauración de la libertad.

Sin embargo resultó que fue más fácil suprimir al hombre que a sus obras, que, en parte realizadas y en parte completadas por él, habían quedado, por encima de todas las vicisitudes, grabadas en el alma colectiva de los romanos. *«César ya no existía, pero los conspiradores, después de haber dado muerte al hombre y cumplido lo que consideraban la parte más difícil de su empresa, se dieron cuenta en seguida de que sus obras se alzaban ante ellos y les cerraban el camino*».

El desánimo objetivo de los conspiradores se reflejó en su psicología. Quedaron sobrecogidos por el miedo y la sensación de culpabilidad que paralizaron sus futuras actuaciones. Inmediatamente después del asesinato se comportaron de un modo semejante a Hamlet. No pudieron actuar ni siquiera cuando las directrices de su acción aparecían claramente dibujadas en sus mentes.

Lo mismo, los asesinos de César que Hamlet lucharon con la imagen del padre hacia el cual sus sentimientos se mostraban profundamente irresolutos.

¿Cuál fue la reacción popular ante la muerte de César? ¿Respiró el pueblo, satisfecho de verse libre de la opresión, y se aferró ansioso a su libertad, perdida desde hacía tanto tiempo?

Por el contrario, el pueblo se sintió indefenso y abandonado. *«Cuando desapareció su gran protector, las masas se sintieron incapaces de regirse por sí mismas, carentes de jefatura, sin ningún*

otro apoyo que los restos impotentes de los partidarios de Clodio». El senado se dispersó lleno de pánico. Los conjurados marcharon al Foro para anunciar al pueblo la buena nueva, pero no encontraron eco en la multitud.

El sentimiento de una pérdida irreparable y de un abandono total aumentó considerablemente después de que fue conocido el testamento de César. Nuevamente se alzó la imagen del padre benigno y poderoso ante los ojos de los que lloraban su desaparición.

«Cuando se supo que el testamento de César disponía que se diesen 65 dracmas a todos los romanos sin recursos y que dejaba al pueblo sus jardines situados en la orilla opuesta del Tíber... una sensación de ferviente afecto y de añoranza de César se apoderó de los ciudadanos».

La excitación de las masas alcanzó su apogeo durante la celebración de los solemnes funerales. De una manera espontánea se levantó una enorme pira y se entregaron a las llamas los restos mortales del caudillo mientras la multitud, provista de teas flameantes, trataba de incendiar las casas de los conjurados. De esta manera, simbólicamente, se expresaba el amor al muerto y el odio a sus enemigos. Del ardiente fuego de aquella pira funeraria, por una profunda metamorfosis, surgió la suprema idealización de César que, de un modo definitivo e irrevocable, pasó a ocupar su puesto entre los dioses.

De acuerdo con esto la lucha empeñada por el triunvirato contra los asesinos de César adquirió una sanción religiosa. Sobré el triunvirato recayó una partícula, por así decirlo, del poder de César y éste, de una manera póstuma, continuó sus funciones de dictador. Cada uno de los futuros triunviros se esforzó en ser un exponente vivo de aquella dictadura y los tres, conjuntamente, hicieron todo lo posible para barrer lo que todavía quedaba de la antigua república.

Octavio marchó sobre Roma obligando al senado a conferirle el consulado. Hecho esto, despojó para siempre a la más venerable de las instituciones republicanas de toda significación e importancia.

La batalla de Filipos supuso la derrota definitiva del partido republicano y con ello la causa democrática quedó definitivamente perdida. Ningún esfuerzo, por heroico que fuera, podía ya salvar lo que, en todos sentidos, había ido muriendo, en el transcurso de los años pasados, en la mentalidad popular colectiva.

La desorganización general que prevaleció después de la muerte de César se hallaba en perfecta consonancia con el decaimiento gradual de las antiguas bases de la vida pública.

El terror y las proscripciones, que los triunviros prodigaron ampliamente, tendían a segar en flor todo intento dé oposición y sumieron a los romanos en un estado de servilismo mientras proseguía la lucha con la facción republicana. El edicto del triunvirato proscribió a 700 senadores y 2.000 nobles.

A través de todo el país se desencadenó una verdadera orgía de persecuciones, asesinatos y pasiones desenfrenadas. Todos los fundamentos de la ética y del orden público de la comunidad, se desmoronaron.

Perrero presenta un cuadro de la desintegración moral imperante en la Roma post-cesárea en estos términos: *«Había esposas que consiguieron incluir a sus maridos, a quienes detestaban, en las listas fatales, o que, aparentando intentar salvarlos, los entregaban al verdugo. Incluso hubo hijos que delataron el refugio donde sus padres se hallaban ocultos»*.

El desconcierto general alcanzó finalmente a ambos ejércitos que después de la batalla de Filipos tenían en sus manos el destino de Roma y sobre los cuales los mandos habían perdido todo dominio y autoridad.

«La libertad había muerto y los ejércitos se inclinaban a reconocer la potestad de los triunviros que, debido a ello, parecían a todos y a cada uno como los factores del poder que había de prevalecer en el futuro.»

Todos estos acontecimientos, toda esta dramática contienda entre los principios de democracia y despotismo, terminaron como si el fin hubiera estado ya predestinado. A pesar de todas los fluctuaciones y luchas, el viejo principio de la monocracia prevaleció finalmente.

«La batalla de Filipos», dice Perrero, *«no hizo más que confirmar lo que ya se había decidido en Farsalia.»*

¿Cómo interpretamos nosotros las etapas finales de esta contienda?

El dictador llegó a ser la personificación de un ideal, la encarnación del ego-ideal y, a la vez, de la representación del padre, poderoso guardián de todo. Rodeado de una aureola e inmenso poder, hizo brotar las fuentes ocultas en el espíritu popular, las mismas fuentes de que manan los sentimientos religiosos.

Según esto, la imagen de César vino a convertirse en la envoltura material que recubre a una deidad. *«César fue contado entre los dioses, no sólo por la fuerza legal de un decreto, sino también por la convicción del pueblo»*.

Concentrada toda la veneración afectiva solamente en la imagen del dictador, todos los demás factores de la autoridad perdieron su importancia transmitiendo a aquella imagen los últimos restos de su propio valor emocional.

De este modo el dictador llegó gradualmente a ser, en la mentalidad colectiva, la única personificación del padre, lo mismo que había sido, en la vida política, el único elemento de gobierno cuando, sucesivamente, el miedo, la obediencia, el afecto y la adoración habían ido constituyendo los cuatro ejes sobre los que habían ido girando la actitud del pueblo hacía él.

Cada uno de estos lazos emocionales es distintivamente exclusivo y tiende a concentrarse en torno a una sola persona, acentuando así, de una manera sorprendente, su derivación de la relación primitiva entre el padre y el hijo. Tales lazos presentan señales de su carácter dictatorial ya desdé su mismo origen, puesto que no admiten ser compartidos con nadie y eliminan a todos los rivales.

A medida que las grandes masas populares pierden la fe en su propia fuerza y en sus privativas instituciones democráticas, aumenta su necesidad de ser dirigidas por un padre poderoso. La mentalidad popular realiza una regresión progresiva hacia la infancia, con todos los sentimientos de sumisión y dependencia, de desamparo y debilidad propias de aquella edad, cayendo en la adoración de aquellas personalidades que pueden prestar ayuda y sostén y, sobre todo, fuerza. Cuanto más débil es el yo, más fuerte es el anhelo y la necesidad de apoyo.

Un retorno de esta naturaleza produce forzosamente al originarse otro tipo específico de regresión que puede observarse en la mentalidad colectiva en determinadas circunstancias. Tanto el pensamiento como el sentimiento, descienden desde el elevado nivel de lo abstracto a lo concreto, esto es, hacia una posición más primitiva. En lugar del ideal de la república se vuelve a lo anterior, al tiempo antiguo, al patriarca, al monarca, al general, al emperador..., en una palabra, al padre con todas sus características, buenas y malas.

La muerte de este personaje, substitutivo dé la imagen paternal, merece una mayor atención. De nuevo sobreviene un trastorno poderoso en el espíritu colectivo que había empezado a estabilizarse. La desesperación producida por la pérdida del padre amado no puede por menos de originar un sentimiento de debilidad e indefensión.

La melancolía, que no puede anidar durante mucho tiempo en el alma de las masas, se desvanece en dos direcciones y por dos medios distintos. Uno, por las llamas qué, como hemos visto, simbolizan, de una parte, el amor hacia el muerto, y por otra el ansia de destrucción de sus asesinos que son considerados como traidores y rivales despreciables.

De aquí la posibilidad de un estallido revolucionario e incluso anárquico. El otro medio es la extraordinaria idealización del César desaparecido y se manifiesta en la erección de un mausoleo

dedicado no sólo al recuerdo de su persona, sino también a su situación en el mundo de la realidad, completándose así el proceso de su deificación que había comenzado durante su vida; en consecuencia, se siente la necesidad de no perder la esperanza puesta en un hombre que ha sido elevado a la altura de la divinidad.

De esta fuente profunda se originó el creciente absolutismo de la monarquía romana. Todos los emperadores fueron objeto de adoración como dioses, y su gloria y su majestad fueron una expresión natural de su posición en la mente popular, en la que sus imágenes se integraron en el ego-ideal, reuniéndose con la figura, más antigua, del padre divinizado.

Permítasenos añadir unas pocas palabras sobre la pira funeraria que hemos representado como un medio de exaltar al gran caído y de aniquilar a sus asesinos. Por el estudio sobre la piromanía, sabemos que el provocar el incendio tiene una definida significación simbólica y económica. Sirve para expresar dos directrices fundamentales que establece la teoría psicoanalítica. El incendio premeditado es un desahogo, tanto de la libido erótica, como del destructivo; es un símbolo del amor y del odio.

Jasper ha descrito el caso de sirvientas de procedencia campesina que, echando de menos su hogar natal y odiando la casa en que sirven, destruyen ésta por medio del fuego. En uno de los casos que he tratado, un amor fracasado halló su válvula de escape provocando un incendio que simbólicamente destruía la realidad circundante.

Podemos creer que la pira funeraria elevada después de la muerte de César no sólo expresaba el amor vehemente que ardía en el corazón del pueblo, sino también todo el ansia contenida de agresión contra el padre, amado, pero riguroso. Después de este desahogo, el proceso de idealización y de deificación pudo desarrollarse sin ninguna clase de obstáculo.

Resulta simbólico que, en años posteriores, Horacio, en sus Odas, pudiera omitir toda mención de César el dictador. *«La estrella de Julio está allí; el espíritu de César, limpio de toda mancha terrena,*

transmutado en un cometa y enviando los auspicios celestiales a la subida del heredero de César». Augusto obtuvo gran parte de su fuerza y de su esplendor de esta deificación e idealización del vencedor de las Galias.

OLIVERIO CROMWELL

La historia de la dictadura de Cromwell es muy aleccionadora, pues revela ciertas leyes básicas de la psicología individual y colectiva.

Las modernas investigaciones nos han mostrado la silueta de un gran revolucionario, dictador y estadista, y nos han dado oportunidad para estudiarle desde más diversos aspectos de los que permitía la admiración del héroe de Carlyle. Los estudios monográficos de Firlh, Morley, Gardiner, Buchan, Hayward, Stirling Taylor; el estudio analítico de Kittel y el ensayo de Onken, así como la obra clásica de Carlyle me han servido de fuente de documentación en este ensayo.

Cromwell, que era un elemento acomodado de la clase media campesina, se educó en un ambiente de puritanismo. No sabemos, verdaderamente, nada de lo que respecta a sus relaciones con su padre, dato éste que constituye un factor importante para el conocimiento de la formación de la personalidad.

Sabemos, por otra parte, que la relación existente con su madre fue muy estrecha, que el futuro Lord Protector daba gran importancia a la opinión y a los consejos de aquélla y que, incluso en medio de las más apremiantes preocupaciones políticas, nunca se retiraba a descansar sin antes saludarla.

El puritano doctor Thomas Beard fue el educador severo de sus primeros años escolares e imbuyó en el futuro regicida los principios del fanatismo puritano, la creencia en la intervención constante de la Providencia en los asuntos humanos y la convicción de que el papa y el anticristo eran una misma cosa.

El papel que jugó este educador en la formación de los ideales de Cromwell fue tan grande que cuando éste ya era miembro del parlamento, dedicó a su antiguo maestro uno de sus primeros discursos, breve, violento e imperfecto como los que entonces pronunciaba.

El calvinismo, como punto de partida del puritanismo, fue el medio fundamental a través del cual Cromwell vio el mundo y todas sus cosas. Esta tendencia, profundamente arraigada en su primera juventud, se hizo cada vez más evidente a medida que Cromwell maduraba políticamente y tenía mayor participación en los asuntos públicos.

No necesitamos entrar en detalles, en este momento, sobre el contenido de la doctrina de Calvino. Sin embargo, es conveniente recalcar la inexorable severidad de sus dogmas sobre la predestinación y la perdición eterna, y, de otra parte, la gracia omnipotente de la salvación. La inflexible austeridad del superego impulso a Cromwell una inusitada y vigilante contención, apareciéndosele los impulsos reprimidos obra del siempre amenazador satanás.

El siglo XVII pudo ver a más de un millón de brujas quemadas en la pira, de las cuales no fueron pocas la que sufrieron este castigo en Inglaterra e incluso en la propia población donde Cromwell había nacido.

La biblia de Cromwell no fue la biblia de nuestros contemporáneos. El libro santo no había pasado a través del filtro de la exégesis crítica. Fue para Cromwell lo que todavía es actualmente para los judíos absolutamente ortodoxos, es decir, el libro de los libros, la única palabra revelada por Dios, en la cual todas las frases y todos los textos son igualmente obligatorios y sagrados. El Dios a quien Cromwell se dirigió directamente, durante toda su vida y en todas sus vicisitudes y crisis, fue el verdadero Dios de los Ejércitos del Antiguo Testamento, cuya directa intervención en todos los asuntos humanos no podía ser puesta en duda.

Por lo que respecta a otros elementos que influyeron en el desarrollo mental de Cromwell, merece una mención especial el viejo antagonismo de su familia con la monarquía. El personaje que dio origen a la familia, Thomas Cromwell, conde de Essex, ministro de Enrique VIII, fue ejecutado a causa de su celo excesivo en el apoyo

de la Reforma y de la parte que tomó en el casamiento del rey con Ana de Cleves, que fue en seguida odiada por el monarca. Algunos autores suponen que el futuro regicida quizá conoció a su futura víctima, más tarde rey de Inglaterra, en su finca familiar durante su juventud.

Los escasos hechos que conocemos referentes a los primeros años de Cromwell, indican la presencia de huellas de una marcada neurosis, o, más precisamente, dé fobia y miedo a la muerte, como resultado de un sentimiento religioso de culpa y pecado.

Con frecuencia hacía levantar de la cama al médico del pueblo durante la noche creyendo que se estaba muriendo. Más tarde, en los primeros tiempos de su permanencia en Londres, consultó también con un doctor que, en sus notas, le conceptúa como *«extremadamente melancólico»*.

En los siguientes años de su vida, Cromwell volvió con frecuencia a la preocupación por sus supuestos grandes pecados. En este sentido, escribió a su primo lo que sigue: *«Tú sabes cuál ha sido mi manera de vivir. Vivía en las tinieblas y las amaba, odiando la vida. Fui el mayor de los pecadores. La verdad es que aborrecía a la piedad, pero Dios se compadeció de mí»*.

Naturalmente que no se debe deducir de estas *reflexiones «ex post facto»* de un neurótico, que la conducta juvenil de Cromwell fuese verdaderamente merecedora de la condenación. Sabemos perfectamente lo ilusorias que pueden ser las perspectivas de un neurótico.

Después sobrevino el momento misterioso de la conversión religiosa que devolvió a Cromwell la calma exterior, aminoró sus temores y despertó en él la esperanza, o quizá la seguridad de la salvación. Sin embargo, en el curso de este período, la calma se rompió por momentos de sombría desesperación. Uno de los amigos dé Cromwell describe el estado de ánimo de éste y la crisis espiritual que sufrió durante este tiempo, como sigue: *«El gran hombre se alzó de una situación muy baja y aflictiva qué le había producido*

turbaciones espirituales, estando mucho tiempo bajo el padecimiento de terrores y tentaciones y, a la vez, en muy mala disposición para las cosas externas. Siguió en ésta escuela de aflicciones hasta que aprendió la lección de la Cruz y hasta que su voluntad se entregó a la sumisión de la de Dios».

La religión, afirma uno de sus biógrafos, arraigó en su espíritu por medio del martillo y del fuego y no iluminó su entendimiento con una luz suave.

Desde entonces la actividad de Cromwell fue progresivamente sumiéndose en una atmósfera religiosa, como si deseara mostrarse digno de la gracia divina y como si estuviese ansioso de dar pruebas a Dios de su gratitud por la merced que de Él había recibido.

Parece natural que se preocupara también de proteger a los demás contra el pecado y brindarles la redención de las antiguas y de las futuras faltas, y, sobre todo, les ayudara a acallar sus sentimientos de culpabilidad, preocupación ésta que siempre estaba viva en él, aunque procurase reprimirla.

La creciente confianza en sí mismo, junto con un ardiente sentido de justicia y un anhelo de lograrla, consiguieron para Cromwell una posición dominante entre sus convecinos y, finalmente, le llevaron a sentarse en el parlamento.

Diferentes asuntos de poca importancia referentes a su distrito, en los que mostró gran interés, testimoniaron su ferviente conmiseración por los extraviados y su fanática pasión por la justicia. Sin embargo, incluso en estas actividades primeras se puso de manifiesto la indomable violencia de su temperamento, resultando de ello que fue objeto dé acerbas censuras.

En el parlamento fue cada vez sumergiéndose más en el torbellino de la lucha de la cámara con el rey, en la que ocupaban el primer lugar las consideraciones de carácter religioso. El conflicto con el arzobispo Laúd adquirió a sus ojos la proporción de una guerra contra las intrigas diabólicas del papismo, mientras que los ataques proyectados

por el rey contra la independencia y los derechos establecidos del parlamento le parecieron dirigidos no sólo centra los derechos de los ciudadanos sino también contra los únicos medios, ciertos e inequívocos, de la salvación del alma humana.

De este modo, la lucha política llegó a identificarse estrechamente con la contienda religiosa, adquiriendo la sanción divina y una intensidad agotadora.

Durante estas luchas, Cromwell tuvo amplias oportunidades para estudiar los métodos de violencia que, sin duda, hallaron un cumplido eco en su espíritu turbulento. La fuerza era la prerrogativa del rey, pero el parlamento también se permitía acudir a la fuerza, deteniendo, por ejemplo, al presidente de la cámara que, intimidado por el rey, pretendía enérgicamente suspender el debate y abandonar el salón de sesiones.

Más tarde veremos que la influencia que ejercieron estos ejemplos se manifestó en un doble sentido.

En primer lugar, produjeron en Cromwell un deseo natural de reaccionar en contra, y, en segundo término, sirvieron como un modelo, que la mentalidad del futuro dictador aceptó fácilmente, de algo así como si el atacado se identificara de una manera inconsciente con los agresores.

Parece probable que esta actitud para reaccionar violentamente, por una parte, y por otra para ponerse en el lugar del contrario, figure entre aquellos factores que predestinan a un individuo para llegar a ser el representante de un grupo que se coloca en una oposición batalladora. No es necesario decir que esto no significa en modo alguno que se posean las cualidades restantes para poder llegar a ser un jefe.

Para tener una idea más exacta del antagonismo existente en aquel tiempo entre el rey y el Parlamento, debemos darnos exacta cuenta de la situación de la mentalidad colectiva en el palenque en que se estaba librando este duelo. Los lazos de unión entre la cámara y el

monarca eran muy estrechos y fuertes. Poseemos un relato auténtico del miembro del parlamento, Thomas Alaured, que nos refiere cómo durante las escenas que acompañaron a la lucha por la petición de derechos, los miembros de la cámara lloraban cuando llegó el momento de oponerse al rey.

Al ponerse enfrente de su majestad experimentaban un sufrimiento parecido al que padecerían al ver su propia carne cortándose a pedazos. Su súper-ego estaba estrechamente vinculado a la tradición de la realeza y sólo pudo romper estos lazos y alzar al parlamento contra el Rey el fuerte sentimiento de aquél contra los agravios que había sufrido el monarca y de sus actos ilegales

En consecuencia, la violencia de las pasiones de los parlamentarios aumentó proporcionalmente a la constante progresión de tales agravios y a la gradual relajación de sus lazos de lealtad. El curso de los acontecimientos futuros demostró que esos lazos, aunque llegaron a quebrantarse mucho, nunca fueron completamente rotos.

Estas consideraciones hacen fácil entender la razón por la cual Cromwell, a pesar de toda la violencia de su temperamento y de su fe absoluta en la razón de la causa que acaudillaba, demostrase un cierto grado de vacilación en sus posteriores relaciones con el rey e incluso intentara salvarle. Las fluctuaciones qué experimentó en ésta y en otras muchas materias no fue exclusivamente una característica individual de él.

Es de todos sabido que Cromwell defendió al rey ante el consejo de guerra y declaró, después que aquél huyó, que, *«a veces es más prudente permitir que el asesino escape»*. Cuando, en el curso de las deliberaciones sobre el destino del monarca, Goffe, que representaba al ejército, declaró que, a consecuencia de una revelación que había tenido, el ejército cometería un pecado si entraba en negociaciones con los enemigos de Dios, en otras palabras, con Carlos Estuardo, Cromwell contestó que no creía en las revelaciones individuales y que el destino del rey no le parecía de ningún modo que tuviera que estar *«prejuzgado»*.

Se hizo patente que, a pesar de todas sus actividades revolucionarias, Cromwell deseó conservar la monarquía, fuera como fuese, como la piedra fundamental del orden social, y esto constituyó uno de los motivos básicos que guiaron sus acciones durante mucho tiempo. En relación con esto es muy característica la siguiente afirmación que hizo:

«En consecuencia, propondré la forma cómo debemos centrar esta cuestión. Sino tiene más que el aspecto exterior de la autoridad, sino es más que una liebre nadando en el Támesis, prefiero cogerla que dejarla marchar».

Cuando el rey fugitivo envió a Cromwell a uno de sus fieles partidarios llevando un mensaje, recibió la respuesta de que el futuro regicida se hallaba dispuesto a hacer todo lo que pudiera a su favor con la sola excepción de sacrificarse a sí mismo. La sinceridad de esta contestación es notable y, a la vez, testimonia la fuerza de los lazos de lealtad que todavía subsistirían durante un cierto tiempo antes de que se rompieran a pedazos.

Las negociaciones de Cromwell con los realistas fueron tan prolongadas, que levantaron en el ejército serias sospechas. Solamente el desarrollo de los acontecimientos, la constante deslealtad del rey, de una parte, y las propias gloriosas victorias de Cromwell, de otra, determinaron que éste se librara de los viejos lazos, arrojara sus vacilaciones por la borda y se decidiera a dar los golpes decisivos. Las victorias que Cromwell logró, constituyeron a sus propios ojos la prueba evidente de la razón de la causa de Dios e hicieron del vencedor el jefe y el instrumento de salvación del pueblo sublevado.

A pesar de todas las reservas internas y de las evidentes manifestaciones de vacilación, la lucha contra el rey, llevada hasta el final sin ninguna piedad, adquirió por último un ambiente de tragedia. Cromwell, que, como la historia registra, se distinguió inmediatamente en el campo de batalla, fue también el propulsor incansable, y, de hecho, el alma misma del drama regicida.

Desde el momento en que emprendió la lucha se hallaba absolutamente seguro de que la causa por la cual contendía, era la justa. En sus éxitos en los campos de batalla, vio el signo visible de la gracia divina, que sólo podía manifestarse en una causa tan justa como la supresión de la tiranía, la restauración de la libertad y el respeto a la ley. *«Las leyes de Dios, es decir, las mejores leyes, no conducen a nada cuando la voluntad se sobrepone a la ley»*.

Desde el primer momento del comienzo de la lucha en el parlamento, se revelaron las características básicas de la manera de ser de Cromwell: violento, absolutista en sus ideas, guiado por un apasionamiento enorme y seguro siempre de que estaba en lo cierto de una manera total. En este sentido nos proporciona un típico ejemplo la lucha sostenida por Cromwell contra los obispos, en la cual tomó desdé el primer momento una postura radical e intransigente.

Fue uno de los que fueron llamados *«hombres de la rama y de la raíz»*, es decir, un grupo que se dirigía a extirpar la institución de los obispos en la misma raíz. En la mente de Cromwell esta cuestión llegó a ser la piedra de toque de la pureza de su propia fe infalible, el eje de sus sentimientos religiosos más íntimos.

Este asunto se relacionó también con la personalidad, desleal y despótica, del rey. De este modo, la lucha adquirió el ímpetu dinámico y el apasionamiento del absolutismo religioso.

En la batalla, Cromwell fue no sólo un gran jefe, sino también un conductor inspirado por el sentimiento que tenía de hallarse cumpliendo una misión y de ser el representante del Dios de los Ejércitos.

Entraba en el combate cantando salmos y se esforzó por imbuir a sus tropas el mismo espíritu, imponiendo una disciplina de hierro y una piedad austera. Así, el general revolucionario llegó a ser algo semejante a un profeta y jefe bíblico en quien cada nueva victoria robustecía su creencia en la grandeza y justicia de su misión.

No es necesario indicar, en relación con esto, hasta qué punto la resistencia del rey, y sobre todo su incorregible deslealtad, intensificaron la inflexible determinación del victorioso general y fanático jefe.

No obstante, en el último acto de la tragedia, cuando Carlos se hallaba en poder de sus enemigos, las dudas empezaron a asaltar, no sólo a los inmediatos custodios del cautivo, sino también al espíritu del propio general Cromwell; pero la trágica solución de la lucha tenía que venir y vino pronto.

La condena a muerte del rey fue exigida por el ejército cuyos éxitos, lo mismo que los propios, consideraba Cromwell como un acto directo de la Providencia. Las fases sucesivas de la guerra que condujeron a Cromwell, hasta entonces un miembro desconocido y modesto de la burguesía campesina, de victoria en victoria, le dieron base para meditar sobre los caminos por los que la Providencia estaba realizando sus sagrados y justos objetivos.

No obstante, puesto que Cromwell estaba a la vez logrando sus propios propósitos en parte conscientes y en parte inconscientes, las dos categorías de objetivos se mezclaron una con otra cada vez más hasta que, finalmente, quedó completamente borrada la línea divisoria entre los propios deseos del general victorioso y los designios de la Providencia, abriendo así amplio paso a la realización gloriosa de sus propios deseos e impulsos.

Cuando el ungido por el Señor se encontró bajo la custodia de los soldados de Cromwell y al alcance del brazo vindicativo de éste, el deseo de destruir a su cautivo tuvo que predominar forzosamente sobre cualquier clase de reservas y dudas. Nobert Hammon, primo y amigo de Cromwell a quien se había confiado la vigilancia del rey, se dirigió a su ilustre pariente proclamando sus dudas y espantado por el horror de la situación y las consecuencias que temía.

Sobre todo, el primo de Cromwell se encontraba aterrorizado por el peso dé su propia responsabilidad. Para alejar sus dudas, Cromwell le contestó:

«Soy el mismo que conociste en otros tiempos, es decir, un cuerpo lleno de pecado y muerte, pero doy gracias a Dios porque, por la intercesión de Nuestro Señor Jesucristo, sólo impone condena cuando el mal es incurable y yo espero la redención. Si quieres, trata de conocer la voluntad de Dios en toda esta serie de acontecimientos dirigidos por su Providencia que te han llevado hasta aquí, poniendo la persona del rey bajo tu custodia y disponiendo el destino del monarca y todo lo que con él se relaciona, y dime, por lo tanto, si no hay en todo esto un sentido elevado y glorioso que está por encima de todo lo que hayas podido merecer».

El llegar a un compromiso con el rey hubiera sido un acto de baja hipocresía. ¿No era evidente que las divinas revelaciones no iban encaminadas a tal objetivo? Del mismo modo, la determinación del ejército al no permitir un compromiso, era un acto de la Providencia.

Parece que la creencia de que existía la sanción divina concedida a un hecho tan atroz como la muerte del monarca, hizo que Cromwell experimentara un sentimiento especial de dolorosa satisfacción. En relación con el nombramiento por la Cámara de los Comunes de un tribunal que debía juzgar al rey, Cromwell se dice que hizo la siguiente manifestación:

«Si cualquier hombre hubiese decidido realizar una cosa semejante de una manera deliberada, habría sido el mayor traidor del mundo, pero la Providencia de Dios ha impuesto sobre ellos éste deber».

Cromwell siguió todas las fases del juicio del rey con un interés apasionado, pues se trataba de un asunto que tenía para él la mayor importancia y al que prestaba la máxima atención personal. El siguiente suceso nos servirá como un ejemplo aclaratorio. El Tribunal a quien se había confiado el proceso, celebró una sesión en la mañana del día del juicio para encontrar la fórmula legal adecuada para sentenciar al rey.

En el curso del debate emprendido, llegaron noticias de que el monarca era conducido allí y que se hallaba subiendo las escaleras que ascendían desde el río. Al saber esto, Cromwell corrió a la

ventana viendo al rey que venía por el jardín. El dictador se puso más blanco que la pared y volviéndose hacia el Tribunal les dijo lo siguiente:

«Señores: aquí viene y ahora nosotros vamos a desempeñar la gran misión que espera todo el país. Por lo tanto, deseo de vosotros que resolvamos aquí la respuesta que debemos dar a Carlos cuando comparezca, pues lo primero que nos preguntará será cuál es la autoridad y el nombramiento con que nosotros vamos a juzgarle».

Mientras el juicio seguía su curso, la inflexible voluntad de Cromwell venció una y otra vez las dudas de los jueces, así como las protestas y la oposición que procedían de otros elementos ajenos al Tribunal.

Había resuelto que el Monarca debía morir y una vez que resolvía algo, se mostraba absolutamente inflexible.

La situación mental de Cromwell durante todo el tiempo que tardó en consumarse esta trágica realización suya, fue muy especial. Según los testimonios existentes, la conducta del dictador se caracterizó por una gran exaltación y ansiedad. Se dice que coaccionó a uno de los jueces para que firmara el veredicto condenatorio y que prorrumpió en ruidosas carcajadas mientras aquél lo hacía, a la vez que salpicaba de tinta la cara de otro de los jueces.

No obstante, incluso después que el Rey fue ejecutado, Cromwell no quedó completamente tranquilo.

«Se mantenía en un estado de ánimo extraño y desequilibrado, mezcla de exaltación y (melancolía)». Para un psicoanalista estas dos posiciones antitéticas tienen, en sí mismas, un significado explícito. Después de la ejecución, y al amparo de las sombras de la noche, el regicida se acercó al ataúd en que reposaban los restos del rey Estuardo, levantó la tapa con su espada, y después de mirar durante mucho tiempo la cara del cadáver, musitó repetidas veces las siguientes palabras: *«Cruel necesidad».*

De esto tenemos que deducir que la ejecución del rey, aunque satisfizo los más íntimos deseos personales de Cromwell, no le trajo

la paz del espíritu. Seguramente experimentaba en su interior un sentido de culpabilidad, quizá algo parecido incluso a un dolor inconsciente. Sin embargo, la lucha todavía no terminó, y constantemente reclamaban la atención de Cromwell nuevas preocupaciones y actividades, tales como la guerra con Escocia y las expediciones a Irlanda.

La actitud del ejército, que elevó a su general hasta la más alta cima, rodeó a éste de afecto e implícita confianza, viendo en él una garantía de su propia libertad y de sus derechos y prerrogativas, todo lo cual aumentó la satisfacción interior del general y le reafirmó en sus propios deseos.

La aprobación colectiva que recibió se mostró acorde con su propia sanción religiosa íntima, que cada vez más fue adquiriendo el carácter de un convencimiento absoluto de su propia misión. De este modo se fue gradualmente realizando el proceso de la sistemática justificación de sus propios deseos que, a causa de elevarse al nivel ideal de una misión santa, adoptaron el aspecto de una absoluta infalibilidad.

Así se desenvolvió la actividad política personal o. infalible de Cromwell que fue corroborada por su éxito absoluto, que él reconoció ampliamente y cuya verdadera naturaleza está expresada de un modo perfecto por el siguiente pasaje de una carta de Richard Meyer, hermano de su hija política:

«Realmente mi obra no es hija ni de nuestra inteligencia ni de nuestro valor y fortaleza, pues no hacemos otra cosa que seguir al Señor que va delante de nosotros y juntamos lo que él ha esparcido para que así aparezca todo como venido de Él».

A este mismo estado de ánimo corresponde la indignación con que manifestó a la clerecía escocesa que la batalla de Dunbar, aquella milagrosa revelación, aquella poderosa y extraña aparición de Dios, no era un suceso vulgar. De la misma forma prevenía más tarde a los irlandeses de que si ofrecían resistencia, tendrían que temer lo que la

Divina Providencia dispusiera sobre su suerte, *«en lo que es equivocadamente llamado el azar de la guerra»*.

Permítasenos en esta oportunidad volver nuestra atención desde la personalidad central de Cromwell al examen de la psicología del pueblo inglés en aquellos momentos. La lucha contra el rey estaba siendo sostenida por una parte de la burguesía rural y de la clase media acomodada.

A los ojos del pueblo en general y de una abrumadora mayoría de la aristocracia, el monarca no dejó ni por un momento de ser el ungido del Señor y el solo pensamiento de oponerse a él tenía forzosamente que producir horror ya que atacaba a los fundamentos más esenciales del superego. El ejército, que al principio sólo fue un instrumento en manos del Parlamento, empezó en seguida a hacerse independiente y concibió sus propios objetivos e ideales.

El lado negativo de estos objetivos e ideales fue la lucha contra el «*tirano*», mientras que el lado positivo fue el conseguir el poder y sus privilegios. Una vez que se hizo patente que incluso un Rey podía ser suprimido sin que el mundo se hundiese a consecuencia de ello, no existió motivo para que se abandonara el poder y se devolviera éste a su primitivo poseedor, el Parlamento, debilitado ya por la primera gran «purga» ejecutada por el coronel Pride.

En relación con esto debemos tomar ñola del hecho, de la mayor importancia, de que la purga en cuestión había tenido como objeto la eliminación de la cámara de los comunes de todos aquellos miembros que se habían opuesto a la ejecución del monarca. De esta forma se hizo posible contar con un Parlamento unánime, aunque servil, como un organismo que habiendo abdicado una vez de su propio ego-ideal tenía que convertirse en un débil e impotente instrumento en las manos de los nuevos gobernantes.

El fondo que servía de ambiente social a la revolución empezó a tomar forma muy pronto. Bajo la capa de un puritanismo militante y victorioso, la burguesía empezó a adquirir poder, dando así origen, por primera vez en la historia de Inglaterra, a un partido democrático

de la clase media. Tampoco faltaron elementos más radicales, incluyendo los comunicantes *«niveladores».* Las aspiraciones políticas de éstos estaban impregnadas de misticismo, lo que resultaba muy de acuerdo con el espíritu de aquel momento histórico.

Ante sus ojos se alzaba el último ideal y objetivo de la lucha: una visión sublime de la vida en común de los primitivos cristianos. Se expresaron opiniones, muy desusadas entonces, exponiendo que la propiedad privada en general, y especialmente la de la tierra, era una obra de Satán. El personal del propio ejército de Cromwell, incluso en sus más elevadas jerarquías, estaba formado por individuos que procedían de las más bajas capas sociales.

El coronel Pride, que llevó a cabo la famosa purga del parlamento, era cochero de oficio; Cornet Joyce, que capturó al rey y lo puso en manos del ejército, era sastre; el coronel Gordon era un lacayo, y así sucesivamente. Los puritanos, que componían principalmente el Parlamento Largo, eran, en su mayor parte, procedentes de la burguesía.

Durante la guerra civil, las regiones meridionales y orientales de Inglaterra, que eran, con mucho, las más ricas e industrializadas, se mostraron partidarias del parlamento. En estos territorios predominaba una nobleza de nuevo tipo, contaminada por las tendencias que dominaban en la burguesía, entonces en proceso de formación.

Al lado del rey permanecieron los condados del noroeste que estaban económicamente atrasados y donde aún se conservaba una gran parte del sistema económico feudal. Los partidarios del monarca, que fueron llamados *«Caballeros»*, eran los sucesores directos de la antigua nobleza feudal.

Cuando el rey fue conducido por las calles desde el tribunal, los soldados prorrumpieron en gritos de *«ejecución, ejecución»*. Sin embargo, las ventanas y las puertas de las tiendas estaban llenas de gente del pueblo, muchas de las cuales lloraban y rezaban en voz alta por el rey. El sentimiento popular estaba al lado del monarca que,

por su comportamiento en el acto de la ejecución y por sus últimas palabras dirigidas al pueblo, robusteció los lazos emocionales que le unían a la gran familia del pueblo inglés.

Cuando el verdugo, qué llevaba una máscara, mostró al pueblo la cabeza del rey Estuardo, un lamento profundo brotó de la multitud, según relata un testigo presencial que lo compara *«a un gemido como yo nunca había oído antes y deseo no volverlo a oír jamás»*.

Inmediatamente se desarrolló una escena extraña y espantosa en su impresionante horror. Hombres y mujeres, que habían dado dinero para que se les permitiera acercarse al cadáver real, mojaron sus pañuelos en la sangre todavía fresca y cortaron mechones de los largos cabellos de Carlos, que conservaron como una reliquia.

Esta escena evoca reminiscencias de culto totemístico en el oscuro pasado. Los hijos, desolados por la pérdida del padre adorado, quieren tener, cuando menos, una parte de sus restos para conservar de este modo algo de su fuerza misteriosa. Este incidente demuestra de una manera simbólica la relación existente entre el rey y el pueblo.

La nación no se consoló nunca dé la pérdida del monarca sufrida por medio de la violencia. Los elementos de la realeza que radicaban en el monarca difunto, permanecieron vivos en las Mentes de sus súbditos. El próximo futuro tenía que dar testimonio de esto.

En seguida recorrió el país un grito de horror. Una aureola de martirio y gloria coronó la figura del monarca asesinado. El pueblo creyó inmediatamente que Carlos había sido el mejor de los gobernantes y un mártir completamente inocente.

En vano él viejo Millón se lamentaba de que el pueblo *«con una embrutecida y degenerada bajeza de espíritu, excepto algunos pocos que todavía mantenían la vieja fortaleza inglesa y el amor a la libertad, se encontraba dispuesto a caer de bruces y adorar la imagen y memoria de aquel hombre que había recurrido a más tretas astutas para minar nuestras libertades e imponer la tiranía que ningún otro rey inglés que le hubiera precedido en el trono»*.

El curso de los sucesos y las actividades siguientes dé Cromwell le hicieron el dueño de todo el Reino Unido. La verdadera y definitiva silueta del dictador se destacó claramente en un fondo de batallas y de maniobras políticas.

Como guerrero, Cromwell no fue solamente un general y un estratega: las batallas fueron su alegría y la matanza de sus enemigos su mayor delicia. *«La prueba constante de la satisfacción de Oliver Cromwell en la matanza de sus contrarios es un hecho permanente que no puede ser olvidado y que constituye una parte substancial de su carácter»*.

En una carta a Walton, escrita después de una batalla, Cromwell le describe la muerte del hijo de aquél en el campo del honor, con estas palabras: *«Mientras el joven Walton yacía moribundo, dijo que solamente una cosa pesaba sobre su espíritu. Le pregunté qué es lo que turbaba su alma. Me contestó que pensaba que Dios no había consentido que siguiera siendo el ejecutor de sus enemigos»*.

El combate proporcionaba la felicidad a Cromwell porque le daba la oportunidad de llevar a la práctica y de satisfacer su innato sadismo y violencia de un modo que no sólo no iba contra las exigencias de su superego, sino que, por el contrario, creía que había sido ordenado por éste. En otra carta al mismo Walton, Cromwell le asegura que, *«nosotros deseamos la gloria de Dios y el honor y la libertad del parlamento, por todo lo cual luchamos unánimemente sin pensar en nuestro propio interés»*.

La violenta naturaleza de Cromwell se manifestó con creciente claridad en sus primeras actuaciones en el parlamento. Era evidente que no estaba dispuesto a sufrir ninguna oposición, y cuando reunió a la cámara, no sólo necesitaba convencerla, sino también aplastar a los que se le opusieran.

Esto se ponía aún ¡más de manifiesto cuando algún adversario atacaba sus sagrados principios religiosos, de cuya justicia, incluso en sus más pequeños detalles, estaba tan convencido, que constituía a sus ojos un dogma que no permitía la más ligera duda.

Cuando estallaron los disturbios de Irlanda, Cromwell, que era entonces un simple miembro del parlamento, contribuyó con toda su asignación anual a sufragar el coste de la expedición contra los execrados papistas. Ni entonces ni después se tomó la molestia de penetrar más profundamente en las causas que motivaban la lucha con Irlanda.

Cegado por el odio, no pudo ver la sombra de la culpabilidad inglesa, sino que sólo notó en los disturbios de Irlanda una manifestación del espíritu rebelde del papismo y una oportunidad magnífica para realizar una cruzada implacable.

Durante la expedición a Irlanda, Cromwell dio rienda suelta a sus instintos. Su crueldad no conoció freno; ordenó pasar a cuchillo a los habitantes de ciudades enteras y, más tarde, generaciones de madres estuvieron asustando a sus niños con la sola mención de su nombre.

Todo esto lo hacía en nombre de los sagrados principios de la fe puritana y a la mayor gloria del poderoso Dios de los Ejércitos. *«En Drogheda»*, según dice un biógrafo de Cromwell, *«el representante puritano de Dios se comportó como un loco homicida»*.

Cada paso dado en la guerra de Irlanda estaba, según la creencia de Cromwell, ordenado por Dios.

Después de la toma de Drogheda, excepcionalmente sanguinaria, afirmó, con evidente satisfacción, cuando relataba los acontecimientos del asalto y de la destrucción del ejército enemigo y de la población civil, lo siguiente:

«Los oficiales y soldados de aquella guarnición eran la flor de todo el ejército enemigo». Sin embargo, la última causa de aquel baño de sangre era Dios. *«Estoy convencido que esto es un juicio riguroso de Dios contra estos bárbaros miserables que han manchado sus manos en tanta sangre inocente»*.

Cuando se analizan las acciones de Cromwell durante la campaña de Irlanda a la luz de sus propias expresiones y cartas, notamos una

inflexibilidad y ansia de venganza que, en modo alguno, puede considerarse mitigada por algunos destellos de indulgencia e incluso de piedad que, de vez en cuando, tenía. Cromwell intentó salvar a la ciudad dé Wexford dándoles una oportunidad para que se rindieran.

No obstante ello, él general no consiguió contener a sus soldados, que perpetraron una espantosa matanza en aquella desventurada ciudad, como lo habían hecho en tantas otras. Sin embargo, Cromwell no lamentó lo que sucedió. Después de todo él había hecho lo que estaba en su poder y estaba completamente satisfecho de que la Providencia hubiese dispuesto las cosas de otra manera. La carnicería, que había constituido un perfecto éxito, ya no pesaba sobre la conciencia de nadie:

«Y, efectivamente, esta ciudad no se había grabado tan profundamente en nuestro corazón sin un motivo para ello, pues deseábamos que tuviera mejor suerte que una ruina tan grande, esperando que pudiera ser de gran utilidad para el ejército, pero Dios no lo quiso así, sino que, por sus inescrutables designios y con su rígida justicia, descargó sobre ellos su juicio inexorable motivando que fuera presa de los soldados que hicieron víctimas de sus excesos a muchas familias y respondieron, vertiendo la sangre dé los enemigos, a las crueldades que éstos habían cometido sobre las vidas de varios desgraciados protestantes».

Para Cromwell cada batalla era un verdadero juicio de Dios. El siguiente pasaje retrata admirablemente su disposición de ánimo al comienzo de una batalla, cuando no era más que un general:

«Puedo decir esto de Naseby: Que cuando vi al enemigo formado y marchando hacia nosotros en línea ordenada y que, por el contrario, éramos una partida de pobres hombres ignorantes, cuando trataba de organizar nuestra caballería, no pude por menos, al cabalgar solo delante de nuestras fuerzas, de ensalzar confiadamente al Señor, seguro de la victoria, porque Él quiere, en favor de cosas que no son nada, aniquilar otras que son mucho». Unos pocos días después de

la victoria de Preston escribió al gobernador de Escocia en la forma siguiente:

«El testimonio de que Dios está contra vuestras armas se hace patente, y si lo negáis tendremos que solicitar nuevamente la ayuda Divina y recurrir por segunda vez a la dura prueba de la batalla». Sin embargo, esto no era otra cosa que un incidente aislado en el panorama general dé los acontecimientos. Un hombre carente de preocupaciones teológicas llama a éstos *«acontecimientos»*, pero para un cristiano son *«gracias, manifestaciones, designios, apariciones de Dios»*. No se debía nada a la suerte y al azar, sino que cada batalla era una apelación a Dios.

Para Cromwell todas las victorias le parecían una prueba de la gracia divina y se consideraba a sí mismo, como dice Carlyle, *«un ministro de la divina justicia, un ejecutor de los veredictos de Dios contra los enemigos de Dios»*. La desobediencia al Señor era la desobediencia a Cromwell y viceversa.

Sus propios principios y directrices emanaban en línea recta de Dios, creía Cromwell, y en consecuencia, tenían que ser llevados a cabo dé una manera inexorable. Incluso cuando el dictador intentó mostrar algo de bondad e indulgencia hacia los vencidos, lo hizo depender de la docilidad sin reservas con que obedeciesen todas sus órdenes. De otro modo ¡desgraciados de ellos por haber ofendido la santa causa de Dios y de Cromwell!

El sentido de justicia, que en todo momento fue muy fuerte en Cromwell, gradual y ostensiblemente fue asumiendo el carácter de un fanatismo cruel y vindicativo. Las derrotas sufridas por sus enemigos eran siempre a sus ojos un castigo merecido, y sus propias victorias un signo infalible de la justicia de Dios. El mismo iba considerándose cada vez más como un representante de la justicia superior, un instrumento de Dios, el hombre elegido que tenía que realizar una gran misión.

La violencia y crueldad que desplegó en el campo de batalla no fueron otra cosa que una manifestación de sus tendencias generales

que cada vez se hacían más patentes y más fuertes. Las fobias primitivas de su temprana juventud se transformaron en un fanatismo religioso siempre insaciable, como si la conciencia de sus pecados y culpas buscase alivio aplicando los principios inflexibles de un superego austero y agresivo.

Esta fuerza dominadora, que nunca cesaba en sus exigencias, aumentó no sólo su agresividad y crueldad, sino que también extendió el alcance de su influencia y dominación.

La severa moralidad del *«Parlamento de Santos»*, promovida y dirigida por el dictador, se inmiscuyó, como sabemos, en todos los estamentos de la comunidad, en la familia y en la vida individual, sujetando a todos a un dominio absoluto y a una continua censura.

El país se fue transformando rápidamente en una escuela, en una gran institución correccional dirigida por maestros neuróticos y de una agresividad sádica.

Si nos detenemos a considerar la evolución en el método de gobierno seguido por un hombre que, incluso en el tiempo de su lucha por el poder, evidenció tendencias indicativas de una tolerancia magnánima, nos daremos cuenta en toda su magnitud de este problema: el modo cómo el espíritu del dictador se mil u rece y la forma cómo los elementos de agresividad y crueldad consiguen vencer a Eros.

Todo esto, finalmente, impidió que el gobernante de Inglaterra llevase a cabo un programa que Barébone desenvolvió, en un discurso en el Parlamento, con estas inspiradas palabras: *«Deberíamos ser piadosos... y benignos hacia todas las opiniones distintas a las nuestras; amarlo todo, mostrarnos suaves, tolerantes, caritativos, siempre que se trate de cosas buenas...»*.

Estas palabras reflejan fuertes tendencias hacia la comprensión y tolerancia qué Cromwell se esforzó en vano en poner en práctica. En un discurso pronunciado ante el *«Parlamento Corto»*, el dictador

proclamó la tolerancia y el amor hacia todas «*las ovejas y los corderos», incluso «los más pobres y equivocados*».

Prometió, con patente sinceridad, al enviado dé Luis XIV que intercedió cerca de él en apoyo de los católicos, una amplia tolerancia, citando el gran número de ellos que ya había salvado del fuego, *«el furioso fuego de la persecución que tiranizaba sus conciencias y confiscaba arbitrariamente sus bienes*».

Se mostró, de la misma manera, favorablemente dispuesto hacia el proyecto de conceder a los judíos plenitud de derechos, y, a la vista de los obstáculos levantados por los clérigos, brindó a los israelitas su gracia y protección, sin que, a pesar de ello, pudiese concederles la igualdad de derechos. Finalmente, procedió con gran tolerancia y comprensión con los cuáqueros, que durante la república y el comienzo del protectorado fueron perseguidos y privados de libertad.

Durante una entrevista personal celebrada entre el Lord Protector y el jefe de los cuáqueros, el famoso predicador Fox, los dos antagonistas religiosos establecieron un contacto que produjo finalmente un cambio radical respecto a la política seguida con aquella secta.

En una orden circular a todos los jueces de paz, Cromwell declaró que, aunque estaba lejos de su ánimo aprobar las erróneas prácticas y principios de los cuáqueros, dado que estas prácticas y principios se originaban de la equivocación más bien que de la maliciosa oposición a la autoridad, deberían ser compadecidos y tratados como gente afligida con visiones ilusorias, librándolos de las prisiones y considerándolos, en lo futuro, con amabilidad más bien que con severidad.

Si estas nobles intenciones por parte de Cromwell no pudieron siempre ponerse en práctica, si la dura realidad, a menudo, y de un modo tan notorio, las desmintió, la falta no radica exclusivamente, y es posible que ni siquiera originariamente, en las tendencias contrarias e intransigentes del dictador, sino en la manera de pensar y en la dureza de sus satélites, de aquella camarilla de dominantes que le rodeaba.

Los principios de Cromwell, su superego, se proyectaban con variados reflejos en las mentes de esa camarilla, bien se tratara de clérigos fanáticos o de *«santos del Parlamento Corto»*, de miembros del Consejo dé los Trece o de compañeros de armas del dictador.

En todos ellos, los principios que formaban el superego de Cromwell (o mejor, los estratos superiores de su consciente) encontraron no sólo un reflejo diverso y múltiple, sino también más tosco, más inflexible e incluso falseado.

Este fenómeno puede explicarse, por una parte, por las reglas generales que rigen la psicología colectiva que tiende a rebajar las mentalidades individuales más sutiles, y por la otra, por el contraste entre la personalidad genial y el promedio de las inteligencias que se satisfacen gustosas con fórmulas y sistemas adocenados.

Según esto, aunque Cromwell hubiese querido realmente obrar de acuerdo con sus mejores tendencias, no hubiera podido hacerlo debido tanto a la influencia funesta de su espíritu inconsciente como a la presión de la colectividad.

Por ello no sería enteramente justo hacer recaer sobre Cromwell toda la responsabilidad por los absurdos y exageraciones del régimen puritano, por todo aquel despotismo inquisitorial, hipócrita, fanático y falsamente moralizador.

Cromwell entró en la liza del combate con el propósito de libertar al país del despotismo de los Estuardos y del de los obispos. Para reemplazar a la monarquía se estableció la república y Cromwell fue su primer servidor y su primer protector.

¿No era él *«un pobre gusano y un débil servidor de Dios»*, como escribía, hablando de sí mismo, en una carta a su hijo, al principio dé la guerra de Escocia? *«Ya ves lo abrumado que me hallo y que soy digno de lástima. No vale la pena de perseguir el logro de una gran posición y de una intervención importante en los asuntos del mundo... Yo no he buscado estas cosas sino que, en verdad, he sido llamado a*

ellas por Dios, y, por lo tanto, tengo la confianza de que El hará que este pobre gusano y débil siervo cumpla la divina voluntad».

En otra ocasión empleó un tono de tan ferviente modestia que daba la sensación de que estaba buscando el mortificarse, y esto en un momento en que su gloriosa victoria de Naseby estaba reciente y tenía motivos para mostrarse orgulloso. Cromwell escribió a la Cámara de los Comunes: *«Puede creerse que se deben algunos elogios a estos valerosos hombres cuyo arrojo tanto se comenta; la humilde súplica que os hacen a vosotros y a todos los que se interesan por su bien, es que, en recuerdo de las mercedes divinas, se les olvide. Su mayor satisfacción es el ser instrumentos de la gloria de Dios y del bien de su país. Su mayor honor es que Dios les tenga presentes...»*.

Renunciando a todo reconocimiento de sus propios méritos, humillándose por completo ante la voluntad de Dios, el valiente caballero emplea tonos de bondad y tolerancia. En la propia comunicación a que acaba de hacerse referencia, dirigida a la Cámara de los Comunes, continúa expresando su indignación ante cualquier freno que quiera ponerse a la libertad de conciencia. La lucha se sostenía para conseguir la victoria de la causa divina y de la virtud; de acuerdo con ello, todos los hijos de Dios deberían ser protegidos y atendidos en sus necesidades.

Pero este tono era tan extraño a la mentalidad de la Alta Cámara, que cuando se publicaron las dos comunicaciones a que acabamos de hacer mención, se omitió en cada una de ellas los pasajes cuya difusión no se consideró conveniente, lo que demuestra, como dice Gardiner, que la misma idea dé tolerancia, en cualquier medida, era a la sazón accesible solamente a un pequeño grupo de selectos.

Cromwell creyó a veces ver una especial sublimidad en el renunciamiento del poder e incluso en la abolición completa de su propia personalidad. Exaltado hasta el más alto nivel, se refiere en un discurso, casi extático, pronunciado ante el *«Parlamento de los Santos»*, a los ejemplos dados por Moisés y Pablo *«que llegaron a*

desear ser borrados del libro de Dios si esto producía algún beneficio para todo el pueblo».

En este aspecto vemos también el otro lado de la medalla. El dictador implacable que había adquirido tan rápidamente un poder enorme en el país, parecía lamentar su posición prominente, humillarse a sí mismo, dudar antes de decidir graves medidas, demostrar, en fin, algo parecido a una debilidad. Además, rechazó la corona real que se le ofrecía, aun cuando evidentemente aspiraba a ella.

Está claro que no se sintió lo bastante fuerte para vencer sus reservas interiores ni para dominar la oposición de una parte del ejército. Estas dudas, y el sentimiento de su propia debilidad, profundamente oculto, es cierto, pero que se revelaba de vez en cuando, así como el temor a una suprema elevación final, complementan el retrato del jefe que, después de haber exterminado la realeza, llegó a ser, rápidamente, dictador.

Un análisis de las relaciones de Cromwell con el parlamento es esencial para tener un conocimiento adecuado de la actuación de Cromwell como gobernante, así como para comprender la verdadera naturaleza del proceso mental que se estaba desarrollando en él.

Una república, como observa acertadamente Buchan, no puede establecerse por la simple decapitación del monarca. El sentimiento mental de los diversos grupos sociales estaba tan alejado de la República como el del propio Cromwell.

La actitud de éste frente al principio democrático del gobierno por la mayoría, sin el cual es inconcebible casi una república, se refleja perfectamente en una conversación con E. Calamy, que, incidentalmente, tuvo efecto en los últimos años del protectorado. Este informó a Cromwell que de cada diez personas, en Inglaterra, nueve se encontraban en contra de él, a lo cual Cromwell contestó: «*¿Qué importa esto si yo desarmo a esas nueve personas y pongo una espada en manos de la décima?*».

Al principio pudiera haber parecido que Cromwell, puesto que era un campeón del Parlamento y su protector, colaboraría con él, tanto más cuanto que, en realidad, debía su propio poder al parlamento.

Sin embargo, la situación cambió en seguida por completo. En gran parte la propia debilidad y torpeza del parlamento y su esterilidad, aunque fuese disimulada por mucha hojarasca oratoria y una excesiva solicitud por sus propios derechos y prerrogativas, contribuyeron a este cambio en los acontecimientos. Un cuerpo legislativo de este tipo, carente de apoyo entre las masas populares y con la oposición de un ejército decidido y fuertemente armado, no tenía probabilidad de supervivencia.

Esta fase de los acontecimientos es, sin embargo, de menos interés para nosotros. La mencionamos únicamente para completar el cuadro y para evitar la apariencia de parcialidad. Por la misma razón no debemos pasar por alto la paciencia e indulgencia de Cromwell en las fases iniciales de su lucha con el parlamento y sus continuadas y perseverantes negociaciones con éste hasta que, finalmente, llevado a los últimos límites de la tolerancia por la inercia de la Cámara e incitado por el ejército victorioso que solicitaba clamorosamente el poder y sus privilegios, abandonó todo disimulo y dio rienda suelta a sus ocultas, pero profundas, tendencias.

Al principio Cromwell reprimió los violentos ataques contra el parlamento por parte de los jefes de su ejército que, en enero de 1652, exigían la disolución de la Cámara sin más dilaciones. El dictador se lamentaba con uno de sus amigos de ser empujado desde dos lados a un acto «*cuyas consecuencias le ponían los pelos de punta*».

Pero finalmente tuvo que decidirse y esta decisión la llevó a cabo, como sabemos, con toda inflexibilidad. El estallido de ira y de indignación moral que brotó en él durante la escena de la disolución del Parlamento Largo constituye una característica muy típica que demuestra el nacimiento en Cromwell de un espíritu dictatorial que estaba ya acumulando sus fuerzas.

En los primeros momentos se dirigió al parlamento ensalzando su obra y su solicitud por el bien común. Después cambió de tono y empezó a reprochar a los parlamentarios por sus iniquidades, egoísmos y otros pecados.

Arrastrado por la cólera y abandonando su asiento, comenzó a recorrer el salón de arriba a abajo acusando violentamente a cada uno de los diputados, apuntándoles con el dedo y citando ejemplos de su maldad e inmoralidad, tanto en su vida pública como en la privada. *«Probablemente pensaréis»*, gritó, *«que no os estoy hablando en un tono parlamentario. Conforme. Pero no podéis esperar una manera diferente de hablaros. Vosotros no formáis un parlamento»*.

Después ordenó a los mosqueteros que entrasen y arrojasen violentamente de su sitio al presidente. Lanzando un epíteto apropiadamente despectivo contra la maza, símbolo del cargo presidencial, ordenó que este instrumento fuese también retirado de allí.

La limitación, o mejor dicho, la destrucción de los derechos de la Cámara de los Comunes, que en el caso de que se hubiera permitido su subsistencia habría forzosamente amenazado la situación de Cromwell; la aplicación de la fuerza y el empleo de la violencia; todas estas acciones impulsivas envueltas en una capa dé ofendida moralidad, todo ello, en fin, ocasionó, a la vez, deleite al agresivo superego del neurótico pecador que estaba perpetuamente realizando la misión de un profeta militante.

En el momento en que los diputados, sucumbiendo a la coacción, abandonaban la sala, Cromwell lanzó a su paso una afirmación característica que iba de nuevo dirigida a disculparse y a demostrar la pureza de sus intenciones:

«Sois vosotros los que me habéis obligado a hacer esto, pues yo me he dirigido al Señor noche y día rogándole que me enviase la muerte antes de obligarme a dar este paso».

Después de la guerra civil, del regicidio y de la disolución del parlamento, se sintió por todos la necesidad de un gobierno fuerte. La ilusión favorita de Cromwell fue que estaba realizando todos los esfuerzos posibles para defender la institución parlamentaria. Esto se hace evidente en una conversación sostenida entre él y Whitelock que tuvo efecto mucho después del segundo golpe de Estado (disolución del Parlamento Largo en abril de 1653).

Cromwell se quejaba del parlamento e indicaba la necesidad de una autoridad fuerte que pudiese poner coto a los abusos de un cuerpo legislativo que aspiraba a tener el poder supremo, pero que era incapaz de gobernar. Whitelock manifestó la esperanza de que el parlamento rectificara sus pasos y observó que le sería difícil crear una autoridad de aquélla naturaleza. Cromwell contestó: *«¿Y qué pasaría si un hombre tomase sobre sí la responsabilidad de ser rey?»*.

Nuestras últimas observaciones van encaminadas clara-mente a fijar la manera de ser de la mentalidad, tanto colectiva como individual, que favoreció la constitución del protectorado o, en otras palabras, la dictadura de Cromwell. La relación del dictador con el siguiente Parlamento no fue otra cosa que la evolución lógica de las tendencias de Cromwell que acabamos de indicar. Su creencia de que era la persona elegida, su incapacidad para tolerar cualquier clase de oposición, su deseo de convertir en dóciles instrumentos a los diputados... todos estos estímulos fueron creciendo constantemente en él.

Esta situación se hizo evidente incluso con motivo del primer discurso de saludo dirigido por el Lord Protector a su parlamento (septiembre de 1654). Pronunció las frases de bienvenida con el tono grave adecuado a la situación y a la conciencia de su propia misión y superioridad.

Cuando los diputados, no obstante, se refirieron a la tradición dé la Constitución inglesa que garantizaba las prerrogativas inalienables del parlamento, Cromwell no dudó en hacerles presente el derecho

divino absoluto en que apoyaba su jefatura y el hecho de que él era solamente la única fuente del poder del parlamento, que, en consecuencia, sólo podría subsistir mientras le reconociese su suprema autoridad como jefe. Hemos oído ya palabras semejantes a éstas en otros momentos históricos anteriores. Carlos Estuardo no razonó de diferente manera durante sus luchas con la Cámara de los Comunes.

Por el contrario, concedió ciertos derechos al Parlamento, pero insistiendo siempre en que la fuente de estos derechos era el mismo. No sólo la manera de pensar de Cromwell, sino también su conducta con la cámara fue, cada vez más, recordando los métodos aplicados por el gobernante coronado aunque, por parte de éste, esa aplicación fuera desgraciada porque tuvo menos vigor y menos éxito.

Lambert, uno de los partidarios más celosos del dictador, preguntó a Ludlow, que era uno de los jefes de la oposición, por qué rehusaba reconocer el régimen del protectorado. Ludlow contestó: *«Porque tal régimen parece ser, en sustancia, un restablecimiento de aquel contra el cual todos nos unimos y habíamos conseguido abolir después de mucho derramamiento de sangre y pérdidas materiales»*.

Stirling Taylor; comenta así: *«Si se observa atentamente, se verá que Cromwell aprendió de Carlos la mayor parte de sus métodos»*.

Incluso en una materia tan característica de las prerrogativas parlamentarias como es la de imponer contribuciones, lo que en su tiempo constituyó una de las principales causas de la lucha entre el rey y el Parlamento, Cromwell se expresó de una forma que era casi un eco de la manera de pensar de Carlos Estuardo.

«Aunque algunos crean que es difícil allegar fondos sin la autoridad del parlamento en esta nación, yo tengo que aducir, ante el buen pueblo de este país, que no puede admitirse que se prefiera imponer una voluntad equivocada a atender a cosas necesarias aunque éstas puedan perderse». Aquí vemos claramente expresados los principios de un absolutismo puro y simple.

Su propia ambición de poder, combinada con la auto-conciencia de ser el hombre elegido por la sanción divina, hicieron creer a Cromwell que en este respecto es un prototipo del dictador moderno, que su gobierno era una bendición para el pueblo y que debía su existencia a la gracia de Dios. Por este motivo estaba decidido a ayudar a la divina gracia, en otras palabras, a imponer su gobierno por la fuerza. *«Antes querría ser arrastrado a mi tumba y enterrado con oprobio que consentir voluntariamente en la deposición de este Gobierno tan consagrado a Dios y tan aprobado por los hombres»*.

Así hablaba el nuevo ungido del Señor. De una manera semejante se expresó Carlos en la víspera de su condena a muerte. El asesino llegó a ser el eco de la víctima, empleando sus mismas palabras y alimentando sus propios pensamientos.

Las prerrogativas y la autoridad del padre ejecutado pasaron, por medio de una misteriosa fusión y mezcla de elementos de semejanza, al hijo victorioso que, por la fuerza de leyes fatales, pasó a ser de protector de la libertad a tirano, a un objeto de conspiraciones y odios.

Cuando después de la ceremonia, verdaderamente regia, de la toma de posesión del protector, éste, investido ahora con su nuevo cargo, regresaba a su palacio, su marcha era seguida por las aclamaciones de las tropas y observada por una parte del populacho con una mezcla de curiosidad y burla.

En aquel momento fue característico de la situación de la dictadura en el cuerpo social y en la mentalidad colectiva el hecho de que tanto los realistas como los predecesores del comunismo, los *«Niveladores»*, conspiraran contra la tiranía dictatorial.

Los que en otro tiempo fueron extremistas, los campeones de la libertad en el período heroico de la revolución, se levantaron contra el nuevo tirano. Uno de ellos, un individuo llamado Wildman, fue detenido en el momento en que estaba componiendo *«una declaración del libre y generoso pueblo de Inglaterra en armas contra el tirano Oliver Cromwell, Esquire»*.

El segundo parlamento del protectorado fue víctima de una severa purga. Sólo se dio posesión a aquellos miembros que firmaron la declaración de fidelidad y sólo éstos recibieron notificaciones especiales de admisión. Los miembros excluidos, que fueron 93, elevaron una protesta, que era una perfecta reproducción de las protestas hechas, en unas circunstancias parecidas, contra el rey.

En un lenguaje agudo y vehemente, condenaron las prácticas del tirano y *«el uso del nombre de Dios, de la religión y de aparatosos ayunos y plegarias para disimular la negrura de los hechos»*.

Sin embargo, ni la autoridad del dictador, ni sus promesas, ni sus auténticas proezas, pudieron imponerse sobre el espíritu colectivo ni asumir el puesto supremo en las jerarquías psíquicas, en otras palabras, ocupar el lugar del ego-ideal colectivo. La conciencia de esta situación de inferioridad y el deseo de mantener intacto su poder ilimitado obligaron a Cromwell a intensificar su despotismo y le llevaron finalmente a ordenar la institución de los comandantes-generales, que fue una verdadera dictadura militar execrada por todos los ingleses. Mientras protegían al régimen contra las conspiraciones, estos comandantes-generales intervenían a la vez en la inspección y robustecimiento de todas las leyes que regulaban la moralidad pública.

La exagerada y severa austeridad de estos funcionarios militares no era otra cosa que un reflejo de la siempre creciente austeridad del propio Cromwell, cuya actitud general en este tiempo puede caracterizarse brevemente como un apretamiento cada vez más fuerte de los nudos, hecho por su agresivo superego. A modo de ilustración permítasenos citar un pasaje de su alocución al parlamento de los Santos:

«Si algo vive en nosotros, os digo, si algo está en todos los corazones, es una cosa de la que yo estoy seguro que depende la libertad y la prosperidad: la reforma de las costumbres. Estas cosas conciernen al alma y al espíritu de los hombres. El alma es el hombre. Si aquélla puede conservarse pura, éste representará algo;

si no, me sería muy difícil comprender la diferencia existente entre el hombre y la bestia».

Tal espíritu de austeridad dejó sus huellas incluso en el más tierno e íntimo de los lazos. Como ejemplo de ello, consignamos las siguientes palabras de un fragmento de una carta a su esposa, en la que Cromwell le habla de su hija y de su yerno:

«Encarecida y frecuentemente rezo por ella y por él. Verdaderamente les quiero mucho y temo que Satanás les engañe, sabiendo lo débiles que nuestros corazones son y la ¡malicia del Enemigo que sabe usar para tentarnos de las falsas ilusiones de nuestros sentimientos y de la vanidad de nuestras palabras».

El temor al diablo y a sus tretas en la esfera de la moral dio un ímpetu adicional al despotismo del dictador y de sus comandantes generales en materia política. Es muy fácil considerar un intento de oposición, como la obra diabólica por excelencia, cuando el propio régimen se considera como obra de Dios y el gobernante se conceptúa un elegido de Él.

En consecuencia, la opinión pública estaba amordazada hasta tal punto que en la misma capital la prensa estaba limitada a una sola publicación que aparecía dos veces a la semana bajo dos diferentes títulos.

El puritanismo, considerado como un movimiento, alcanzó su culminación en este tiempo. Estaba inspirado no sólo por el odio hacia la monarquía de los Estuardos y hacia el catolicismo, sino también por una poderosa tendencia hacia la supresión de la vida instintiva y libre de trabas. Esta tendencia hizo que

Cromwell se deshumanizara y se convirtiera en un enemigo de la risa y de la alegría. Después de hacer un paralelo entre el fanatismo de Pitágoras, el de Mahoma y el de Cromwell, Spengler llega a la conclusión de que no sólo el puritanismo occidental, sino también el de otras culturas, carece de la sonrisa que brilla en todas las religiones primitivas.

Una fúnebre gravedad flota sobre los Jansenistas de Port Royal y sobre las asambleas de las *«Cabezas Redondas»* vestidos de negro, quienes, durante unos pocos años, procuraron destruir la Vieja y Alegre Inglaterra de Shakespeare, como si fuera una especie de Sibaris.

De esta forma, en la vida social, aunque naturalmente sólo en la del grupo gobernante, reinó absolutamente el superego agresivo, siempre dispuesto a reprimir todas las manifestaciones del sano instinto vital.

El descontento motivado por el régimen de dictadura militar fue tan grande y produjo tal agitación en el cuerpo social, que el agudo sentido de la realidad de Cromwell, así como su conciencia, le impulsaron, finalmente, a abolir la institución dé los comandantes, generales y a convocar nuevamente el parlamento.

Su comprensión de que la fuerza mal aplicada, contrariamente a las intenciones conscientes de Cromwell, no había conseguido traer la felicidad al pueblo en general, motivó que el dictador, en una proclama dirigida al *«Parlamento de los Santos*», renunciase al régimen de dictadura militar y se abstuviera del empleo de cualquier género de fuerza y violencia.

«A pesar de que», declaró el dictador, *«el sólo pensamiento de tener que realizar un acto de violencia era para ellos peor qué cualquier batalla en la que tomaron o pudieron tomar parte con el más grave riesgo de su vida. Se creyeron obligados, no a adueñarse del poder para ellos mismos, sino a separar la espada de todo influjo en la administración civil»*.

En consecuencia, el *«Parlamento de los Santos»* tenía de nuevo que poner en práctica la obra de Dios y el poder de Cristo tenía que inspirar los esfuerzos de aquellos santos hombres y dirigirlos hacia la creación del verdadero Reino de Dios. ¡Feliz, en efecto, el pueblo; felices las tierras inglesas que habían de presenciar este milagro!

De esta manera el espíritu de Cromwell oscilaba entre la pura agresividad del despotismo austero y la ardiente fe emocional en el influjo espontáneo de fuerzas ideales. Su fracaso en la primera dirección aumentó su tensión psíquica hacia la segunda.

No obstante, se sucedieron los movimientos de oposición y conspiraciones, sofocadas por la fuerza y terminadas con ejecuciones, incluso dentro del mismo ejército. De aquí que la historia del Protectorado no sea más que la historia de la creciente supremacía de Cromwell quien, de una manera gradual, se fue emancipando de la influencia política del ejército que le había elevado al poder hasta que, finalmente, llegó a convertirse en un consumado autócrata.

Para ello fue impulsado, no sólo por su poderosa personalidad, lo que ya era difícil de contrarrestar, sino también por la actitud general del cuerpo social sobré el cual el gobierno militar pesaba rudamente y que anhelaba aún un gobierno basado en la ley bajo el mando de un padre fuerte, pero justo.

Del mismo modo que la íntima fusión de las tendencias realísticas con el celo religioso constituye un rasgo característico de toda la personalidad de Cromwell, así también su espíritu de profeta y apóstol de la verdadera fe iluminó el camino por el que se condujo como un perfecto estadista en el campo de la política internacional.

La solicitud que sentía por la salvación no sólo de su alma y la de todos los ingleses, sino también por la de todos los pueblos de Europa y otras partes del mundo, se convirtió de un modo imperceptible en solicitud por el progreso comercial y el poderío del Reino Unido.

El lord protector, el gran predecesor del imperialismo moderno, quería conseguir para su país nuevos mercados y la supremacía marítima en todos los mares, pero a la vez ansiaba asegurar la victoria en Europa de la causa de Dios, es decir, del puritanismo, constituyendo una gran alianza protestante contra las supuestas maquinaciones del papismo combatiente.

En la mente del dictador se iba formando una vasta idea paranoica, quizá la primera manifestación de la manía persecutoria que existe en la historia moderna, centrándose alrededor de la amenaza católica. Esta idea oscureció el horizonte del gran hombre y falseó a sus ojos, por completo, la situación política de la Europa contemporánea.

España era *«enemiga de Inglaterra por disposición del mismo Dios»*, y el gran saqueador, Carlos X, rey de Suecia, era a los ojos de Cromwell, *«un pobre príncipe, absolutamente pobre... y un hombre que se ha jugado todo contra los intereses del papismo en Polonia y que siempre ha contribuido con sus campañas al bien de la religión protestante».* Estas palabras se referían a las grandes guerras de conquista sostenidas por el Monarca sueco que atacó Polonia, ocupó Prusia occidental, los estuarios del Oder, el Elba y el Weser, Livonia y los arzobispados de Brema y Verden... ¡Pobre Tartufo!

En la imaginación de Cromwell las grandes potencias de la Europa continental se estaban preparando para atacar a la virtuosa Inglaterra, y el mejor medio de defensa era atacar a su vez... La conquista por Suecia de los arzobispados tenía que constituir, según razonaba Cromwell, una base perfecta para el ataque contra los Estados católicos de Alemania, puesto que, como él trataba de probar ante el parlamento, la Europa católica estaba *buscando «por todas partes protestantes para devorarlos»*.

«El complot papista», vociferaba el dictador, *«es un plan contra vuestra misma existencia, un ardid y un complicado proyecto contra los intereses protestantes en todos aquellos sitios donde existan reformados que no son tan consecuentes como sería de desear. Si se consigue cerrarnos las puertas del Mar Báltico y si el enemigo se hace dueño de él ¿dónde irá a parar vuestro comercio?»*

De este modo la fanática agresividad del superego, sumada a la rapacidad de las tendencias imperialistas, se fundían en un todo coherente y constituyeron el origen de un inmenso plan que representaba una idea política de carácter paranoico.

Su enorme envergadura, adaptada a la talla inmensa del dictador, alcanzaba límites inconmensurables dignos de la ambición de Cromwell y de la intensidad de sus violentos deseos. El que había luchado con la espada en la mano y había encendido el fuego del fanatismo, se veía de repente rodeado de enemigos y con el país y la santa fe amenazados por la crueldad del enemigo.

A pesar de los éxitos de Cromwell, tanto en su política interna como externa, no obstante su prestigio, que derramaba la gloria sobre todo el Reino Unido, el descontento y la intranquilidad entre el pueblo crecían de continuo.

Parecía que al rehusar Cromwell la corona qué se le había ofrecido, debía haber reforzado su posición, tanto más cuanto que consiguió hacer hereditario su poder y de esta forma fundar una dinastía. Sin embargo, todos estos éxitos se hacían ilusorios a medida que brotaban nuevas conspiraciones y se multiplicaban los movimientos de oposición cada vez más frecuentes y fuertes.

El mismo espíritu de la nación inglesa se defendía contra el nuevo despotismo, y, por otra parte, lejos de haber renegado de sus tradiciones de lealtad a la realeza, suspiraba por las antiguas formas y símbolos. A la vez que las esperanzas puestas en el nuevo padre del país se desvanecían gradualmente, se idealizaba más la memoria del desaparecido padre del mismo.

No es de extrañar que, dado el curso de los acontecimientos, Cromwell se sintiera cada vez más solo y aislado. Además, su férrea constitución física empezaba a desfallecer. Las sombras de la muerte comenzaban a envolver al Lord Protector. Una de sus últimas conversaciones antes de su muerte revela las primitivas preocupaciones y ansiedades de su atormentado espíritu.

«*¿Crees tú que si se obtiene una vez la gracia de Dios puede perderse de nuevo?*», preguntó a uno de sus más próximos allegados. «*No*», respondió éste. Cromwell replicó con un suspiro de alivio: «*Entonces puedo descansar tranquilo, pues creo haberla*

conseguido una vez». De este modo sus antiguas fobias volvieron al ánimo de Cromwell antes de su muerte, pero se calmaron.

Después de hacer un examen de conciencia e inventariar sus merecimientos, Cromwell se convenció de que el capital de su moralidad y religión era suficiente para redimir sus pecados. Decía que siempre había trabajado para el bien de Dios y del pueblo fiel, a favor de Inglaterra. Sabía perfectamente que mientras algunas gentes le habían enaltecido de una manera excesiva otras le detestaban a pesar de los méritos contraídos.

Mientras vivió él Lord Protector mantuvo refrenadas las tendencias de la oposición, pero tan pronto como murió la Restauración se impuso rápidamente.

En diciembre de 1659 se reunió el Parlamento Largo, y aunque había sido llamado despectivamente *«parlamento de la Rabadilla»*, todavía representaba a los ojos del pueblo los restos de la constitución inglesa y disfrutaba del aprecio público en mucho mayor grado que el odioso régimen militar.

Cansando de experimentos, del nuevo despotismo opresivo y del gobierno de la manopla de hierro, la nación inglesa suspiraba por las antiguas formas tradicionales de vida. El general Monk, que, estando aún en Escocia, se había declarado a favor del restablecido parlamento, entró en Inglaterra a la cabeza de 6.000 hombres.

Con su ayuda se convocó un nuevo Parlamento libre, de acuerdo con los explícitos deseos del pueblo que se expresaron por numerosas peticiones. Gracias a Monk la transición desde el gobierno de una minoría armada al de la mayoría del pueblo se realizó pacíficamente y sin derramamiento de sangre.

El régimen puritano, establecido y apoyado por la fuerza, sucumbió sin que se tuviera que aplicar ésta.

Finalmente, el 29 de mayo, Carlos II, el nuevo monarca, hizo su entrada triunfal en su capital*. «Entre el clamoreo entusiasta de unos 20.000 hombres de infantería y caballería que blandían sus espadas*

y daban gritos de júbilo inexpresable, avanzó el cortejo real por las calles sembradas de flores y con los balcones engalanados, mientras repicaban las campanas y corría el vino en las fuentes preparadas al afecto».

«*¡Venciste, Galileo!*», podría haber dicho el difunto regicida, si hubiera vivido para presenciar el cambio de los acontecimientos.

La violencia destructiva del asesinato del rey repercutió contra la misma revolución y, al hacerlo, no perdonó ni siquiera los restos mortales de los jefes revolucionarios. Como un gesto de reparación y expiación por él crimen cometido, y por un acto de venganza por los males ocasionados por la guerra civil y el despotismo militar, los cadáveres de Cromwell e Ireton fueron exhumados de sus sepulturas de la Abadía de Westminster en el doce aniversario de la ejecución de Carlos y conducidos en un carretón sin ruedas a Tyburn para ser tratados allí de una forma horrible mientras la multitud lanzaba maldiciones e insultos.

Por lo que concierne a la psicología colectiva, la imagen del antiguo y tradicionalmente reverenciado Padre del País alcanzó el mayor prestigio y la monarquía renació de nuevo, pero su nueva forma conservaba las huellas dejadas por la lucha que sr había librado.

La adhesión a la imagen del Padre del País permaneció viva en la mente nacional, que ha continuado durante siglos firmemente leal a las tradiciones dé la realeza, pero las reacciones negativas contra la urania del rey decapitado y contra su segunda parte, representada por el despotismo del protector, han llegado a constituir un elemento inmutable en la formación del espíritu nacional y también de la constitución inglesa.

Ni aquél ni ésta tolera la sumisión a un déspota y es muy dudoso si cualquier dictadura podría prevalecer alguna vez en Inglaterra.

Para terminar, intentaremos hacer una síntesis psicoanalítica de Cromwell y su destino. A causa de la naturaleza extremadamente compleja de la personalidad de Cromwell, esta tarea resulta tan difícil

que nos gustaría mucho nías contentarnos con el material histórico que hemos presentado, tanto más cuanto que nuestro principal problema, os decir, las relaciones entre las masas y el dictador, aparece suficientemente claro en las líneas expuestas, dibujándose nítidamente contra el ambienté social que se deduce de dicho material.

Una inteligencia deseosa de profundizar busca, sin embargo, una síntesis, y mereceríamos ser censurados si abandonásemos a nuestro héroe sin haber encontrado para él un lugar adecuado en el terreno psicoanalítico.

Desconociendo por completo los conflictos básicos que pudieran existir en la infancia de Cromwell, por lo menos podemos imaginárnoslo. En un muchacho de disposición violenta, educado en una atmósfera de contención puritana y austeridad, debió indudablemente darse el proceso de represión enérgica, aunque insuficiente, del complejo de Edipo.

Tal represión forzada de las tendencias *«malvadas»* dejó tras de sí una huella visible en forma de un sentimiento de pecado y culpa, así como también dé terrores periódicos a la muerte. Este sentimiento sé encuentra indudablemente relacionado con los impulsos de un sexualismo precoz. Al joven *«pecador»* le parece hallarse fuera de toda esperanza de salvación. Algunas de las cartas que escribió más tarde, durante su vida, dan la impresión de *«un grito lanzado desde el abismo»*.

Otro vestigio de las experiencias infantiles de Cromwell fue su insaciable ambición, el deseo de ocupar el primer lugar (aunque constreñido por un sentido de culpabilidad), su ansia de poder y dominación, todos estos impulsos, en fin, que constituían un derivativo adicional de las tendencias sádicas.

El superego austero de Cromwell encierra una gran cantidad de agresividad reprimida y refrena los impulsos de violencia que, sin embargo, constantemente infiltraron en su yo la insaciable ansia por sus ideales y por armonizar sus acciones con las exigencias dé la

severa piedad puritana. El profundo sentimiento de pecado impone una actividad siempre renovada para purgar las viejas faltas.

Toda la personalidad de Cromwell lleva la huella de una fuerte vacilación. Sus elementos orgánicos y biológicos están seguramente influidos por la violencia de su temperamento, pero a pesar de ello la estructura adquirida por su personalidad es incuestionablemente muy compleja.

Por otra parte, una poderosa corriente del libido pugnó por ligar a Cromwell con su medio ambiente.

Esto se halla evidenciado por completo por el afecto que profesó hacia su familia y por el fuerte apego que sintió por sus soldados y colaboradores, así como por los sentimientos acordes que a su vez les inspiró a ellos.

Los frecuentes reflejos de comprensión, bondad y piedad, las tendencias hacia la tolerancia y la indulgencia observadas en nuestro personaje constituyen pruebas complementarias de nuestro aserto.

Los impulsos de su libido aparecen fundidos íntimamente con las tendencias agresivas. Su afecto es más bien dominante; su amistad, autoritaria y despótica, y su propensión a la ayuda están combinadas con él deseo de imponer sus propios principios y de conseguir el dominio.

¡Desgraciado del débil que pudiera rehusar el precio exigido por su afecto y protección! Cromwell se da cuenta inmediatamente de la resistencia que le rodea, pero puesto que no admite ninguna oposición, esta resistencia debe ser quebrantada. Se puede querer a los amigos, pero a la vez creerse en el deber de mejorarlos, juzgarlos y educarlos. En este sentido vemos a los impulsos agresivos puestos al servicio del superego despótico.

En el deseo de reparar la injusticia, la agresividad fanática de Cromwell fácilmente llegó a predominar sobre su bondad y comprensión. El objeto de amor que rehúsa ser completamente absorbido y dirigido llega a ser un símbolo de la realidad hostil y por

lo tanto debe ser destruido. Esto sucede especialmente siempre que se inmiscuyen intereses religiosos impuestos por los mandatos del superego.

La plena satisfacción de la propia agresividad en Cromwell supone no sólo el completo dominio sobre el objeto, sino también el deseo de hacer justicia al ideal severo, realzando su propio sentido de dignidad y, en último lugar, pero no en el menos importante, apaciguando el sentimiento de culpabilidad siempre dispuesto a aparecer.

De esto se originó la fanática moralización y el proselitismo que se ejercitaron no sólo sobre los grupos de obedientes secuaces que rodeaban a Cromwell, sino sobre todo el país en general. En consecuencia el sentimiento de poder del dictador se robusteció con la justificación de su elevada misión.

La auto aprobación de sus deseos, atribuyéndoles una sanción divina y una necesidad fatal, fue una manera característica de proceder en Cromwell, lo mismo como general que como dictador.

Una valoración crítica de los datos reales que se encuentran a nuestra disposición no nos autoriza para interpretar este fenómeno como un producto de la hipocresía. En este aspecto la sinceridad de la convicción de Cromwell fue completa y brotó de la profunda fuente de su personalidad que se había formado con la doctrina de Calvino y las enseñanzas del doctor Deard.

Operando contra estos dinámicos elementos de la mente de Cromwell, existían, como ya hemos visto, poderosos diques de contención. Las especiales circunstancias existentes así como la creciente tensión en la esfera de los impulsos derribaban con frecuencia estos obstáculos y entonces el dictador se entregaba a elementales accesos de obstinación.

Es evidente que con unos frenos inhibitorios tan fuertes, Cromwell nunca habría podido desempeñar su papel en la Historia sino hubiera sido por la situación específica de la evolución social e histórica con la que se enfrentó. Debido a esta situación, Cromwell tomó la

dirección de la lucha contra el monarca y finalmente guio el hacha que segó la cabeza del rey Estuardo.

A esta extremada tensión en la situación histórica debió Cromwell su oportunidad para poner en práctica en vasta escala los componentes agresivos de su complejo de Edipo, y es uno de los pocos mortales que pudieron conseguirlo así.

En el momento en que lo hizo, se sentaron en la mente colectiva los fundamentos de la futura restauración, en otras palabras, de la vuelta al pasado. Por lo que respecta al mismo Cromwell, la poderosa descarga psíquica le condujo más bien a un aumento en su sentido de culpabilidad que había tratado de compensar interiormente identificándose cada vez irías con el rey-padre asesinado, así como tendiendo con mayor fuerza día tras día hacia un régimen ideal que pudiese aunar todas las contradicciones y satisfacer todas las tendencias.

El propio Cromwell, no sólo tenía que llegar a ser el gobernante y el padre del país y del pueblo, sino también un gobernante y un padre mejor de lo que lo había sido el rey, que fue la última encarnación en el tiempo anterior de aquella idea.

Si el rey tuvo que ser eliminado a causa de sus transgresiones y de su oposición a los mandatos divinos y la verdadera fe (como los protestantes la entendían), el sucesor del rey tenía que esforzarse en gobernar y organizar al Estado de un modo más perfecto para llevar a cabo la voluntad del Señor y purgar sus propios pecados tan escrupulosamente como fuera posible.

La mente de Cromwell estuvo dominada por la gran idea dinámica de crear un Reino de Dios modelo, de transformar la situación existente elevando al pueblo al más alto nivel moral, realzándolo a planos tan elevados como los que ocupaba su propio grupo de servidores del Señor, es decir, la pequeña camarilla puritana.

Las imágenes en que cristalizaron estos ensueños de Cromwell contenían, muy en consonancia con la educación y enseñanzas de

éste, elementos del Viejo Testamento, puesto que el propio dictador, como hemos visto, adquiría en estas imágenes la talla de un profeta, casi de un Mesías.

Después de haber luchado por el parlamento con uñas y dientes solía dirigirse a él como a una asamblea de hombres santos y elegidos. En tales ocasiones su actitud idealísticas ocultaba la realidad de su vista y hacía que aquélla adoptase una forma sublime e ideal. Cromwell ensalzaba a los felices miembros del parlamento a quienes la Providencia había elegido para ser los ejecutores de sus grandes mercedes.

Estas actitudes idealísticas estaban tan íntimamente mezcladas con la agresividad que, a medida que el poder dé Inglaterra aumentaba, Cromwell soñaba con extender las mismas pautas ideales a otros países y quizá a toda Europa, es decir, establecer, en cooperación con otros aliados de su misma manera de pensar, la verdadera fe y el Reino de Dios más allá de los confines de su propio país materno.

La estrecha unión entre estos deseos ideales y la agresión se manifestó también en otros síntomas.

Siempre que su experiencia y su sentido de la realidad hicieron comprender a Cromwell la distancia que separaba sus sueños de la verdad desnuda, y siempre que se daba cuenta, una y otra vez, de que no todo el pueblo estaba dispuesto a convertirse en un instrumento sumiso de sus ele-vados designios, Cromwell caía en accesos de cólera e indignación. En tales momentos le dominaba un irresistible deseo de remover todos los obstáculos y de destruir a sus adversarios.

El famoso dicho de Cromwell de que quien no sabe a dónde va es quien va más lejos, estaba muy íntimamente relacionado con su acostumbrado método de buscar, a veces muy pacientemente, los designios e intenciones de Dios en los sucesos que se iban desarrollando y de extraer de ellos orientaciones para sus actividades futuras.

El sentido profundo de la frase que hemos citado resulta muy claro. Para buscar la suprema satisfacción de las propias ambiciones es necesario ocultarlas a la vista de uno mismo y no llegar a conocerlas.

Entonces, y sólo entonces, el Todopoderoso permitirá tal elevación y recompensará espléndidamente la incondicional sumisión a su voluntad.

Mientras servía a sus propias ambiciones y deseos, Cromwell no cesaba nunca de servir también los mandatos de sus más altos ideales. La medida de su satisfacción fue el sentimiento de encontrarse en armonía con los divinos mandatos y quizá también él de ver aplacado su sentido de culpabilidad.

Como hemos dicho antes, existe una significación profunda en su anhelo por conseguir la gracia divina en los últimos momentos de su vida. Es evidente que la ansiedad y la zozobra para obtener esta gracia le llegaron siempre hasta lo más profundo del alma.

No sabemos si Cromwell tuvo, originalmente, un deseo consciente de ser un jefe y un dictador. Se ha dicho que siendo niño soñó una vez con ostentar una corona, pero es lo cierto que tenía que llegar a la dictadura, impulsado como estaba por su propio genio, por las fuerzas dinámicas de sus impulsos y deseos inconscientes y por el imperio de los acontecimientos, así como también por el fatalismo de sus pecados, los pecados de un Edipo juvenil y de un regicida adulto.

MAXIMILIANO ROBESPIERRE

La revolución francesa ofrece un campo valiosísimo de estudio para el que se dedica a observaciones sobre psicología social. Este gran cataclismo histórico puede servirnos para entender muchos aspectos de las relaciones existentes entre los directivos de un movimiento y la sociedad en conjunto. El gran Jaurés insistía en su afirmación de que el punto de vista psicológico apoya la dialéctica materialista, como método de interpretación que los marxistas ortodoxos consideran como uno de los dogmas de su doctrina.

¿Cómo se produjo la dictadura del terror y cuál fue su ambiente psicológico? Algunos historiadores consideran que el terror fue una consecuencia inevitable de la actividad revolucionaria. *«Parece»*, dice Le Bon, *«que no se puede ser un apóstol de la revolución sin sentir la necesidad de matar a alguien o a algo. Esto es una ley psicológica casi universal». Dicho autor llega más lejos al añadir «que el Terror debería ser considerado como un procedimiento general de destrucción y no como un mero medio de defensa».*

Los apologistas de la revolución, encabezados por Aulard, contradicen este punto de vista. En su opinión, el terror fue una medida necesaria de defensa contra enemigos poderosos, externos e internos, y los jefes del terror y de la dictadura sucumbieron ante esta necesidad contra su voluntad y a veces con gran disgusto por su parte.

Cuando estudiamos los diversos factores que condujeron a la revolución, podemos destacar dos de ellos como esenciales desde un punto de vista psicológico. Estos dos factores fueron: el rápido crecimiento de un malestar profundo en contra de las condiciones existentes y el derrumbamiento de instituciones y normas que habían sido aceptadas universalmente.

El descontento general era debido a múltiples causas, figurando como las principales, el hambre que sufrían las clases más pobres y

el resentimiento experimentado por la burguesía cuya importancia social había quedado a un nivel desproporcionadamente bajo en relación con el enorme aumento que había obtenido en su riqueza y con su verdadera importancia en la vida de la nación. La aristocracia resultó ser la enemiga común de la clase media y también de la baja, embraveciéndose el odio de una y otra como una inundación tumultuosa.

La política internacional francesa contribuyó a la tensión psicológica de las masas. Por momentos crecía en intensidad y buscaba una válvula de escapé el odio violento contra las autoridades existentes mezclado con el anhelo de mejores condiciones de vida.

La gente culta de la época se hallaba muy influida por las doctrinas de los filósofos de la Ilustración que ponían en contraste la corrupción y decadencia de la civilización con un supuesto estado natural de inocencia del hombre. La inquietud universal se hizo cada vez más intensa dando ocasión a que el pueblo sintiera la necesidad de un cambio repentino y violento.

El sentimiento de protesta contra la realidad opresora provocó un ansia destructiva. Esta situación tiene una semejanza notable con la de algunos criminales psicopáticos, especialmente los piromaníacos.

Como ya hemos visto en otro lugar de esta obra, tales individuos, incapaces de soportar la realidad que se les opone, tratan de destruirla de un modo simbólico puesto que no pueden transformarla de acuerdo con sus deseos.

El segundo de los dos factores a que hemos aludido anteriormente, es decir, la decadencia de los antiguos ideales, puede ser definido psicológicamente como el derrumbamiento del súper-ego colectivo. La autoridad del rey, la Iglesia y la Nobleza, habían ido perdiendo gradualmente el respetuoso temor que inspiraban. La desintegración del súper-ego puso en libertad a las tendencias reprimidas.

El resentimiento, la envidia y otros impulsos agresivos empezaron a ponerse de manifiesto intentando destruir el orden existente. Las

instituciones que habían simbolizado siempre la represión y cuyas imágenes habían formado los elementos básicos del súper-ego colectivo, fueron los principales blancos contra los que se dirigieron las tendencias destructivas.

La lucha externa, es decir, la lucha entre el yo colectivo y las instituciones sociales, se desarrolló paralelamente con la lucha interna entre el yo y el superego. Pero el derrocamiento de la Monarquía, de la Iglesia y de la Nobleza, resultó, en algunos aspectos, más fácil de realizar que la liberación interna correspondiente.

La actividad constructiva del pueblo y de sus conductores se puso de manifiesto en la obra de la asamblea constituyente. En este cuerpo se constituyó un centro de acción legislativa, inspirado por personalidades prominentes que representan las aspiraciones de las clases oprimidas, contra las corrientes de anarquía y destrucción.

Incluso el más superficial estudio del periodo inicial de la revolución francesa revela que el violento estallido de la pasión colectiva y los brutales excesos que caracterizaron este período sirvieron como una válvula de escape para los profundos odios que se habían ido acumulando, y a la vez constituyeron una acción contra los poderes públicos que se atrincheraban en los puestos de autoridad.

La vuelta de Necker a su cargo y la convocatoria de los Estados Generales representan la primera victoria del pueblo francés sobré el régimen absolutista. La aristocracia, sin embargo, intentó entonces privar a los Estados Generales de todo poder auténtico para llevar a cabo reformas, esperando así reducir su condición a la de un cuerpo meramente consultivo.

«Nunca fue el entusiasmo reemplazado más de prisa por la execración», relata un testigo presencial. *«Vi al mismo parlamento que había sido aclamado triunfalmente el 22 de junio por haber convocado los Estados Generales, cubierto de oprobio el 25 del mismo mes porque trataba de imponer sobre esta Asamblea el carácter que había tenido en 1614.»*

La asamblea nacional, que se reunió en el Frontón Real, abolió las prerrogativas de la nobleza. Cuando se dirigían a la sesión, a la que el rey tenía que asistir, el guarda Sellos y el arzobispo de París se vieron rodeados por una multitud que los escarneció, les escupió y les injurió de una manera tan brutal que el secretario del rey, que acompañaba al guarda Sellos, cayó muerto del disgusto sufrido.

La religión, que parecía la más fuerte de todas las instituciones, fue uno de los primeros blancos de la cólera de las masas. La Iglesia y el clero se convirtieron en objetos de la persecución roas violenta. Las ceremonias religiosas fueron ridiculizadas; los elementos religiosos del ego-ideal colectivo se vieron sometidos a las más espantosas blasfemias.

Ciertos sacerdotes participaron incluso en prácticas sacrílegas y algunos llegaron a declarar sin reparo que sería la santa guillotina y no la cruz la que salvaría al mundo. El sangriento símbolo de la revolución reemplazó, en efecto, al crucifijo. Se usaron, suspendidas de collares, miniaturas metálicas de la guillotina.

En la mente del pueblo, el poder de la Iglesia estaba estrechamente vinculado con el poder del Rey. Por esta razón, los sepulcros reales que habían sido reverenciados como símbolos, tanto de la religión como del poder político, pasaron a ser objetivos de una reacción agresiva. El sagrado e histórico templo de San Dionisio, que contenía las tumbas de los monarcas de las casas de Valois y de Borbón, fue forzado y saqueado.

Hasta el ataúd de Enrique IV se vio extraído de su sepultura; las turbas colocaron los restos mortales de pie sobre una piedra, y, de esta forma, fueron profanados por la chusma feroz hasta que, finalmente, una mujer borracha descargó una bofetada impía.

Este acto macabro de agresión indica la intensidad del sentimiento emocional de que se hallaban investidos los símbolos del poder regio. El hecho de que grupos enteros de población, incluyendo una parte de la aristocracia, participaran en complots realistas, es también otra

prueba de la intensidad de los sentimientos originados por los símbolos de la autoridad.

Tales complots, naturalmente, intensificaron la dureza de las contramedidas revolucionarias. De esta forma la lucha intrapsíquica contra las antiguas ideas se reflejó en movimientos y demostraciones colectivas dirigidas contra los símbolos externos de aquellos ideales.

Existe también otro problema importante que debe tomarse en cuenta en relación con el ambiente psicológico de la lucha de clases. La antigua estructura feudal de Francia había empezado ya a desmoronarse mucho antes de que empezara la revolución. La nobleza había perdido ya gran parte de su prestigio, y, por el contrario, el llamado Tercer Estado (la burguesía) había ido adquiriendo importancia a medida que crecía su nivel cultural y aumentaba su riqueza; pero este estamento social se hallaba todavía obscurecido, en muchos aspectos, por los privilegios de la aristocracia.

El Tercer Estado, que aspiraba a adquirir un poderío legal y social que guardase proporción con su importancia económica, chocó inevitablemente con la aristocracia, que no quería abandonar sus privilegios y con ellos la única forma de dominio que todavía conservaba en sus manos. La burguesía, llevada de su avidez para conseguir sus objetivos, alteró gravemente la estructura interna del antiguo ego-ideal que se hallaba basada en la organización social arraigada de antiguo, y dé esta manera preparó la irrupción violenta de los impulsos destructivos.

Evidentemente, el rey y los aristócratas eran incapaces de renunciar a sus principios y privilegios, a los que se adherían con una terquedad ególatra. Las clases bajas se vieron impulsadas hacia un odio siempre creciente contra aquellos en los que veía la causa de sus males presentes y a los que consideraba como enemigos de su felicidad futura.

La burguesía, considerándose fracasada en sus deseos de poderío social, compartió este odio con las masas populares de las ciudades

y pueblos cuyas aspiraciones se limitaban generalmente a conseguir el pan de cada día que les era negado.

El odio da siempre rienda suelta a los impulsos destructivos, al sadismo y a la agresión. En una situación puramente individual, estas pasiones son, hasta cierto punto, posibles de dominar; pero el odio de las masas no puede ser refrenado nunca. Los relatos históricos y las memorias personales de la época contienen numerosos ejemplos de actos, llevados a cabo durante aquel período, de un carácter destructivo y, a menudo, francamente criminal.

Estos impulsos primitivos, motivados por el constante miedo a los enemigos internos y externos, fueron tan fuertes que la lucha revolucionaria no bastó para absorberlos por completo. Cuando cayeron las viejas barreras sociales, se alzaron, para reemplazarlas, nuevas formas de autoridad, surgiendo ideales y objetivos inéditos que brotaron de la lucha. No obstante ello, los odios, lejos de aplacarse, se concentraron de nuevo contras las instituciones recién creadas y continuaron perturbando el orden social.

La asamblea constituyente era demasiado débil para resistir a estas fuerzas y tuvo que dar paso al Terror, que, a su vez, no pudo poner término a la lucha de las facciones. Los relatos de la época demuestran claramente que la Gironda no era menos sanguinaria que la Montaña. En efecto, aquélla fue la primera en declarar, por medio de su portavoz, Petion, que los partidos de oposición debían ser suprimidos por la fuerza.

También trató de justificar las matanzas de septiembre, contribuyendo así a preparar el camino para el método de gobierno que Robespierre formuló con toda claridad cuando dijo que la defensa de la república exigía el aniquilamiento de toda oposición.

La fundación de la nueva sociedad sobre las bases de la tendencia igualitaria, arrojó por la borda los últimos vestigios de la estructura feudal. A la vez dio plena oportunidad para que se manifestaran el resentimiento y el odio.

«El concepto de igualdad», dice Le Bon, *«encubre frecuentemente sentimientos que son contrarios por completo a su verdadero significado. En tales casos representa, en realidad, una necesidad imperiosa de comprobar que nadie se halla por encima de nosotros, y un deseo, no menos intenso, de darse cuenta de que alguien está por debajo de nosotros»*.

Cuando los elementos nuevos del ego-ideal colectivo empezaron a substituir a los que habían sido atacados y destruidos, las tendencias hacia la dominación y la sumisión, hacia el auto-engrandecimiento y la adulación, que habían sido acalladas momentáneamente por el nivelamiento de la antigua organización social, encontraron otros medios de expresión.

Los generales y los dictadores pudieron satisfacer sus tendencias agresivas y sus impulsos sádicos, imponiendo su voluntad sobre las de los demás, y las personas de impulsos masoquistas hallaron el placer de someterse a sus dirigentes. Estos instintos primitivos se desencadenaron ampliamente en las asambleas nacionales y en los partidos y facciones.

Todas las asambleas nacionales, y especialmente la convención, estuvieron sometidas como esclavas a sus jefes, con el resultado de que se evolucionó rápidamente hacia la dictadura. La convención se convirtió en un instrumento en manos del Club de los Jacobinos, donde Robespierre reinaba de un modo absoluto, o del Comité de Salvación Pública.

Los soldados de fila de la convención, que constituían la Llanura, se distinguieron por su obediencia servil. Sus jefes encontraron poca oposición para imponerles sus decisiones, veleidosas y frecuentemente contradictorias.

Cualesquiera que fuesen los impulsos agresivos que la mayoría de los miembros de la Convención pudieran sentir, hallaron suficiente satisfacción al destruir los últimos restos del antiguo régimen, y al luchar contra sus enemigos, reales o imaginarios. En sus relaciones

con los dirigentes actuaron nada más que como una masa obedientemente pasiva.

Los nuevos elementos del ego-ideal colectivo encontraron pronto su forma definitiva. La reverencia que había sido prestada a las antiguas formas de gobierno, la devoción al rey a sus representantes, se transfirieron a los nuevos ídolos.

El nuevo gobierno, los conductores populares, los ideales revolucionarios, la nación, el pueblo, lo que, en último extremo, se llamó la felicidad del género humano, se convirtieron entonces en motivos de veneración. Se realizó incluso un intento para reemplazar los ideales religiosos generalmente sentidos por los de un nuevo culto, hecho a la medida.

Se propuso al pueblo una religión ilustrada, libre de supersticiones. La igualdad, la libertad y el patriotismo se convirtieron en los ideales del momento, desenvolviéndose, en el curso de la Revolución, en parte como una muestra de la reacción contra la autoridad opresiva, y en parte también como las bases para la defensa de la revolución contra sus enemigos. Cuando las monarquías europeas amenazaron a la república francesa desde todas partes, el ideal de la independencia de la nación quedó unido inseparablemente con el de la libertad personal.

El miedo a los enemigos extranjeros intensificó dé este modo el fervor patriótico del pueblo francés y a la vez aumentó su desconfianza y su odio hacia la nobleza que fue mirada como un aliado inseparable de los gobiernos extranjeros.

Este sentimiento de amenaza pendiente apareció también en otros campos además de en el de la defensa nacional; el miedo se convirtió en uno de los principales elementos del terror y de la dictadura.

Con la liberación de los impulsos agresivos de las trabas impuestas sobre ellos por las instituciones opresivas, el peligro de la anarquía estuvo siempre presente. Los movimientos sediciosos constituyeron

una amenaza constante para el gobierno. Todos, y cada uno de por sí, eran un gobernante en potencia.

Se llegó a producir un estado latente de amenaza de que se originara una situación de lucha de todos contra todos, como la descrita por Hobbes. Los dirigentes del terror alzaron barreras defensivas contra tales tendencias, aunque ellos mismos participaran frecuentemente de las mismas, acudiendo a medidas tan violentamente fanáticas como lo eran los actos de aquéllos contra los que estaban dirigidas.

Como los actos agresivos de los dirigentes igualaron en violencia a los de los que aspiraban a adueñarse del poder, ninguno de los que tomó parte en la lucha política tuvo razón para extrañarse de las medidas adoptadas por parte de sus adversarios. Además, la conducta arbitraria de las personalidades dirigentes produjo sobre las masas el resultado de aumentar su tendencia hacia la anarquía, y dé ocasionar en ellas un fuerte impulso hacia la violencia.

En esta atmósfera general de desenfrenada agresión ocurrieron incidentes que dan un claro ejemplo del grado extraordinario de sadismo a qué se había llegado en aquella época. Las personas complicadas en tales incidentes tenían probablemente una predisposición hacia la crueldad y se aprovecharon de la falta de una dirección política efectiva, dando así rienda suelta a sus impulsos criminales con el pretexto de defender a Francia y la revolución.

El juicio celebrado contra Lebon, antiguo sacerdote, quien, como íntimo colaborador de Robespierre, había realizado múltiples asesinatos en Arras y Cambray, ha sido relatado en una obra de dos volúmenes. Tal juicio revela actos de crueldad fantástica. *«Este libro es una pesadilla»*, dice un historiador, *«y es una creación del marqués de Sade transformada en epopeya»*.

Pero fácilmente podían esperarse estas manifestaciones de criminalidad primitiva por parte de verdugos que realizaban órdenes superiores. El sadismo de los dirigentes tuvo otro aspecto distinto. En este último caso las características psíquicas fueron más complejas, y el velo que las envolvía menos transparente.

El miedo fue el sentimiento que dominó a los miembros de la convención y del Comité de Salvación Pública, organismos éstos que dirigieron el reinado del Terror bajo la jefatura de Robespierre. Temiendo por sus propias vidas, aquéllos quisieron pagar a cualquier precio su propia seguridad.

Muchos años más tarde, cuando uno de aquellos hombres fue interrogado sobré cuáles habían sido sus sentimientos al intervenir en la ejecución de centenares de personas, contestó: *«Nosotros estábamos, sencillamente, procurando salvar nuestras propias vidas»*.

Los impulsos del yo, mantenidos de esta forma en un estado de tensión permanente, se concentraron en el punto donde las energías individuales se condensan exclusivamente en el problema de su supervivencia personal. La exterminación del prójimo dejó de ser un asunto al que se concediera gran importancia si con ello el individuo se consideraba protegido y no tenía más remedio que acudir a toda clase de excesos.

De la misma manera que los que se encuentran en un barco que se está hundiendo enloquecidos por el terror, arrojan a sus camaradas al mar en un esfuerzo frenético para alcanzar los botes salvavidas, los subordinados del dictador procuraron protegerse a sí mismo enviando a los demás a la guillotina.

No obstante esto, a medida que son estudiados los estratos más elevados del partido dominante y los instrumentos del terror, encontramos que las características psíquicas de las individualidades afectadas fueron más complejas y que las motivaciones de sus actos no pueden ser establecidas de un modo tan sencillo.

El deseo de permanecer en el poder puede ser considerado como un motivo simple. Sorel tiene indiscutiblemente razón al decir que, *«los terroristas de la revolución recurrieron a tales procedimientos porque éstos fueron el único medio que tenían para sostenerse en el poder, justificando estos mismos métodos con la afirmación de que su propósito era defender al Estado».*

Los factores ideológicos no son los elementos de menos importancia en la estructura psíquica. Si el nuevo régimen tenía que afirmarse con seguridad, los ideales y los objetivos sociales, que habían substituido a los antiguos valores en la mente colectiva, tenían que ser defendidos a toda costa.

Sin embargo, estos ideales fueron constantemente atacados por gente que permaneció leal al viejo régimen, y el miedo y la desconfianza enraizados en las masas contribuyó también a debilitar su fidelidad hacia los nuevos principios. Siempre estuvo presente el temor de que las antiguas creencias, que permanecían todavía latentes en forma de residuos inconscientes, pudieran finalmente ser restablecidas en el poder.

El hecho del asesinato del rey no impidió que su imagen continuara siendo una poderosa fuerza psicológica y el pueblo no quiso aceptar todos los símbolos substitutivos de veneración que se le ofrecían en lugar del simbolismo real. El pasado tiene un encanto poderoso para el inconsciente Para libertarse uno mismo por completo de ese atractivo hay que romper violentamente con el pasado, en especial si el conjunto social se halla también sometido a esa influencia.

Los nuevos valores que habían surgido, ayudados por una especie de fuerza catalítica, por el enorme peso de los sentimientos emotivos y de los impulsos, reflejaban solamente una actitud agresiva hacia los antiguos símbolos del poder y las fuerzas sociales que éstos representaban; estos valores expresaban también un profundo anhelo de una nueva organización social, encaminada a conseguir condiciones prósperas de vida y grandes realizaciones, y un deseo vehemente de reedificar en una nueva forma el edificio social que había sido demolido.

Tan gloriosos parecieron éstos ideales a las masas y a sus conductores que los consideraron como el propósito esencial de la existencia humana. Todos los que demostraron no poseerlos fueron ipso facto denunciados como enemigos del pueblo francés y de todas las cosas que se consideraban entonces amadas: la república, la

independencia nacional, la libertad personal, la felicidad del género humano, etc. Los políticos identificaron sus intereses personales con la defensa de estos ideales y, en consecuencia, reclamaron el derecho de aniquilar a sus rivales en nombre de la revolución.

«Convertiremos a Francia en una tumba inmensa antes que renunciar a regenerarla a nuestro modo», declaró Carrier.

La destrucción sadista recibió la sanción suprema. Se creyó que sólo se estaba destruyendo lo malo a fin de que pudiera ser reemplazado por lo bueno, pero, realmente, la destrucción llegó a ser un fin en sí misma, perseguido por aquellos que no podían resistir al perverso placer que parecía ofrecerles.

El sistema de pintar todo con colores exclusivamente negros, que es característico del fanatismo, fue empleado con gran frecuencia. Llegó a considerarse como absolutamente bueno cualquier recurso y cualquier crimen que sirviera a los intereses de los gobernantes. Todo género de oposición a los mismos se consideró como una cosa absolutamente mala.

Todos los que osaron pensar de forma distinta o mantenerse en un apartamiento sospechoso fueron incluidos entre las fuerzas del mal.

Como habían hecho los miembros de la Santa Inquisición, los delegados de la Convención no mostraron piedad alguna con sus víctimas. Ningún freno legal podía imponérseles, puesto que ellos mismos habían destruido un sistema jurídico y estaban creando otro. No permitieron ningún obstáculo a sus planes que pudiera ponérseles por parte de la nueva sociedad, imponiendo sus violentas medidas sobre el pueblo en nombre de la felicidad de éste. Parecían decididos a reformar a Francia, tanto si ésta quería como si no.

Esta actitud fanática se demostró evidentemente por la política seguida por el Incorruptible y su colaborador, el archicriminal Lebon. Lebon llevó a cabo las órdenes de Robespierre con obediencia ciega, colocando los deseos de su jefe sobre toda otra clase de consideraciones. Robespierre, obrando bajo el convencimiento

fanático de que él solo representaba la verdad y la virtud absolutas, vio toda la realidad circundante como un posible instrumento para realizar sus fines superiores y consideró justificado cualquier acto con tal que sirviese a sus propósitos.

Puede ser muy valioso profundizar en la vida personal de Robespierre para determinar la relación existente entre sus características como individuo y el papel histórico que representó. También puede tener gran valor la investigación de las condiciones específicas a cuyo amparo llegó a ser dictador de Francia.

La madre de Robespierre murió cuando éste tenía sólo siete años. Su padre, un hombre errático, sin guía ni norte, se sintió completamente desamparado después de la muerte de su esposa, a la que había amado profundamente, y tuvo que ser ayudado por sus parientes. Cuando Maximiliano llegó a la edad de 14 años, su padre se marchó un día de casa y no volvió nunca más, dejando sin auxilio alguno a sus tres hijos.

Los parientes dé éstos los recogieron.

Maximiliano Robespierre sobrellevó sus desgracias y su pobreza con una altivez orgullosa. Su hermana Charlotte escribe de él, en sus memorias, lo siguiente:

«*Es difícil darse cuenta de la profundidad del efecto producido sobre Maximiliano cuando fuimos abandonados en la orfandad. Tuvo efecto en él un cambio completo. Cuando se encontró de repente convertido en cabeza de la familia, se volvió juicioso, reflexivo y activo*».

Como estudiante del Liceo, Robespierre fue orgulloso, taciturno y trabajador. Estudió mucho pero se relacionó raras veces con sus demás compañeros. El abate Proyart, que fue su profesor, dice de él:

«*El orgullo, que fue la única guía de sus acciones, hizo que se aplicara en sus estudios en el Colegio de Arras; pronto resultó evidente que era, sino genio, cuando menos un alumno aventajado y paciente. La pobreza que había sufrido profundizó en su espíritu, y la sola memoria de la misma le repugnaba».*

Robespierre sintió profundamente que la mala reputación de su padre se reflejara en él y que el destino hubiese sido injusto. Esta profunda herida a su orgullo produjo importantes cambios en su personalidad.

Su laboriosidad y su ascetismo indican que había resuelto redimirse, a él y a sus hermanos, de la dudosa reputación de su familia, y, como su hermana Charlotte observa justamente, llegó a ser el respetable jefe de un hogar.

La intensidad de la lesión psíquica que sufrió Maximiliano cuando su padre les abandonó, se revela en esta significativa confusión suya.

«Tales espíritus (los que han sido cubiertos de afrenta por sus padres) sólo encuentran en su interior el amargo gusto de la injusticia, esa injusticia de la que son víctimas. Sus mentes, dominadas por el conocimiento del trato inhumano que han sufrido, sólo pueden concebir ideas siniestras y proyectos crueles. Para llegar al límite del horror sólo falta verlos un día yaciendo bajo la espada de la ley».

De esta forma, la reacción producida por la injuria que había recibido su orgullo en su temprana infancia, dominaba todavía sus actos cuando ya era adulto. Todas las pruebas conducen a demostrar que la amarga experiencia sufrida en aquel periodo de su vida tuvo una importancia considerable en la determinación de su futuro.

Cuando Robespierre fue elegido para la Academia de Arras, pronunció un discurso. En vez de dedicarlo al elogio de su predecesor, según era costumbre, utilizó esta oportunidad para denunciar los injustos prejuicios de la gente que arroja sobre toda una familia la repulsión en que ha incurrido un padre extraviado. Poco después, publicó un ensayo sobre el mismo tema. (Real Sociedad de Artes y Ciencias de Metz, 1784).

Este ensayo contiene una especie de fantasía en la que el rey otorga un señalado honor a un hombre que es generalmente despreciado a causa de que otro miembro de su familia se comportó mal. El hombre en cuestión, que era evidentemente representación del propio

Robespierre, halla el reconocimiento de sus méritos en la comprensión del rey-padre. Humillado y ofendido hasta entonces, es al fin recompensado por su virtud.

En realidad, Robespierre no era, en definitiva, el único recompensado, puesto que también el propio rey resultaba enaltecido al conceder sus beneficios al virtuoso y castigar al malvado. El imaginario Robespierre de este ensayo pudo entonces tener la satisfacción de considerarse a sí mismo como el supremo juez del bien y del mal en lugar de ser un objeto de desprecio y lástima.

Robespierre resultó un profundo conocedor de la naturaleza injusta de la sociedad cuyas instituciones estaban basadas en prejuicios. Decidió estudiar leyes para *«defender al oprimido contra sus opresores, abogar por el débil contra el fuerte que le explotaba y le oprimía, debiendo ser éste el deber de todos los hombres cuyos corazones no están corrompidos por el egoísmo. Constituirá el objetivo de mi vida el servir de ayuda a los que sufren y el castigar justicieramente a los, que no teniendo piedad para sus semejantes, se gozan en el sufrimiento de los otros»*.

La profunda sensibilidad de Robespierre ante el sufrimiento de sus semejantes le llevó a identificar sus propios dolores con los de la humanidad entera y aumentó su resentimiento hacia los que eran responsables de estas penalidades. Charlotte recuerda lo mucho que se trastornó su hermano a causa de los daños que sufrió un pichón que tenía.

Las referencias existentes sobre los primeros años del futuro dictador, demuestran que le aterrorizaba la idea de causar la muerte de otra criatura. Fue juez en una causa que se celebró en Arras, el 9 de marzo de 1782, y en la cual se condenó a muerte a un asesino. Durante los dos días siguientes Robespierre no pudo comer de tan intensa que era su preocupación y pena. *«Bien sé»*, decía, *«que el condenado era culpable, que era un criminal, pero ¡condenar a un hombre a muerte...!».* Finalmente dimitió el mencionado cargo

judicial, no queriendo continuar desempeñando durante más tiempo estos penosos deberes.

Indudablemente, Robespierre sintió una gran simpatía por los oprimidos y experimentó un deseo sincero de ayudarles. Encontró en las obras de Rousseau los fundamentos políticos y filosóficos de sus puntos de vista. No sólo aceptó las ideas de Rousseau, sino que llegó a admirar tan profundamente a dicho filósofo que empezó a identificarse con el mismo, a semejanza de Rousseau, Robespierre estaba convencido de que el hombre es virtuoso por naturaleza, pero que se halla corrompido por un sistema social injusto. Por lo tanto, su misión futura era restaurar al hombre en su estado natural de inocencia librándole de las deformaciones producidas en él por la sociedad en que vivía.

La fe de Robespierre fue la fe del *«Curé de Savoie»*, de Rousseau. Con frecuencia se refería a las injusticias y persecuciones de que había sido víctima el autor del *«Emilio»* a pesar de (o mejor dicho, a causa de) su conducta virtuosa. Tales afirmaciones de Robespierre indican claramente su identificación con su ídolo. Un informe que entregó a sus electores después de la disolución de la Asamblea Constituyente, contiene un recuerdo a Rousseau que dice así:

«El reconocimiento de que ha contribuido al bienestar de sus semejantes es la recompensa merecida por un hombre virtuoso. La gratitud de la posteridad, que rodea su memoria de honores, le concede el tributo debido, que sus contemporáneos le negaron. Como vos (refiriéndose a Rousseau) yo quisiera merecer un precio semejante a costa de una vida laboriosa e incluso de una muerte prematura».

Cuando Robespierre fue elegido para la Asamblea Constituyente, tuvo al fin la oportunidad de poner en práctica sus ideales y a la vez de satisfacer sus ambiciones. Se mostró muy activo y diligente, entregándose por completo a su misión. Se hizo evidente que por fin había encontrado el verdadero camino a que su vocación le llamaba.

Lo que para otros no era más que política se convirtió para Robespierre en la esencia y la religión de su existencia.

La vida de Rousseau y sus ideas afectaron profundamente a Robespierre. Empezó a considerarse a sí mismo como un cruzado envuelto por una horda de paganos. De este modo simbolizó su propio papel como el de defensor del pobre y del oprimido contra las fuerzas del mal. Su visión del Universo se hizo profundamente espiritual*. «El vicio y la virtud»*, decía *«dominan el destino del mundo. La Naturaleza nos enseña que el hombre ha nacido libre y, por el contrario, la experiencia de los siglos nos muestra al hombre esclavizado. Sus derechos están escritos en su corazón y su humillación está escrita en la Historia».*

Puede descubrirse, incluso en este primer período de su actividad política, la dirección de su desenvolvimiento psicológico y las fases porque pasó éste hasta el desenlace fatal.

Es evidente que Robespierre clasificaba a todos los hombres en virtuosos o corrompidos. *«Sólo hay dos clases de hombres», decía, «la de los corrompidos y la de los virtuosos. No hay que clasificar a los hombres de acuerdo con su riqueza o su categoría social, sino solamente de acuerdo con su carácter».*

Por virtuosos entendía aquellos que pensaban como él, puesto que el mismo se hallaba ya muy avanzado en el proceso de identificarse con sus ideales. Su principal criterio para juzgar la moral de los demás fue el grado en que éstos participaban de sus ideas. Los ideales de justicia y de libertad fueron, poco a poco, confundiéndose por completo con los propios idéales de Robespierre. Pero, como un historiador observa juiciosamente:

«Si la libertad y Robespierre fueran la misma cosa, entonces, la libertad, sería la tiranía».

Así empezó el proceso, de un fanatismo típico, dé convertir el mundo en el escenario de una lucha entre las fuerzas de la luz y las de la obscuridad. En una parte se hallaba todo lo conforme con la manera

de pensar de Robespierre. Allí estaba Ormuz, él espíritu de la luz y de la pureza. En el lado opuesto, encontrábase todo lo contrario y hostil. Allí reinaba Arimán, el espíritu del mal, de la perversidad y de las sombras.

De esto se deducía que, para fortalecer el imperio de la virtud, tenía que ser destruido el mal; pero, aunque la destrucción del mal fuese sólo el aspecto negativo de este proceso y en consecuencia únicamente un medio dirigido al fin de sostener la virtud, pronto adquirió, por sí mismo, la principal importancia.

Robespierre se fue convirtiendo gradualmente en un amargo censor dé la humanidad. Exageró la existencia del mal, de la oposición y del peligro, hasta tal extremo, que prescindió por completo de dar importancia a la virtud, a la cooperación y a la confianza en los hombres. Adquirió la costumbre siniestra de anotar los nombres de las personas que por una u otra razón incurrían en su desagrado.

Estas listas de nombres le proporcionaron el material para las futuras ejecuciones. Las listas se hacían cada vez mayores a medida que se hacían también más amargas e intolerantes sus opiniones sobre las diferentes personas.

Robespierre se consideró a sí mismo como el arquetipo de la virtud y no perdonó nunca a los demás los defectos que encontró en ellos. Nunca le fue difícil hallar una justificación a los actos de violencia cometidos en nombre de la virtud y de la libertad. Por otra parte, perdonó las conductas más feroces en tanto en cuanto los culpables le fuesen leales.

A la vez, Robespierre empezó a sentir que el peligro le amenazaba y que se cernía también sobre la república. Constantemente se imaginaba que se tramaban complots en su contra y en la de los ideales que representaba: al cabo de doce meses de gobernar, estos temores llegaron a ser tan manifiestos y sus medidas para ahogar las imaginadas conjuras tan despóticas, que el propio Marat llegó a decir que Robespierre estaba siguiendo el camino de la Inquisición.

Debe tenerse presente, en lo que a esto se refiere, que las manías persecutorias eran muy frecuentes en aquella atmósfera política. Por ejemplo, Barere declara en sus memorias que *«Marat fue un agente secreto de Pitt y del conde de Provenza y que Dantón apoyó activamente a la Comuna bajo la influencia de un partido poderoso situado primeramente en Alemania y más tarde en Londres»*.

Permítasenos examinar el concepto que Robespierre tenía de lo que se llamó *«el pueblo»*. Este término se hallaba constantemente en los labios del dictador, y junto con el vocablo «virtud» representaba para él todo él significado de su vida. En esta expresión se da una mezcla especial de sentimientos personales y de ideas generales.

Según la concepción de Rousseau, «el pueblo» significa, primeramente, las clases oprimidas, aquellas que se ven privadas de derechos y también de medios económicos. En otro, sentido, el pueblo es el conjunto de seres humanos más sencillos, que han sufrido menos los inconvenientes de la civilización y, por consecuencia, están menos alejados del primitivo estado de inocencia que, según Rousseau, disfrutan todos los hombres al nacer.

Las costumbres de la familia y las instituciones sociales sacan al pueblo de este estado de inocencia.

Era, pues, necesario romper estas barreras que, oprimiendo la virtud, habían creado las clases dominantes para mantener su poder sobre el pueblo.

Los recuerdos de sus experiencias personales dieron a las teorías sociales de Robespierre un contenido y una profundidad emocionales. El mismo había sufrido las injusticias que siempre habían oprimido al pueblo. Los privilegios hereditarios de los aristócratas hacían posible para éstos que despreciaran a los hombres que les superaban en inteligencia y virtud. De este modo, los enemigos del pueblo eran también los enemigos personales de Robespierre.

Como campeón del pueblo éste vengaría sus propias ofensas a la vez que las de las clases oprimidas. El dictador consideraba a estas clases como una especié de Cinderella y a él como el príncipe encantador que tenía que rescatarla.

Se sentía capacitado para desempeñar este papel ya que, a pesar de la desgracia en que había caído su familia a causa de la conducta de su padre, sus propias acciones habían sido siempre irreprochables y su carácter estaba muy por encima del de muchos de los que le habían tratado con desprecio. El pueblo era la personificación de la virtud en contraste con las clases superiores, y él era la personificación del pueblo.

La riqueza era para Robespierre el símbolo de las clases privilegiadas y también el símbolo del mal. Para Maximiliano la virtud estaba inseparablemente unida con la pobreza, o cuando menos con la ausencia de lujo.

Esta actitud indicaba un fuerte ascetismo y unas tendencias masoquistas que le impulsaban a rehuir todo placer, a rehusar la busca de la llamada felicidad personal y a encontrar solamente la pureza y la virtud en el sufrimiento. *«Yo también»*, decía, *«pude haber dejado vencer mi espíritu por la riqueza. Pero ésta es no sólo la recompensa del crimen, sino también el mayor castigo que puede existir. Prefiero ser pobre a ser desgraciado»*.

En las asambleas constituyentes sucesivas, Robespierre luchó por los derechos del pueblo y por el refuerzo de los principios revolucionarios. Su prestigio y su influencia aumentaron constantemente y, junto con ello, su propia confianza y su seguridad completa de que sus ideas eran justas y sus juicios infalibles. Iba convirtiéndose en un dictador tiránico, eliminando a los camaradas y a los adversarios en su intento de lograr el poder absoluto.

Robespierre se hizo cada vez más cruel a medida que la revolución incrementó su ferocidad. Fue el conductor espiritual de la revolución, su guardián y su guía. Ciertas fases de la evolución de sus ideas y de su personalidad merecen una atención especial.

Mientras luchó por los derechos del pueblo común y por la consolidación del movimiento revolucionario y sus progresos, Robespierre reconoció sólo tres categorías de hombres: enemigos, partidarios e indiferentes. Manifestó su odio creciente hacia los que consideraba como enemigos, y continuamente añadió nombres nuevos a los que ya figuraban en esta categoría.

Procuró despertar a los indiferentes de su letargo y persuadirles para que le siguieran. Sus discursos, cuidadosamente preparados, suministran la prueba de los esfuerzos que ejerció para conseguir nuevos partidarios.

El dictador consideraba como amigos suyos a aquellos de sus colaboradores que pensaban y sentían como él. El poder de sus secuaces aumentó junto con el suyo y estos colegas del Club de los Jacobinos y del Comité de Salvación Pública fueron los que constituyeron el verdadero poder gubernativo que dominó a la Convención y a Francia.

Dirigidos por Robespierre, estos hombres -defendieron los principios revolucionarios que aquél acostumbraba a señalar con el término «*virtud*». A medida que pasó el tiempo se les hizo más patente que sólo ellos (y, en definitiva, sólo el mismo Robespierre) sabían en qué consistía la virtud.

Defendiendo al Estado contra sus enemigos reales o imaginarios, esos secuaces de Robespierre fueron adquiriendo para ellos todos los privilegios que exigían para el pueblo.

Solamente estos hombres conocían lo que el pueblo necesitaba para su felicidad y la forma en que podía ser conseguida. Si el pueblo no coincidía con Robespierre y sus secuaces, respecto a lo que constituía su verdadera felicidad, entonces se haría preciso imponérsela por la fuerza.

El poder, que había sido arrancado de la Monarquía y de las viejas instituciones sociales, se concentró de este modo en las manos de un nuevo grupo dominante que superó a sus predecesores en

despotismo y crueldad. Las antiguas diferencias de clase fueron reemplazadas por otras nuevas, a despecho del énfasis ideológico con que se hablaba de la igualdad. Las formas externas de la democracia parlamentaria se conservaron en la convención, pero las verdaderas decisiones se tomaron siempre por unos pocos hombres que dominaban a aquella asamblea.

Todo el poder y toda la autoridad se concentró en la persona de Robespierre. Es cierto que, en su conciencia, éste consideraba al poder sólo como un medio de realizar sus objetivos revolucionarios, pero, inconscientemente, desempeñaba la misión de un Sumo Pontífice que impone la adoración a una nueva divinidad. Esta divinidad estaba representada, en su ego-ideal, como la *«virtud»*.

Siendo niño Robespierre había jugado a edificar iglesias. Cuando ostentó el poder, emprendió seriamente la creación de una religión nueva basada en las nociones de la virtud y de la razón pura. La antigua religión que él había contribuido a demoler, tenía que ser reemplazada por una creación ideológica todavía más fuerte que se hacía necesaria por el deseo del dictador de obtener la sanción de sus propios actos y de fortalecer la creencia popular en la sociedad nueva. Robespierre necesitaba un modo de justificarse a sí mismo ante el pueblo, así como también un procedimiento de refrenar los impulsos anárquicos de las masas revolucionarias, de cuyos impulsos él mismo no estaba enteramente libre.

El profundo sentimiento de culpabilidad que debía experimentar como resultado de sus actos despóticos, podía aplacarse debidamente sólo representándose tales excesos como pasos encaminados a la realización de un ideal aceptado universalmente. En relación con esto, constituye un detalle importante el que la ceremonia de la fiesta del Ser Supremo fuese la primera ofrenda que Robespierre presentó al pueblo francés después de las sangrientas ejecuciones.

Robespierre llegó a ser el sumo sacerdote de la nueva religión que él creó. Se consideró él representante en la tierra dé la nueva divinidad. De esta forma su egolatría tuvo una recompensa y vio colmadas las

exigencias de su ego-ideal. La vieja imagen del Divino Padre fue reemplazada por otra imagen que fue una proyección del mismo Robespierre, y la consideración de que él había sido el creador de este símbolo constituyó una magnífica recompensa por los sufrimientos padecidos.

Es evidente que el próximo paso de Robespierre en esta dirección habría sido proclamarse a sí mismo un dios.

Si él hubiese sido un completo paranoico o un esquizofrénico total, habría dado este paso, pero conservaba todavía un fuerte sentido de la realidad y un gran dominio propio. Además, el espíritu ilustrado y escéptico de su época, que él conocía perfectamente, contribuyó a contenerle en tan disparatado camino.

Robespierre continuó siendo el representante terreno de la virtud más bien que su encarnación divina. No obstante, cuando entró en el templo durante la ceremonia y se acercó al altar del Ser Supremo, pareció caer en un éxtasis religioso.

Sus rivales en la convención no quisieron aceptar un estado semejante de cosas y repudiaron la forma en que el dictador había asumido el papel principal en la ceremonia religiosa, protestando de que la utilizase como un medio de conseguir el poder absoluto.

Proclamando que el Ser Supremo *«había decretado la república desdé el principio de los tiempos»*, Robespierre identificó sus propias ideas con la voluntad de Dios. El Club de los Jacobinos, que servía a

Robespierre como una especie de cuerpo consultivo, le ayudó a proclamar la gloria de Dios que protege al inocente y castiga al malvado. No es difícil darse cuenta de que la divinidad a la que se referían, era, en realidad, una proyección del mismo Incorruptible y una creación de su megalomanía idealística y de su súper-ego narcisista.

De allí en adelante, la actividad política dé Robespierre asumió un carácter ético-religioso y el dictador se convirtió en el apóstol de la virtud, en el profeta militante de la república. A medida que el terror

se intensificaba, Robespierre tachaba a sus adversarios políticos de criminales viciosos, y en sus discursos públicos los epítetos morales substituían cada vez más a la terminología política. De hecho, después de 1793, las injurias, tales como felón, criminal, monstruo, etc., suplantaron casi en todas partes a las expresiones de la crítica política.

El carácter racionalista de la ideología nueva estaba subordinado al imperio de lo emocional. El círculo de los que se consideraban como verdaderos representantes de los ideales revolucionarios se hacía cada vez más cerrado. Los únicos hombres que se hicieron acreedores a formar en ese círculo fueron aquellos que, aceptando sin vacilación alguna las ideas y puntos de vista de Robespierre, le proporcionaron una fuente inagotable de satisfacción para su egolatría.

Robespierre encontró una fuente todavía más profunda de satisfacción, en este sentido, en sus amistades personales. Madame Duplay, en cuya casa vivía, tomó el sitio de su madre en su relación con él, tratándole con cariñosa atención y casi adorándole como un dios. Robespierre se sometió gustoso a la autoridad maternal de esta mujer y vivió con los Duplay contra los deseos de su hermana Charlotte, muy cariñosa, pero propensa a los celos. Algunos relatos de la época contienen la descripción de una visita hecha a Robespierre por un diputado llamado Barbaroux.

Mientras esperaba a Robespierre en la casa dé los Duplay, Barbaroux dirigió la vista a su alrededor recorriendo la habitación y sólo vio por todas partes retratos, bustos, aguafuertes y grabados en madera del Incorruptible. Sé creyó en un santuario dedicado a un dios llamado Maximiliano Robespierre.

Para sus contemporáneos, Robespierre ofreció una personalidad muy compleja. Los idéales religiosos se mezclaron en él con una facultad critica muy agudizada y una propensión acusada hacia profundos odios.

El culto que le rodeaba, tanto en su vida pública como en su vida privada, le proporcionó aún mayores estímulos para su intenso narcisismo.

Cuando el incorruptible estuvo enfermo, el pueblo esperaba, inquieto y temeroso, las nuevas noticias sobre el estado de su caudillo y protector a quien consideraba el único capaz de defender a Francia de sus enemigos. Un informe de la policía contiene la siguiente descripción de los efectos que la enfermedad de Robespierre produjo en las masas:

«Cerca del Jardín de Plantas se reunió una gran multitud para comentar el estado de Robespierre. El pueblo parece hallarse profundamente conmovido por el peligro que corre Robespierre. Se dice que si muriera, todo estaría perdido y que es él quien descubre las conspiraciones de los enemigos de la república. ¡Qué Dios conservé la vida de este incorruptible patriota!»

Sólo unas pocas semanas antes de la caída de Robespierre, un veterano le escribió lo siguiente: *«Os miro, ciudadano, como el Mesías que el Ser Supremo nos ha prometido que vendría a reformar el mundo»*.

Los cadetes de St. Cyr, la famosa escuela militar francesa, fueron llamados los pajes de Robespierre. Aimee Cecile Reynaut fue considerada como una parricida cuando se probó la culpabilidad en un intento de asesinato del dictador.

Todos estos hechos sirven para demostrar que el Incorruptible estaba dotado, en la mentalidad colectiva del pueblo francés, de todos los atributos de padre de la nación.

Robespierre ejerció una fascinación casi increíble sobre las masas. Era un orador mediocre; sus discursos eran largos, cuidados y muy emotivos; su voz carecía de resonancia y le faltaba la ardiente elocuencia de los oradores más convincentes..., pero, a pesar de todo ello, sus oyentes lr escuchaban extasiados. El pueblo acudía a oírle, alrededor de los lugares donde hablaba; las mujeres

sollozaban, a menudo, cayendo en un éxtasis de emoción al oír sus palabras.

Una carta de Camilo Desmoulins contiene una descripción de uno de los discursos de Robespierre:

«No os podéis imaginar», escribe, *«la naturalidad y la emoción con que se expresaba. No sólo se conmovían hasta derramar lágrimas las mujeres de las galerías, sino también la mayor parte de la Asamblea»*.

Un estudio de las arengas públicas de Robespierre, con su poderoso entusiasmo y elevado idealismo, en completa consonancia con la grandeza de los sucesos que estaban transformando a Francia, revela la intensidad de su fe en la sagrada misión que el pueblo francés tenía que realizar en medio de la revolución.

En su segundo discurso sobre Luis Capeto, Robespierre declaró: *«Ciudadanos: El éxito de nuestra lucha decidirá si nosotros somos enemigos rebeldes o benefactores de la humanidad y será la nobleza de vuestro carácter la que decidirá el éxito»*.

En su alocución sobre la constitución, pronunciada el 10 de mayo de 1792, proclamó el nuevo Evangelio, en los términos siguientes:

«El hombre ha nacido para la felicidad y para la libertad y, sin embargo, en todas partes se halla en un estado de esclavitud y de miseria. La misión de la sociedad humana es proteger los derechos del hombre y desenvolver sus necesidades naturales, pero, sin embargo, la sociedad oprime y degrada al hombre en todas partes».

Cuando hablaba del pueblo, podía exaltarlo en los términos más brillantes porque lo transformaba en una abstracción ética. Por ejemplo:

«En primer lugar afirmo el axioma incontrovertible de que el pueblo es bueno, pero que sus representantes son corruptibles. La virtud y la soberanía del pueblo es la única salvaguardia contra los gobiernos

malvados y despóticos... Sólo puedo reconocer un campeón del pueblo, y éste es el pueblo mismo».

Robespierre otorgaba los mismos elogios a la revolución:

«Además, aunque toda Europa se uniese contra vosotros, sois más fuertes que toda Europa. La república francesa es tan invencible como la razón y tan inmortal corno la verdad.» (De su informe sobre la situación política en 18 de noviembre de 1793.)

El Incorruptible expresaba su absoluta certeza en la victoria final, declarando:

«Sea cualquiera el destino que os espera personalmente, vuestro triunfo está asegurado. Para los fundadores de la libertad, ¿no es incluso la muerte una manera de triunfar?»

A pesar de su éxito como orador, Robespierre se sentía inquieto antes de pronunciar cualquier discurso. Cada vez, cuando empezaba a hablar, le temblaban las manos y balbuceaba, pero en seguida se entusiasmaba, recobrando la confianza en sí mismo, y hablaba sin nuevas dificultades. La profunda fe en sí mismo y en su causa, le permitían sobreponerse a su timidez.

Los motivos de su fuerza, como orador, no son difíciles de comprender. La inflexibilidad de sus principios, la fijeza e intransigencia con la que perseguía sus objetivos, el fervor y la fuerza poco comunes de sus convicciones, todo ello producía una gran impresión sobre el pueblo en unos momentos en que las instituciones, establecidas desde tantos años atrás, iban pereciendo y se ponían en tela de juicio.

Sus méritos personales sólo no serían suficientes para explicar su poderoso arraigo en las masas, si no tomamos también en consideración la afinidad que existía entre el carácter de este conductor de multitudes y el estado de ánimo de las mismas.

En sus amistades personales Robespierre se mostraba formalmente frío, desconfiado y muy tímido.

Aborrecía y temía la familiaridad excesiva con que otros le trataban. Se estremecía cuando algún amigo le saludaba inesperadamente dándole un golpe en la espalda.

Si tenía que besar a algún adversario político en el club de los Jacobinos como una prueba de reconciliación, enrojecía profundamente depositaba su ósculo con una expresión de profundo gusto. Dantón decía de él que, en aquellos momentos, parecía un gato que acaba de probar el vinagre.

Robespierre era también muy reservado en su trato con las mujeres. Aunque le gustaba recibir la adulación femenina a distancia, huía de toda confianza con ellas y las trataba con fría educación. La única mujer hacia quien demostró cierta emoción personal, fue la imperiosa y materna madame Duplay. Se dice que la hija de ésta fue la prometida de Robespierre, pero no existe ninguna prueba de un sentimiento de tal naturaleza entre Robespierre y madamoiselle Duplay.

La estatura de Robespierre y su fisonomía no producían la impresión de una gran virilidad. Parecía tímido, delicado e inseguro. Pero en la tribuna de los oradores de la Convención, o en el Club de los Jacobinos, se transfiguraba su personalidad y se volvía fuerte, vigorosa y llena de confianza en sí misma.

Resulta interesante describir el proceso por el cual los sentimientos de odio de Robespierre se enconaron hasta el punto de que comenzase a exterminar indistintamente a amigos y enemigos. En el juicio contra el rey habló en nombre del pueblo, pidiendo, en beneficio de éste, la destrucción total del viejo régimen, e insistiendo con vehemente impetuosidad en que el Rey debía ser condenado a muerte.

En el segundo de sus famosos discursos sobre este asunto, protestó enérgicamente contra urja moción presentada por un diputado en que se solicitaba que el veredicto fuese ratificado por la Asamblea Nacional.

En este discurso hizo una confesión característica suya, cuyo siniestro significado se aclaró por los sucesos que siguieron:

«Inexorable como yo soy cuando se trata de determinar de una manera abstracta el grado de severidad que la justicia legal debe mostrar hacia los enemigos de la humanidad, siento agitarse en mi corazón las virtudes republicanas cuando veo en mi presencia al delincuente que comparece, humillado, ante el poder soberano del pueblo... Pero, ciudadanos, la prueba suprema de la fidelidad que los representantes de pueblo deben a su país, se produce cuando sacrifican sus sentimientos iniciales de natural compasión para asegurar la salvación de un gran pueblo y de la humanidad oprimida.»

A medida que la lucha política se intensificó, el odio de Robespierre se manifestó con mayor claridad. Pudo cubrirse con la capa dé la necesidad política durante la purga de los hebertistas, pero la ejecución de Dantón no puede tener otra explicación que la de una animosidad personal.

Dantón fue uno de los primeros dirigentes de la revolución, un íntimo amigo y un camarada de Robespierre. Cuando murió la esposa de Dantón, Robespierre le escribió: *«Os amo mucho más que nunca ahora y os amaré hasta la muerte. En este momento estoy identificado con vos. Lloremos juntos, amigo mío, y hagamos pronto que los efectos de nuestra profunda pena sean sentidos por los tiranos que son la causa de nuestras desgracias públicas y de nuestros dolores particulares»*.

Un sentimiento de tal identificación con otra persona parece que debía proporcionar las bases de una amistad duradera. Sin embargo, la última frase de la cita que acabamos de hacer revela el espíritu despiadado de Robespierre, del cual fue finalmente víctima el propio Dantón. El Incorruptible quería hacer a *«los tiranos»* responsables de todas las desgracias, tanto públicas corno privadas; la diferencia entre las ofensas colectivas y las particulares ya no existía para él.

Con el vocablo *«desgracias»*, Robespierre expresa no sólo los verdaderos daños, sino cualquier cosa que le irrite, cualquier suceso que le ocasione un dolor psíquico, y proclama el derecho a identificar las causas de sus desgracias con cualquiera otra. Lleno de oculta irritación y recelo, envidiaba a su amigo por la felicidad, éxito y fuerza vital de que él mismo se encontraba falto por completo.

Con frecuencia se ha observado el antagonismo que resulta de las constituciones psicológicas contradictorias que entran en conflicto. En el caso particular de Dantón y Robespierre tenemos, por una parte, el esquizoidismo asténico de este último, y por otra, la magnífica ciclotimia de aquél.

Sin embargo, debemos tener presente que este conflicto de personalidades psíquicas no fue el único factor que motivó la ejecución de Dantón, ordenada por Robespierre y sus secuaces. Nunca se ha cometido un asesinato por la única causa de la disparidad de constituciones psicofísicas.

La muerte de Dantón se preparó de una manera cuidadosa por sus pérfidos colegas. Billaud-Varenne fue utilizado para formular las primeras acusaciones contra Dantón. El Comité de Salvación Pública expresó su mayor indignación ante estas acusaciones, e incluso el propio Robespierre defendió a Dantón... solamente, como apunta Liendre, para poder ejecutarle con más seguridad cuando llegase el momento oportuno.

Después de la ejecución de Hebert, Robespierre rompió abiertamente con Dantón. Secretamente proporcionó a Saint Just unos informes llenos de falsedades que debía servir como material de la terrible acusación. Estos informes eran una pura invención y de ellos se hizo uso a falta de cualquier prueba verídica contra Dantón.

Temiendo que si se le permitía defenderse, Dantón conseguiría probar su inocencia, Robespierre se esforzó en persuadir a la asamblea de que le condenase sin oírle. Cuando la Asamblea expresó su horror ante la idea de enviar al cadalso al héroe del 10 de

agosto sin darle la oportunidad de defenderse, el Incorruptible pronunció su fatal discurso.

El ardiente odio que Robespierre manifestó en este discurso debió obedecer a causas personales más bien que a las razones políticas que presentó para pedir la ejecución de su antiguo amigo. La superestructura ideológica de su mente llevaba a Robespierre, de un modo fundamental, a buscar la justificación de los actos que cometía y eran motivados por impulsos de odio y destrucción.

En este caso, la envidia debió jugar una parte importante, sino la principal, como sucedió también en el caso de Desmoulins, cuyos talentos literarios fueron envidiados por Robespierre. Dantón era un gran orador, dotado extraordinariamente con los dones de la elocuencia, y podría haber llegado a desplazar a Robespierre en la admiración del pueblo.

En su rabia envidiosa, Robespierre destruyó al rival que personificaba las cualidades de virilidad, optimismo y audacia, deseando tomar venganza en Dantón de todas las ofensas que tenía contra quienquiera que fuese y de todos los agravios que había recibido en el pasado, así como del profundo complejo de inferioridad que le abrumaba y del sentimiento de debilidad que no podía vencer.

En su discurso de acusación, Robespierre aseguró, por boca de St. Just, que la Revolución no debía, en modo alguno, devorar a sus propios hijos, pero que tenía *«el deber de hacerlo, aniquilándolos hasta con el último de los aliados de la tiranía, y ni un solo verdadero patriota debía perecer por causa de la justicia»*.

Hiciera o no Robespierre esta declaración de buena fe, lo cierto es que podía servir para justificar todos los crímenes y qué se utilizaría para denunciar como un aliado de la tiranía a cualquiera a quien se quisiera eliminar; por el contrario, cualquier persona a quien se deseara conservar como un amigo útil, podría ser ensalzada como un verdadero patriota.

Para Robespierre, el pueblo era infalible, pero él solamente era quien sabía lo que el pueblo deseaba, y en consecuencia, él era infalible. Por lo tanto, no podía admitir la posibilidad de error y rechazaba indignado las súplicas de las esposas de los acusados a quienes había hecho detener, contestando a sus ruegos de que se pusiera en libertad a sus maridos, de la siguiente manera: *«¿Es que la justicia del pueblo puede castigar a un inocente?»*. Quienquiera que asegurase que una víctima del Terror podía ser inocente, se hacía reo de blasfemia.

En Robespierre se desarrollaron dos desórdenes mentales básicos. Uno fue la absoluta identificación de su persona con la Revolución, Francia, la Justicia, la Virtud y el Pueblo. El otro consistió en que dividió la realidad en bien absoluto o mal, absoluto también.

El dominio del bien hizo cada vez más reducido hasta llegar a incluir solamente al propio dictador y a unos pocos íntimos amigos, mientras que, por el contrario, los dominios del mal crecieron hasta llegar a comprender al mundo entero.

El odio, el miedo y la desconfianza le hicieron ver enemigos por todas partes. Hacía vigilar cuidadosamente a los hombres de quienes sospechaba que pudieran intervenir en conspiraciones contra él, y como ya hemos indicado, llevaba una relación en la que constaban, diariamente anotados, los nombres y los actos sospechosos de lodos los que tenían la desgracia de incurrir en su enemistad, y también llevaba un diario, en él que nunca hacía constar ninguna autocrítica, puesto que sólo podía darse cuenta de sus propias perfecciones.

El exterminio de sus enemigos fue un proceso de limpieza por medio del cual esperaba lograr la perfección moral, sino del pueblo en su totalidad, cuando menos de la convención, y si no de toda ella, del Comité de Salvación Pública como mínimum.

Robespierre comenzó a formular planes para purgas futuras, práctica ésta que, corregida y aumentada, ha sido practicada más tarde por los bolcheviques. *«El terror»*, declaraba Robespierre «no es otra cosa

sino la justicia, pronta, severa e inflexible, y, por consecuencia, la encarnación de la virtud». (6 febrero 1794.)

Los ejecutores sinceros del terror se proponían purgar a Francia de sus enemigos hasta hacer innecesaria la futura tiranía, que también se haría imposible, abriendo así el camino para la constitución dé una Sociedad democrática e igualitaria.

Se confiaba en que las feroces crueldades cometidas por el terror evitarían todos los crímenes futuros.

Si la crueldad puede ser justificada, no existe mejor justificación que ésta. Sin embargo, el propio Robespierre había prevenido al pueblo contra el abuso fanático del poder, cuando, en uno de sus primeros discursos, dijo:

«*¡Desgraciado el hombre que osase utilizar el Terror contra el pueblo! El Terror sólo puede usarse contra los enemigos del pueblo*».

El amor de Robespierre por Francia, la libertad y la revolución, estuvo contaminado por el odio hacia todo lo que creía que se levantaba frente a sus planes, obstaculizando su camino. Su manera de proceder en este sentido fue descrita, de un modo claro y terminante, por las siguientes siniestras palabras de St. Just:

«*Hay algo de terrible en el sagrado amor por la propia patria; este sentimiento es tan exclusivista que sacrifica todo sin piedad, sin temor, sin consideración humana alguna frente al interés público*». (Informe del 11 Germinal).

La absoluta rigidez de las ideas, sobrecargada con una sensibilidad enfermiza, fue un resultado de las características de la época y de la lucha que estaba teniendo efecto. Robespierre, en un ensayo que le había hecho merecedor de un premio en la Academia de Metz cuando era estudiante, dio una definición filosófica del honor que revela el absolutismo de sus ideas incluso ya en aquella temprana edad.

Definió el honor diciendo que *«tiene razón cuando está basado y se confunde con el deber. Existiría incluso cuando, lejos de las miradas de los hombres y sin otro testigo que los cielos, no existiera otro juez que la propia conciencia»*.

Es importante observar que este absolutismo filosófico era un reflejo de la autoridad absoluta ejercida por el súper-ego.

Por un proceso semejante de fusión, Robespierre identificó los ideales de Rousseau, que había adoptado en su juventud, con la verdadera esencia de la realidad. Cuando ya no tuvo otro remedio que ver que estos ideales no eran realidades, sino sólo creaciones de su imaginación, hizo recaer toda la fuerza de su odio e indignación contra aquellos que, a sus ojos, eran responsables de tal estado de cosas. El hombre nace bueno, como decía Rousseau, maestro de Robespierre, y sólo la civilización le hace malo.

No hay nada más característico a este respecto que la apoteosis de la revolución ordenada por el Decreto de 18 Floreal para ensalzar *«al Ser Supremo y celebrar fiestas en su honor»*. Robespierre, entusiasmado por las proezas revolucionarias del pueblo francés, y seguro de la aprobación de los poderes celestiales, exclamó:

«¡Oh Ser de los Seres! ¿Pudo ser más esplendoroso el día en que el universo surgió de tus poderosas manos que éste en el que, roto el yugo del crimen y del terror, aparecemos ante ti, dignos de tu consideración y de tu interés por nuestro destino?»

Pero así como Satanás destruyó la felicidad paradisíaca de nuestros padres, también en este idilio moderno no podían faltar las intrigas y maquinaciones de los enemigos de la revolución que intentaban dar al traste con él. *«Los charlatanes vuelven a mostrarse de nuevo activos. Habiéndose conseguido la fe y la sublime unificación del primer pueblo del mundo, ¿quién hubiera podido pensar que semejante crimen pudiese todavía existir en la tierra?»*

De esta manera, el himno en honor del Ser Supremo fue empleado a la vez como una acusación contra los enemigos del pueblo, o, más exactamente, los enemigos de Robespierre.

Estos *«charlatanes»* fueron los que le acusaban de ser un tirano. Estos mismos habían puesto en movimiento el proceso contra Dantón, y, ahora, en un intento de derrocar al Incorruptible, le reprochaban la muerte de Dantón. Robespierre, como máximo sacerdote del Ser Supremo, terminó su himno con esta afirmación de mal agüero:

«Yo fui hecho para luchar y no para gobernar. Todavía no ha llegado el tiempo en que un hombre de mérito pueda servir impunemente a su país; los defensores de la libertad serán proscritos mientras los bribones detenten el poder».

De ésta forma, el Sumo Sacerdote era también Fiscal, Juez, policía y ejecutor, todo a la vez.

La culminación del proceso que ha sido delineado fue la ley de Pradial, que acabó con la justicia legal al privar al acusado del derecho de defenderse. Esta ley se basaba en la teoría defendida por Robespierre de que los jueces del pueblo eran a la vez los mejores amigos y defensores del acusado, puesto que, como representantes de la virtud absoluta, eran incapaces de confundir al inocente con el culpable.

Cuantas más víctimas sacrificaba Robespierre en el altar de la virtud absoluta, más fuerte se hacía su sentido de culpabilidad y mayor era su necesidad de justificar sus actos por razón de su sagrada misión. No fue una mera coincidencia que, inmediatamente después de las ejecuciones en masa y de la muerte de Dantón, Robespierre dispusiese la celebración de ceremonias en honor del Ser Supremo. Este fue su último intento de disculparse ante sus propios ojos.

Una tarde, en casa de los Duplay, Robespierre leía su diálogo favorito entre Sila y Eucrates, incluido en las obras de Montesquieu, ante una reunión de invitados. Después de algún tiempo, sus oyentes se

dieron cuenta de qué no miraba al libro. No necesitaba consultar el texto, pues las palabras que se relacionaban con su propia carrera política estaban profundamente grabadas en su memoria:

«El derramamiento de toda esta sangre fue precisamente lo que me permitió llevar a cabo mis mayores proezas. Si yo hubiera gobernador benévolamente a los romanos, me habría visto obligado a abandonar mi posición, por la fuerza, el disgusto o el capricho. Pero yo renuncié a mi dictadura en un momento en que no había nadie que no creyese que la dictadura fue mi único medio para conseguir la salvación del país. Aparecí ante los romanos como un ciudadano entre los demás y me atreví a decirles: "Estoy dispuesto a responder a todos aquellos que vengan a defender a un padre, a un hijo o a un hermano". Todos los romanos permanecieron silenciosos en mi presencia.»

La convicción de que tenía absolutamente la razón, era la única defensa de Robespierre frente a su creciente sentido de culpabilidad. Cada vez se alejó más de la realidad, concentrando su mirada en sus idéales para huir de su propio reconocimiento del carácter brutal dé las medidas que tomaba. Sus ideas éticas se hicieron irreales y abstractas. Llegaron a absorber prácticamente todo su lívido.

Como resultado de su fijeza de concentración en las nociones absolutas perdió el sentido de la diferencia entre los intereses del pueblo y el suyo propio. Pudo realizar actos que eran motivados por el odio o por el orgullo ofendido, creyendo que sólo hacía lo que era necesario para la defensa de la república. El principal objetivo de Robespierre fue la reedificación de Francia de acuerdo con sus propias ideas.

La dictadura fue solamente un medio necesario para conseguir este fin. Sus colegas sé daban cuenta de la sinceridad de sus ideales, pero algunos de ellos empezaron a comprender los peligros que se encerraban en su identificación con los términos absolutos de lo justo.

Después de escuchar la mayoría de los discursos de Robespierre ante el Comité de Salvación Pública, uno de sus amigos le escribió una carta en la que, con perspicacia, prevenía a Robespierre de las

consecuencias a que podía conducir semejante camino. «*Después de asistir a varias sesiones*», escribía, *«me he convencido de que manteníais bajo vuestro dominio a la Asamblea y de que las galerías estaban también a vuestro favor. Pero al hablar siempre de uno mismo, de la propia virtud, de los propios principios, del propio sacrificio por la libertad y de los peligros de que se está rodeado, es, simplemente, una forma demagógica de conseguir votos»*.

La carta terminaba con una advertencia personal: *«Estáis muy lejos de sostener puntos de vista destructores para la libertad, pero ¿podéis tener la seguridad de que alguna influencia nefasta no os empujará en esa dirección de una manera imperceptible?»*

Pero la fe del Incorruptible en sí mismo era tan fuerte y tan firme la auto justificación de sus actos, que, hasta el mismo final, se consideró inocente de todo crimen. Así, su discurso último en el que, con profunda indignación y dolor, acusó a sus enemigos en lugar de intentar justificarse, fue una expresión sincera de su convicción de que cualquier clase de injusticias que pudieran haberse cometido, no podían ser cargadas en su cuenta.

«*¡Qué otra cosa soy yo sino un infortunado esclavo de la libertad!*», exclamó el héroe de la Revolución cuya condena estaba decidida. Se presentó ante la Asamblea Nacional hostil como una víctima de intrigas, y culpó a los enemigos de la revolución de todos los crímenes de que se acusaba al terror. No parece que hubiera ninguna nota de hipocresía en lo que dijo, pero es evidente que era tanto una víctima de delirios paranoicos como de las maquinaciones de sus enemigos.

El principal problema de este estudio consiste en determinar hasta qué grado el carácter y las actividades de Robespierre fueron responsables del terror, del que se constituyó en guía espiritual.

Debe darse por bien entendido que separar los actos de Robespierre del contenido general del período revolucionario no es un buen camino para llegar a juzgar al hombre. Robespierre fue arrastrado por acontecimientos y por pasiones populares que se agitaban a su

alrededor y, en cierto sentido, él mismo fue una víctima de la revolución.

El Comité de Salvación Pública, que fue el principal centro de sus actividades en los últimos años de su vida pública, no fue organizado por él, sino por Dantón e Isnard, los girondinos. Se estableció en abril de 1782, cuando la traición de Dumouriez había hecho inminente el peligro de una invasión por las potencias extranjeras, cuando él pueblo se hallaba evacuando París y el Parlamento se encontraba profundamente dividido.

En aquel momento, el Comité de Salvación Pública vino a la vida para establecer un dominio centralizado del movimiento revolucionario. Aunque al principio Robespierre no tuvo la menor relación con el comité, éste llegó a ser, más adelante, su principal instrumento de mando.

Las masas, divididas en bandos que luchaban entre sí, y dominadas por el pánico, tenían necesidad de un jefe fuerte que sirviera de personificación a sus ideales y fuese el medio de manifestación de la voluntad colectiva.

Quienquiera que hubiese de llevar a la victoria a la revolución, tendría que participar de sus impulsos básicos. Debería ser un hombre que se hubiera unido a la revolución debido a su ardiente deseo de aplastar a los opresores del pueblo y de establecer la justicia para todos. Robespierre llenaba todas estas exigencias.

El dictador pudo eliminar a Dantón como rival suyo y permanecer en el poder, a causa de que sus convicciones fueron más profundas, de que estaba menos inclinado a dudar de sí mismo y, finalmente, porque su temperamento y sus ideales coincidían con el espíritu popular colectivo más que los de sus rivales.

Robespierre había descubierto en las ideas de Rousseau una completa idealización de sus sentimientos y prejuicios. Sus agravios personales llegaron a constituir un núcleo central en torno al cual cristalizaron los deseos y anhelos de las masas revolucionarias.

Como ya hemos visto, Robespierre empezó a identificar sus impulsos personales con los de Francia y la revolución. Creía en la naturaleza sagrada de su papel histórico y esta creencia era tan fuerte que bordeaba la más completa megalomanía. Su grandeza personal representaba para él la grandeza del pueblo francés.

En su fanática manía de grandezas, toda la nación se hallaba cumpliendo su noble destino a través de las actividades que él desarrollaba. Francia se haría grande por medio de él, y el pueblo francés volvería a su estado natural de pureza por los esfuerzos que él realizaba a su favor. La falsa gloria del viejo régimen, sería sustituida por el esplendor verdadero de la república robesperiana. La sangre que vertía y los sufrimientos que ocasionaba, eran pasos necesarios para implantar el reino de Dios sobre la tierra.

Robespierre proclamó, como principal objetivo de la revolución, «el cambio del falso brillo del lujo por los frescos encantos de la felicidad, y el de la pobreza de esta tierra por la grandeza del hombre». La felicidad y la grandeza tenían que ser accesibles para todos los que lo merecieran; en otras palabras, para todos los que demostraran su propia perfección moral.

Cuando la realidad presentó sus obstáculos para la realización de sus ideales, Robespierre reaccionó cerrando los ojos a la realidad. No queriendo afrontar los problemas que temía no poder resolver, culpó a sus adversarios, a quienes llamaba «charlatanes», dé sus propios errores y fracasos. Por la influencia de

Robespierre, las personas que él señaló como culpables fueron consideradas por las masas como enemigos de la república.

De esta manera, el dictador llegó a considerarse como víctima de los criminales y los *«charlatanes»*, y entonces sintió que el pueblo francés era también una víctima como él. Su último discurso, pronunciado el 8 de Termidor, la víspera de su caída, fue una justificación propia, y, a la vez, una justificación de su desgraciado pueblo.

Robespierre no estuvo absolutamente equivocado ni alucinado. Era verdad, hasta cierto punto, que la revolución se hallaba amenazada por sus enemigos. Las conspiraciones que él había denunciado no eran, en modo alguno, ficciones de su imaginación, pero una vez que se desencadenó su odio contra los enemigos reales con quien luchaba, una especie de alud descendió a la vez sobre amigos y enemigos, sepultando bajo él a la mayoría de los mejores jefes revolucionarios.

En el Comité de Salvación Pública, el miedo y el odio tuvieron tanta fuerza como la amistad y la lealtad. Sorel describe la estructura psíquica de dicho organismo, y la de la convención, en los términos siguientes:

«Por muy grande que fuera la mala fe con que sus colegas procedían contra Robespierre, ésta fue, no obstante, superada por la desconfianza del dictador hacia ellos. El servilismo de los secuaces de Robespierre en la convención no se basó de ninguna manera en sentimientos de simpatía. La dictadura robesperiana inspiró un profundo miedo a dichos secuaces, y los signos externos de admiración y entusiasmo, que el temor les obligaba a manifestar hacia el dictador, ocultaban un odio intenso.

Los impulsos destructivos de Robespierre se descargaban contra cualquiera que se le opusiera. Toda divergencia de su manera de pensar constituía una amenaza para la república. Tales discrepancias tenían que ser tratadas sin consideración alguna. Hemos visto la forma como Robespierre puso de manifiesto esta actitud cuando decía que "el Terror no es otra cosa que la justicia, pronta severa e inflexible; por consecuencia, es la encarnación de la virtud"».

Al destruir a todos los que consideraba como enemigos de la revolución, Robespierre destruyó a la misma revolución. La fe en sus ideales y en la victoria final, iban disminuyendo en las masas con cada nueva ejecución.

¿Cómo hubieran podido desenvolverse debidamente entre el pueblo francés los nuevos jefes políticos, cuando Samson, el verdugo oficial

dé la revolución, les estaba constantemente enseñando las cabezas cortadas de revolucionarios acreditados que habían sido enviados a la guillotina, como un aviso de que se debía desconfiar de todos para no ser engañados otra vez?

El Terror destruyó el nuevo ego-ideal colectivo que había sido creado por la revolución. La caída de Robespierre fue el trágico resultado del cansancio y del odio que él había producido en las masas, pero Robespierre nunca perdió la fe en sí mismo, ni siquiera cuando cayó del poder. Mientras era conducido preso, señaló una tablilla en la que estaba fijada la declaración de los Derechos del Hombre, y dijo:

«Sin embargo, soy yo quien ha hecho esto posible». Cuando, frente a frente con la muerte, veía transcurrir sus últimas horas, expresó su refinado narcisismo presentándose a sí mismo como apóstol de la virtud y de la libertad. Sus más altos ideales permanecieron fuertes, mientras los elementos vindicativos de su súper-ego se purificaban por la proximidad de la muerte. Su ejecución no produjo, sin embargo, en el pueblo, los efectos que se esperaban, sino todo lo contrario. Los ideales revolucionarios, que ya estaban debilitados por el terror, perdieron entonces toda su vitalidad y la victoria de la reacción fue cada vez más en aumento. Uno de los contemporáneos de Robespierre escribe:

«Por el 10 de Termidor se produjo una metamorfosis que no había ocurrido nunca en ninguna otra época ni en ningún otro pueblo. Era una Francia diferente, con un corazón distinto y con otro espíritu; casi con otra manera de hablar. Incluso la expresión dé las caras de las gentes parecía haber cambiado».

En vista del cambio que ya había estado desarrollándose en la actitud del pueblo hacia sus jefes revolucionarios, no puede considerarse como una sorpresa la conducta de las multitudes durante la ejecución de Robespierre.

El jefe tiránico, el moralista severo, el hombre a quien todos habían temido, fue juzgado entonces de la misma manera que él había juzgado a los demás. La severidad con que Robespierre había

gobernado, engendró en el pueblo un odio profundo que halló su válvula de escape en la pasión desenfrenada que se puso en la condena del dictador.

Robespierre cavó la fosa de la revolución, y cuando él murió, la revolución murió con él. Su dictadura había preparado las bases para las siguientes formas de tiranía que culminaron en el reinado de Napoleón. La vuelta de la monarquía tuvo efecto por medio de una dictadura militar, se abolieron la libertad e igualdad, y, otra vez, un rey se convirtió en el objeto de la veneración popular.

El esplendor de la corte, con sus títulos y sus condecoraciones, prendió de nuevo en la conciencia pública, bajo el imperio napoleónico, y se olvidaron los ideales revolucionarios de libertad e igualdad.

El letargo y el pánico que había provocado el terror fueron los factores responsables dé la sumisión con que se aceptó la nueva dictadura. Después de la muerte de Robespierre, que, como dice Hegel, *«tomó la virtud en serio y le dio el lugar más importante en la dirección de la política»*, las masas, debilitadas y aturdidas por la tormenta revolucionaria, no pudieron gobernarse a sí mismas y entregaron el poder a otros tiranos.

En el mismo instante en que tuvo ocasión la ejecución de Robespierre, ya estaba emprendiendo su camino hacia el poder otra dictadura; uno de los ejércitos dé la Revolución estaba mandado por Napoleón Bonaparte.

Parece ahora oportuno que diseñemos un retrato psico-analítico de Robespierre. En su estructura psíquica se pueden señalar fuertes tendencias narcisistas y agresivas, así como impulsos imperiosos hacia la perfección y la represión, hacia la idealización y la auto-justificación.

Debido a la débil personalidad de su padre y a la influencia dominante de su madre, cuya ternura produjo un profundo efecto sobre Robespierre, le fue difícil a éste identificarse con su padre, lo

que habría sido un paso necesario para alcanzar la virilidad completa. Por otra parte, Robespierre sintió siempre una fuerte adhesión hacia su madre, cuya temprana muerte intensificó estos sentimientos y cerró en él una ansia insatisfecha de cariño.

El trauma psíquico que le produjo el abandono de su padre tuvo efectos todavía más destructivos en la personalidad de Robespierre. La falta de autoridad paterna, que impidió todavía más el proceso natural de identificación con su padre, produjo como consecuencia el que realmente no llegase a alcanzar la completa madurez viril.

La profunda injuria a su orgullo, sufrida por el comportamiento de su padre, le impulsó a reaccionar desenvolviendo un ego-ideal de perfecta masculinidad y virtud como compensación a los efectos deprimentes de la debilidad paterna. Por ello, se desarrolló en Robespierre un deseo insaciable de lograr la fama, compensando así la vergüenza que experimentó por la desgracia familiar.

La ambición frustrada, así como las humillaciones reales e imaginarias, originadas por la posición precaria, social y económica de su familia, engendraron en él profundos sentimientos de odio. La gente a quien consideraba como malvada, injusta o tiránica le sirvió como blanco contra quien podía dirigirse este odio.

Su gran capacidad para la perfección hizo posible que Robespierre diese expresión a estas tendencias por medio de una forma ideológica que coincidía con las ideas que entonces prevalecían en el terreno social y político.

Las teorías de Rousseau fueron las armas con las que se propuso aplastar a los opresores del pueblo, encontrando, en el filósofo a quien tan profundamente admiraba, la guía espiritual que no había podido hablar en su padre.

A causa de sus poderosos frenos inhibitorios, sus relaciones con las mujeres fueron fríamente formales siempre. Estas inhibiciones se produjeron como una consecuencia de la adhesión de Robespierre hacia su madre, de su reacción contra la identificación con su padre,

de sus sentimientos de debilidad y humillación y de los impulsos agresivos que sólo pudo mantener sujetos con grandes dificultades.

Como consecuencia de todo ello, Robespierre no pudo nunca encontrar una válvula de escape para sus impulsos agresivos en las relaciones sexuales. Por otra parte, la adhesión a su madre se transfirió a la figura maternal de madame Duplay.

Esta breve descripción indica la existencia en Robespierre de una gran cantidad de homosexualidad latente que explicaría su comportamiento neurótico hacia los otros hombres y sus inhibiciones frente a sus relaciones con mujeres.

De acuerdo con la teoría psicoanalítica, la paranoia de Robespierre puede considerarse como una defensa de su yo contra el choque de un libido homo-erótico reprimido. La fusión de ese homosexualismo con fuertes tendencias sádicas puede explicar la crueldad con que se manifestó hacia lodos los que consideraba como enemigos suyos.

La lucha revolucionaria facilitó a Robespierre un desahogo de sus tendencias agresivas y una fuente de satisfacción para su narcisismo. El dictador disfrutó del reconocimiento público de sus dotes de mando y tuvo poder y oportunidades para vengarse de cualquiera que le hubiese ocasionado una ofensa personal.

Presentándose a sí mismo como el arquetipo de la virtud pudo compensar el oprobio que había sufrido en su infancia. Las personas contra quienes se dirigió principalmente su odio estaban, probablemente, asociadas de una manera inconsciente con el recuerdo de su padre, que fue la causa de todas sus desgracias y el prototipo de las personas inmorales. Puede suponerse con toda seguridad que la severidad moral de Robespierre fue una reacción contra el carácter inestable de su padre.

Los elementos característicos del súper-ego de Robespierre evolucionaron en contraste con la personalidad paterna. Aunque predominó el narcisismo, su súper-ego fue extremadamente agresivo y se enfrentó sin piedad alguna con el mundo exterior. El intenso

sadismo de Robespierre y su fanatismo moral indican la vehemencia de sus tendencias agresivas reprimidas.

Estos impulsos buscaron una salida en actividades que pudieran merecer la aprobación de su súper-ego. Robespierre buscó una compensación a su sentimiento de masculinidad inadecuada ejerciendo un poder político opresivo y persiguiendo sin piedad a todos aquellos que a sus ojos se desviaban dé su ideal de moralidad estricta.

Su costumbre de anotar sistemáticamente las negligencias y errores de sus conciudadanos fue un modo de justificar por adelantado la crueldad con que exterminaba a sus adversarios y refleja también su envidia hacia los que podían entregarse sin obstáculos a los placeres sensuales.

Satisfizo su narcisismo y compensó su complejo de inferioridad por medio de una convicción profunda de que era un gran hombre y de que encarnaba la verdad absoluta. A la vez, su súper-ego exigente le compelía a someterse a un elevado nivel ético.

La certidumbre de que actuaba de completo acuerdo con este nivel moral elevado le suministró una justificación suficiente de los crímenes cometidos durante el Terror. Mientras su anhelo de grandeza le llevaba a entregarse a ilusiones megalomaníacas, la necesidad de asegurarse la sanción del súper-ego le impulsó a establecer el culto del Ser Supremo y a asumir el papel de Sumo Sacerdote de la nueva religión.

De esta forma, el revolucionario iconoclasta creó una nueva iglesia y un nuevo dios, en lugar de lo que había destruido. Esto constituyó indudablemente la culminación de sus esfuerzos para justificar su conducta agresiva por medio de la sublimación de su propia persona.

La estructura esquizóidica de su personalidad se revela por su tendencia a concebir todo en términos absolutos, por su inflexibilidad intelectual y por su incapacidad de darse cuenta de que muchos de

sus actos contradecían sus propios principios morales. La intensidad de sus inhibiciones produjo el desarrollo de reacciones muy fuertes.

Su notable capacidad para experimentar sentimientos de piedad constituyó indudablemente una reacción de su yo frente a la agresividad reprimida. Esta agresividad, si bien purificada habitualmente por la lucha revolucionaria, y convertida en ideas de despotismo, se manifestó frecuentemente en las crueldades perpetradas por el terror.

Por medio de estos actos, el súper-ego agresivo de Robespierre protestaba contra su incapacidad para conseguir una felicidad normal y a la vez intentaba eliminar cualquier oposición a su identificación completa con sus ideales fantásticos.

La armonía y la cooperación existentes entre Robespierre y el pueblo francés durante aquel trascendental período histórico pueden también describirse en términos psicoanalíticos. Por este medio se puede arrojar alguna luz sobre un problema interesante: la coexistencia en el pueblo francés y en su jefe de un fuerte sentido de justicia y de una tendencia agresiva igualmente fuerte. Robespierre, movido inconscientemente por un impulso de protesta dinámica contra los males que había sufrido personalmente, levantó la lucha por la justicia al nivel del ideal más alto.

Mientras alentaba al pueblo para que destruyera las viejas instituciones y los frenos que se habían creado en el súper-ego colectivo, Robespierre hizo todo lo que estuvo en sus manos para obtener la sanción moral más elevada a favor del nuevo orden que había creado.

De este modo pudo satisfacer tanto su propio superego como el colectivo y hallar una compensación para él sentido de culpabilidad que acompañó, en el interior de su espíritu, al derrumbamiento de todas las tradiciones establecidas y que culminó con la ejecución del rey.

Robespierre consiguió dar al pueblo francés un sentido de grandeza que no tenía precedentes, levantando los ideales nacionales hasta el nivel de principios universales. Gracias a él, Francia pudo ser conceptuada como la nación más progresiva del mundo. Robespierre se consideró a sí mismo como el jefe del pueblo francés y el conductor de una gran cruzada contra los opresores de la humanidad, complaciendo así, inmensamente, al narcisismo colectivo.

La fe en su propia grandeza se hizo posible por la afinidad psíquica que logró conseguir con el pueblo. Robespierre pudo proseguir la realización de sus objetivos con confianza y energía debido a que las masas participaban de lleno de sus aspiraciones y resentimientos; los deseos frustrados de Robespierre y sus conciudadanos se ensalzaron por la idea de la grandeza nacional.

En compensación a los ideales que Robespierre dio al pueblo, éste concedió al dictador una participación mayor en su propia grandeza y a la vez complació la megalomanía robesperiana satisfaciendo su narcisismo con manifestaciones de obediencia y adoración.

El odio, que les era común, fue otro lazo que unió a Robespierre con su pueblo. El dictador proporcionó al populacho una expresión sublime y racional de los primitivos sentimientos agresivos y sancionó el cruel comportamiento de las masas invocando el patronato del Ser Supremo. El pueblo, por su parte, facilitó combustible al sadismo reprimido de Robespierre haciéndole participar de la pasión con que las masas luchaban por sus derechos.

Robespierre tuvo indiscutiblemente razón cuando, en su y discurso antes de morir, rechazó su exclusiva responsabilidad por el terror. Es absolutamente cierto que él pues participó de esta responsabilidad. Común fue la lucha unes los ideales y común también la locura.

EL FONDO ESPIRITUAL DEL HITLERISMO

Para comprender la personalidad de Hitler y la naturaleza de sus actividades se hace preciso llevar a cabo un estudio del fondo espiritual del hitlerismo. Sin embargo, este fondo no puede ser definido claramente sin un análisis preliminar de la mentalidad germánica.

Debemos determinar hasta qué punto el carácter nacional se hizo responsable, primero, por modelar la personalidad de Hitler, y después, por influir en el curso de la historia de Alemania durante todo el período del régimen nacista.

Sin entrar en un estudio a fondo y general sobre el concepto de dicho carácter nacional de Alemania, me referiré a algunos pocos conceptos específicos que guardan relación con el problema enunciado en el título de este capítulo.

En mi opinión, no tiene justificación alguna hablar del carácter nacional como una cosa distinta de la estructura psicológica, queriendo expresar por este concepto una unidad compleja que, lo mismo que sucede con los individuos, se determina tanto por características innatas como por las que son adquiridas, siendo estas últimas las que provienen de factores ambientales, como por ejemplo, el clima, la manera de vivir, la relación con otras naciones, etc.

Esta estructura psíquica se caracteriza primariamente por una relación recíproca con los acontecimientos externos, en tanto en cuanto que aquélla influye en éstos y, a su vez, es influida por ellos. Lo mismo sucede, desde luego, cuando se trata de individuos, aunque en este caso los elementos influyentes son más sencillos, y ciertos factores, como por ejemplo el económico, juegan un papel menos importante.

El bosquejo del carácter nacional alemán que se delinea en las siguientes páginas, que está basado en estudios históricos y en las

conclusiones de un pequeño número de hombres de ciencia, no pretende, en modo alguno, agotar la materia.

No obstante es posible que, como resultado de este estudio, consiga darse un significado más claro y profundo a ciertas causas originarias de la situación estudiada en relación con las influencias que intervinieron para producirla.

Nietzsche, cuya percepción de la naturaleza del espíritu germano no ha sido sobrepujada, considera éste como un nido de contradicciones e inconsecuencias. Comentando la famosa frase dé Goethe sobre los *«dos espíritus»* de los alemanes, el citado filósofo dice: *«No sólo dos, sino un centenar, un millar, y acaso más espíritus, moran en el pecho de los alemanes»*.

Los dos epítetos de *«bonachón»* y *«marrullero»* que no pueden ser aplicados simultáneamente en ninguna otra nacionalidad, pueden en cambio aplicarse con toda justificación tratándose de los alemanes.

«El espíritu alemán tiene pasadizos y galerías; hay en él cavernas, escondrijos y mazmorras. El alemán conoce bien los caminos del caos... Finalmente, no podemos por menos que hacer honor a nuestro nombre y al calificativo de "pueblo engañoso" con que se nos conoce. Además, el alemán va siempre a lo suyo, mirando estúpidamente con sus germánicos ojos azules llenos de candor aparente. Otros países cometen el error de creer que el alemán está siempre dormitando envuelto en sus sueltas vestiduras».

Al tomar en consideración los mitos raciales propalados por el nacismo, parece aconsejable mencionar la máxima de Nietzsche, *«no debemos unirnos con nadie que tome parte en los engaños de la mentira racial»*. De acuerdo con esto, el filósofo se refiere irónicamente a la *«pureza»* de la raza germana como *«un pueblo constituido por una aglomeración de razas en la que los elementos pre-arios puede ser que predominen. Los alemanes son más inexplicables, impetuosos y, finalmente, incluso más inclinados al miedo que cualquier otra raza»*. Nietzsche, frente a cualquier explicación histórica demasiado sencilla de la psicología germana,

objeta diciendo que *«la pobreza y la bajeza del espíritu germánico no fueron, ni son, meras consecuencias del sistema de los pequeños Estados...»*

El capítulo más intenso y más importante de la obra dé Fouillée, Pyschologie des peuples européens, está dedicado a los alemanes. Debe tenerse en cuenta que esta obra fue escrita poco después de la derrota francesa de 1871, y es indudable que no escapó a la influencia de este acontecimiento histórico. Fouillée sostiene que los alemanes, incluso desde los tiempos más antiguos, invocaron siempre el principio del espacio vital (Lebensraum) para justificar sus invasiones de territorios extranjeros.

«Aseguraban que tenían un derecho legal para ocupar cualquier región que necesitasen. Desdé el comienzo de la Historia los alemanes tenían derechos allí donde los demás pueblos no tenían ninguno».

Los alemanes se inclinan de una manera evidente a dejar de cumplir los tratados públicos, pero reconocen la validez de los lazos que unen a los individuos. Dan a todo un tono guerrero, incluso a sus concepciones de la vida futura.

«La mentalidad alemana», dice Fouillée, *«se despierta y reacciona de una manera lenta, pero tenaz y perdurable... Este fervor íntimo tiene un aspecto negativo, pues va unido al odio hacia todos aquellos que se oponen a la buena causa, a la buena raza y a la buena patria... Todos los antiguos enemigos, los romanos, los galos y los eslavos, son mirados con odio y malevolencia, como si todavía estuvieran atacando las fronteras»*.

Los odios mutuos que desunieron las tribus germánicas y más tarde los estados alemanes, encontraron un objetivo extranacional después de haberse realizado la unidad alemana. «*Después de aquel largo período de odio mutuo dentro de las nacionalidades alemanas, los germanos prosiguieron hasta el presente con esta costumbre de odiar. Pero ahora, su enemistad se dirige, con una violencia sin*

precedentes, contra el enemigo exterior». El propio Treitschke, admite: *«Somos una raza capaz del más profundo odios»*.

La unificación alemana ocasionó un resurgimiento transitorio idealista, seguido inmediatamente por un retroceso al plano de la realidad y por excesos de agresividad y patrioterismo vanidoso. En términos históricos puede decirse que Alemania, aunque esté incluida en la cultura occidental, conserva todavía una mentalidad feudal.

Hegel hace una observación interesante sobre que la transición desde el feudalismo al absolutismo político tuvo en Alemania un desarrollo muy precario. Asegura que la debilidad de las relaciones feudales entre el rey y sus súbditos permitió que el poder se centralizase en las manos del Rey. Los vasallos se hicieron príncipes independientes y malgastaron sus fuerzas en continuas guerras entre sí. Cada Estado se convirtió en un campo de batalla.

Pero estas fuerzas agresivas y egoístas fueron contenidas por la estrecha disciplina de los estamentos que dominaban en la Edad Media (Iglesia, Estado y Monarquía). No obstante esto, tal brutalidad llevaba en sí misma las semillas de su propia destrucción. *«La humanidad sólo ha sido emancipada de la esclavitud por medio de otras formas de esclavitud»*.

La conclusión de Fouillée de que las huellas del feudalismo que Hegel denomina *«dependencia mutua»* todavía permanecen en la mentalidad alemana, está más de acuerdo con la realidad histórica que las teorías expresadas por el idealismo filosófico de Hegel. Fouillée dice:

«La mentalidad alemana se esfuerza en buscar un campo más ancho, pero sin éxito; conserva demasiado de su carácter original de particularismo nacional».

Para conseguir una descripción completa del imperialismo germánico es necesario tomar en consideración la insaciable agresividad que demostraron los príncipes y los Estados dentro del Reich.

Después de la unificación de Alemania, esta agresividad se volvió contra otras naciones.

A la vez, el sentimiento de superioridad y de propia importancia que se expresa en el primitivo narcisismo del heterogéneo carácter alemán, lejos de disminuir, se convirtió en un ideal consciente del pueblo. La filosofía idealística de este período, creada a la medida, produjo un sistema ideológico que se utilizó por los imperialistas para justificar sus propios fines.

Los bellos ideales expresados por los filósofos se convirtieron en una justificación de las pasiones ambiciosas y se emplearon como medios de influir en las masas. Con la ayuda de estos conceptos filosóficos la brutalidad medieval se vistió con un ropaje atractivo.

En 1922 un psicólogo alemán, Müller-Freienfels, publicó una obra que contribuyó mucho a aclarar esta teoría. De acuerdo con este autor, el factor irracional es el dominante en el modo de ser psicológico de los alemanes. Anteriormente, Madame de Staél había dicho que los alemanes tienen... *«frop d'idéey neuues, pos assez d'idees communes»*.

El espíritu alemán madura lentamente y sólo consigue la plenitud racional después de un gran esfuerzo. El alemán es difuso y prolijo en su pensamiento. Sus expresiones son confusas, obscura su fraseología y lleno su lenguaje de sinónimos y metáforas.

Sus concepciones bordean la fantasía y anublan una mente a la que falta la suficiente disciplina para dominar la imaginación. Las impresiones sensibles de los alemanes carecen de finura, lo que tal vez explique su gran capacidad para soportar, en el terreno artístico, la disonancia y la fealdad.

El principio de voluntariedad juega un papel importante en la mentalidad germana, aunque la energía que los alemanes despliegan en su actividad y su voluntad de acción tengan motivaciones subjetivas y extraordinariamente imaginativas más bien que racionales.

La concepción alemana de *«la voluntad»*, especialmente la *«Voluntad del Universo»*, es vaga e infinita.

Los programas políticos alemanes se formulan en términos influidos por esta voluntad sin límites ni propósitos. Completando sus observaciones, Müller-Freienfels, añade:

«Los alemanes siempre se han engolfado en ideas fantásticas. ¡Cuánta sangre ha sido derramada a causa del Sacro Imperio Romano Germánico y de las Cruzadas!»

Estas ideas fantásticas se utilizaron también por los partidos políticos entregados a la lucha por el poder. Ningún partido pudo esperar la derrota de sus rivales si no era apto para formular su programa en términos acordes con tales teorías expansionistas. Esta tendencia al infinito, que produce una falta de contención en política, ha ocasionado ya un número incalculable de desgracias para el pueblo alemán.

Durante los períodos de la mayor grandeza nacional, los alemanes no pusieron límite alguno a sus posibilidades de realización. Como consecuencia de ello la historia alemana está enriquecida por destellos de suprema grandeza, pero, como indica Nietzsche, esta grandeza se desvanece en él infinito.

La voluntad alemana no tiene límites en su deseo de ser gobernada y en su anhelo de gobernar a los demás. Ningún otro pueblo ha producido tantos grandes jefes, y, por otra parte, ha mostrado mayor propensión a la obediencia.

Para nosotros parece extraño que la fuerza arbitraria no tenga que ser considerada como contraria a la libertad, pero la mentalidad alemana no se da cuenta de esta contradicción. Müller-Freienfels considera esto como un detalle exclusivamente alemán y lo describe como *«una aceptación irresistible de la fuerza».*

El siervo alemán consideró siempre su servidumbre como un deber exigido por la naturaleza de las cosas, y su señor, con igual certeza, se consideraba a sí mismo como el primer servidor del Estado. Los

alemanes, más que cualquier otro pueblo, claman por la existencia de jefes que les gobiernen con mano de hierro.

En ninguna otra nación encontraremos dirigentes que lleguen a ser objetos de adoración y se eleven a las cumbres de la mitología mientras viven todavía. Sin embargo, la firmeza de la posición del gobernante depende, a su vez, de que consiga adaptarse a las características típicamente germanas; en consecuencia debe decirse que el conductor tiene que saber conducirse a sí mismo.

De ninguna manera puede considerarse como una casualidad histórica el que ningún Gobierno alemán, despótico o liberal, haya sido nunca derrocado por el propio pueblo alemán. Este hecho es fácilmente explicable por la existencia en los alemanes de una disposición de ánimo antidemocrática que les lleva a preferir ser gobernados por un soberano poderoso mejor que por la voluntad de su propia mayoría. El pueblo alemán exige que se le domine por la fuerza, incluso en sus relaciones con la divinidad, a la que convierte en la imagen de un sargento instructor prusiano.

La relación peculiar que se establece entre el pueblo y el Estado está perfectamente caracterizada en las teorías políticas de los filósofos alemanes y especialmente en las de Hegel. Müller-Freienfels escribe que:

«Hasta el presente día nunca se ha tenido costumbre en Alemania de ver al Estado a la luz de las teorías del contrato social. A este respecto consideramos dudoso si un presidente elegido por el pueblo "viva voce", podría nunca representar satisfactoriamente la concepción popular del Estado». En la concepción hegeliana, el Estado se convierte en una entidad metafísica distinta por completo del pueblo.

Además, el sentimiento de los alemanes de que son una raza escogida y que están destinados a gobernar sobre los pueblos inferiores del mundo, está arraigado profundamente. Sus ambiciones sólo pueden compararse, por su dureza, a los métodos que emplean para hacerlas efectivas.

El Junker prusiano respondió a la necesidad de los alemanes de un fuerte poder gobernante. La dinastía prusiana, que tomó el mando al producirse la unificación de Alemania, se apoyaba en una aristocracia que explotaba a los eslavos conquistados. Bajo su influencia, el militarismo y la estricta reglamentación de todo llegaron a ser el modelo universal en Alemania.

Müller-Freienfels considera este nuevo orden alemán, con su disciplina y su carácter militarista, como una típica reacción de supra-compensación. Encuentra la misma tendencia hacia la uniformidad incluso en el movimiento social-demócrata. En esto nos encontramos enfrentados de nuevo con esa extraña mezcla de -valores contradictorios, tales corno la libertad y la sumisión. El citado autor considera muy significativo que Bebel fuese hijo de un funcionario prusiano.

En la obra de Müller-Freienfels se contiene indudablemente mucho material valioso para la aclaración del tema de nuestro estudio. Este psicólogo se aproxima mucho a la resolución del problema que investigamos.

Para determinar el valor de la concepción de este autor sobre el concepto de voluntad y la relación existente en la mentalidad germánica entre libertad y coerción, es necesario analizar el origen del fenómeno que intentamos explicar, pues del mismo modo que el método genético tiene gran importancia para el estudio de la psicología individual, tiene también un gran valor para ayudarnos a distinguir las características estructurales de la psicología nacional, que tienen un carácter nativo, de aquellas que son adquiridas.

La siguiente observación de Müller-Freienfels nos da la clave de nuestro problema. *«La sumisión de los alemanes a un sistema de un severo ordenancismo y la división de Alemania en Estados patriarcales fortalecieron la nativa aversión del pueblo para adoptar decisiones racionales, pero también correspondió a su inclinación hacia una sumisión voluntaria basada en motivos emocionales»*.

El feudalismo dejó sus huellas no sólo en la estructura social del Reich alemán, sino en su modo de ser psicológico. El crecimiento histórico de Alemania no eliminó por completo la antigua dependencia del vasallo feudal hacia su soberano. En el campo de la psicología individual puede observarse una relación semejante: La sumisión del hijo hacia su padre.

Esta relación explica, en ambos casos, el deseo de una sumisión completa y la tendencia a idealizar e incluso adorar al objeto admirado. La imagen del padre llega a adoptar caracteres de verdadera emoción religiosa y se reviste de una omnipotencia mágica, lo mismo en la infancia de los individuos que en las fases primitivas del desenvolvimiento social.

Estas relaciones entre el hijo y el padre se idealizan por aquél, y, en consecuencia, la imagen paterna llega a substituir de una manera permanente al verdadero padre considerado en su realidad propia.

Esta imagen experimenta muchos cambios y llega a constituir el principal componente del súper-ego, que es una formación originada dentro de los límites del yo. El súper-ego despliega su actividad psíquica y da cuerpo a normas éticas, actuando como el prototipo interno de las leyes, de las costumbres y de las normas morales. Se compone de dos elementos básicos: el positivo, que permite, y el negativo, que prohíbe.

En el caso de la mentalidad germánica encontramos una acumulación de factores antiguos y modernos consagrados por las condiciones sociales existentes. Finalmente, el súper-ego se hace muy poderoso, regulando los pensamientos y los sentimientos y dirigiendo el futuro desarrollo de la estructura psíquica del individuo o del grupo social.

Para satisfacer la necesidad de someterse a una autoridad exterior, las personalidades que llenan ciertas condiciones encarnan la imagen del padre y llegan a ser objeto de adoración. Sus imágenes proporcionan al súper-ego un nuevo contenido. De esta forma, la

relación de dependencia profundiza en el campo psíquico que adopta entonces características acordes con la situación externa.

La íntima relación entre la imagen del padre o del jefe y el súper-ego dominante da a la estructura social un carácter elevado y casi religioso. Como han revelado los descubrimientos de la escuela francesa de sociología, la estructura social de una nación se halla íntimamente relacionada con su vida religiosa. Incluso los lazos sociales y las reglas que gobiernan la conducta colectiva tienen una sanción sobrenatural.

La concepción primitiva de un poder sobrenatural y misterioso, conocida etnológicamente como *«maná»*, se halla estrechamente vinculada con la presión ejercida por la colectividad. El individuo es, por regla general, más sensible a esta presión en las sociedades primitivas que en las civilizadas.

En la mentalidad alemana, que, como ya hemos indicado, contiene todavía huellas del feudalismo, podemos descubrir una elevación semejante de las sanciones sociales a la categoría de sanciones religiosas.

Aunque el primitivo *«maná»*, el concepto hegeliano del Estado y la moderna idea alemana de raza, pueden, al principio, parecer que tienen poco en común, un estudio cuidadoso demuestra que el aura mística que rodea tales nociones en la mente germánica tiene su origen en una mentalidad primitiva y anterior al razonamiento lógico.

Un detallado análisis de las nuevas versiones aplicables a los antiguos mitos descubre nuevas pruebas de estas tendencias primitivas que se hallan aun fuertemente arraigadas en la mentalidad germánica.

Los orígenes históricos antiguos proporcionan una clara pintura de las tendencias básicas del carácter alemán. La obra de Tácito sobre Germania suministra un interesante material para determinar hasta qué punto los elementos antiguos han influido en el moderno carácter nacional.

Las cualidades más características de las tribus germánicas, tal como se describen en la obra del historiador romano, son el militarismo y la lealtad a los jefes. El culto al heroísmo es un sentimiento básico.

«Se considera como una ignominia y una desgracia permanente el vivir después de que el jefe ha muerto en el campo de batalla, pues es un deber sagrado de todos los guerreros el proteger al jefe hasta llegar al sacrificio incluso de su propia gloria personal. El jefe lucha por la victoria y el ejército lucha por el jefe».

De este modo, la adoración por el poder y el prestigio de la conquista llevaban al vencido a convertirse voluntariamente en esclavo del conquistador. Aunque jóvenes y fuertes, los derrotados consentían en ser atados y vendidos. Tal sumisión se consideraba como una prueba de fidelidad. Cuando un jefe vencedor, a pesar de ello, se sentía avergonzado por considerar que su victoria carecía de gloria, se vendía a sí mismo como esclavo.

Otra característica de los antiguos germanos fue su amor por la guerra. *«Si cualquier República se debilita después de un largo período de paz, los jóvenes nobles se marchan a otros países donde toman parte en guerras y participan en sus batallas. Los germanos aborrecen la ociosidad. Su deseo de conseguir fama a través de las penalidades de la guerra está fuertemente arraigado en sus espíritus. Prefieren la lucha al cultivo de los campos..., ese pueblo, que es aficionado a la tranquilidad, sin embargo no puede descansar nunca. Los germanos se someten voluntariamente, e incluso con fanatismo, a la voluntad de su jefe, porque ven en él la encarnación de sus ideales más sagrados. Con igual fanatismo se entregan a la voluntad de un conquistador extranjero y cambian sin dificultad su independencia por las cadenas del cautiverio... »*

Durante el período medieval la orden monástica de los Caballeros Teutónicos estableció su cuartel general en Prusia del Este y desde allí realizó numerosas expediciones contra los lituanos y los demás pueblos eslavos próximos. Esta institución, que no tenía límites en

sus violentas ambiciones se enmascaró como si constituyera una colectividad de misioneros cristianos.

Con el hipócrita pretexto de defender la Iglesia, los caballeros cometieron los crímenes más atroces, proclamando su superioridad moral como una justificación de sus métodos. Aplicaron los mismos procedimientos, en fecha posterior, para la persecución de la Lituania y de Polonia a pesar de tratarse de un pueblo cristiano.

El orgullo, la brutalidad, la astucia y el fanatismo les dieron la peor fama y el propio nombre de la orden llegó a ser objeto de aborrecimiento general. El carácter de esta pequeña orden, que esclavizaba a los pueblos vecinos por medio de una brutal disciplina, tuvo una gran influencia en la dirección del subsiguiente desarrollo germánico.

Después de grandes trastornos y de la desintegración del imperio en varios pequeños Estados, se emprendió el camino hacia la unificación. Desde su mismo comienzo, Prusia fue la fuerza motriz de este movimiento e impulsó el proceso evolutivo que se desarrollaba lentamente, con el resultado de que el espíritu prusiano dejó una huella indeleble en la totalidad del temperamento y de la psicología de los demás pueblos germánicos.

Las actividades de Federico el Grande ilustran vivamente los principios psicológicos que fundamentan la política alemana. El *«anti-Maquiavelo»*, escrito por Federico antes de que alcanzase el apogeo de su poder, constituye una pieza maestra de idealismo, un himno a la paz y una condenación de las conquistas militares.

En dicha obra encontramos incluso la afirmación revolucionaria de que los heroicos guerreros eran bandidos, cuyo sólo título para conseguir la grandeza era la mala fama que adquirían. Pero después que el rey alcanzó el poder, la mayor parte de los ideales de Federico desaparecieron de su conciencia y utilizó los pocos que le quedaban en ella para justificar sus agresiones o intentar la debilitación de la vigilancia de sus enemigos. El cinismo y la hipocresía que demostró

jugaron un papel tan importante en su política que no han sido superados hasta llegar a los tiempos recientes.

En sus «*Fundamentos de Alemania*», publicada durante la primera guerra mundial, Baker J. Ellis relaciona las teorías políticas de Federico II con la política militar de Guillermo II.

Leyendo los documentos recogidos por Ellis se queda uno impresionado por la similitud existente entre la Alemania de los tiempos de Federico y la moderna, y a menudo parece como si sólo se hubiera tenido que cambiar los nombres y las fechas.

Un mes antes de marchar contra Sajonia en 1756, Federico aseguró que sus preparativos militares no tenían ningún fundamento de mal agüero. Cuando estaba a punto de atacar a Austria, publicó un llamamiento al pueblo austríaco dándole seguridades sobre sus buenas intenciones; después, dirigiendo una nota oficial a las potencias europeas, declaró que su ocupación de Silesia no era motivada por ninguna mala intención contra la corte de Viena.

Finalmente envió un ultimátum a Austria proclamando su deseo de salvarla del desastre que le amenazaba, y asegurando que la libertad de Alemania y la integridad del imperio germánico estaban en peligro. Incluso prometió que firmaría un convenio coa Austria para defenderla de sus enemigos con tal que cediese Silesia a Prusia.

Federico organizó una quinta columna en una medida muy amplia. Sacrificó grandes cantidades de dinero para sobornar a los funcionarios extranjeros y a los ministros. Situó agentes secretos en elevadas posiciones diplomáticas y por medio de ellos procuró sembrar la confusión dentro de los gobiernos a los que se preparaba a atacar.

De la misma manera que insistía en sus buenas intenciones antes de emprender sus ataques, inventó también toda clase de motivos para justificar sus actos después que la campaña había terminado.

Un ejemplo de estos argumentos «*a posteriori*» tiene un interés especial. Después de la ocupación de Dresde, Federico ordenó que

se rebuscara en los archivos del gobierno para hallar documentos que contuviesen acuerdos militares entre Sajonia, Austria y Prusia.

Estos documentos fueron luego presentados ante el mundo como pruebas de la nefanda conspiración que existía contra Prusia. Los propios motivos de este rey los explica él en su *«Memoria Razonar da»*, como *«basados en las reglas más exactas de la justicia y de la equidad. No son motivos derivados de la ambición ni del deseo del propio engrandecimiento»*.

La observación de Ellis de que *«la afirmación de Alemania de que se estaba tramando un complot contra ella por parte del rey Eduardo y de Sir Edward Grey, halla exacta correspondencia en las afirmaciones de Federico en 1756»*, es una indicación que podríamos desarrollar más extensamente, pero la obra presente no es un estudio comparativo de política histórica, sino una compilación de hechos encaminados a un análisis psicológico.

Una característica básica de los alemanes puede ser definida como una tendencia hacia el idealismo, pero con una salvedad. El alemán es un idealista, o al menos pretende serlo, mientras se siente débil, pero tan pronto como se considera potente, tira por la borda todo el lastre idealista. Una vez que ha conseguido el poder se sirve de él como una base para la sucesiva expansión y para el aumento de la agresividad.

En este punto nos encontramos con otro rasgo básico. El poder personal se identifica con el poder del Estado, y el objetivo de conseguir la máxima fuerza para el Estado implica el aumento del dominio del jefe sobre el pueblo. Precisamente, Federico hablaba en este sentido cuando se consideraba a sí mismo como el primer servidor del Estado.

La política alemana en relación con el Derecho Internacional refleja un absolutismo agresivo. Federico prestó una valiosa contribución para el mejor entendimiento de esta característica alemana en su obra sobre la Guerra de los Siete Años.

«Si un gobernante desea hacer la guerra, no debe sentirse obstaculizado por la necesidad de justificarse a sí mismo ante el pueblo. Sencillamente debe delinear el curso de la acción, hacer la guerra y dejar a algún leguleyo inteligente el cuidado de justificar sus actos».

El hacer la guerra es un privilegio exclusivo del rey y el pueblo común no tiene en ello ni voz ni voto.

«Cuando los reyes se juegan al ajedrez una provincia, los súbditos no son más que peones». Las intenciones de un gobernante alemán son siempre buenas, sencillamente porque son sus intenciones.

Los intereses del adversario no son dignos de tomarse en consideración y la misma existencia del enemigo" constituye ya un crimen. La idea del *«espacio vital»* hizo su primera aparición en política durante el gobierno de Federico. Los límites de tal espacio se fijaron solamente por la medida de la agresividad y del egoísmo de rey. Por esta razón, la sola existencia de intereses que se oponían a los suyos constituía un ataque contra sus derechos.

Una tercera característica importante de Alemania es su constante propensión a atribuir a los demás sus propias malas intenciones. Este aspecto merece una consideración especial. El que acude a estos recursos atribuye sus propias maquinaciones secretas y sus deseos reservados, al mundo exterior. En relación con los adversarios estas intrigas adoptan un carácter especial. El enemigo es quien instiga la agresión dirigida contra ellos.

De esta manera, el método indicado proporciona al verdadero agresor un pretexto para atacar a su víctima. Si el agresor ha desencadenado ya el ataque, proclama que fue un medio necesario para la propia defensa, mientras que si el proceso de preparar el ataque se halla solamente en curso, llama la atención sobre los movimientos sospechosos del enemigo como una justificación de sus preparativos militares.

Federico II, que tomaba siempre el peor camino, exclamó con hipócrita indignación cuando empezó a sufrir reveses en el curso de la Guerra de los Siete Años: *«¡Una conspiración! ¡Un atentado y un crimen contra la moralidad! ¿Ha visto el mundo alguna vez antes, a tres potencias conspirando contra una cuarta que no les había hecho nunca ningún daño?»*

Al finalizar la Guerra de los Siete Años hizo su aparición ante el público mundial la famosa teoría prusiana de la política de cerco:

«Ojalá los gobernantes prusianos del futuro no tengan que tomar medidas arriesgadas como las que tenemos que usar ahora para proteger a nuestro país de la envidia y del odio de toda Europa. Se quiere a toda costa destruir la Casa de Brandenburgo y el nombre de Prusia».

Naturalmente es absurdo pensar que el propio Federico creyese estas fantásticas afirmaciones. No obstante podemos considerar las mentiras que inventó como factores que, a su vez, influyeron sobre la mentalidad colectiva del pueblo alemán. La clase de mentiras o fantasías que estudiamos no es, por consiguiente, una cosa que podamos mirar con indiferencia.

Además, siempre debemos distinguir entre una mentira consciente y los efectos que produce en lo inconsciente. Lo que el jefe puede conceptuar como un simple recurso útil, fácilmente consigue echar raíces y llegar a constituir una profunda convicción para sus seguidores.

Ya veremos que estos mismos procedimientos desempeñaron un papel importante para la formación de la política de un moderno conductor alemán que llegó a ser conocido como *«el restaurador del territorio germánico»*. Hasta cierto punto estas tramas parecen constituir un rasgo característico de la mentalidad colectiva alemana.

Podemos conseguir precisar el por qué los alemanes tienen la tendencia de dejarse influir por esta clase de intrigas y la razón por la cual se produce en ellos, como consecuencia, una alucinación

general. Como ha demostrado la moderna historia alemana, el miedo al cerco produjo un verdadero desvarío.

Cuando la pequeña Prusia se preparaba para atacar a sus vecinos a fin de conseguir llegar a la categoría de una gran potencia europea, Federico, a pesar de su confianza en la futura grandeza, estaba perfectamente enterado de su inferioridad ante los demás monarcas de Europa.

Una combinación de incipiente imperialismo y sentimiento de inferioridad personal y colectiva fue lo que formó los cimientos del espíritu agresivo reforzados por esa tendencia a achacar a los demás las culpas propias. El recelo ante la política de cerco y el miedo a un ataque se desarrollaron a la vez que la ambición personal y la codicia.

La misteriosa transformación de Federico el Grande, que pasó a ser de un príncipe idealístico tiranizado por su despótico padre a un gobernante cínico y agresivo cuando ejerció el poder, tiene una fácil explicación: Al subir al trono tuvo a su alcance los medios de satisfacer las ambiciones que anteriormente había tenido que reprimir. Al fin pudo alcanzar una plena identificación con su odiado padre. Alfredo Rosemberg, con toda propiedad, llama a este rey *«Federico el Único y el Solo»*.

Este anhelo de poder, esta *«voluntad de mando»*, juega un papel importante en el proceso mental de los modernos intelectuales alemanes. Dos de estos hombres, Treitschke y Nietzsche, se destacan porque aportan puntos característicos dé vista sin los cuales sería imposible comprender la psicología del nacionalismo alemán.

Hegel, en sus obras filosóficas, creó ya las bases metafísicas para la apoteosis del Estado. En sus tratados dedicó una sola página al Derecho Internacional, bosquejando el papel del Estado durante una guerra: *«La guerra proclama la importancia del Estado por encima de los ciudadanos. La patria se hace todopoderosa y el individuo se convierte en una cosa sin importancia»*.

Este concepto hegeliano del Estado tuvo una influencia decisiva en el pensamiento alemán. Fue objeto de ulterior desarrollo por Treitschke, de la siguiente manera: la soberanía de un Estado implica su independencia de cualquier limitación internacional.

El lugar que una nación alcanza en el mundo se obtiene por la espada y sólo halla sus límites en el alcance del poder del Estado. El Estado es omnipotente. Ninguna institución social tiene mayor importancia que él.

Además, el Estado tiene el deber moral de aumentar su poder. La debilidad es el error más despreciable que puede cometerse en la política: es un pecado cometido contra el espíritu sagrado de la sagacidad política.

Todas las recientes doctrinas que explayan el imperialismo alemán y sus objetivos se basan en la teoría de este historiador, que adora al Estado y sostiene su incuestionable derecho para desarrollar el poder supremo. Todas las guerras, todas las anexiones, toda la política de persecución racial acaba por encontrar su justificación en la teoría de Treitschke, y, desde luego, la concentración del poder en las manos del jefe y de sus escogidos guarda una estrecha concomitancia con el reforzamiento de la autoridad del Estado.

No hay necesidad de hacer un análisis detallado de las ideas de Nietzsche sobre el poder. Será suficiente apuntar los dos factores que tienen un valor especial para nuestro estudio. El primero es el origen psicológico del anhelo por el poder, la afirmación continua de la propia fuerza y el sentimiento de desprecio hacia el débil.

Es bien sabido que Nietzsche sufrió profundamente por la sensación de su propia debilidad. Siendo un tipo realmente esquizoico, se mostraba extremadamente sensible con respecto a sus relaciones con los demás y era muy tímido. El contratiempo más insignificante le sumía de nuevo en su soledad pensativa. El siguiente pasaje de una de sus obras expresa estas características:

«Los filósofos necesitan acudir a recursos especiales para sobrellevar, de una manera distinta a la de los demás, la causa de sus sufrimientos, es decir, que sufren tanto a causa de su desprecio hacia la humanidad, como de su amor hacia ella.»

A la vez, la creencia de Nietzsche en su propio genio creó en él una aguda conciencia de la discrepancia entre sus deseos y la posibilidad de satisfacerlos. Este sentimiento de inferioridad se refería sólo a problemas prácticos. En consecuencia, el filósofo alemán buscó su compensación en la idea del poder y en los sueños del superhombre.

¿De qué es de lo que unas tenemos que arrepentimos? De la modestia. El no haber prestado la debida atención a nuestras necesidades más apremiantes; el no haber conseguido conocernos a nosotros mismos; el haber perdido toda la sensibilidad dé nuestros propios instintos. El hombre no se perdona nunca, cuando pasa el tiempo, esta pérdida de sus legítimos egoísmos».

Es realmente repulsivo encontrar a este intelectual, refinado y sensible, elogiando a un bruto como César Borgia y atacando a la moralidad como una expresión de timidez.

Nietzsche achacó a los demás su propio resentimiento. Esta tendencia tuvo una gran influencia en sus teorías sobre la moral y en sus críticas del socialismo y del cristianismo. Debemos considerar estas críticas como intentos de libertarse del resentimiento personal que le causaba su posición inferior en la vida y el profundo complejo de su propia debilidad.

«Nunca tendré nada que ver con ninguno de vosotros», grita. *«Desprecio vuestra debilidad y no tengo ninguna simpatía hacia vosotros; quiero ser fuerte entre los fuertes, audaz y despiadado... Debemos reconocer que todos llevamos en nuestro interior un ser salvaje, una bestia incluso. Precisamente, los filósofos tenemos en esto una ventaja sobre los demás»*.

¡Qué cantidad de impulsos de compensación existe en estos incesantes alaridos! ¡Cuánta pasión se expresa en ese deseo de evitar toda identificación propia con el débil y el desamparado!

Un cuidadoso estudio de las relaciones de Nietzsche con sus contemporáneos revela su profunda aversión hacia la clase media. Siendo muy sensible a la influencia de las corrientes mundiales, se vio obligado a desarrollar una serie de reacciones y a buscar nuevos medios de liberación de la sociedad de la clase media de la Europa Oriental y particularmente de la de Alemania. El filósofo consideraba la sociedad como un conglomerado de engañados e infradotados, que se juntaban para dirigir una democracia hipócrita.

A causa de la naturaleza de su estructura psíquica, estas nuevas reacciones no le llevaron a identificarse con el débil y el oprimido. No tenía ningún deseo de luchar por la emancipación de estos seres inferiores, ni de actuar orientándose hacia la realización de ideales sociales progresivos.

En lugar de ello se identificó con el fuerte, desahogando sus resentimientos personales al desenmascarar el resentimiento de las masas y al frustrar los deseos de éstas hacia la perfección (Cristianismo y Socialismo). A la vez, su idea del súper-hombre compensó su sentido de insuficiencia personal.

Nietzsche repudiaba cualquier identificación con las masas oprimidas y contribuyó a hacer fracasar los intentos de éstas de su auto-liberación. En contradicción con los socialistas, que sostienen el ideal de una sociedad sin clases, Nietzsche propagó el particularismo de las clases y defendió la división de la sociedad en dueños y esclavos.

Debe recordarse el odio con que Nietzsche se expresaba contra las masas y el desprecio con que hablaba del socialismo. *«Las tendencias socialistas»*, dice, *«tienen un síntoma saliente. Las capas inferiores de la sociedad son tratadas con demasiada amabilidad..., la presencia de la felicidad prohibida les hace agudizar su apetito. Pero no es el hambre lo que causa la revolución. El pueblo aumenta su apetito mientras más come»*.

El carácter reaccionario del pensamiento de Nietzsche se demuestra por su anti-humanitarismo. Dice: *«La exigencia a favor de la humanización en las relaciones sociales contenida en una fórmula que se supone que es la única definición de lo que es humano, no es más que una forma de hipocresía utilizada por ciertos hombres que tratan de alcanzar el poder. Es una expresión del instinto borreguil»*.

Para un hombre que estaba influido por una egolatría sin límites, todas las ideas democráticas debían aparecer como intentos ilegítimos de las masas para asaltar los derechos de los individuos selectos.

En la creencia de que sólo los hombres como él mismo tienen derechos a gozar dé la existencia en su plenitud, Nietzsche deseaba reducir a las masas al mero estado de ilotas.

En el Theaetes de Platón se contiene el siguiente pa-saje que guarda relación con estas ideas: *«A todos les gustaría ser dueños del género humano y, si fuera posible, ser dioses. Esta manera de pensar debe ser instaurada entre nosotros»*. El Estado psicopático de Nietzsche hizo posible que se entregara a semejantes ilusiones de grandeza.

Esta actitud puede expresarse en los siguientes términos sociológicos: Gobernaría una aristocracia, es decir, aquellos que estén mejor dotados para el mando. Psicológicamente, la idea indicada puede expresarse así: deseo gobernar; quiero ser como los dioses y olvidar mis deficiencias, pero también debo olvidar a aquellos que no tienen merecimientos para ser fuertes y, sin embargo, son en realidad más fuertes que yo.

Pueden encontrarse indicaciones de qué las ideas de Nietzsche se basan en la utilización de procedimientos maquiavélicos y reaccionarios en los párrafos siguientes dedicados a sus futuros discípulos y a desarrollar el ideal del gran hombre. *«El gran hombre, que desee sufrir, tiene un concepto distinto de lo que es la crueldad. No la considera perjudicial ni mala en sí misma»*.

Un gran hombre debe «conseguir la grandeza con una energía colosal y aterradora. Evitando engendrar, o, mejor, aniquilando a millones de ineptos, hace posible, a pesar de los padecimientos que cause, la formación del hombre futuro, que no perezca. Tal sufrimiento no ha sido igualado antes de ahora». En una descripción casi autobiográfica de sus discípulos sigue diciendo:

«La clase de discípulos por quien yo me interesaría es la de aquel para quien desearía el sufrimiento, la miseria, la enfermedad, el engaño y la humillación. Desearía también para él un profundo desprecio de sí ¡mismo, la tortura de su propia desconfianza y la amargura del fracasado. No siento piedad por él, porque le deseo lo que, si permanece firme, constituirá su mayor mérito».

Nietzsche, con su *«voluntad de dominio»*, y Stirner, con su culto al individuo han llegado a ser los representantes de los intelectuales europeos que, de repente, se dieron cuenta de su aislamiento psíquico y social. Estos buscaron la salvación en el campo de jefes poderosos e implacables. Las frases hechas y los mitos de superhombre, nación y raza que expresan esta tendencia, son, desde luego, secundarios. La fuerza destructiva de estas ideas se manifestó ya desde el principio, y perduró hasta los tiempos actuales.

Estas ideas forman la ideología del nacionalsocialismo que llegó a ser el azote de toda una nación. Esta política fue, como veremos más tarde, una manifestación del deseo exagerado de encontrar una compensación a los sentimientos de debilidad y resentimiento qué afectaban a la nación.

La continua lucha de Nietzsche contra las tendencias humanitarias demuestran que éstas tenían verdaderamente un profundo arraigo en su mente, pero su agresividad y egolatría le llevaron a oponerse a estas tendencias con la mayor pasión. El sentimiento de su propia debilidad le ocasionó el temor de llegar a ser uno de esos seres débiles y carentes de privilegio & quién tanto parecía aborrecer.

A causa de su carácter impresionable y personalista, las intenciones de Nietzsche de salvar a la humanidad del pesimismo y del

resentimiento y de lo que él llamaba *«una moralidad de esclavos»*, le hizo rechazar el bien, supeditándolo al mal y luchando contra el humanitarismo y la verdadera moral. Esto le llevó al desencadenamiento dé la agresividad y de las tendencias destructivas.

«Los atributos característicos de vida, injusticia, falsedad y explotación se acentúan más en el gran hombre. A medida que la influencia de esta clase de hombres fue aumentando, su carácter fue siendo peor entendido por el pueblo y erróneamente considerado como bueno».

Previendo la exaltación de los cesarismos, Nietzsche, naturalmente, deseó ser uno de los gobernantes y no uno de los gobernados.

Un deseo semejante aparece indicado estudiando el papel que juegan en la Historia aquéllos intelectuales que, incapaces de luchar por la justicia social, procuran, en lugar de ello, identificarse con los poderosos del mundo y contribuir a la apertura del camino hacia la dictadura. *«En lo futuro, existirá una disposición favorable para la formación de grandes imperios de una naturaleza como no hemos visto antes de ahora. Pero lo más importante es que los futuros dueños del mundo surgirán de los grupos humanos que se consagren al objetivo de cultivar una raza de señores. Una aristocracia, endurecida y resuelta a todo, ocupará el poder. De ella saldrán los filósofos del mando y los artistas de la urania, cuya obra perdurará a través de los siglos»*.

Nietzsche dice, en relación con el gran hombre: *«El gran hombre cree que su dominio sobre la nación depende realmente de su coincidencia con el espíritu de un pueblo y de un milenio. Este sentimiento exaltado, que le hace creerse a sí mismo como la causa y la voluntad de todo, es considerado, erróneamente, como "altruismo". Si no tiene condiciones para el mando, que siga solo su camino»*. El futuro superhombre confiesa:

«Estoy encantado del desenvolvimiento de los acontecimientos militares en Europa y de las condiciones anárquicas que

prevalecerán. El período de calma y quietismo que profetizaba Galiani durante este siglo, ha terminado. La capacidad viril del individuo y sus verdaderas aptitudes recobran de nuevo su valor. Otra vez se abre el camino para las individualidades magníficas».

Los motivos básicos para esta clase de pensamientos sociales, o mejor dicho, antisociales, arraigaron profundamente en el espíritu germánico. Después de Nietzsche estas teorías reaparecen en las obras de otros intelectuales de menor categoría. Encontramos estos mismos principios, establecidos con igual pasión y revestidos de un ropaje científico, en la obra de Spengler La Decadencia de Occidente. El libro de Spengler, como él de Müller-Freienfels, se escribió en los primeros años de la República de Weimar.

La presentación, pretenciosa y a veces brillante de esta morfología histórica, culmina en las conclusiones establecidas en el segundo volumen que aparecen tan hábilmente sentadas que parecen ser una consecuencia forzosa del análisis que las precede.

En primer lugar debemos decir que este distinguido intelectual es un admirador de la fuerza bruta, dedicando sus elogios a ella desde diferentes aspectos. Escribe, en términos entusiastas, sobre los antiguos conquistadores*. «No podemos imaginar en nuestros tiempos su ardiente amor por las hazañas heroicas, su gozo en la matanza y su anhelo de una muerte heroica»*.

De acuerdo con Spengler, sólo vivé en el mundo de la realidad el hombre capaz de realizar proezas, que es también el que debe ocupar el lugar predominante en el campo de la política, de la economía y de la actividad militar.

«Un buen golpe de espada vale más que el mejor silogismo y no carece de razón el hecho de que el soldado y el estadista de todos los tiempos no haya tenido sino él mayor desprecio por los chupatintas y los ratones de biblioteca».

Spengler, expresándose en términos de un falso pragmatismo, expone la idea de que sólo aquellos que consiguen un éxito patente y

brutal tienen importancia en la vida y que sólo tienen valor las ideas de los mismos. Toda la historia es brutal, y esta brutalidad debería ser alabada. El arte y las ciencias están atadas al carro del guerrero. En una historia concebida de este modo realista, Arquímedes juega un papel menos importante que el soldado que le dio muerte en la batalla de Siracusa.

La lucha por el poder está estrechamente conectada con los impulsos agresivos y destructivos. Se exalta a la guerra como la fuerza más magnífica de la Historia. *«La guerra es la creadora y el hambre es el destructor de todas las grandes cosas»*. La guerra es el único valor racial verdadero y la relación natural entre las naciones. El luchador experimenta un sentimiento de mando que no es comprendido por el hombre que solamente busca la verdad. El guerrero no necesita tener conciencia. En este punto, Spéngler cita a Goethe:

«El hombre de acción carece siempre de escrúpulos. Solamente, el contemplativo tiene conciencia».

Las guerras internacionales influyen en la vida interna de las naciones enquistando en ellas su espíritu y degenerando en partidos internos de tendencias belicistas. Estas luchas, dice Spengler, se producen cuando la democracia declina y se alzan las dictaduras, sea cual sea el ideal que conduce al pueblo a la batalla:

«Que se ordene el reparto de la propiedad como en Siracusa, o que se escriba un libro con esta misma tendencia, como el de Marx, es cosa de una importancia solamente superficial. No importa cuáles sean los tópicos que cabalguen en alas del viento mientras las puertas se hagan astillas y se machaquen los cráneos. El aniquilamiento es el único impulso verdadero y el cesarismo el único resultado».

Un análisis histórico demuestra que las conclusiones de Spengler son análogas a los aforismos de Nietzsche. De acuerdo con Spengler, las leyes dé la política y las determinaciones de la Historia hacen inevitable el gobierno de las individualidades fuertes y despiadadas y

el imperio de las naciones que participan de estas mismas cualidades. Sienta, finalmente, las siguientes conclusiones:

«El imperialismo es tan inevitable como resultado de cualquier clase de civilización, que agarra por el cuello a una nación y la obliga a ser la dueña del mundo aunque esta nación se oponga a desempeñar este papel».

Respecto a la postura que el autor adopta a sus reflexiones sobre los hechos a que hace referencia y a las leyes que formula, encontramos que es el heredero espiritual de Nietzsche y pudiéramos decir de un precursor de Hitler.

Toma partido decididamente a favor del uso de la fuerza cuando dice:

«El imperio dé la fuerza en todas las relaciones entre los pueblos no es el trágico resultado de un destino fatal de la humanidad, sino un hecho saludable y hermoso. Debemos comprenderlo así y prepararnos convenientemente para ello. El gobierno del oro (la democracia) está destinado a ser vencido por la conquista a sangre y fuego».

Podríamos añadir que, al lado de algunos detalles de extraordinaria luminosidad, se encuentran en Spengler muchos ejemplos de pensamientos, confusos y excesivamente subjetivos, basados en concepciones turbias y en impulsos pasionales.

A esta categoría pertenece la idea racial que se supone ser el alfa y omega de los procesos históricos y el factor determinante del destino de los pueblos. Es una cosa tipien de la mente germánica el elevar estas nociones a la categoría de entidades de un valor metafísico absoluto.

«De una noción incongruente, puramente metafísica, surge el odio de una raza contra otra, como el de Francia contra Alemania y el de ésta contra los judíos, y de este mismo impulso procede, por otra parte, el verdadero amor entre el nombre y la mujer, sentimiento éste tan estrechamente vinculado con el odio».

Este breve esquema de la psicología alemana y del desenvolvimiento de ciertas ideas básicas en el pensamiento germánico sugiere diversas conclusiones. Parece evidente que el ilimitado egoísmo nacionalista, la ansia por el poder y la adoración de la fuerza bruta son los rasgos característicos de los filósofos y los estadistas alemanes.

Estas tendencias se ocultan frecuentemente tras una nube de razonamientos filosóficos. La obscuridad de la inteligencia alemana proporciona unos cimientos apropiados para edificar sobré ellos conceptos y teorías que parecen muy científicos, pero que realmente sólo sirven al propósito de justificar una agresividad implacable y un anti-humanitarismo diabólico.

También parece evidente que la mentalidad colectiva alemana no ha conseguido liberarse por completo de los residuos feudales.

No pudo sobreponerse ni a la pusilánime sumisión a una voluntad más fuerte ni al impulso agresivo hacia la esclavización del débil. El obedecer y el mandar siguen siendo sus principales motivos de acción y de pensamiento.

ADOLFO HITLER

El padre de Hitler, Alois, era un modesto artesano. Cuando tenía 17 años concibió ilusiones ambiciosas que se realizaron .veintitrés años más tarde, cuando Alois Schickelgruber (más adelante se cambió este apellido por el de Hitler por razones que no están claras del todo), llegó a ser oficial subalterno en las aduanas de su imperial majestad de Austria.

El padre de Hitler, incluso después de su retiro, insistía siempre en que se dirigieran a él por su título oficial completo. Siendo ya funcionario se volvió dé un temperamento muy inquieto y obligó a su familia a cambiar de residencia varias veces. Trataba tiránicamente a su esposa e hijos y acostumbraba a llamar a Adolfo por medio de silbidos.

En resumen, el padre dé Hitler fue un hombre que se caracterizaba por sus sentimientos de superioridad personal y que se encontraba descontento de su situación; era despótico en sus relaciones con los miembros más próximos de su familia y desdeñaba el medio ambiente en que vivía.

El padre de Hitler fue, pues, un típico representante de la pequeña burguesía amargada que mira con disgusto su propio ambiente, desprecia a las clases trabajadoras y le gusta identificarse en lo posible con la gente entonada y poderosa.

En Adolfo Hitler encontramos estas mismas características junto con una mayor inquietud y un sentimiento más arraigado de descontento. Además, hay que añadir a estas condiciones paternas las de un espíritu rebelde, rencoroso y despectivo, que se exacerbaron en el hijo por una reprimida hostilidad hacia su padre. En consecuencia, cuando Adolfo Hitler se enfrentó con la autoridad de sus maestros, transmitió a éstos los sentimientos malévolos que experimentaba hacia su padre.

Las manifestaciones de superioridad debidas d la diferencia de clase social, a los éxitos ajenos e incluso a la supremacía puramente psíquica, originan siempre una reacción envenenada y rencorosa nacida del despecho y de la envidia.

La autobiografía del Führer contiene varias inexactitudes importantes que están expuestas por Olden y Heiden, autores de dos excelentes monografías sobre el dictador. Los propósitos perseguidos por las tergiversaciones en dicha autobiografía, en lo referente al pasado de Hitler y que éste consignó, responden al deseo de realzar su propia persona y radiar algo de gloria sobre los capítulos más oscuros de su vida, borrando algunos detalles que no se adapten bien al modelo que al propio auto-biografiado se señalaba.

En su autobiografía Hitler da muestras de su gran habilidad para engañar a los demás y de sus aptitudes para la autosugestión. Bajo la influencia de la fantasía más ardiente, los pensamientos de Hitler pierden toda semejanza con lo que puede considerarse objetivo y distorsionan y transforman la realidad.

La pasión de Hitler por disfrutar de un poder no compartido por nadie y su envidia hacia los que lo usufructuaban se manifestó muy pronto en él. El ansia de hacer un gran papel le impidió, incluso cuando era todavía niño, conformarse con la realidad. Fue un mal estudiante, pero esto quizá se debió a que su padre desbarató sus deseos de ser artista. Alois Hitler se empeñó en que su hijo entrase al servicio del Estado.

Agudizando de esta manera su incipiente megalomanía, consecuencia de sus fantasías, surgieron en el espíritu de Hitler frecuentes arrebatos dé resentimiento contra los que ejercían sobre él la autoridad y contra el padre que le cerró el camino hacia su imaginada grandeza de artista.

Incapaz de realizar sus deseos, Adolfo se replegó en sí mismo y enterró sus resentimientos en su alma de una manera profunda, procurando hallar una compensación en la fantasía o cayendo en accesos de depresión y de desánimo.

Después de dejar la escuela, Hitler permaneció con su familia durante un tiempo sin querer aceptar ninguna colocación. Más adelante llevó en Viena una existencia precaria, realizando pequeños trabajos, durmiendo en los refugios nocturnos y viéndose obligado a veces a pedir limosna. Nunca quiso realizar un trabajo sistemático ni aceptar una profesión o colocación definitiva. Esta conducta fue debida, hasta cierto punto, a los excesos de sus eternas ilusiones de grandeza.

Los sueños que acariciaba hacia una vida de artista se marchitaron por su fracaso en aprobar el examen de la Academia de Bellas Artes, y a este respecto observaremos que en su obra fundamental, *«Mi Lucha»*, Hitler parece extrañarse de este inesperado, y, además, a su juicio, inmerecido contratiempo.

Después sobrevinieron sus sueños de seguir la carrera de arquitecto, careciendo para ello de los estudios necesarios, de la experiencia práctica y de la preparación tenaz. Finalmente se entregó a lucubraciones políticas. Estas fueron las fases, confusas al principio, pero cada vez más claras, de la gradual megalomanía que iba manifestándose en él.

En cierto momento de su juventud, Hitler achacó su complejo de inferioridad a su país materno, Austria, que bajo el gobierno de los ineptos Habsburgos había «*traicionado el espíritu germánico*». A la vez concentró sus ideas de grandeza en Alemania.

Estos sueños nacionales y estas tendencias se intensificaron bajo la influencia de cierto profesor, ya que la Historia fue uno de los principales temas que interesaban entonces a Hitler, y de la lectura de una obra sobre la guerra franco-prusiana de 1871 que se cree que era el único libro que había en la «biblioteca» de sus padres.

Al proyectar sus complejos psíquicos en el mundo exterior, Hitler reprodujo en mayor escala su posición ante la realidad, la que podemos considerar que estaba dividida para él en dos mitades, una inferior y otra superior, siendo la primera la que se hallaba en íntimo e inmediato contacto con él y la segunda la que se encontraba lejana y fuera de su alcance.

Los puntos de vista de Hitler respecto a lo social se formaron también durante el período de su vida en Viena. Hambriento y miserable, no sentía nada en común con la gente que le rodeaba y a la que se consideraba tan superior. Ni siquiera le ligaba a sus más próximos parientes ningún vínculo de comunidad.

Raras veces escribía a su familia, y después de la muerte de su madre, que fue la única persona a quien quiso en su vida, rompió por completo con el resto de sus familiares durante muchos años. Sólo reanudó el trato con ellos después de terminada la primera guerra mundial.

El futuro dictador reaccionó con sentimientos de desprecio y odio frente al medio social con el que estaba en contacto. En *«Mi Lucha»* habla del ambiente proletario, expresándose con un aborrecimiento absoluto, al modo como podría hacerlo un príncipe destronado contra los despreciables plebeyos que le rodean.

Su resentimiento se transformó en odio por sus compañeros de penalidades. Sentía que su lugar adecuado se hallaba entre los fuertes y los poderosos, pero entretanto sólo podía esperar que llegara su tiempo y procurar descubrir cuál era el secreto misterioso que conduce al éxito.

¿No se hallaba él en posesión de cualidades superiores y de una mayor capacidad? En este punto tenemos que referirnos de nuevo a esa división de la realidad en dos esferas: una, espléndida e inaccesible; la otra, la propia realidad mísera y despreciable en que vivía. Además, esta realidad horrible le parecía una cosa extraña que sé le imponía arbitrariamente desde fuera.

Aunque Hitler, en tiempos posteriores y de mayor grandeza, empleó los términos más duros de desprecio cuando te refería al parlamento, sin embargo, esta institución le produjo una impresión enorme en su juventud. Incluso el edificio donde está instalado el congreso le parecía una realización extraordinaria.

Desde la galería del público escuchaba los debates durante horas enteras, hasta su terminación, y, alternativamente, envidiaba y odiaba a aquellos representantes del pueblo, bien alimentados, bien vestidos y espléndidamente remunerados. Estaba seguro de que podría hablar mejor que aquellos perezosos inútiles.

Hitler despreció a la clase trabajadora a pesar de que tenía que depender del trabajo, incluso para poder comer. Se negó rotundamente a afiliarse a ningún sindicato, considerándolo como un insulto a su orgullo.

De una manera inevitable estos aires de arrogancia y estas actividades in-sufribles le ocasionaron conflictos con compañeros de trabajo más viejos y más experimentados. Retrospectivamente, estos conflictos se le aparecen a Hitler como debidos a diferencias políticas. Su desmesurado amor propio le hace exclamar:

«En aquel tiempo estaba luchando con mi desgracia. ¿Son estas gentes realmente humanas y dignas de pertenecer a una gran nación?» Incluso veinte años más tarde sufría arrebatos de cólera contra los «humillados y ofendidos» que era un grupo al cual había pertenecido en una ocasión.

«Para mucha gente esto significa también las miserables consecuencias de la falta de cultura entre las clases bajas y de la brutalidad tan frecuentes en sus relaciones mutuas, y la propia posición de uno en la escala social, si ésta es muy humilde, hace que todo contacto con esta fase caduca de nuestra cultura y género de vida le resulte un peso abrumador».

El narcisismo, extraordinariamente fuerte en Hitler, su tendencia hacia las generalizaciones precipitadas, elevaron estos conflictos personales, que en su mayor parte originaba él mismo, a un nivel más universal y político. Naturalmente, entonces y siempre sus adversarios fueron constantemente dignos de censura.

En el período a que nos referimos, estos adversarios fueron las organizaciones proletarias: el socialismo marxista y la

socialdemocracia. Dé una manera típicamente paranoica, Hitler vio en el socialismo un enemigo personal suyo y un enemigo de Alemania, mientras las clases trabajadoras le parecían víctimas de estas organizaciones lo mismo que lo era él.

No obstante, la organización socialista impresionó a Hitler por el hecho de que reunía grandes masas de trabajado res. En otras palabras, cualquier manifestación de fuerza le fascinaba a despecho de su aversión dedada. Hitler concibió probablemente en sus años de adversidad y pobreza la idea de ligar esta organización socialista a sus propios fines, y parece igualmente probable que, entonces, aquel joven amargado, empezase el proceso de absorber las ideas de otros, asimilándoselas y adaptándolas a su propio uso.

Si no hubiera sido por su resentimiento personal y por su invencible orgullo, que creó un abismo infranqueable entre él y el medio ambiente que le rodeaba, Hitler podría haber llegado a ser un socialista revolucionario; pero, como Olden dice acertadamente: «*odiaba a los trabajadores más que a los acomodados*».

Su envidia le hizo aborrecer a los que eran más fuertes y poderosos que él, y su deseo de identificarse con ellos le capacitó para comprender las ideas socialistas sobre la explotación de una clase por otra. Además, creyó que los socialistas constituían un obstáculo en el camino de la grandeza alemana e impedían que Austria llegara a ser una avanzada en la expansión germánica.

En sus acusaciones incluyó también a aquellos compañeros de trabajo que, en su opinión, tenían la culpa de sus propias dificultades y humillaciones. Con su confusa mentalidad, propensa a lanzarse a conclusiones desenfrenadas, creyó qué veía claramente el problema, y la social democracia fue, por el momento, su principal enemiga.

Pero la clase trabajadora austríaca no podía ser considerada por él como lo suficientemente ajena a su raza para conceptuarla como una víctima propiciatoria perpetua. Después de todo, los socialdemócratas eran hombres y mujeres trabajadoras, extraviados, es cierto, pero, al fin y al cabo, eran alemanes y hermanos de sangre.

Hitler se preguntaba a sí mismo cuál podía ser la fuerza satánica que se escondía detrás de esas organizaciones socialistas y que las dirigía, trastornando sus planes y propósitos e impidiéndole conseguir sus objetivos. La respuesta era sencilla: los judíos.

La intensa impresión de exotismo que produjeron en Hitler los judíos de Galitzia, con sus típicas vestiduras, se asoció mentalmente con los folletos antisemitas que había leído. Comprobó con repentino asombro que los judíos de su propia ciudad natal no diferían en absoluto de los demás habitantes de la misma (*«su apariencia se había hecho humana»*, decía amargamente), que su *«camuflage»* era perfecto.

Los judíos fueron, declaró Hitler para sí mismo, los que habían creado el socialismo y los que llevaban el timón del movimiento socialdemócrata que dirigía entonces a las masas trabajadoras. Dedujo de ello que los judíos manejaban esté gran poder para sus propios y secretos fines.

De esta manera el poder judaico era la fuerza diabólica que actuaba para hacerle fracasar en arte, literatura o política. Hitler se llegó a convencer de que los judíos dominaban todos los campos posibles de la actividad humana y por medio de sus *«lucubraciones»* envenenaban el espíritu de los alemanes. *«Era una plaga; una plaga espiritual peor que la peste negra en los días de antaño»*.

La pasión y la violencia, infrecuentes incluso en él mismo, con las que Hitler se produjo contra el supuesto *«control»* de los judíos en la prostitución en Viena, primero, y más tarde contra su perversión de inocentes muchachas alemanas, muestran que su antisemitismo tenía un origen fuertemente personal y de carácter emotivo. Permítasenos citar los pertinentes pasajes de *«Mi Lucha»*:

«Estos parásitos blancos que se ceban en el cuerpo de todas las naciones, prostituyen de una manera sistemática a nuestras inexpertas y rubias muchachas, destruyendo así algo que ya no puede ser substituido en el mundo». Habla de la *«seducción de centenares y millares de mujeres jóvenes por aquellos bastardos*

judíos, abominables como arañas», y más tarde dice: «*el muchacho judío de cabello negro, con satánica alegría en su cara, aguarda horas y horas acechando a la inocente chica a quien profana con el contacto de su impura sangre»*.

Olden comenta a este respecto: *«Pero, ¿no sería todo esto algo más que un simple fruto de la imaginación de Hitler? ¿Y si mediase en ello alguna experiencia vivida realmente por él? ¿No se trataría de una experiencia personal en la que hubiera involucrado los personajes y las situaciones? ¿No se tratarla quizá de algún otro hombre, dé cabello negro, es cierto, pero de raza aria, que hubiera permanecido horas y más horas aguardando inútilmente al acecho a una inocente muchacha, mientras ésta hacía feliz a un rival de raza judía?»*

Sea lo que fuere de ello, el impulso de celos sexuales que se evidencia en el antisemitisimo paranoico de Hitler, da la impresión de que se trata de que éste achacó a la raza judía impulsos sexuales reprimidos o quizá frustrados.

El posterior desenvolvimiento de estas ideas, especialmente con la fanática y absurda persecución de la Rassenschande (*«contaminación racial»*), es decir, de la contaminación de la raza aria, que se equiparó, por ciertas razones obscuras, al delito de incesto, indica un origen sexual profundamente inconsciente.

Los celos sexuales de un individuo psicopático y fracasado quizá produjeron los impulsos que reunieron todas las ramificaciones de su resentimiento en torno a un sólo núcleo: los judíos. Hitler presenta un ejemplo claro de lo que el neurólogo suizo, Monakow denomina *«casualidad acumulada y emocional»* que unifica las materias más varias y diversas y las reduce a un común denominador sobre la base de fuertes sentimientos de amor, celos y odio.

La mentalidad de Hitler se mostró también, desde el primer momento, contradictoria. Mientras empezó a concentrar todo el mal en torno al mito de los judíos (mito éste saturado de elementos pasionales derivados de los impulsos más primitivos), reunió en el polo opuesto todo lo que era claro, bueno, sano y noble.

Este polo opuesto era la raza aria. Hitler dice a este respecto:

«Si nosotros, los alemanes, somos los elegidos de Dios, entonces ellos, los judíos, son el pueblo del demonio. El judío está mucho roas distanciado dé lo humano que el ario. Es un ser ajeno al orden natural, tun, ser fuera de la naturaleza».

Hitler, como todo hombre dominado por una idea fija y un ansia de acción, tenía la habilidad de transformar sus propias alucinaciones en armas de combate. Imitando la observación dé Voltaire sobre la existencia de Dios, Hitler decía:

«Si no existiesen los judíos, sería necesario inventarlos. Lo que se necesita es un enemigo visible y no un adversario al que no pueda verse».

Los mismos complejos informan la actitud de Hitler hacia la ciudad donde, en su juventud, había encontrado la desilusión y el fracaso. Abandonó Viena porque la odiaba, como *«la metrópoli de la contaminación racial»*.

Su Austria natal era para él un país hermoso (después de todo era su patria), pero se encontraba oprimida por los Habsburgos y por la social-democracia que le impedía llevar a cabo su gran destino germánico de la misma forma que cerraban el camino al propio Hitler.

La hermosa capital se le apareció como una presa de los demonios obscuros que la profanaban como hacían con las jóvenes doncellas. Por el momento, el futuro dictador no podía hacer otra cosa que marcharse; no era lo suficientemente fuerte todavía para poder vengarse o arreglar las cosas.

Pero, en su espíritu, se iba acumulando intensamente el deseo de desquite y dé poner todo en su punto por medio de la destrucción de los judíos y del rescate de Austria, sobre todo de la ciudad dé sus propias humillaciones, la pobre y ultrajada Viena. Muchos años después, Rauschning, el confidente del dictador, hablando de los planes de Hitler para Austria, observaba:

«En sus planes se nota una animosidad personal y un intenso resentimiento. Se obtiene la impresión de que Hitler quería vengarse por sus años de privación, por sus esperanzas frustradas y por su vida de pobreza y humillación».

Pero, ¿cómo se formó en el espíritu de Hitler la pasión por la política, y cómo descubrió su verdadera vocación? Es difícil dar una respuesta completa a esta pregunta básica. Ya hemos visto que las experiencias de Hitler en la vida social fueron consideradas por él mismo como una serie de humillaciones e injurias que, en años sucesivos, motivaron impulsos del más profundo resentimiento.

Su anhelo por llegar a un cambio en su situación le condujo al estudio de los problemas sociales. Siendo incapaz de pensar objetivamente, se formó un cuadro, descentrado, aunque dogmático, de la situación y de sus causas.

Rudolf Hanisch, camarada de Hitler en su desgracia, compañero de sus refugios nocturnos y colaborador en los días juveniles, cuenta que en una ocasión Hitler vio casualmente la película *«El Túnel»*, de Kellermann, en la cual, un demagogo, sólo con el vigor de su elocuencia, pone en movimiento a enormes masas de trabajadores.

La impresión que esta película produjo en Hitler fue tan grande que siempre hablaba del poder de las palabras. Con frecuencia dejaba de trabajar, durante días enteros, para leer folletos y periódicos y discutir de política con sus compañeros de los refugios nocturnos y de las tabernas. *«Siempre estaba sugiriéndonos que formásemos un nuevo partido»*, dice Hanisch.

Hitler, que nos habla de haber sido un pequeño jefe de camarilla en la escuela, sintió nuevamente dentro de él el deseo de mandar, de imponer a los demás su manera de pensar y de huir de una situación de fracaso y humillaciones. Sus anhelos personales tomaron mayor fuerza e impulso hacia su realización cuando se mezclaron estrechamente con ideas generales de una naturaleza al parecer desinteresada.

Se preocupaba de la lamentable situación pública, no sólo por su propio bienestar, sino por el de las demás víctimas de las condiciones existentes; no por su propio medro, sino por la grandeza de Alemania y del pueblo germánico. Pero de momento, el futuro dictador no consiguió formar un nuevo partido y la pasión que en ello puso no le sirvió para atraer partidarios.

Primero tenía que madurar y cristalizar sus convicciones en lo tocante a su verdadera vocación y las masas germanas tenía primero que ser baqueteadas por la guerra, la derrota y la revolución, antes de que fueran susceptibles de recibir el virus de las «nuevas» ideas y de una nueva misión que realizar.

El primer paso de Hitler, aunque probablemente inconsciente, en el camino de la consecución de sus grandes objetivos, fue su marcha de la detestable Austria a la admirable Alemania. En Múnich, desde 1912 hasta la iniciación de la primera guerra mundial, Adolfo Hitler continuó interesándose por la política, leyendo periódicos y discutiendo en las cervecerías su tema favorito: la inferioridad de Austria ante Alemania.

Sus convicciones sé reforzaron y allí creció en su espíritu el deseo de que se produjeran violentos acontecimientos que pudieran traer consigo un cambio en su situación lo mismo que en la de Alemania y en la de su país natal.

Muy probablemente se trataba de un sentimiento general de tensión, inquietud y ansiedad, que es característico en los períodos de crisis en la existencia de los psicópatas. A este respecto debería añadirse que Hitler experimentaba, con frecuencia, momentos de apatía y depresión seguidos de accesos de excitación violenta.

En agosto de 1914 sobrevino, al fin, el cambio deseado. Hitler escribió más tarde: *«Verdaderamente la nación alemana no fue forzada a entrar en la guerra; entró gozosamente en la liza para defender una gran causa»*.

De sí mismo, dice lo siguiente: *«Por lo que a mí respecta, aquellas horas me parecieron una liberación de los sentimientos deprimentes de mi juventud e incluso hoy todavía no me avergüenzo dé declarar que, movido por un impetuoso entusiasmo, me hinqué de rodillas y di gracias a Dios, desdé el fondo de mi corazón, lleno de alegría porque me había permitido la felicidad de vivir aquellos momentos»*.

No ha de extrañar que Hitler, con una actitud semejante, que, como acertadamente pondera, compartían millones de alemanes, cuente sus años de guerra como los más felices de su vida. Su personalidad inquieta e inadaptada no necesita ya buscar una válvula de escape para sus violentas pasiones; cumplió sus deberes militares, creyó en la victoria y vio ante él su propio progreso y el sitio adecuado que debía ocupar.

Hitler se dio cuenta de que mucha otra gente no pensaba lo mismo que él. Herido en el otoño de 1916, pasó cinco meses en retaguardia en un hospital próximo a Berlín y en el batallón de reserva de Múnich y halló en estos sitios una atmósfera de descontento y derrotismo.

Naturalmente atribuyó estas manifestaciones de cansancio de la guerra, que observó existían entre los alemanes, a las intrigas de los círculos financieros judíos que creía que habían conseguido él dominio de toda la producción industrial y estaban favoreciendo el camino hacia la revolución.

De esta forma, las ideas de Hitler se fueron desenvolviendo lógicamente a partir de sus primeras ilusiones. Los gérmenes de una manía persecutoria, alimentados por nuevos estímulos, se fueron desarrollando en él, y la derrota y la revolución los hicieron florecer por completo. Incluso en el curso normal de sus días anteriores a la guerra, Hitler había experimentado períodos de depresión y arrebatos de excitación: el fracaso de las grandiosas esperanzas que alimentaba sobre Alemania, y sobre él mismo, le causaron una tremenda conmoción, un verdadero cataclismo mental. Su mente fanatizada no vio, ni siquiera por un momento, la posibilidad de una

derrota alemana. A sus ojos, la causa de Alemania era grande y justa, y su fuerza, invencible.

Deslumbrado por el poder del militarismo prusiano, Hitler no fue capaz de dedicar siquiera un pensamiento a la pobre fuerza del adversario, y, ¡mucho menos, a los puntos de vista que éste pudiera tener.

Sólo podía explicarse la derrota alemana imaginándose la intervención en ella del poder misterioso que había prestado su ayuda al despreciable adversario.

En la inteligencia de Hitler bullían nuevamente las ideas que había traído de su patria austríaca: el marxismo y el judaísmo al servicio de la internacional hebrea y de sus finanzas...; siempre las eternas variaciones sobre el mismo tema. Estas fuerzas del mal que, anteriormente, habían impedido que el joven y ambicioso Hitler lograse la posición que merecía y que habían vencido al Sigfrido germánico, eran las responsables de la ruina de Alemania. Pero no sería por mucho tiempo, y, de ningún modo, para siempre.

«A pesar de todo, determiné dedicarme a la política...»; con estas palabras termina Hitler su relato de la derrota y de la revolución alemana.

Este es, hablando psicológicamente, el momento más difícil de la biografía del dictador por lo que respecta a su evolución: el momento en que «oye el llamamiento»; el momento que se da cuenta de su misión.

El sentimiento de que se tiene una misión que cumplir, se manifiesta con fuerza elemental. En Hitler este sentimiento salió a la superficie, durante un período de desaliento psíquico, hacia el fin de la guerra.

La causa inmediata de este desfallecimiento fue el gas venenoso, pero la derrota de Alemania fue la que dio su mayor fuerza a esta conmoción. Hitler oyó voces que le ordenaban salvar Alemania

Es imposible hoy hacer un diagnóstico clínico de su condición mental en aquel entonces. No hay duda de que todas las pruebas pertinentes fueron destruidas y de que el profesor de psiquiatría que se dice que citó a Hitler en sus conferencias como un ejemplo de ofuscación histérica fue obligado, como muchos otros, a huir al extranjero, aunque era un ario de raza pura.

No obstante podemos intentar la descripción de la naturaleza de los *«llamamientos»* de Hitler. Cuando se hundieron todos los fundamentos de su fe consciente, la esperanza y la tranquilidad ascendieron desde los estratos más profundos de su inconsciente.

«Alemania se levantará de nuevo y tú serás su salvador», decía la voz que era el reflejo de sus sentimientos más profundos. De este modo, de un solo golpe, Hitler resolvió su angustia personal y el problema colectivo. Adolfo Hitler y Alemania tenían que alzarse juntas de los abismos de la humillación.

Sé hizo posible una tan estrecha relación entre la causa pública y la del futuro dictador por la circunstancia de que, durante muchos años, éste se había considerado unido con Alemania.

Era necesario un narcisismo sin límites para hacer de su propia persona el foco de su misión, asignándole un papel tan importante. Hasta entonces, esta egolatría no había conseguido encontrar ni la más mínima satisfacción, y ello había impedido que Hitler se ajustara a la realidad y consiguiese una satisfacción normal en su existencia.

Por lo tanto, experimentó continuamente quebrantos y fracasos. Su *«revelación»* y el curso sucesivo de los acontecimientos mostraron el verdadero alcance de esta tensión mental.

El sentimiento de su misión, que brotó de fuentes no racionales, no pudo, naturalmente, suministrar a Hitler ninguna clase de indicaciones prácticas. Tuvo que encontrarlas en la situación a medida que ésta se iba desenvolviendo, y Hitler resultó ser un maestro consumado en esta labor.

Su fe en sí mismo le capacitó para esperar el momento oportuno, luchando contra las dificultades y siguiendo su camino sin inmutarse por los fracasos.

Siempre qué se trataba de su último objetivo, le importaron poco los pasos en falso y avanzó ciegamente. Al principio la misión de salvar a Alemania no disminuyó su sentido del oportunismo.

Después de dejar el hospital, que entonces estaba dirigido por un consejo dé soldados, trató de unirse al único movimiento político activo que existía, es decir, la socialdemocracia. Según manifestaciones de soldados que compartían con él aquellas circunstancias, Hitler no se manifestó nunca como un socialdemócrata convencido en su intervención en los diferentes mítines.

Desde luego, no se encuentran referencias de esta clase en su autobiografía. El Führer trata de llevar a sus lectores a la convicción de que, incluso en aquellos días, consideraba a todos los marxistas como *«canallas y criminales bajos y miserables»*.

Realmente, Hitler procuró entrar en contacto con los que ocupaban el poder a fin de conseguir el desempeño de un papel propio con la ayuda de aquéllos.

No habiendo logrado nuevamente que se le tomara en consideración, ni entrar en relaciones que le conviniera, se sintió ofendido, tanto más cuanto que este fracaso era una repetición de los que ya había experimentado en su juventud.

Con una personalidad que se había ensoberbecido por la convicción de su grandeza recientemente adquirida, el resentimiento que había estado latente en él durante muchos años se inflamó en una ardiente llamarada. Sin embargo, el momento oportuno no había llegado aún.

Marchó de Múnich, que era entonces un foco de marxismo *«criminal»*, y buscó refugio en una aparente apatía e inactividad; pero sus ideas y convicciones maduraron en su soledad espiritual. Aquel

periodo de tiempo fue para él semejante, en su concentración interna, a los experimentados por muchos profetas y fundadores religiosos.

Permaneciendo separado del socialismo, que ostentó el poder durante algún corto periodo, Hitler esperó que llegase su tiempo, hasta que la «*verdadera Alemania*» pudiera hablar alto y él fuese llamado.

Sería muy interesante el poseer más noticias respecto a los círculos espirituales en los que Hitler se movió durante aquel tiempo. En estos círculos, un ex sacerdote, con los instintos de un charlatán y la manera de proceder de un místico, conjuraba el espíritu de una mujer muerta en olor de santidad que exigía que se rompieran las cadenas del *«dictado»* de Versalles y proclamaba el lema: *«¡Alemania, despierta!»*.

En estos círculos espiritistas se dice que Hitler se relacionó con oficiales que tenían altos rangos militares. Desgraciadamente, tiene que quedar insatisfecha nuestra curiosidad sobre este período. El Führer procuró que se destruyeran las pruebas de estos incidentes poco edificantes. Sin embargo, este período misterioso es muy interesante desde el punto de vista psicológico.

Como ya hemos dicho, los círculos espiritistas descubrieron en Hitler cierto *«talento»*, que podemos suponer que haga referencia a sus aptitudes de médium. Puede ser que Hitler resultase sencillamente un buen médium, es decir, un receptáculo sensible a las inspiraciones procedentes del mundo de los espíritus.

No poseemos, ni probablemente poseeremos nunca, ninguna información concerniente a la manera de comportarse de Hitler en estos círculos, pero fácilmente podemos imaginarnos cuál fuera tal manera de proceder basándonos en observaciones procedentes de otras fuentes, así como en datos de la propia autobiografía hitleriana.

Se considera que es fácilmente susceptible de sugestión un cierto tipo de psicópatas dotados de un considerable matiz histérico, siempre que la sugestión se manifieste en el propio sentido de las

emociones o deseos individuales y encaje en el cuadro general de las ideas propias.

Después de todo, un círculo espiritista no es otra cosa que un experimento de sugestión colectiva basado en ciertas ideas de matiz emocional, consciente o inconsciente, irradiadas por individuos que tienen una sensibilidad especial o una intención fraudulenta. Entre los *«especialistas»*, una individualidad qué sea particularmente sensible a la sugestión y apta para manifestarla, tiene que ser forzosamente considerada como un buen médium.

Tales individualidades se sienten generalmente inclinadas a aceptar ideas fantásticas y a llevar a cabo los pensamientos emocionales concebidos por ellos mismos o sugeridos desde el exterior. Fácilmente estas personas caen en *«trances»*, es decir, estados medio hipnóticos, durante los cuales parecen poseídos por una fuerza exterior, como si fuese el mismo espíritu y cuyos pensamientos y emociones interpretan los ¡médiums.

Estas aptitudes espiritistas ejercen también su imperio sobre el auditorio que, a su vez, sucumbe a la sugestión. De esta forma, el médium actúa involuntariamente como un sugestionador, y en caso de un acceso colectivo de histeria, incluso como un hipnotizador.

Fácilmente podemos imaginarnos lo que un médium como Hitler debió haber sido, teniendo en cuenta la tremenda fuerza de sus pasiones, su falta de equilibrio mental y la circunstancia de que las órdenes emanadas de los espíritus coincidían milagrosamente con sus propios pensamientos e impulsos.

Un conocedor experto de Hitler, tan conspicuo como Rauschnigg, menciona frecuentemente las actividades de Hitler en estas sesiones espiritistas y su identificación con lo sobrenatural. Esta identificación está íntimamente conectada, cromo ya sabemos, con el innato narcisismo del futuro dictador. *«Nada se sabía respecto a él»* dice Rauschnigg; *«su cabeza estaba llena de grandiosas imaginaciones que bordeaban lo sobrenatural»*.

Las actividades de Hitler como médium contribuyeron seguramente a su propia creencia en la misión a la que se consideraba llamado. Bajo la influencia de los propios complejos inconscientes (autosugestión) o de las sugestiones exteriores, se pueden concebir ciertas ideas sobrecargadas con estímulos emocionales y que encierran el sentimiento de una certeza absoluta.

Pero tales ideas sólo se relacionan débilmente con lo consciente y parecen provenir dé otro mundo. También debe tenerse en cuenta que un proceso inconsciente de larga duración sé vuelve a veces consciente de un modo repentino. Además, el médium no es meramente un receptáculo pasivo, sino también un agente activo del que irradian fuertes influencias.

Esta observación recuerda lo que Nietzsche dice sobre «*los conductores que son conducidos*», y, como veremos, contribuye a explicar la influencia de Hitler sobre las masas. El Führer, que ejercía una sugestión excepcionalmente fuerte en las multitudes, era un receptor muy sensible de las ideas qué venían del exterior.

Hitler nunca habría sido otra cosa que un buen médium si su estructura psíquica no hubiese contenido elementos activos y excitadores («*sthenic*») y si no hubiera sido ayudado por factores exteriores, es decir, por los mismos elementos que descubrieron en él la existencia de un médium y que más adelante, ya no en círculos secretos, sino en los cuarteles, descubrieron también qué el futuro Führer era un sugestionador de primera magnitud. El médium se convirtió en hipnotizador y sus cualidades psicológicas empezaron a surtir efectos en el campo político.

En aquellos momentos históricos, los reaccionarlos alemanes habían empezado a organizarse. El Estado Mayor General estaba preparando un golpe de mano contra los social-demócratas y disponían los preparativos para su futura guerra de revancha.

Se organizaron entre los soldados cursillos para inculcar en ellos el espíritu adecuado a estos proyectos. Se sabe que Hitler fue

«descubierto» durante uno de estos cursos. Parece que derrotó a su adversario en un debate y consiguió convencer al auditorio.

Debe tenerse en cuenta que la materia de discusión estaba muy metida dentro de su alma. Su adversario había osado alzarse en defensa de los judíos. La capacidad de Hitler, como agitador, fue recompensada: se le nombró oficial instructor. Este primer reconocimiento público de sus méritos determinó el curso futuro de la Historia.

Los reaccionarios alemanes adiestraron a su médium, le convirtieron en el receptáculo de sus propias tendencias, y, por medio de él, propagaron sus ideas. Los hombres que dirigían el plan eran, en primer lugar, los militares de alta graduación de la Reichswehr y los diversos grupos nacionalistas.

No nos proponemos ir siguiendo todas las fases de la carrera de Hitler. Los temas dé nuestro estudio son: primero, ideas de Hitler; segunda, la forma que éstas adoptaron su mentalidad y, tercero, la consideración de esta mentalidad como la suprema conductora de Alemania. Esto nos lleva al campo de los problemas sociales y de la psicología de las masas.

Respecto a las ideas de Hitler, hemos visto que contuvieron evidentes elementos de nacionalismo durante algún tiempo. Estos elementos fueron ampliándose gradualmente debido a diversas influencias, como, por ejemplo, la idea racial. La apoteosis del germanismo se transformó muy pronto en una apoteosis de la raza germánica o, mejor dicho, do la raza nórdica, que, en un sentido más amplio, se refería a toda la raza aria.

Las demás razas, especialmente la semítica, fueron declaradas inferiores. La concepción de Hitler, considerando a los judíos como seres despreciables y como espíritus malignos que se movían en la obscuridad, obtuvo su apoyo en cierto número de argumento pseudocientíficos.

Los contactos de Adolfo Hitler con los intelectuales eran cada vez más frecuentes, y aquéllos le hicieron leer las obras de Houston Stewart Chamberlain, bajo cuya influencia el mito de la raza llegó a ser una de las principales armas m la nueva doctrina hitleriana.

Una de las primordiales fuentes de información y sugestión que se tuvieron en cuenta en aquellos ambientes, fueron los escritos de Alfredo Rosemberg, que preparó un fondo *«filosófico»* para la caótica mezcolanza de ideas que bullían en la mente del futuro conductor de Alemania. La obra de Rosemberg *«El Mito del Siglo XX»* es uno de los más falaces productos de la mente humana. Aparentemente se basa en argumentos lógicos y está impregnada de emociones primitivas, tales como el más amargo odio y el orgullo más fantástico. La obra está llena de falsos conceptos y de falsas ideas, vagas y confusas, que se presentan con una seguridad insolente. Es fácil de imaginarse lo que el *«Mito del Siglo XX»*, con su brillo de falsa erudición, debió significar para Hitler, que era un intelectual a medio formar, cuyas vagas y fantásticas ideas parecieron encontrar entonces un fundamento científico.

En el Tercer Reich, la idea de raza, sobrecargada de atributos activos de orgullo y odio, influyó sobre la ciencia y la legislación alemanas. Como quiera que esa idea confundiera el bien con el mal y la sabiduría con el error, se convirtió en el origen de una cadena interminable de sufrimientos y torturas.

No es, en modo alguno, una cosa casual o carente de importancia que el propio Hitler no tuviese la absoluta certeza de la nitidez de su ascendencia germánica. Esto cuadra perfectamente con su estructura general psíquica y con su primitivo súper-ego que siempre deseó algo que estaba fuera de su propio alcance y que, en consecuencia, elevaba esas preocupaciones al primer plano.

La parte socialista del nacionalsocialismo se originó por influencias exteriores. En esto, Hitler actuó con un instinto infalible. Se dio perfecta cuenta de que sin una forma de programa social no podía confiar en atraerse a las masas.

Sus primeros contactos con el socialismo despertaron en él solamente odio y disgusto, pero ya en sus primeros pasos como agitador, consiguió la buena suerte de dar con una concepción del socialismo que podía fácilmente encajar con sus otras ideas.

En una de las conferencias a que asistió, conoció a un ingeniero, Feder, que defendía la tesis de las dos categorías del capital: el capital judío, voraz y preocupado solamente por la idea del lucro, y el capital ario, de carácter productivo.

Hitler se dio cuenta inmediatamente de la relación que existía entre socialismo y nacionalismo, lo que hasta entonces había escapado a su penetración. El propio Feder pertenecía a un grupo de gente que procuraba hacer del marxismo una realidad *«a pesar de Marx»*, y dicho Ingeniero incluso concluyó su *«Manifiesto sobre la abolición del interés esclavizador»* con las conocidas palabras del *«Manifiesto Comunista»*.

Hitler quedó completamente deslumbrado por la confusa mezcolanza pseudocientífica dé Feder.

«Cuando oí la primera conferencia de Feder», dice en *«Mi Lucha»*, *«inmediatamente cruzó por mi mente, como un relámpago, la seguridad de que había encontrado el camino hacia una de las más importantes bases en que debía asentarse la fundación de un nuevo partido»*.

La idea de fundar un partido como instrumento de dominio político, había permanecido latente en la mentalidad de Hitler durante muchos años. Ahora, la oportunidad llegó por fin. Su sólo deseo fue mandar, llegar al poder, luchar, odiar. El contenido ideológico venía, desde luego, del exterior.

A pesar de todas las apariencias en contra, este contenido no era una fórmula rígida y seca, sino que era fluido, diverso, adaptable, y presentaba siempre el frente que conviniera mejor con una situación determinada en un conflicto y estaba a tono constantemente con aquellos a quienes se debía atraer o apaciguar. Hitler porfía, si fuera

necesario, representar, hasta en sus últimas consecuencias, el papel de un campeón de los trabajadores.

Convertido por la recomendación de Reichswehr en miembro de un insignificante grupo que se llamaba a sí mismo *«Partido Alemán del Trabajo»*, Hitler encontró su primer campo aprovechable de acción entre el bajo pueblo y no entre los intelectuales que todavía levantaban en él un enconado sentimiento de inferioridad.

Dentro de ese partido llegó a ser maestro en la propaganda, inventor incansable, experto en gritar y en lanzar tópicos propagandísticos, así como en la organización de mítines y demostraciones de masas. Por primera vez en su vida empuñó el timón en sus manos. También es muy importante el que Hitler consiguiese introducir esta organización en el mando de la Reichswehr, y que encontrase su apoyo en el bajo pueblo. Desde aquel momento y en adelante, en todas sus actividades, empezó ya a encontrarse seguro.

El ejército y las grandes, organizaciones nacionalistas fueron el fundamento de su seguridad y de su fuerza, mientras que la pequeña burguesía debía proporcionarle impulsos, ímpetus dinámicos y posibilidades de expansión constante.

A ellos era a quienes Hitler se dirigió, y a ellos a quienes tenía que convencer. Fue una gran ventaja para Hitler el que, como un biógrafo inglés ha observado, *«no tuviese miedo de manifestarse vulgarmente y de echar mano a los lugares comunes»*.

Nos abstendremos dé analizar, en este estudio, los progresos sorprendentemente rápidos que Hitler hizo desde el minúsculo *«Partido Alemán del Trabajo»* a la poderosa máquina política del nazismo, convirtiéndose, de un simple secretario de propaganda y miembro número siete, en Führer. Toda esta materia ha sido ya expuesta muchas veces. Lo que ahora nos interesa es solamente el estudio de ciertos problemas psicológicos fundamentales.

¿Qué métodos aplicó Hitler y qué métodos predicó?. ¿Cuáles fueron las leyes evolutivas que podemos descubrir cuando examinamos el

crecimiento del partido y el predominio de su jefe? ¿Hasta qué extremo tienen estas leyes un carácter psicológico?

No existe nada verdaderamente original en estas ideas; Hitler encontró otras semejantes entre sus primeros compañeros. Tal parentesco espiritual difícilmente, podía satisfacerle, pues hacía peligrar las ventajas de la prioridad y de la originalidad absolutas, que eran tan caras al narcisismo de Hitler. Sin embargo, en vez de dedicar un poco de agradecida simpatía a aquellos antiguos compañeros, modestos, desconocidos e inofensivos, el Führer, años más tardé, les ridiculizó sin piedad.

Por lo que respecta a los métodos de Hitler, haremos observar, en primer término, que al comienzo de su carrera política los agrupó en una teoría completa y coherente que revisó, desarrolló y perfeccionó por medio de la aplicación práctica, como si se tratara de una técnica científica. La satisfacción que le produjo recolectar los frutos de estos métodos se revela por la brutal franqueza con que los hizo conocer a cualquiera que quisiera oírle.

Teniendo en cuenta el altanero narcisismo de Hitler, la cínica sinceridad con que exponía la técnica de sus futuros crímenes, resulta menos sorprendente que el hecho de que sus futuras víctimas no adoptasen a tiempo las medidas de precaución adecuadas.

¿Cuáles fueron estos métodos? ¿Qué motivó él que Hitler, antes de llegar a ser el dictador de Alemania, hubiera desempeñado durante mucho tiempo este papel en las cervecerías y en los mítines y en la ciudad en general, como dice Holden?

Al parecer, Hitler, que durante sus años de miseria en Viena había sido impresionado al principio por el poderío de la organización y de la propaganda, habla aprendido también a valorizar el poder de la elocuencia y se decidió a utilizarla con toda la firmeza que era característica en él.

Estaba convencido, y no puede haber sucedido de otro modo, de que sus adversarios políticos y militares usaban la mentira como un arma

propagandística y se decidió a imitarles en gran escala. Imaginó que conseguiría derrotar al socialismo *«perfeccionando»* los propios recursos ideológicos de esté.

Carente de cultura intelectual y sintiéndose lamentablemente desplazado *«entre los caballeros refinados»*, estaba persuadido de que sólo podía contar con aquellos que estuviesen en una posición inferior a la suya.

De aquí que los tópicos de su propaganda tuvieran que ser de la mayor sencillez. Lo que les faltaba en profundidad, se substituía por la violencia pasional y por la fuerza irresistible de las constantes repeticiones.

En los artículos y folletos, que constituían el único alimento espiritual del Führer, éste halló un caudal de ideas simplificadas, que, después de pasar a través de su mentalidad nebulosa, desordenada y falta de equilibrio, todavía sé simplificaban más.

Hitler no tuvo preocupación alguna de ser tachado de trivial, ni en sus arengas, ni, en general, en todo su arsenal propagandístico. El éxito de este método se basó en dos factores: primero, él efecto seguro que produjo en la sencilla mentalidad popular la técnica de la sugestión, de la repetición y de la simplificación, y esto, en forma tal, que sobrepujó las esperanzas del propio Hitler; y, segundo, la desorientación de los elementos intelectuales que, inesperadamente para Hitler, permanecieron ciegos ante un peligro que, superficialmente considerado, parecía insignificante.

Estos métodos fueron el complemento de la sugestión hipnótica que Hitler utilizó en gran escala y en proporción creciente hasta que, al fin, la perfeccionó hasta el máximo.

Hitler afirmó que: *«Quienquiera que desee triunfar en política debe conceder la misma consideración a la debilidad (o cobardía, como dice en otro lugar) de las masas humanas que a sus instintos bestiales»*.

Esta fórmula, interpretada con el oportunismo, la atención y la plenitud con que sólo un fanático puede hacerlo, contiene el secreto del éxito de Hitler como jefe y como organizador. Las dos principales armas de su arsenal, el miedo y el odio, se emplearon para explotar la debilidad y el sadismo latentes en la naturaleza humana.

Las instrucciones que Hitler daba, no podían suscitar duda alguna: la oposición tenía que ser aniquilada por medio del terror. Hitler recuerda con verdadera satisfacción un mitin en el cual sus secuaces atacaron brutalmente al adversario. *«Entonces se desencadenó una refriega feroz en que se hizo uso de las armas. El corazón saltaba casi de gozo ante lo que parecía un eco de los lances de la pasada guerra.»*

Los principales medios por los qué Hitler procuró aplastar la oposición fueron la brutalidad, el terror y la violencia. Cuando no se encontraba en la actitud de la oposición un motivo bastante para actuar de tal forma, se inventaba un pretexto cualquiera.

El menor intento dé ejercer una táctica obstruccionista se reprimía con una dureza implacable. Los mítines de propaganda organizados por el partido de Hitler fueron un anticipo de lo que debía ser la futura dictadura y las *«Secciones de Orden»*, de las que luego se derivaron las S. S., fueron los instrumentos de esa fuerza bruta.

«Se les inculcaron los dogmas de que la razón, por sí sola, no surtía efecto y qué sólo la fuerza era la que decía la última palabra; que la mejor defensa era el ataque y que nuestras Secciones de Orden debían tener la reputación de ser unidad de combate, dispuesta siempre a cumplir con su deber, y no una mera reunión de teorizantes».

Hitler trataba de esta forma, de un modo deliberado, de hacerse temer por la oposición y por las masas en general. De la misma manera procuraba imbuir en éstas el miedo a enemigos inexistentes o dotados de un poder extraordinariamente exagerado. A la vez, atemorizaba al Gobierno con el espectro del bolchevismo.

Es interesante observar la facilidad con que se puede producir en las masas el temor hacia enemigos imaginarios y cómo procuran aquéllas protegerse por todos los medios. También se originan muchas medidas de gobierno debidas a temores de esta naturaleza, pudiendo ser definidas como un resultado de la deformidad del instinto de propia conservación.

Algunos de los temas de Hitler, tales como *«El capitalismo internacional»*, o *«el comunismo internacional»*, resultaron tan eficaces, que no sólo impresionaron a los industriales alemanes, incluyendo a los financieros judíos, sino que sirvieron como un medio de chantaje internacional ejercido en gran escala.

Hay que tener presente que, incluso en el terreno de la criminalidad común, la línea fronteriza entre el chantaje y el hipnotismo no puede, a veces, determinarse con toda exactitud.

De acuerdo con los principios del Führer, debía sembrarse el terror en toda la Tierra. Sería muy fácil atribuir al adversario las violencias provocadas por el miedo. En consecuencia, se llevó a la práctica la teoría de la provocación, y su empleo en gran escala en el incendio del Reichstag es sólo un ejemplo entre el incontable número de realizaciones de esta naturaleza, menos espectaculares, pero de mejores resultados.

A veces parece mezclarse con el fenómeno de la sugestión colectiva una dosis excesiva de cinismo y de espectacularidad, y, de una manera semejante, el éxito del hipnotismo aplicado individualmente se favorece por un cierto grado de reserva.

El machacar los cráneos de los adversarios era solamente una de las fases de la campaña de odio, perfectamente planeada. No todo el mundo tuvo la suerte de participar en esta fase de la campaña de Hitler. Los participantes fueron, en su mayor parte, jóvenes fuertes y rudos, muchas veces provistos de armas.

El odio es, no obstante, patrimonio de todos, y el Führer procuraba enseñarlo a todo el mundo. Junto con el miedo, el odio fue su

principal arma. En el terreno psicológico podemos conjeturar que la utilización del ¡miedo por parte de Hitler fue un intento para transferir a sus enemigos mucho del propio temor que sentía, inconscientemente, para librarse de él; pero el origen endopsíquico resulta tan evidente que no se necesita acudir a conjeturas de ninguna especie.

La personalidad de Adolfo Hitler estaba constituida, en gran parte, por un complejo de tendencias agresivas y sadistas de las que el odio no era más que una manifestación. En este aspecto, un psicoanalista puede estudiar los diferentes matices de estas tendencias y la combinación de sus manifestaciones externas.

Hitler se dio cuenta de que el odio es un arma muy potente debido a que aglutina las masas contra un enemigo común. Por esta razón, el enemigo propuesto debía reunir determinadas condiciones, debiendo ser fácilmente identificable, no demasiado peligroso, susceptible de ser objeto de diversas acusaciones de crímenes y utilizable como una víctima propiciatoria que se sacrificara en aras de todas las desgracias y culpas nacionales.

Desde este punto de vista, el marxismo, primero, y, más adelante, el judaísmo, resultaron inapreciables e insubstituibles. Esto explica la afirmación de Hitler de que si los judíos no existieran tendrían que ser in-ventados y el motivo de que los atacase repetidas veces en sus discursos e incitara a las S. S. a desencadenar sus sádicos *«progroms»*.

Este odio concentrado, sirve, hablando tanto en el terreno individual como en él colectivo, como una válvula de escape que da salida a una enorme cantidad' de impulsos reprimidos o frustrados: la codicia, la envidia y él resentimiento.

Durante los años de la postguerra existieron muchos alemanes que alimentaban estos sentimientos. El país rebosaba de organizaciones secretas que sentenciaban y ejecutaban a los supuestos *«traidores»*. Todas estas organizaciones debían su existencia al descontento

general, al orgullo nacional herido, a la pobreza, a la inflación y al paro, qué en aquellos momentos, acosaban a Alemania.

La coincidencia del resentimiento de las masas y de poderosas organizaciones nacionales con él de un fanático psicopático, creó un barbecho, extraordinariamente fértil, para el cultivo del nazismo. El viejo adagio de los libros escolares, *«el odio divide y el amor une»*, por muy humano que pueda ser no es siempre exacto. El odio puede unir a la gente e incluso transformar una masa amorfa en un cuerpo potentemente sólido

Hitler enseñó a las masas a odiar a un enemigo común y a ver por todas partes conjuras hostiles. Lo que hizo realmente que las masas sé unieran en torno a un jefe y a un partido fuertemente organizado, no fueron las ideas, que a menudo son vagas y confusas, sino los temores y el odio. Estos lazos emotivos que aprisionaban el espíritu de los partidarios se fortalecían con cada victoria obtenida sobre el enemigo y se intensificaba el deseo de nuevas agresiones hasta lograr el aniquilamiento del adversario amenazador.

Cuando ya no se hallaba situado convenientemente al alcance de la mano un enemigo interior, después de haber sido aniquilado o torturado en las mazmorras o en los campos de concentración de la

Gestapo, se hacía brotar, por arte de mágicos conjuros, un enemigo exterior que, por todos los siglos de los siglos, incluso desde los tiempos de Federico *«El primero y el único»*, había estado acechando, preparado para arrojarse contra la dócil, trabajadora y virtuosa Alemania: Francia.

El odio que el propio Führer sentía en su interior, contenía características específicas que se relacionaban con la estructura de su personalidad. Su odio contra los adversarios, ideológicos o políticos, revestía también el carácter de un odio personal. La primera característica de Hitler, en este sentido, era que nunca perdonaba a nada ni a nadie.

Lo mismo que no había perdonado a los socialistas las humillaciones de sus días de Viena, ni a las clases intelectuales la inferioridad que sentía ante ellas, tampoco perdonó a todos aquellos que, durante sus prolongados esfuerzos para escalar el poder, habían osado alzar obstáculos en su camino.

Ni siquiera perdonó a muchos que le ayudaron eficazmente, pero cuyas imágenes evocaban en él recuerdos ofensivos para su egolatría. Todo esto era debido, y se trata de un punto de especial importancia, a que en Hitler el odio estaba íntimamente ligado con su narcisismo.

Como dice Spinoza, todos los seres desean continuar existiendo, pero Hitler pertenecía a aquella clase de seres que, para reafirmar su existencia, tienen que destruir a otros. Sentía que su grandeza, su poder, sus méritos y la misión qué se creía llamado a desempeñar se hallaban seriamente amenazados siempre que cualquier otro, de cualquier modo, incluso en pequeña escala, pudiera lograr cierta importancia o poder y alzarse en el círculo de sus actividades.

Hitler se recobraba a sí mismo al destruir al adversario con el veneno de su odio, y esto cuando no disponía aún de armas tan mortíferas como los campos de concentración, si bien disponía de otros medios.

Cuando acusaba a los judíos o a los socialistas de vender Alemania, se presentaba como un salvador, casi como un Cristo, pretendiendo haber errado, sólo por una casualidad, el camino del martirio.

Cuando los estadistas de la Europa Occidental amenazaban a Alemania, rearmándose, Hitler fue el primero que alargó la mano en señal de paz, pero solamente en la medida que fuera compatible con él honor de Alemania del cual él era, de nuevo, el más celoso guardián, en contraste con la desidia de otros.

Como se negaran a escucharle, empezó a armarse, entendiendo que tenía perfecto derecho a hacerlo. La inocencia ofendida proclamaba, una y otra vez, en arengas que todos recordamos: «*¡Por esto nos armamos!*»

Durante su campaña para lograr el poder, Hitler puso siempre en contraste su propia incorruptibilidad y la pureza de su sangre alemana con la corrupción y la impureza racial de sus adversarios. Alardeaba de ser el restaurador de la honra de su país y del ejército, el campeón del capital productivo alemán contra los comunistas y el campeón, también, del trabajo alemán contra los vampiros capitalistas judíos.

Este odio militante, aparentemente creador e intrépido, tenía forzosamente que reunir en torno del Führer a todos aquellos que vieron reflejarse en él sus propios sentimientos y pasiones elevados al más alto grado, sin cortapisas ni reservas y con perspectivas dé realización fácil y total.

Se alzaba ante ellos su verdadero ideal, vociferando con frenéticos gritos y violentas amenazas, grande, aunque, desenfrenado, constituyendo la garantía viviente del honor de Alemania, de la justicia social y los sagrados derechos de la propiedad privada, el conquistador de los judíos y de los bolcheviques, el modesto *«soldado desconocido»* que restauraría la fuerza de Alemania, el vencedor de los enemigos propios y de los de su país, siempre fuerte y fiero, el jefe, el conductor... y, sin embargo, un hombre sencillo y modesto que se comportaba como *«el hijo del hombre»*.

De esta forma el odio unía estrechamente a sus secuaces en un grupo compacto cada vez mayor, situándolo aparte de los demás como si fueran la sal de la tierra. La organización del partido, con su jerarquía, sus uniformes y sus insignias, robusteció extraordinariamente lo que había sido al principio una construcción política sometida a toda clase de fluctuaciones.

El odio insaciable exigía constantemente nuevos objetivos. Dos manifestaciones muy significativas de la manera de actuar de ese odio fueron el incendio del Reichstag y las matanzas de 30 de junio de 1934.

El incendio del Reichstag fue, como es bien sabido, una cruda provocación encaminada a demostrar el peligro del comunismo y a

justificar la política preconcebida de implacable terror. Después de su subida al poder, Hitler y sus más íntimos secuaces se sentían cohibidos por la presencia del presidente Hindenburg y de la vieja guardia de los círculos conservadores nacionales, hallándose impacientes, por otra parte, de dar rienda suelta a sus tendencias de sadismo y de megalomanía agresiva.

Había que hacer algo para convencer al mundo de que los comunistas se hallaban a punto de arrasar Alemania y que eran absolutamente necesarias las contramedidas más enérgicas. Goering, uno de los satélites del Führer y quimerista por excelencia, siendo, por otra parte, un psicópata, sádico declarado, manifestó: *«No necesito preguntar a mi conciencia; mi Führer ha hablado y él es mi conciencia»*.

Esa afirmación ilustra de un modo clarísimo tanto el proceso de substituir el súper-ego por la imagen del jefe como la falta de escrúpulos morales por parte del dictador. El cinismo excepcional del crimen, su planteamiento lleno de astucia, la trama diabólica de convertir a un desgraciado holandés en víctima propiciatoria..., todo ello es espantoso. La trama completa fue realizada por el Führer cuya superior autoridad daba por buena cualquier abominación.

En las memorias de Goebbels, en fecha 31 de enero de 1933, es decir, un mes antes de incendio, podemos leer: *«En una conversación con el Führer, ideamos nuestros planes para dar la batalla al terror rojo. En aquéllas circunstancias deseábamos evitar la adopción de contramedidas directas. El golpe maestro de la revolución bolchevique podía estallar primero. En el momento oportuno nosotros descargaríamos el golpe»*.

Estas palabras son muy significativas y contienen toda la teoría de la provocación que atribuye al adversario las tendencias propias dé sadismo y agresividad y despliega toda la fuerza de esas tendencias pretendiendo presentarlas como una mera reacción. Y la referencia que se hace en las mismas a las llamas, ¿era nada más una figura retórica?

¿Por qué esas llamas ejercían un efecto tan fascinador? En aquella memorable tardé, tan pronto como la radio transmitió la noticia y antes de que fuese posible ninguna investigación, Hitler declaró a sus secuaces: *«Es una señal enviada por Dios. Nadie nos impedirá ahora destruir a los comunistas con puño de hierro»*. Hitler manifestó a un periodista inglés*: «Usted es testigo de que se está iniciando una gran época en la historia de Alemania. Este incendio os su comienzo.»*

Es conveniente recordar, en este punto, lo que la moderna psicología nos enseña respecto al simbolismo del fuego y del incendio criminal. El fuego es probablemente la forma más perfecta de destrucción y como tal, constituye una magnifica válvula de escape de las tendencias agresivo destructivas.

Al provocar un incendio, la individualidad psicopática desahoga a veces su odio hacia la realidad que, de esta manera, destruye de una manera simbólica, cuando, por ejemplo, incendia la casa de un amo a quien odia debido a su añoranza de la propia casa familiar lejana, como en varios famosos casos criminales se ha visto, obrando inducido por la nostalgia. Además, el mismo proceso de prender fuego, permite el desahogo de una gran cantidad de impulsos reprimidos.

El acto sadista del incendio del Reichstag fue dirigido contra el símbolo de odiado régimen antiguo, contra el mismo parlamento que el nacionalsocialismo siempre había atacado con palabras y con hechos.

Entonces los nazis querían destruir por completo el parlamento, y para complacer su perversa tendencia sadista, sacaron partido de esta oportunidad para adoptar el papel de defensores de la aborrecida institución democrática.

La nueva época de la historia germánica, de la que habló Hitler en términos tan encendidos, tenía que ver la destrucción final y absoluta de todas las fuerzas de oposición, obrando en nombre de la salvación de Alemania y de todo el mundo occidental, del peligro bolchevique.

El incendio del Reichstag abrió en efecto una nueva era en la historia de Hitler y del nacionalsocialismo. Desde el ejercicio de la dictadura en el seno del partido, Hitler y el nacionalsocialismo pasaron a la dictadura del país y del Estado. El incendio fue la llave que abrió las puertas al terror, esto es, al sadismo totalitarista de estilo «*gangsters*».

Pero, de forma ¡muy típica y característica, el terror y el sadismo continuaron disfrazándose, aparentando un movimiento de salvación. La tendencia a asociar el sadismo y la salvación es inherente a la personalidad de Hitler.

Encontramos diferentes indicaciones de ello en sus mismas manifestaciones primeras de anti-socialismo o antisemitismo, como se refiere en su autobiografía. Incluso entonces, el propio sadismo y agresividad hitlerianos fueron achacados al enemigo. Los muchos complots judíos de carácter aparatoso eran de tal naturaleza, que si se hubieran puesto en práctica *«éste planeta habría acabado por rodar de nuevo, desierto y deshabitado, por los espacios del universo, como hace millones de años»*.

La obsesión megalománica de Hitler era tan grande que aunque conocía perfectamente los preparativos secretos de la trama incendiaria, procuró convencer a los demás, y quizá se convenció a si mismo, de que estaba salvando al mundo. Unos pocos meses más tarde hizo la siguiente declaración a los representantes de la Prensa norteamericana (Olden p. 285):

«Cuando en la noche del incendio del Reichstag y del Berlín Castle recibimos peticiones de ayuda por teléfono, telégrafo y radio, procedentes de toda Alemania, debido a la amenazadora conspiración bolchevique y el peligro de revolución, resolví implacablemente aplicar toda la fuerza a mi disposición y poner en acción a todas mis tropas de asalto.

Mi lema fue: o vencer o morir. Los descubrimientos realizados dos horas más tarde, justificaron mi postura. Sólo en Berlín, después de la ocupación inmediata de los edificios públicos, incluyendo la

Universidad, las Bibliotecas y muchas oficinas municipales de la ciudad, en ellos, así como en otros varios lugares de la misma donde se produjeron incendios, se encontraron mechas, algodones empapados de gasolina y materiales explosivos.

Si en aquel momento crítico yo no hubiese actuado en defensa de la paz y del orden para impedir que los bolcheviques incendiasen a Alemania, no sólo el Reichstag y el Berlín Castle sino todos los edificios públicos de Alemania, y quién sabe si de todo el mundo occidental, se hubiera hallado expuestos a convertirse en un montón de ruinas. Las futuras actuaciones judiciales abrirán los ojos del mundo con respecto a los sensacionales acontecimientos de aquella noche, existiendo en ellos datos que, debido a que las investigaciones están actualmente en curso, no pueden ser revelados al público. Existen pruebas evidentes sobre el descubrimiento de una conspiración comunista de carácter mundial».

Analizando el simbolismo del incendio provocado, debemos mencionar otra gran hazaña piromaniática que tuvo un carácter conscientemente simbólico: el famoso incendio en masa de obras de pacifistas, judíos y otros autores, en la Plaza de la Opera.

Este auto de fe tuvo efecto en presencia de la plana mayor del partido y de los dignatarios gubernamentales con acompañamiento de gritos proferidos por bandas bien adiestradas de jóvenes aliados.

En este punto volvemos a encontrar una destrucción simbólica del acervo intelectual del pasado, que trae al recuerdo las famosas palabras del héroe del drama nazi: *«Cuando oigo la palabra "cultura", quito el seguro de mi revólver».*

¿Cuál es la naturaleza de este odio? Sin duda es originariamente producido por un complejo de envidia en él ánimo de un elemento de inferior intelectualidad y en el grupo que le rodea. Esto explica por qué participaron en el movimiento nazista tantos periodistas sin preparación cultural, pseudo literatos y escritorzuelos. El odio de esta clase especial de espíritus envidiosos se enmascaró tras de sublimes tópicos propagandísticos, tales como la defensa de la pureza de la

cultura germana contra los judíos y otros señuelos semejantes. ¡Qué gloria para Hitler, el artista fracasado, rechazado en una ocasión por la Academia de Bellas Artes de Viena! Ahora podía imponer sus opiniones, expulsar el arle moderno de los museos, como «*degenerado*» e instaurar un nuevo gusto artístico en la obediente nación.

Si el incendio del Reichstag fue ideado para despejar el camino hacia la dictadura en el Estado, los asesinatos del 30 de julio de 1934 se encaminaron a consolidar el régimen en el futuro y para siempre. Esta explosión de odio destructivo se dirigió contra los restos dé la oposición, contra los amigos y compañeros de Hitler, demasiado fuertes y populares, y, sobre todo, iban dirigidos también a asegurar la buena voluntad y el apoyo de la Reichswehr.

El crimen llevó consigo una elevada dosis de traición: por ejemplo, la eliminación de elementos de las S. S. qué habían elevado a al pináculo, pero que ya resultaban superfluos. El dictador se dio cuenta de qué la Reichswehr era todavía la organización más poderosa de Alemania, pero que, mientras daba su beneplácito a la dictadura, temía a las S. S. cuyos jefes eran los colaboradores más íntimos del Führer y ejercían sobre él un gran predicamento basado en recuerdos comunes y en batallas libradas codo a codo, y, según parecía, en la gratitud del Führer por aquella ayuda que le había sido prestada.

Los elementos que formaban en las filas de las S. S. eran aventureros indisciplinados sin preparación profesional. Su destrucción resolvía un difícil problema a Hitler. Comprendiendo éste en donde estaba la fuerza mayor, no pudo actuar de otro modo: la destrucción del débil y la victoria del fuerte, era, después de todo, una norma básica.

La furia de este odio que, no satisfecho con la matanza misma, se reveló en los peores insultos contra sus víctimas, merece una atención especial. El estallido de cólera de Hitler contra su íntimo amigo, Roehm, puede explicarse por este deseo de romper lazos gravosos de carácter sentimental que envolvían ciertas obligaciones.

El solo pensamiento de que era preciso tener que contar con alguien, mantener las promesas que había hecho y mostrar cierta gratitud, era insoportable para Hitler. De esta forma, él amigo de ayer se convirtió en enemigo.

El cambio de la amistad en odio qué vemos en este incidente, es una reminiscencia de los casos bien conocidos de transición desde el amor apasionado al odio y suscita el problema de preguntarnos hasta qué punto la amistad de Hitler con Roehm contenía factores de carácter erótico.

El elemento homosexual tomó una parte importante en todo el movimiento, y la propia constitución erótica del dictador era ambigua. Volveremos de nuevo más tarde sobre esta materia, pero, por el momento, sólo deseamos recalar el sentimiento de indignación moral, lleno de mojigatería, con que Hitler trató de justificar sus asesinatos a los ojos del público, acusando a sus víctimas de inmoralidad. Aquí el sadismo destructivo se completó con el sadismo de difamación que quería aniquilar otra vez a las víctimas de1 nato, desprestigiándolas en el recuerdo de sus correligionarios.

La sangrienta destrucción de otras víctimas de menos categoría puede explicarse o bien por el odio de Hitler hacia los que disfrutaban de alguna popularidad y que osaban mostrarse disconformes con él siendo sus rivales en potencia en caso de un cambio de régimen, o bien por su deseo de venganza.

El espíritu vengativo de Hitler no tiene igual: no perdonaba a nada ni a nadie, y, menos que a nadie, a los que osaban, en cualquier ocasión, oponerse a él o censurarle. Toda ofensa a su adorado ego lo consideraba como un crimen que desencadenaba una terrible tempestad' do odios.

En el curso de nuestro estudio nos hemos referido con frecuencia a los factores eróticos. Rauschnigg caracteriza el erotismo de Hitler en las siguientes palabras: *«Lo que era más abominable en él es la revelación de una sexualidad constreñida y anormal que exhala algo parecido a un mal olor*».

Algunos soldados que sirvieron en las mismas unidades que Hitler se han referido a la actitud anormal que este adoptaba ante las mujeres, que dichos soldados describen como una extraña reserva. Ciertas observaciones posteriores confirman que esta actitud del Führer no cambió y que aquél continuó siendo impotente. No podemos olvidar el relato de Heiden referente a las relaciones de Hitler con su sobrina, que terminaron trágicamente con el suicidio de la mu chacha.

Tomando en consideración el aborrecimiento antisemítico de Hitler, que ya hemos analizado, podemos presumir que todo el complejo de inferioridad del dictador se deriva de sus experiencias sexuales poco satisfactorias, en sus años de Viena y, en un plano inferior, de sus relaciones con sus padres. El culto a la masculinidad que Hitler expresó siempre de un modo acentuado, pertenece a la misma categoría de cosas.

«El Führer nunca montó a caballo», dice Rauschning, «pero las botas altas y el látigo de montar que usaba atestiguan la amargura que se había acumulado en él durante muchos años». Sus ídolos fueron Federico el Grande y Bismark. Colgaba los retratos de estos personajes en todas sus residencias y oficinas.

Los demócratas, pacifistas, marxistas y judíos denigraban a los colosos y no apreciaban su grandeza, pero él, Hitler, se alzaba en defensa de aquellos héroes que eran escarnecidos y rebajados. Es evidente que Hitler sé identificó con ellos y que sintió amenazada su propia grandeza y su poder, en resumen, su masculinidad.

En su autobiografía, Hitler se identifica con frecuencia con algunos héroes reales o imaginarios que estaban llenos de magníficas intenciones y se veían amenazados por fuerzas hostiles o por la canalla miserable e incomprensiva.

Los frecuentes éxtasis admirativos de Hitler hacia el ejército y la juventud masculina de Alemania tienen un evidente aspecto homosexual. El siguiente fragmento de su obra es digno de estudio: *«Cada año salen de las filas del ejército 350.000 jóvenes en la lozanía de su plenitud, hundidos en el lodo de la molicie y del*

afeminamiento, que se halla tan extendido». En sus conversaciones con Rauschning, Hitler ponía en contraste la juventud alemana de aquellos días con *«nosotros, es decir, la antigua generación, débil y despreciable... Nosotros somos ya viejos... Somos cobardes y sentimentales... Pero miremos a nuestra espléndida juventud...»*

A estas frases sigue un encendido tributo a la juventud en la que Hitler deseó ver realizado su propio ideal, el ideal de la fuerza, de la dureza, de la brutalidad y de la primitiva masculinidad. Hitler advertía: *«No quiero que en estos jóvenes haya nada débil ni tierno...»*

En nuestro análisis clínico de los homosexuales estamos muy familiarizados con esta admiración hacia la masculinidad brutal.

Los homosexuales se sienten impresionados por una masculinidad cuya falta experimentan en ellos mismos y que procuran compensar intimando con los objetos de su predilección que se les aparecen como la personificación de la masculinidad y de la fuerza.

En las elucubraciones de Hitler, el deseo de una masculinidad brutal se extiende a toda la nación alemana, a las futuras generaciones, a la casta selecta de los dirigentes y, finalmente, a él mismo, presentándose como el ideal de un señor y un gobernante todopoderoso. *«Resultaba grotesco el contraste entre el pequeño burgués torpe y mal criado, en medio de otros alemanes de la misma clase, y la ferocidad de los sueños criminales a qué se abandonaba y que constituían su ocupación más frecuente»*.

Podemos preguntarnos hasta qué extremo el sadismo agresivo de Hitler combinado con su complejo de inferioridad, con su constante ansia de auto-exaltación y con la exhibición de una masculinidad primitiva, informaron la actividad política del Führer.

El culto a la fuerza junto con el desprecio hacia el débil o, como diríamos más sencillamente, con el desprecio hacia aquellos a quienes transmitía sus propios sentimientos dé debilidad, su propia pasividad y sus tendencias femeninas, constituye un credo que produjo consecuencias incalculables.

Todo, el sistema específico de eugenesia que Hitler desarrolló, apoyado después por hombres de ciencia dóciles y dominados, expresa el deseo de una fuerza absoluta y elevada al máximum aplicada a una nación, o mejor dicho, a una casta dé gobernantes escogidos y convenientemente preparados.

Todo lo que fuese débil e incapaz de una vida dinámica y enérgica debería ser destruido. Este sistema es una vuelta al culto del poder tradicionalmente germánico. Algunos años antes de la subida al gobierno de Hitler, se expresaron unas ideas semejantes por el profesor Binding, médico, que sugirió que todos los individuos incurables, los retardados mentales y otros que se hallen en condiciones parecidas, en resumen, todos los que constituyen sólo una carga para la humanidad, deberían ser exterminados.

«Seiscientos años de aplicación de los principios eugenésicos», dice Hitler, «conducirán a una situación de salud que hoy día parece inconcebible». Hitler define claramente el propósito de una realización semejante: *«Un estado que en un período de contaminación de raza se dedica a cuidar sus mejores elementos raciales, debe llegar a ser algún día el amo del mundo»*. Una vez más la destrucción del débil y la mejora del fuerte se revela como la base de las campañas de Hitler y como la afirmación de su propia masculinidad que, desde entonces y en lo sucesivo, se mostraría completamente segura de sí misma y que ninguno podría ya amenazar.

De este modo, cae una luz nueva sobre las facetas de la vida política de Hitler. Desde el punto de vista adoptado en el constante tópico de apoyarse en el fuerte, todo resulta perfectamente claro. Hitler se aparta de los obreros *«física y espiritualmente pobres»* y adula a los industriales y a los patronos ya que ellos son *«los fuertes y los privilegiados»*.

«Debe defenderse al fuerte que se halle amenazado por sus inferiores», dijo a Rauschning. En este sentido el Führer argumenta que, puesto que los fuertes son los que detentan el poder, es

evidente que deben tener una base racial para ello y qué, en consecuencia, son los mejores.

El constante coqueteo de Hitler con la alta industria, además de consideraciones de carácter puramente utilitario, tuvo un fundamento profundamente psicológico, es decir, el deseo de identificarse a sí mismo con el fuerte.

Sin duda esto fue también lo que constituyó el fundamento de su culto al ejército, que le elevó al poder y al cual Hitler prestó su constante ayuda y favores, como por ejemplo, sacrificando en sus aras a sus mismos compañeros, y del cual, finalmente y para su supremo júbilo, llegó a ser el comandante, el jefe, concentrando en sus manos las armas de destrucción más poderosas entre las existentes y los más típicos símbolos de la masculinidad.

«Lo que el pueblo alemán debe al ejército sólo puede expresarse con una sola palabra: Todo».

La política internacional dé Hitler refleja igualmente sus tendencias agresivas y su temor de parecer débil. También aquí el principio fundamental fue la victoria del fuerte y la destrucción o la completa conquista del débil.

El punto de vista adoptado fue el mismo que el que tenía tratándose de personas individuales y de clases sociales; con referencia a los pequeños Estados, Hitler dijo despectivamente que Alemania no pensaba seguir una *«política de protección»*.

En su opinión, el antiguo imperio alemán había carecido de *«intenciones activamente agresivas»* y como resultado de ello había quedado relegado a *«una unión defensiva de viejos Estados que han sido ya jubilados por la Historia»*.

La nueva Alemania tenía que ser agresiva y que escoger, de acuerdo con esta tendencia, sus aliados y sus adversarios. No nos detendremos aquí en analizar todas las vicisitudes de la po-lítica internacional nazi.

Lo más importante de todo, el repentino cambio de frente, pasando desde la tenaz oposición al bolchevismo al pacto ruso-germano de 23 de agosto del año 1939, se basó en aquel mismo principio consistente en realizar pactos con las potencias más fuertes de las que se pudiera sacar utilidad.

Alemania, llena de espléndidas posibilidades, pero obstaculizada en su desarrollo y llena de desaliento, asemejándose en esto, de una manera sorprendente, al propio Führer, tenía que extender naturalmente su *«espacio vital»*.

Este tópico no era otra cosa que el procurar la acumulación sobre él adversario del propio egoísmo agresivo. Puesto que el ataque era, según dijo Hitler, el mejor medio de defensa, las consecuencias de ello se siguieron lógicamente. Hitler presentó ante Rauschning el cuadro de unos Estados satélites rodeando Alemania, con el resultado de qué el poder supremo de ésta sé conseguiría para siempre.

Hitler hizo suya no sólo la vieja idea pangermánica de dominar territorios para dedicarlos a la colonización en el Este, sino también la teoría creada por Klauss de que el Este debería hallarse deshabitado.

Estos territorios, en los sueños dé Hitler, debían convertirse en colonias periféricas racialmente puras, siendo una especie de semillero humano. *«Unas comisiones especialmente constituidas extenderían certificados individuales de colonización qué, a su tiempo oportuno, serían los determinantes de la pureza racial de acuerdo con ciertos tipos que se establecerían en el futuro. De esta forma se podrían, a su tiempo, establecer colonias periféricas, cuyos habitantes sin excepción serian el exponente de la más elevada pureza racial y en consecuencia los representantes, en el más alto grado, del vigor de la raza»*.

Los polacos y los checos, a los que conceptuaba pueblos *«inferiores»*, podrían encontrar suficiente espacio para vivir en Siberia o en Volinia. Rusia (Hitler era entonces un convencido antibolchevique), que se hallaba dominada por el «judaísmo

internacional», tenía que perecer. Este inmenso país constituiría un campo espléndido para la colonización germánica, haciéndose cargo del exceso de población alemana, que, en los sueños megalomaníacos de Hitler, crecería en proporciones gigantescas.

«Mientras que en Europa viven sólo 80 millones de alemanes, después de que pase únicamente un siglo, vivirán en este continente 250 millones de seres de raza germana». En otra ocasión dice: *«Estamos elegidos por el destino para presenciar una catástrofe que será la plena confirmación de la teoría racial de los pueblos. Está dispuesto por el destino que Alemania destruya a Rusia y que establezca allí colonias»*.

Rusia, de acuerdo con los razonamientos de Hitler, se desintegraría por sí misma, mientras que Polonia y Checoeslovaquia deberían ser destruidas. El *«perseguido-perseguidor»* no puede sufrir el que haya a su alrededor nada que denote una cierta fuerza y qué a la vez sea inferior a él en valía, como pasaba con los despreciables eslavos. De esta forma, Hitler proclamó la siguiente máxima:

«Nunca se debe permitir que en la Europa continental florezcan dos potencias. En cualquier intento hecho para organizar una segunda potencia militar en la frontera alemana, aunque sólo sea en la forma de un Estado capaz de mantener un ejército, debe verse un ataque contra Alemania y considerar que no es sólo vuestro derecho, sino también vuestro deber, impedir la formación de un Estado semejante acudiendo a todos los medios, incluyendo el uso de las armas, y, en el supuesto de que tal Estado hubiera sido organizado ya, debe destruirse otra vez».

La fuerza de otro país sólo debe tolerarse cuando hace posible el aumento de la propia potencia agresiva por medio de las alianzas. El ideal político era destruir al débil y unirse al fuerte. *«Una alianza cuya finalidad no incluya la intención de guerra, carece de sentido y de valor»*. En otra ocasión dice: *«Sólo el pensamiento de conquistas y adquisiciones comunes puede unir fuertemente el destino de las naciones»*.

Estos significativos pasajes se suprimieron en la edición inglesa de *«Mi Lucha»* como si un recurso infantil de esta naturaleza pudiera bastar para adormecer la vigilancia de los ingleses. Toda la fuerza agresiva de Hitler se volvió contra Francia.

El Führer imputó a esta nación sus propias tendencias de ataque y revancha y, en consecuencia con sus teorías raciales, la consideró lo bastante débil para merecer ser destruida. *«Francia era la implacable enemiga del pueblo alemán», con su «espíritu vengativo y sadista»*.

Francia era *«el enemigo patriotero hereditario»*; *«el verdugo francés»*; *«el único enemigo a quien se debe atacar»* y *«con el cual debemos hacer, inevitablemente, un cambio de suerte»*, estando al presente *«dominada por los judíos»*, *«infectada por los negros», «un Estado africano en el suelo europeo»*... y, en consecuencia, condenada a la destrucción.

Francia ofrecía un espléndido blanco para los ataques de Hitler. Era inevitable una lucha a vida o muerte, una contienda en la que era forzoso *«pegar con toda nuestra fuerza concentrada»*, y prepararse para *«apuntar al corazón de nuestro enemigo más ruin»*.

Mientras se preparaba para el importante paso, Hitler no perdió su sentido de la realidad. Le era necesario aliarse con otras potencias, tal como Italia, ya que estaba profundamente impresionado por su prototipo, *«el gran hombre del sur de los Alpes»*, o como Inglaterra, pues Hitler creía en el poder del Imperio británico basado en la raza germánica.

Poniendo a Francia fuera de combate le sería posible satisfacer su odio y asegurar para siempre la grandeza y la expansión alemana, pero para ello la intensidad de su odio tenía que ser compartida por todos los alemanes. Hitler deseaba que *«en sesenta millones de cabezas de hombres y de mujeres... se levantara un odio común y un ardiente mar de llamas..., de cuya vorágine se alzara una sola voluntad, dura como el acero, y un sólo grito: ¡Dadnos armas de nuevo!'... En la mente de los niños más pequeños debería arraigar*

esta encendida plegaria: ¡Oh poderoso Dios, cuando llegue el tiempo, bendice nuestras armas..., bendice nuestra lucha!»

El inmenso odio primitivo de Hitler y sus tendencias de ataque y destrucción se fundieron con la antigua furia pangermánica exigiendo una válvula de escape y haciendo que las armas se aguzaran. Por nuestra propia observación clínica de criminales jóvenes, podemos saber que la falsía acompaña siempre a los instintos de acometividad.

El bandido que planea robar o engañar a sus colegas, les temé en sus horas de vigilia y de sueño y asegura que fueron ellos los que le atacaron primero y que tuvo que defenderse. De una manera semejante,

Hitler y la nación congregada a su alrededor proyectaron su odio agresivo sobre el mundo exterior y se entregaron a fobias que fueron tanto de carácter ofensivo como defensivo.

Hitler deseó impulsar a la nación alemana hacia la grandeza, tal como él la entendía, y para conseguirlo consideraba justificado cualquier sacrificio. *«No dudaría un segundo en echar sobre mi conciencia la muerte de dos o tres millones de alemanes, aunque me doy perfecta cuenta del peso de tal sacrificio»*. La grandeza significa, naturalmente, dominación, y el pueblo alemán, para llevar a cabo los propios deseos de Hitler, debería gobernar y mandar en toda Europa.

En relación con esto se hace de nuevo evidente una inmensa transposición de los sentimientos personales y de los complejos de Hitler al campo de la realidad política, constituyendo un solo todo. En la mente del dictador Alemania tenía que conquistar Europa o perecer. El yo de Hitler vaciló siempre entre dos polos opuestos: la grandeza ilimitada y la debilidad llevada a su extremo.

La facilidad con que el Führer hablaba de sacrificar varios millones de seres humanos demuestra claramente las raíces de origen sádico que existían en sus planes de dominación mundial. La intensidad de

su sadismo y de su megalomanía halló un claro índice expresivo en su visión de una posible derrota:

«*Pero si no triunfásemos en nuestras conquistas, arrastraríamos al mundo con nosotros en nuestra caída y nadie podría alegrarse de una victoria sobre Alemania*». El primitivo narcisismo sádico del dictador, que le impedía reconocer la existencia de la realidad objetiva, deseaba destruir y transformar todo.

Hablando del futuro de la poderosa raza alemana, una raza de jefes absolutos, Hitler pronostica que se utilizaría para destruir la Historia: «necesito también una nación que me permita destruir el orden establecido en el mundo y la destrucción de la Historia creando una historia nueva».

El elemento adecuado para tal clase de destrucciones es la guerra total. Rauschning dice que Hitler *«en su montaña saboreaba por adelantado su guerra (la guerra total) y su triunfo»*.

La transformación de la nación alemana, si es que no de toda la humanidad, tal como la proyectaba Hitler, indica un sadismo megalomaníaco y absoluto por una parte y por la otra pasividad, sujeción y sumisión. Hitler prevé el cambio de la raza humana en «*dos especies: El Hombre-Dios y las Masas-Animales*». Dice también que *«el nacionalsocialismo es más que una religión; es la voluntad de crear el superhombre»*.

Dejándose llevar por sus fantasías, Hitler ve todos sus deseos colmados y contempla como ante sus ojos se alza una visión aterradora y demencial. Dice Rauschning que «*Hitler afirma haber visto el hombre nuevo. Este ser es intrépido y cruel. Tuve miedo de él*». El programa de la llamada «*Ordensburguen*» tiende a la formación de una casta de superhombres dueños del mundo que serían los exponentes más terribles del sadismo y la crueldad.

De acuerdo con estos planes, toda la estructura social debería basarse en los principios jerárquicos. *«El ideal de una cultura accesible a todos ha sido ya superado hace mucho tiempo. La ciencia*

debería volver de nuevo a su antiguo carácter de un culto secreto reservado a los privilegiados».

En otras palabras, la ciencia deberá proveer a los jefes y dueños del mundo de los medios necesarios para ejercer esta dominación mundial, mientras que las masas anónimas de ilotas, desprovistos de todos los derechos, sólo deben ser un instrumento impotente.

Estas ideas son otra manifestación del desprecio de Hitler por el hombre común, así como también un reflejo indirecto de sus propios sentimientos de inferioridad. La representación de la futura jerarquía constituye para él una revancha y una compensación de sus propias deficiencias que tan agudamente llevaba clavadas en el alma.

En el lugar que él había ocupado anteriormente, cuando el anonimato pesaba sobre él como una losa, bulliría toda una inmensa clase de trabajadores anónimos, mientras que una masa informe de extranjeros, víctimas de la conquista, yacería en los últimos peldaños de la escala social, como si fueran esclavos.

Intoxicado por la perspectiva de su propio poder sin límites, Hitler se posesionó bien pronto (naturalmente, en sueños) de su papel de dictador del mundo y del género humano. *«Socializaremos al pueblo. Cultivaremos nuestra inconmovible voluntad de revolucionar al mundo en un grado desconocido hasta aquí en la Historia. En esta obstinada voluntad encontraremos el secreto de nuestra felicidad, el gozo que experimentaremos al contemplar a nuestro alrededor a las masas, desconocedoras de lo que estamos haciendo en su favor»*.

Conforme a nuestros puntos de vista, el deseo de mando y la ambición de dominio, junto con la seguridad de que sus juicios eran absolutamente ciertos, hicieron que Hitler considerase que las masas humanas eran como una blanda arcilla entre sus manos. Una actitud semejante parece ser característica siempre de los dictadores congénitos.

A este respecto son interesantes los planes de Hitler referentes al problema de la repoblación. Hemos estudiado ya sus planes

eugenésicos, aquella «cura excepcional» que debía cambiar toda la raza alemana, y sabemos el enorme grado de sadismo qué se contiene en estas drásticas medidas que debían conducir a un objetivo aparentemente elevado.

Sin embargo, el proyecto más grande que concibió en este terreno Hitler fue su plan para la recolonización. Proyectaba (y más tarde lo hizo) arrancar masas enteras de población de sus antiguos territorios y transportarlas a lugares remotos.

Los problemas de Hitler para la *«repoblación y despoblación»*, tal como refiere Rauschning, prevén un rápido descenso en los eslavos. Todos estos planes, increíblemente brutales en sí mismos e incluso más brutales en su ejecución, denotan un desprecio absoluto por los seres humanos. Desdé el punto de vista psicológico, todo esto no sólo es una manifestación de sadismo y de megalomanía narcisista, sino que denota una inflexibilidad excepcional en la ejecución de ideas que se han concebido al margen de toda realidad posible, siendo esto un indicio al que debemos dedicar una atención especial.

De esta forma, la estructura psicológica dé la dictadura de Hitler mezcla la crueldad implacable con la sumisión pasiva. Podríamos decir que el dictador intentaba concentrar en su persona el máximum de brutalidad masculina y transformar a los demás en seres privados de toda voluntad, en meros instrumentos de sumisión pasiva.

Un análisis de la estructura psicológica del partido nacionalsocialista conduce a una formulación más exacta de esta idea fundamental. Hitler manifestó a Rauschning que *«el partido lo abarca todo y regula todo, no más voluntad libre, no más independencia de pensamiento, no más aislamiento. El individuo ya no pertenece a sí mismo. La era de la felicidad individual se ha cerrado para siempre»*.

En este himno de alabanza para el partido, nos impresiona, en primer lugar, la satisfacción por la entrega de la voluntad libre combinada con la pérdida de la sensación de aislamiento. Vemos aquí el anhelo, extraordinariamente característico, de unidad y de vida social en un hombre que se sentía aislado y que no había conseguido adaptarse

nunca al medio ambiente. ¿Sobre qué bases deseaba Hitler conseguir para sí mismo el contacto social que había perdido?

Hitler decía frecuentemente que él no era un dictador puesto que todo lo que hacía se llevaba a cabo con el consentimiento del partido, que era quien lo decidía todo. Pero, ¿es qué el partido y él no eran la misma cosa?, ¿no era él quién resolvía en nombre del partido e imponía a éste su voluntad indiscutible?

No puede haber un partido nacionalsocialista sin un jefe o dictador, pero por la misma razón no puede hablarse de un hombre dotado del mando en estas condiciones sin que previamente exista un partido. ¿Cuáles son entonces las bases de esta especial combinación?

Los subordinados de Hitler le obedecían y adoraban y él necesitaba esta adoración; el sentimiento de que era objeto de amor y veneración por parte de todos sus secuaces era necesario para su misma existencia.

Esto constituyó, de hecho, el verdadero fundamento de su poder y autoridad. Henderson observa: *«No podía evitar el preguntarme si era posible que un cerebro humano pudiese conservar su normalidad en medio de toda aquella adoración adulatoria que le ofrecían sus secuaces»*. Respecto a la relación de Hitler con la juventud, dice: *«Se estaba enseñando a la juventud a conceder a Hitler los atributos de algo que se parecía muy de cerca de un dios»*.

La adoración de sus subordinados exaltó a Hitler hasta el máximum, realzó sus sentimientos de bienestar que habían sido amenazados hasta entonces por un complejo de inferioridad profundo, le llenó de satisfacción que le produjo el creer que no sólo era un hombre de verás, sino un hombre espléndido y más poderoso que los demás.

Hitler tuvo constantemente la necesidad de convencerse a sí mismo de su poder y de la intensidad de la adoración que le prestaban. Lo hizo así por medio de discursos que producían en su auditorio un estremecimiento de éxtasis y gozo, de fe y de odio; lo hizo también por medio de mítines y conferencias del partido, donde, como un

consumado director de escena, creó una atmósfera favorable para la sugestión colectiva.

Aunque practicaba la sugestión colectiva en gran escala, el Führer mismo se hallaba sujeto a la sugestión con tal que fuese aplicada hábilmente. Se sometió a la influencia de varias personas dentro de su inmediata camarilla, creando así una atmósfera de lealtad colectiva que le animaba en sus momentos frecuentes de duda e incertidumbre.

«El partido lo domina todo y regula todo; en otras palabras, es el origen del poder y de la autoridad, encarna la lealtad colectiva y ejerce el culto al jefe cuidadosamente alimentado».

Los dirigentes de menor calibre, jefes que desempeñaban los cargos más inferiores en la jerarquía del partido, ponían de manifiesto su actitud psicológica aún más francamente. Tomemos, como ejemplo, el grupo inmediato al propio Führer.

Pasivo, leal, admirando la grandeza de su jefe supremo (aunque ésta se debía principalmente a su propia ayuda), aquellos secuaces próximos a Hitler rivalizaban en conseguir su aprecio, su favor y su aprobación, a la vez que se identificaban con él considerándolo su más elevado ideal y el símbolo del poder de Alemania.

Pero, con respecto a sus subordinados, a aquellos que ostentaban un rango inferior al suyo, se mostraban brutales, arbitrarios y dominadores, practicando, hasta el máximo, el llamado *«principio dé mando»*.

Los inferiores, no sólo estimaban a los que estaban por encima de ellos, sino que los temían y temblaban de miedo ante sus arbitrariedades, lo mismo que aquellos temblaban ante el Führer.

Pero toda la nación temblaba ante el Führer y el partido, debido a que la masculinidad brutal reconcentrada de éste se volvía contra todo lo que se hallaba fuera de él. Este *«todo»*, sin embargo, fue debilitándose cada vez más. Unido internamente por lazos de amor y miedo, de agresivo sadismo y de sumisión masoquista, el partido

volvió su siniestro poder, corporizado por las amenazas del Führer y sus secuaces, contra el cuerpo social, y, al fin, contra todo el mundo.

Si examinamos la dictadura de Hitler desde el punto de vista de sus objetivos, podemos descubrir un número de características que pueden casi deducirse de nuestro análisis de la estructura del partido.

Estudiemos, en primer lugar, lo que sentía en relación con Hitler el promedio de loa ciudadanos alemanes. Hay una declaración muy significativa de un tal Dietrich, miembro del partido nacionalsocialista, que dice así:

«*Hemos tenido la experiencia de que en Alemania, donde quiera que las dificultades económicas y espirituales fueron mayores y cuando parecía muy difícil soportarlas, la confianza en el Führer aumentó poderosamente en relación con dichos problemas, manifestándose en la comunidad entera*».

Esta frase sola, ilustra mejor que nada sobre la naturaleza de la situación psicológica e histórica. El culto al Führer está estrechamente relacionado con la serie de fracasos experimentados por las masas, con la desesperación de éstas y con sus esperanzas. Para la masa popular, la pequeña burguesía y los parados, Hitler adquirió los caracteres de algo parecido a un padre todopoderoso y casi un semi-dios que podía hacer todo a favor de todos y en quien se podía confiar ciegamente.

En consecuencia, se consideró factible, e incluso grato, el renunciar a la independencia de pensamiento para someterse a una fuerza mayor que, por brotar del pueblo, conocía las verdaderas necesidades de todos y prometía satisfacerlas. Además, esta fuerza prometía también la realización del ideal alemán del poder, en el que todos participaban.

Se creía en Hitler como sé cree en los más arraigados ideales, como en una persona que, procediendo del propio medio social popular, era poderoso y podía dar la fuerza y la riqueza. La masa popular y burguesa adoraba el poder hitleriano y a la vez lo temía,

constituyendo su mayor preocupación, el evitar la cólera del dictador y, por el contrario, merecer su agrado. Los alemanes, en general, se sometieron pasivamente a Hitler quien, no sin razón, pudo hablar de las masas *«femeniles»*.

Los discursos del dictador, repletos de tópicos propagandísticos, sencillos y constantemente repetidos, caldeaba la tumultuosa pasión popular con imprecaciones frenéticas, amenazas violentas y promesas brillantes, privando a su auditorio de toda independencia de pensamiento o de acción e impulsando a las masas hacia una lealtad psicológica que facilitaba el camino para la consecución de una sola colectividad unida con un ideal común y con un dios también común.

Los continuos mítines de masa, escenificados de una manera conveniente, intensificaron estos efectos.

En el período de la lucha por el poder, Hitler exhibió su propia fuerza y exageró la debilidad de la oposición, manteniendo una constante atmósfera de lucha y dividiendo los sentimientos de sus secuaces entré un amor ardiente y sin límites y un odio no menos ardiente e ilimitado.

El amor se centraba en torno a la persona del jefe, quien, a la vez, era el símbolo dé Alemania, fuerte, dominadora del mundo, victoriosa y sobre todo, masculina. Dotado el dictador de todos estos atributos, pudo convencer a sus secuaces de que cumpliría en absoluto sus promesas relativas a las necesidades vitales y candentes del pueblo.

En esto, nos enfrentamos con un fenómeno de psicología colectiva: los deseos y las esperanzas de las grandes masas humanas buscaron su satisfacción y creyeron que la habían encontrado en la sola y única persona del jefe que ofrecía remedios para todos.

Ya no era necesario mirar con temor al futuro: el buen padre se preocuparía de todo y, si a veces se mostraba terrible, amenazador y peligroso, tanto mejor. Esto hizo fácil la sumisión al Führer y más grato el confiar en él, sintiéndose cada alemán realzado de esta

manera y convertido en un verdadero germano, en toda la extensión de la palabra, en contraste absoluto con los contrarios, los malos, los enemigos, los traidores y los mestizos.

En su excelente obra *«Escuela de Dictadores»*, Silone define el fascismo como *«la margarina de la vida psicológica»* y de esta manera pone de relieve el papel que este movimiento realiza, como si fuera un substitutivo.

«La técnica del fascismo es verdaderamente asombrosa: para los capitalistas ofrece la protección de su riqueza; para los trabajadores .es una substitución del socialismo; para la pequeña burguesía y los intelectuales, una satisfacción de su vanidad, y para él ejército, una promesa de gloria».

Más adelante dice este autor:

«Por medio de la cooperación de las clases sociales, el fascismo dio a los socialistas un substitutivo de una colectividad social libre de clases, y a los demás, un substitutivo también de una vida burguesa. Ya no se hace ninguna mención a la diferencia de clases y de ello se origina una aparente hermandad estrecha entre el capitalismo y el trabajo».

Además de ser un benefactor, Hitler apareció ante las masas populares como un salvador. Ya hemos visto de qué modo creó peligros ficticios de los que salvó a la nación alemana: la rescató del comunismo, la rescató también de la humillación y restauró su honor y la fuerza de sus armas. Tales salvamentos imaginarios, sean de carácter activo o pasivo, pertenecen, como sabemos, a la clásica categoría de los sueños infantiles.

El buen padre (o madre) salva al niño de peligros de pesadilla; lo que origina el encanto no es sólo el hecho de la salvación en sí ¡misma, sino el precedente escalofrío de miedo. De esta forma la clásica fantasía

«Están pegando a un niño» se transfirió a la mentalidad colectiva: toda la nación estaba siendo apaleada y humillada, se revolcaba en

su desgracia y en el temor a sucesivas calamidades, con las que el jefe, el poderoso e infalible dictador, les presentaba envuelto el sombrío porvenir. En medio de este frenesí masoquístico, la voz de ese mismo jefe, incrustada en la mentalidad colectiva por el influjo constante del veneno del miedo y del odio, convocaba a la temerosa nación prometiéndola salvarla, asegurándole un futuro espléndido y garantizándole la destrucción de todos sus enemigos.

De este modo se creó una mitología especial que culmino en una nueva religión; el jefe, o el dios, actuaba a la vez, como un profeta y un apóstol y poseía todos los atributos divinos; era omnipotente, omnisciente, sabía cuándo era necesario descargar el golpe y conocía el futuro y el desuno de la nación alemana.

El propio jefe era el símbolo de aquella nación, él y la patria formaban una misma cosa y la grandeza y la expansión de Alemania se identificó con la grandeza y la expansión de su persona. Esta mitología tenía también sus espíritus infernales, correspondiendo el primer papel entre ellos a los judíos. Tenía también sus semidioses y sus héroes e, incluso, su paraíso representado por una futura Alemania poderosa y eterna.

La psicología colectiva alemana realizó una gigantesca re-presión y una especie de redescubrimiento de sí misma en los antiguos estratos de la servidumbre y de la sumisión, de la adoración de la autoridad rodeada de una aureola trascendental y sobrehumana.

Todos los elementos del pasado nacional se concentraron en esto: feudalismo, teoría hegeliana del Estado, culto a la fuerza, voluntad de mando... y todos, hasta el individuo más obscuro, podían participar de esta grandeza, formar en las filas, desfilar ante el jefe sostenidos por una creencia inalterante en la misión de éste y ligados por lazos de identificación con la masa general do sus compatriotas alimentados por el mismo maná: la noción arraigada de una raza alemana fuerte y altiva.

Una nueva religión y un nuevo profeta no podían tolerar ninguna competencia: *«No tendréis otro Dios más que yo»*. Por eso Hitler vio

una oposición peligrosa en las creencias y en las religiones existentes, y al perseguir a las Iglesias intentó introducir nuevas formas de culto religioso. En una conferencia del partido celebrada en Nuremberg en 1936, manifestó:

«La religión cristiana, desdé luego, ha jugado un papel importante en el proceso de la formación de las naciones. Actualmente, en Alemania, el período cristiano ha sido reemplazado por el período nacionalsocialista. El primero sólo pudo tener un arte cristiano y el segundo sólo puede tener también un arte nacionalsocialista».

El propio Führer había definido, sin rebozo, el carácter de su movimiento como una religión, y se consideró a sí mismo como un profeta.

«Puede suceder que los siglos venideros se muestren en desacuerdo con su vida religiosa y se anhele un cambio, y que de aquel impulso espiritual surjan hombres que, en la fuerza de su sabiduría y experiencia, se consideren calificados para satisfacer ésta necesidad religiosa y actúen como profetas de la nueva doctrina o, cuando menos, se enfrenten con las creencias existentes. En tal caso, además, de acuerdo sin duda con el orden natural de las cosas los más fuertes estarán destinados a realizar una gran misión. Sin embargo, acostumbra a costar mucho el reconocimiento, por parte de los demás de que esta clase de hombres, más fuertes que los otros, sean los únicos destinados a realizar esta misión».

Esta nueva religión tenía una nueva profesión de fe de la que el eterno coro era la adoración del jefe.

«Nosotros, alemanes; nosotros, nacionalsocialistas; nosotros, obreros y campesinos; nosotros, trabajadores manuales; ciudadanos; estudiantes...; todos nosotros, en esta tierra, creemos en Adolfo Hitler, nuestro Führer, y, como alemanes, y especialmente como nacionalsocialistas, creemos que el nacionalsocialismo, es la sola salvación y la sola fe que debe profesar nuestro país».

Esta afirmación se hizo por el doctor Ley, jefe del Frente de Trabajo, en una gran demostración popular realizada en julio de 1936. Para el doctor Ley, los dos mil siglos de historia cristiana son sólo *«un episodio risible». Recorriendo el país junto con otros apóstoles del Führer, el doctor Ley anunció a la nación que Hitler era el nuevo salvador que Dios había enviado a los alemanes «para libertarlos de los hipócritas y fariseos»*. Kerrl, ministro de Cultos de Hitler, trazó una comparación entre *«el carpintero de Nazaret»* y *el «voluntario desconocido de la Guerra Mundial»*, pues *«ambos trajeron al pueblo, que esperaba anhelante, el anuncio de la salvación».*

Bajo el patronato del teorizante apóstol del nacionalsocialismo, Alfredo Rosemberg, se organizó el llamado *«Weihespiele»* en el cual Hitler era adorado públicamente como el salvador. *«Tú apareces ante la nación como su salvador porque estás en posesión de toda la verdad»*.

Se establecieron nuevos principios y nuevos criterios para reemplazar todo el antiguo contenido social, ético y religiosa. *«La conciencia es una invención judía»*, dice Rauschning, y, por lo que respecta a la manera de pensar de Hitler, estas palabras no pueden considerarse exageradas.

Después de la destrucción de las ideas humanitarias y altruísticas, quedaron los principios de los lazos raciales y de la unidad nacional, del odio brutal y del culto al Führer. En la mentalidad colectiva estos criterios tenían que substituir a todos los anteriores y debían conducir a la formación de un nuevo súper-ego que regularía los pensamientos y las acciones de toda Alemania.

«Estoy liberando a la Humanidad de la quimera llamada conciencia de moralidad», declaró Hitler, añadiendo: *«Suprimo el dogma dé la redención del hombre por medio del sufrimiento y de la muerte del salvador divino y propongo un nuevo dogma en su substitución: la redención de los individuos por la vida y la actividad de un nuevo legislador (el Führer) que viene a librar a las masas del peso de la libertad»*.

El moldeamiento del súper-ego ideal en todos sentidos, fue llevado a cabo con la mayor tenacidad. Comenzó en la vida familiar, considerándola como el principal foco de experimentación. El culto al Führer y a los principios nacionalsocialistas prevaleció sobre el amor natural del joven hacia sus padres.

La organización de las juventudes hitlerianas, por una parte, y por otra, la aplicación de un constante sistema de espionaje, produjeron como consecuencia el que la imagen de los padres fuese reemplazada por la de Hitler, ocupando ésta el nivel más elevado del súper-ego. Un ejemplo característico de esto figura en el relato del embajador francés, que, después de junio de 1934, fue a ver a un muchacho conocido suyo e hijo de una de las víctimas de aquellos asesinatos, y al dirigirle una pregunta significativa el muchacho miró hacia atrás, se cuadró y contestó:

«Sin embargo, él es nuestro Führer». Por lo que respecta a la escuela, que fue la próxima fase de este ensayo, no hay necesidad de decir nada, puesto que en este terreno el partido tenía en sus manos dé hierro a los directores y profesores y podía moldear el pensamiento de la juventud de acuerdo con sus deseos.

Lo mismo puede decirse de la segunda enseñanza, donde las organizaciones estudiantiles fueron reorganizadas, como sucedió con el profesorado, aplicándose además, el sistema jerarquizado y quedando subordinados los estudiantes, por medio de sus directivos, al Führer, en el que veían sus más altos ideales.

Los detalles que ya hemos dado sobre la educación especializada y sobre la formación de la flor y nata del partido en la llamada *«Ordensburgen»* completan este cuadro.

No fue difícil edificar sobre estos cimientos psicológicos los diferentes elementos de la superestructura normativa, por ejemplo, el sistema legal. El resultado fue muy característico: un sistema legal basado en la fuerza, el fanatismo y el culto personal. El principio: *«El Derecho es lo que benefició al pueblo alemán»* contradice los verdaderos fundamentos jurídicos, especialmente si se tiene en cuenta quién es

el que decide lo que es beneficioso para la nación alemana, y quién sienta los criterios aplicables. El ministro de Justicia, Frank, declaró en una ocasión: *«Mientras se decía en tiempos pasados que una cosa era justa y otra injusta, debemos preguntarnos hoy que es lo que el Führer piensa respecto a ello»*. Los abogados, los altos funcionarios y los profesores reconocieron *«Mi Lucha»*, verdadera apoteosis de la fuerza, como la fuente de la Ley.

La posición de Hitler no sólo le convirtió en jefe, canciller y presidente, cabeza del Estado y de Gobierno, sino también en origen de la Ley en Alemania. Las razones fundamentales de una identificación tan característica de la dictadura, se ponen evidentemente de manifiesto en la publicación oficial de Meisner-Kaisenberg.

«El jefe del Gobierno en el Estado alemán del Führer, es el origen del espíritu de la Ley que alienta en el cuerpo político y que engendra el deseo hacia lo que es justo y equitativo. El jefe tiene el mismo origen legal que el cuerpo político, es decir, la comunidad. Él es el órgano ejecutivo de la legislación popular y, en consecuencia, la cabeza de la unidad nacional del imperio alemán».

Como resultado de esta concepción de la legalidad, cualquier crimen cometido por el Führer, por su mandato o en su nombre, recibía de antemano la sanción legal. Por consecuencia, es muy natural que, después de junio de 1934, el Gabinete, por medio del ministro de Justicia, declararse *«por Decreto»* de 3 de julio de dicho año que los asesinatos en masa patrocinados por Hitler fueron un acto de *«autodefensa nacional»*.

Hubo también, como sucede generalmente en Alemania en estos casos, un sabio jurista, el profesor Cari Schmitt, que en la publicación *«Deutsche Juristenzeitung»* publicó un artículo sobre el tema *«la jurisdicción adecuada sobre las actividades del Führer»*, con el significativo encabezamiento siguiente*: «El Führer protege la Ley»*.

¿No fue Federico el Grande quien dijo que un gobernante que desee declarar la guerra no debe preocuparse en buscar motivos legales

para ello, porque más tarde algún jurista sutil se tomará el trabajo de hacerlo?

El toque final del sistema de arbitrariedad y el cambio del imperio de la ley por el de la fuerza, fue la creación de la Gestapo que, por virtud de una ley especial, fue revestida de una completa soberanía sin quedar sometida a ningún freno ni cortapisa, ni siquiera la que podía provenir del Tribunal Supremo.

Esta situación constituyó la máxima consagración de la fuerza, del despotismo y del odio. El jefe de la Gestapo, el funesto Himmler, fue al mismo tiempo jefe de la policía de todo el Tercer Reich. Por su conducto

Hitler logró la unanimidad de la opinión y la lealtad de sus súbditos y llevó adelante la exterminación implacable de todo *«lo que no beneficie al pueblo alemán»*. La Gestapo fue el fundamento y a la vez el triunfo definitivo de la fuerza y del absolutismo. Las tendencias agresivas y sadistas del jefe y de su camarilla encontraron en esta organización policíaca su expresión más acabada.

La jurisprudencia no fue, sin embargo, lo único que cedió ante la fuerza y que falseó su propia naturaleza. En otros campos científicos, también el criterio de la verdad objetiva se reemplazó por el peor género de *«pragmatismo»*.

Pertenece igualmente a los dominios del súper-ego, como sabemos, el llamado *«control de la realidad»*, o en otras palabras, la misión de la ciencia verdadera, pero la ciencia alemana, representada por muchos de sus miembros, se sujetó a la dictadura e improvisó los principios y los criterios en que ésta se apoyaba, creando así para ella misma un nuevo súper-ego.

Incluso hombres eminentes de ciencia no escaparon a este proceso y, con sorprendente elasticidad, doblegaron el resultado de sus investigaciones a las órdenes del Führer y a las necesidades de la *«unidad nacional»*.

¿Cuáles fueron los aspectos sociales de la dictadura de Hitler? Aquellos qué no se sintieron ligados por el amor o la admiración hacia el dictador, quedaron aprisionados entre las garras del miedo. Este miedo, expresión del amenazado instinto de conservación, se hallaba en proporción directa a la suma total de odio y violencia acumulado bajo el régimen que dirigía el Führer. De acuerdo con esto, nuestra primera cuestión de naturaleza sociológica atañe precisamente a la enorme cantidad de sadismo y odio que Hitler inculco en la nación alemana.

¿De dónde procedían estos impulsos? ¿Era posible que las palabras del principal apóstol del odio, el propio Hitler, fuesen verdaderas? *«El odio es más permanente que el amor, y la fuerza rectora de las grandes proezas de esta tierra ha consistido siempre más que en el conocimiento reflexivo por parte de las masas en el fanatismo que las anima y a veces en la histeria que las ha impulsado»*.

No es necesario demostrar que en el propio Führer se concentraba un enorme volumen de sadismo y odio.

Por lo que respecta a los elementos más íntimamente relacionados con Hitler, el paroxismo de sus odios no exige ningún comentario especial. En parte procedía dé su identificación con el Führer y este proceso se facilitaba por la forma de elegir a éstos secuaces íntimos entre los cuales figuraban muchos psicópatas y desequilibrados con tendencias claramente criminales.

Tenemos suficiente justificación para afirmar que se trataba de sádicos congénitos. Las condiciones más favorables para la acumulación de los impulsos agresivos se produjeron evidentemente en aquella atmósfera de culto al Führer y de competencia y rivalidad mutua, en sumía, de oposición homoerótica, y no pudiendo desahogarse por sí mismos, esos impulsos reprimidos buscaron una válvula de escape a costa de los subordinados o de los enemigos políticos.

Nietzsche decía que los alemanes formaban la nación más llena de odio que existe. Es posible que los germanos hayan conservado un

fondo de brutalidad y acometividad propio de los tiempos prehistóricos y que este poso milenario no haya sido suficientemente depurado y tienda a salir a la superficie bajo condiciones de vida que favorezca esta regresión, pudiéndose relacionar esta falta de depuración con un sadismo innato heredado de los antiguos teutones y con los residuos psicológicos del feudalismo que dejó huellas tan profundas.

Entre los factores históricos que favorecieron este predominio de las tendencias sádicas, mencionaremos en lugar destacado la primera guerra mundial. Forzosamente tenían que producir sus consecuencias fatales aquellos años de matanza sistemática, de sadismo desenfrenado, de duras privaciones y de intoxicación mental originada por la prédica del odio al enemigo y de la egolatría nacionalista. Durante estos años de guerra, aumentó de un modo inconmensurable la importancia del ejército, que ya no era poca en la Alemania de Guillermo.

Debe también de tomarse en consideración que el hundimiento de las esperanzas, originado por la derrota militar, no fue más que el primero dé una serie de graves trastornos psíquicos que produjeron en muchos casos reacciones de odio agresivo inspirado por el deseo de revancha y de castigo de los culpables, sintiéndose tratados de una manera injusta.

Todos estos quebrantos produjeron un desequilibrio en la mentalidad colectiva, y la tensión originada buscó su desahogo, de una parte, en las algaradas revolucionarias, sofocadas en unas pocas semanas, y de otra en el consuelo de la religión y en los sentimientos místicos que adquirieron gran desarrollo.

Sin embargo, el principal efecto de esta situación, tensa y angustiosa, fue que proporcionó las bases ideológicas para los movimientos políticos de carácter nacionalista y reaccionario que, dirigidos por oficiales del ejército y aristócratas arruinados, intentaron dominar amplias capas sociales, organizando a las masas populares y canalizando los sentimientos de dolor y descontento.

Podemos considerar como síntomas externos de estos movimientos, los fallos de tribunales secretos que originaron ejecuciones de una crueldad implacable, los atentados contra políticos sobresalientes en el campo de la democracia, los fracasados golpes de Estado revolucionarios, etc.

La primera guerra mundial, con su funesto fin para Alemania, produjo también otras consecuencias sociológicas y psicológicas de no menor importancia. La total bancarrota de las antiguas clases sociales y de los viejos partidos políticos trajo consigo el desmoronamiento absoluto de los principios y de los ideales que habían prevalecido antes de la guerra y que después de ésta carecieron ya de todo valor.

La socialdemocracia, que no había podido impedir la guerra fue, después de ésta, impotente ante la inflación y la miseria genérales, ocasionando así el descrédito del socialismo a los ojos de muchos alemanes, mientras que otros se hallaban descontentos con la monarquía al ver que el emperador por la Gracia de Dios había huido del país, produciéndose en ellos una sensación semejante a la de verse desamparados por el padre y abandonados a su propia suerte.

Incluso parecía que el propio Dios de Alemania hubiera vuelto la espalda a sus adoradores, surgiendo aquí, de nuevo, la figura del padre en su forma más venerable. Las sectas y círculos religiosos y místicos que empezaron a desarrollarse, constituyeron una expresión externa del deseo de buscar una compensación en una fe y en una fuerza capaz de sostener a los espíritus deprimidos.

Dada esta situación psicológica se puede comprender con facilidad el ambiente en que pudo arraigar Hitler y la fanática y militante secta del nacionalsocialismo.

Hitler, lleno de resentimiento y de ambición insatisfecha, era la figura más apropiada para realizar la misión de recoger estas aspiraciones generales y estos sentimientos heridos y ansiosos de desquite.

Siendo, como lo era, un inadaptado socialmente, se rodeó de otros elementos de la misma especie y, sin grandes dificultades, arrastró tras de sí a sectores enteros de la desconcertada opinión alemana.

Atormentado por su eterno complejo de inferioridad, no tardó mucho en ser el símbolo del descontento general en una nación angustiada y dolorida a la que, durante siglos enteros, se le había estado imbuyendo la idea de no haber sido tratada conforme a sus merecimientos.

Dominado por la conciencia de su innata debilidad y falta de decisión, Hitler acumuló en su interior el deseo de poderío y fuerza que es inherente al espíritu germánico. Alemania estaba disciplinada por su militarismo, acostumbrada a las conquistas y llena de una megalomanía nacionalista que prestaba su sanción a las tendencias agresivas; y ahora, de pronto, surgía un hombre que transpiraba odio por todos sus poros, que alentaba una manía de grandeza, tanto personal como nacional y que creía que la guerra había sido una redención y la derrota una ofensa personal para él y un crimen perpetrado por los enemigos de Alemania.

Las ideas del caudillo se hallaban en perfecta armonía con las de su patria, donde se habían sembrado cuidadosamente una serie de concepciones confusas y de gran intensidad emotiva divulgadas por escritores, políticos, filósofos, periodistas e incluso poetas.

Los conceptos que Hitler tenia constantemente en los labios, tales como la pureza de la sangre, la raza, el honor nacional, el destino de la patria, el espacio vital y otros semejantes, tenían un carácter más mitológico que político y sobre ellos se basaba toda la mística moderna de la secta militante, pues, en realidad, una secta de esta naturaleza sólo puede vivir en una atmósfera enturbiada por la pasión y donde el odio represente el principal papel. Según frase del Führer, el odio y el histerismo son las fuerzas principales que dirigen los destinos de la humanidad.

A la pregunta de por qué la mentalidad colectiva se dejó dominar por Hitler, podría responderse escuetamente que ello fue debido a que las condiciones sociales, políticas y económicas que dominaban en

Alemania, habían debilitado terriblemente el espíritu colectivo. Las cumbres del súper-ego se habían derrumbado y se sentía la necesidad de nuevos ideales que sirvieran de fuerza de contención. El espíritu colectivo, bajo el influjo de los graves quebrantos sufridos, se hallaba atemorizado, inquieto e intranquilo ante el porvenir y, en consecuencia, se hallaba preparado para dar por buena cualquier promesa.

Por esto sucumbió fácilmente a la sugestión que irradiaba de las órdenes, de las imprecaciones llenas de odio y de los viejos mitos. Esta situación fue explotada por el apóstol del fanatismo cuya personalidad suplantó a los viejos ideales, socavados ya en sus raíces, dando a las masas la seguridad de la victoria futura que era tan esencial para ellas.

El perfecto mimetismo del jefe facilitó mucho el proceso que hemos descrito. Hitler tomaba prestados de sus mayores enemigos los tópicos propagandísticos y sacaba de ellos todo lo que pudiera actuar sobre las masas como un señuelo, prometiéndoles también la consecución de los ideales socialistas.

Los impulsos revolucionarios del socialismo parecían haberse sumido en un estado letárgico y aquel movimiento social daba la sensación de que estaba dispuesto a esperar hasta que su reinado en la Tierra se implantase por sí solo por medio de la influencia de no se sabía qué especie de os. n ras fuerzas. Los ímpetus de acción y de lucha, esos estímulos que son tan fundamentales para mantener a la mentalidad colectiva en un estado de tensión, parecían dejados definitivamente a un lado.

La clásica sumisión alemana a la autoridad, paralizaba toda veleidad revolucionaria, aunque esto fue precisamente lo que ayudó a Hitler a destruir todo el arraigo que el gobierno constitucional pudiera haber adquirido en la nación y a desprestigiar la República de Weimar, y

más adelante, cuando la dictadura reemplazó al destrozado régimen republicano, esta misma sumisión facilitó el dominio de aquella.

Hitler explotó hasta el máximum esos impulsos de acción y lucha, de dinamismo y tensión constante de que carecía el socialismo. Su inquietud personal y su falta completa dé equilibrio se transmitieron a su actividad política y al movimiento que acaudillaba.

Un espíritu semejante de inquietud emanaba de los desequilibrados y psicopáticos secuaces que ostentaban los rangos superiores del nacionalsocialismo y que hacía que sólo se sintieran a gusto en un ambiente de violencia, incluso de lucha física, señalado por el constante maltrato y difamación de sus adversarios.

La naturaleza pseudo-revolucionaria del nacionalsocialismo impresionó a las masas, y, poco a poco, fue tomando el lugar de aquel profundo y total cambio que el socialismo revolucionario había prometido y deseado ardientemente siempre, pero que no había conseguido realizar.

Para que podamos entender mejor la conexión especial que se estableció entre la personalidad del dictador y la mentalidad colectiva, será preciso que estudiemos en su conjunto la estructura psíquica de Hitler.

Desde el punto de vista de un psiquiatra, Hitler fue, primordialmente, un psicópata desequilibrado perteneciente a la categoría de los denominados *«degenerados superiores»*, lo que se evidencia por la inestabilidad de su humor y la violencia de sus ataques de excitación, demostrando en sus accesos de depresión la existencia de claros factores neuróticos, aunque estos desaparecen tan pronto como las condiciones reinantes le permiten la satisfacción de sus deseos y aspiraciones.

En la esfera emocional de Hitler se presentan rasgos que apuntan la frigidez en lo que respecta a los sentimientos humanos normales, siendo una prueba de esto su relación con su familia y con sus amigos a los que se mostró propicio a traicionar en cualquier

momento, y señalándose, por estos rasgos, un modo de ser de características acentuadamente esquizoideas.

A esta última categoría mental pertenece también la dificultad que Hitler tuvo siempre para adaptarse al medio ambiente, su propensión al aislamiento y, finalmente, su profundo ensimismamiento.

Son muy notables también su enorme narcisismo y megalomanía, los sueños de grandeza y el desprecio y la aversión hacia todos aquellos a quienes conceptuaba inferiores. Empezando por la hostilidad hacia su padre, cosa que no ha de sorprendernos, siguiendo por sus continuos rozamientos y disputas con sus compañeros de trabajo en los difíciles días de Viena y terminando con la serie de rarezas y extravagancias que le caracterizaron en su apogeo dictatorial, todo ello demuestra la intensidad de su primordial narcisismo que le condujo a los sueños de poder, causándole terribles accesos de cólera cualquier oposición a su voluntad o a sus caprichos.

El narcisismo de Hitler creció en proporciones gigantescas en el punto y hora en que se le reveló su propia misión y desde este momento tuvo una creencia inconmovible en la certeza de todas sus ideas y en la extensión sin límites de su grandeza. Los planos que trazó para la construcción de edificios monumentales, como por ejemplo, su residencia *«El Nido del Águila»* en las montañas de Baviera y otras por el estilo, constituyen manifestaciones de sus delirios de grandeza. Aludiendo a sus planos de arquitectura dijo: *«Crearemos monumentos sagrados, símbolos en mármol de nueva civilización»*.

La psicopatía esquizofrénica de Hitler le permitió no dar importancia alguna a las contradicciones en que incurría y abandonar continuamente ideas y tendencias que hasta aquel momento había considerado como verdaderos dogmas de fe. Hitler no veía estas contradicciones, y mientras un dia proclamaba la necesidad de unir a todos los pueblos de germánica al día siguiente ordenaba la anexión de territorios puramente eslavos.

No es absolutamente imposible que, en ambos casos, fuese sincero por igual, porque en todo momento su excepcional fanatismo le servía de soporte.

¿En qué consiste la esencia psicológica del fanatismo? El fanatismo cree ciegamente en la certeza de las ideas que dominan su mentalidad y en las emociones que le subyugan. Toda la furia y todo el apasionamiento del odio ardiente o del entusiasmo extravagante se condensa en un puñado de pensamientos y de ideas que se desarrollan lentamente y pugnan con terquedad por verse realizadas.

El ensimismamiento del fanático se pone de relieve en su habitual alejamiento de la realidad, a la que tienen muy poco en cuenta, tratando, por el contrario, de plegarla y adaptarla a sus puntos de vista. Por ejemplo, la triple concepción de espacio vital-raza-tierra, condujo a la idea de repoblación que se llevó a cabo de un modo implacable.

Si buscamos el origen de esa concepción étnica y geográfica que acabamos de formular, no tardaremos en descubrir su estrecha conexión con complejos emocionales de tipo personal y en determinar que, en torno a este núcleo central, se aglutinan muchos principios extraídos de la bien conocida ideología pseudo científica qué informó el nacionalismo alemán.

En este sentido, y desde un punto de vista psicoanalítico, el deseo de Hitler de adueñarse de Austria, su país materno oprimido por elementos extraños a él, puede derivarse perfectamente de su relación infantil con la madre.

En Hitler encontramos otra característica esquizofrénica además de la terca firmeza de sus concepciones fanatizadas. Nos referimos a su constante tendencia a atribuir a los demás, incluso a sus enemigos, los deseos, los pensamientos y los impulsos propios, tendencia ésta que es típica en los psicópatas paranoicos, que, de este modo, abren, poco a poco, el paso a la manía persecutoria que no es más que la manifestación de sus propios impulsos agresivos y destructivos.

En toda la actuación hitleriana podemos observar este fenómeno y ver cómo atribuye a los demás sus propios temores de persecución, obrando de esta manera con los bolcheviques, los judíos, los franceses y los polacos; con Benes y Chamberlain, etcétera. La extensa lista de los que le persiguieron incluye lo mismo personas que partidos, razas que naciones.

Hitler, agresor y perseguido en una misma pieza, considerándose continuamente amenazado y víctima de persecuciones, encarna el tipo de *«perseguido-perseguidor»* tan conocido en Psiquiatría.

La mentalidad de Hitler armonizaba perfectamente con ciertas tendencias características de la ideología política alemana, cuando achacaba a los demás sus propios propósitos, inventaba enemigos imaginarios y atacaba con el solo fin, según decía, de adelantarse a los nefandos planes del enemigo. Los alemanes se han creído siempre amenazados por algún enemigo hereditario, expuestos a ser destruidos y a verse privados del derecho a la vida.

Ya hemos visto que esta creencia pretendía apoyar su política de expansión agresiva. Mientras

Alemania preparaba la invasión de Polonia, Hitler era constantemente informado de que la minoría alemana en esta nación se veía víctima de las mayores persecuciones, siendo así que, en realidad, la minoría polaca en

Alemania siempre había sido perseguida con todo rigor mientras que, en Polonia, los alemanes disfrutaban de la plenitud de sus derechos. Hitler se creía fácilmente los embustes que se fabricaban para su uso y que estaban de acuerdo, tanto con su propia mentalidad como con la de los alemanes en general.

Es evidente que todos tienen el derecho a defenderse por los medios a su alcance cuando son atacados o se hallan bajo la amenaza de serlo, pero según la manera de pensar, Hitler, en consonancia también en este punto con la megalomanía nacional, estimaba que

cualquier intento de defensa por parte de adversario era un ataque insolente, y a este fin se adaptó siempre su línea de conducta.

Los alemanes, o los nacionalsocialistas, siempre tuvieron derecho al ataque, pero ¡ay de los eslavos o de los socialistas si se intentaban defender. El agresor alemán se convertía inmediatamente en víctima como hizo Federico el Grande cuando la fortuna le volvió a la espalda durante la Guerra de los Siete Años.

Llegamos aquí a un punto importante de nuestras observaciones: el origen de las ideas fanáticas y del fanatismo en general. Hemos dicho anteriormente que Hitler no se preocupó nunca de que pudieran aparecer contradictorias sus afirmaciones. Un diplomático afirmó en una ocasión que *«Hitler era sincero siempre porque creía en lo que afirmaba»*.

Esto, naturalmente, no excluye el uso consciente e intencionado de la mentira qué Hitler, como todos los demagogos e impostores políticos, se hallaba dispuesto siempre a utilizar sin ninguna clase de escrúpulos, y además llegó a estar tan intoxicado por sus propias palabras, por su fanatismo y por sus impulsos pasionales, que la realidad variaba para él al compás de los cambios en las circunstancias y sucumbía por completo ante el empuje de las pasiones, adquiriendo así sus sentimientos el sello de la infalibilidad y de la absoluta certeza, como en el caso de la llamada «convicción espontánea», de los psicópatas, que brota repentina e inesperadamente y presenta los mismos caracteres de la certeza absoluta, constituyendo el germen de los futuros delirios.

Este influjo del elemento emocional en el proceso intelectivo ha sido descrito a la perfección por el psicólogo alemán Heiintrich Maier como una «*objetivación emocional*» y se halla ligado de una manera indudable con la sugestibilidad. Las emociones llevan dentro de sí una fuerza de sugestión e influyen poderosamente sobre el proceso mental del individuo que, de este modo, queda dominado por una especie de autosugestión. La susceptibilidad para la autosugestión y

la sugestibilidad en general, pueden, naturalmente, adoptar diversos grados.

La mayor facilidad de sugestión se presenta en las individualidades histéricas hasta el punto de que una de las primeras teorías sobre la histeria, la formulada por Babinski, la define precisamente como una predisposición a dejarse influir por las fuerzas sugestivas imaginarias (pitiatismo).

Si añadimos a esto una creencia ilimitada en las propias fantasías (pseudología, también llamada mitomanía) y una gran facilidad para ceder al influjo de las emociones con expresión externa muy espectacular (lo que los franceses llaman *«tipo emotivo»*), tendremos con todo ello una descripción completa de Hitler como un psicópata de tipo histérico.

Cuando analizamos desde este punto de vista la manera de pensar del Führer descubrimos que recibía los influjos de la sugestión, tanto del exterior como de su propio yo, siendo un ejemplo de lo último su antisemitismo en su fase inicial o la idea de su misión y su caudillaje, mientras que las sugestiones externas provenían del influjo de escritores políticos, de elementos de su camarilla o sencillamente, de la Historia, esa gran maestra de la vida que, en este caso, era a la vez maestra de psicópatas.

Ni las teorías de la raza y del espacio vital, ni las diversas nociones geopolíticas, ni los elementos de carácter supuestamente socialistas del movimiento hitleriano, surgieron de la propia mente del dictador, sino que fueron sugestiones procedentes del exterior, aunque respaldadas por Hitler con toda la vehemencia de sus pasiones, su agresividad y su sadismo.

La historia suministra material para todos los gustos y sólo se hace preciso un esfuerzo de interpretación para adaptarlo a los propios fines. Al anhelar la gloria de Alemania, se recuerda el Sacro-Imperio Romano Germánico encabezado por el emperador; se pasa a rememorar que Praga fue una de las residencias imperiales y, considerándose Hitler heredero del emperador, nada tiene de

particular que creyese justificada la conquista de Praga, aunque, en realidad, obedeciese más bien a motivos militares que históricos.

Además, en la esfera de las ideas fanáticas en que! ahora nos movemos, es enteramente imposible establecer una diferenciación entre los elementos subjetivos, especialmente los emocionales, y la realidad, debido a que las fantasías que brotan del oscuro abismo de las ciegas pasiones adquieren rápidamente formas de aparente realidad y, viceversa, las ideas racionales se rodean con facilidad de una aureola emocional y mítica.

La fuente más importante de sugestión para Hitler, y quizá la más peligrosa, fue la de sus propios éxitos. Un examen de su política internacional demuestra que esos éxitos le sumieron en una especie de éxtasis y que cada nuevo triunfo le servía de trampolín para lanzarse a sucesivas proezas llenas de una creciente agresividad, sobrepasando cada vez más, a impulsos de su dinamismo, los límites que se había trazado.

El análisis comparativo de los discursos hitlerianos, y también su comparación con los hechos, suministra muchos ejemplos de desviaciones de la realidad, fantásticas y claramente anormales.

Según dice Rauschning: «*Hitler se intoxicó con sus propias declamaciones, olvidándose del tiempo y del espacio y abandonándose por completo al placer sensual de perorar, como si estuviera bajo el dominio de una perversión psíquica*».

En Hitler se presenta también el tercero de los factores que hemos considerado típicos de la psicopatía histérica, es decir la emotividad y su forma de manifestarse llevadas hasta la exageración, constituyendo estos impulsos una característica bien definida del dictador.

Henderson recuerda sus violentos estallidos de cólera que tanto atemorizaban a sus próximos colaboradores y a la vehemencia de la pasión con que dirigía los debates o trataba de imponer su opinión sobre los demás. Rauschning habla de Hitler como de «un maniaco

carente de todo dominio sobre sus emociones y cuyos accesos le llevaban hasta el completo desequilibrio de su personalidad. Sus gritos y rugidos parecen los berrinches de un niño mal educado».

Este propio autor hace también referencia a las noches de insomnio del Führer, pasadas en un estado de excitación enorme, haciéndose preciso que alguno de sus más íntimos cantaradas permaneciera junto a él, pues no podía soportar la soledad, mencionando también las pesadillas del Führer que le hacían despertarse entre espantosos gritos y peticiones de auxilio, como si se le representaran visiones terribles.

Donde mejor puede observarse la anormal emotividad de Hitler y sus violentos accesos de histerismo es cuando se hallaba hablando en público. Es bien conocido el carácter general de sus discursos en los que entraban, como ingredientes inalterables, la violencia pasional, los estallidos de odio, la cólera, los improperios, la propia alabanza, el ensalzamiento de los méritos contraídos por él, la oferta de solución para todos los problemas y el embaucamiento de su auditorio con todo género de promesas.

Prestando atención más fija a las palabras y observando con mayor atención al orador, podía notarse que su voz se hacía cada vez más ronca y se convertía en un grito (el aullido salvaje de los locos), siendo éste, por lo demás, el tono apropiado para aquellas vulgares peroraciones en que el tema constante era el propio elogio o las alabanzas a Alemania.

El Führer echaba espuma por la boca, su frente sé perlaba de sudor y sus gesticulaciones llegaban al paroxismo pretendiendo impresionar por su energía. Son muy notables las fotografías de Hitler después de sus discursos, apareciendo en ellas con una cara fofa, fláccida e inexpresiva, con el pelo pegado a la frente y con una expresión general de flojedad y agotamiento. El rapto de insania había terminado y el profeta inspirado, agotadas ya sus fuerzas, volvía a su ser normal.

La actitud de Hitler durante sus discursos, su gradual excitación y la forma de desarrollar sus ideas, todo ello, en conjunto, produce la impresión de que se iba enardeciendo deliberadamente hasta llegar al borde de la demencia o del éxtasis como si se esforzara en realizar una exhibición de fuerzas y brutalidad ofreciendo pruebas de su masculinidad, a cuyo propósito obedecía también el uso de botas de montar y de látigo por parte de un hombre que nunca había montado a caballo.

La falta de equilibrio en la vida emotiva y la inquietud interna de Hitler imprimieron su huella a todas sus actividades y así, por ejemplo, parece que, entre otros motivos entró en la última guerra movido por el miedo de que no viviría bastante para ver logrado su gran objetivo, siendo los temores el origen de su *«impaciencia dinámica»*.

Las reacciones histérico-emocionales son de corta duración por su propia naturaleza, siendo más duraderas, aunque de naturaleza similar, las fantasías pseudológicas. Sin embargo, aunque las ideas de Hitler fueran, por su origen, productos de la mitomanía más acentuada, se distinguieron por su excepcional permanencia y arraigo y a veces persistieron inconmovibles durante décadas enteras.

Otro rasgo que es también opuesto a la psicopatía histérica es que Hitler, cuando llevaba a la práctica sus concepciones fanáticas, desplegaba una gran astucia y previsión. Dice Henderson que, «los genios son seres extraños y que Herr Hitler, entre otras paradojas que en él se daban, era una mezcla de cálculo sagaz y de impulsividad violenta y arrogante originada por el resentimiento».

Para terminar nuestro análisis psiquiátrico, debemos decir a este respecto que son verdaderas características esquizofrénicas, tanto esta obstinación de Hitler en sus ideas y la enorme vitalidad de éstas como su capacidad para llevar a la práctica, con frío cálculo, esos productos pseudo-racionales de origen puramente emocional. Estas características, combinadas con las ya expuestas de fondo histórico, pueden producir el tipo de un psicópata histórico-paranoico que, a pesar de toda su violencia, es capaz de calcular fríamente y cuyo

ensimismamiento, si bien perturba la inteligencia, no impide que actúe con perfecto sentido de la realidad en la ejecución de sus planes; y que si bien las ideas so transforman fácilmente en delirios, éstos no tienen el carácter de una fuga autística de la realidad, puesto que son activos y dinámicos, sobrecargados de impulsos reprimidos y complejos insatisfechos que pugnan por su realización.

La sensibilidad de Hitler, y sobre todo su extrema susceptibilidad, son también características esquizofrénicas. En sus conversaciones con Henderson durante períodos de gran tensión en la política internacional, Hitler insistía continuamente sobre las supuestas ofensas personales de que se creía víctima diciendo que los ataques de la prensa inglesa eran un obstáculo insuperable para la «conciliación», hasta el punto de que el propio Henderson se lamentaba de la excesiva crudeza de los periódicos de su país en los siguientes términos:

«Este asunto no hubiera tenido tanta importancia si Hitler hubiera sido una persona normal, pero era extremadamente susceptible para todo lo que se relacionara con la prensa...»

Ya hemos hecho referencia a los orígenes y al carácter de la sugestibilidad de Hitler en lo referente a todo lo que le conducía a la autosugestión. Los factores a los que se ha aludido al respecto, se manifestaron también en su influencia entre las masas. Todos los que han estudiado y observado la personalidad de Hitler están de acuerdo en que en lo referente a ese influjo era un maestro consumado y que en ello radicaba, de una manera palpable, el secreto de su genio.

Las cualidades que le capacitaron para ser un buen médium fueron de naturaleza pasiva, pero también tuvieron un aspecto activo. Tanto la violencia de su vocabulario, la enorme fuerza pasional y la impulsividad ardiente como la exteriorización de estos arrebatos que llegaba hasta el frenesí, constituía medios de primera clase para producir la sugestión.

Las multitudes tenían que reaccionar, de acuerdo con las leyes del contagio e identificación, impregnándose de la pasión del Führer y

dejándose arrastrar por sus ideas expuestas de una ¿manera primitiva y convincente, acentuándose estas influencias cada vez más a medida que las masas se iban aglutinando entre sí por lazos de identificación psíquica, ya que todos participaban, como si fueran componentes de alguna tribu o clan primitivos, de un común «maná» es decir, la comunidad de sangre, raza, nacionalidad y fe en la grandeza de Alemania, junto con el odio a sus enemigos.

Las masas, privadas cada vez más de voluntad personalidad como sucede cuando se despoja al súper-ego normal de todo dominio ético e intelectivo de la realidad, se sumían en un éxtasis colectivo sometiéndose al nefasto influjo de un hombre que estaba profundamente convencido, pero que era a la vez un hábil hipnotizador y de quién adoptaron ideas y sentimientos, 'acabando finalmente por substituir la figura del dictador en el lugar del súper-ego.

Hitler, perfectamente consciente de sus propósitos y métodos, producía en sus auditorios el estado psíquico adecuado y preparaba el terreno para la hipnosis colectiva. Prefería hablar por la noche, pues entonces sus oyentes se hallaban más fatigados, y utilizaba frases sencillas y vigorosas adaptadas al bajo nivel intelectual de su auditorio, repitiendo constantemente esos tópicos, insistencia ésta que no sólo empleó en los discursos, sino también en la propaganda periodística y radiofónica que, con sus eternas variaciones sobre el mismo tema, atizaba las mismas pasiones y predicaba incesantemente el culto al Führer.

Esta impresión de fuerza irresistible sobre los auditorios, no sólo se conseguía por un derroche de elocuencia, sino también por la *«mise en scéne»* dispuesta para preparar la aparición del dictador.

«Las S.A. entraban en el local formadas militarmente con el ruidoso paso de los batallones prusianos. Las bandas de música lanzaban sus toques estridentes. El Führer aparecía entonces rodeado por sus guardias de corps, reclutados entre los más altos y robustos miembros de las rudas y peligrosas juventudes del partido, siendo

recibido por los gritos de admiración y bienvenida de sus adiestrados secuaces y hallándose todo preparado para impresionar a los extraños y a los semi-convencidos y para despertar, en la multitud en general, el estremecimiento que se produce siempre en los espíritus débiles por el despliegue de la superioridad del poder».

Después de obtener el caudillaje y de lograr el dominio de toda la máquina gubernamental, Hitler pudo organizar reuniones, y especialmente conferencias del partido, rodeándolas de los efectos más teatrales con la finalidad de producir un ambienté adecuado, un escalofrío místico, un verdadero éxtasis y la total fascinación.

Algunos observadores imparciales que fueron invitados a las conferencias de Nuremberg, quedaron asombrados por el derroche de luces y decoraciones y por el maravilloso dominio ejercido sobre las inmensas muchedumbres, costándoles mucho el poder sobreponerse a los efectos psicológicos de esos ambientes.

En los discursos hitlerianos anteriores al período de la conquista del poder, el tema principal y eterno fue un sadismo agresivo de la peor especie. Las palabras y los gritos parecían triturar al adversario y la multitud congregada, compartía esos sentimientos hostiles que, junto con los de su megalomanía personal y nacional, animaban todos los pensamientos, llegando con irresistible violencia hasta el fondo del alma de las masas.

Las ideas fanáticas, que estaban impregnadas del máximo de fuerza y convicción, surgían dé las palabras del orador como el ectoplasma de los conjuros de un médium en una sesión espiritista, adueñándose por completo de los oyentes, mientras que la vaguedad de sus conceptos y su carácter emotivo impresionaba las capas psíquicas más primitivas, encontrando un eco excelente en la mentalidad primaria e instintiva de aquellas asambleas. El ejemplo siguiente nos ilustrará sobre este particular:

«La estrella soviética es la misma estrella de David, el símbolo de la Sinagoga, el emblema de una Rusia dueña del mundo que extiende su dominio desde Vladivostok hasta el Occidente, la consagración del

imperio de la judería. La estrella dorada simboliza para los judíos el oro reluciente; el martillo, la influencia de la masonería; la hoz, el terror más cruel...»

El yo del auditorio y de los afiliados se entregaba de lleno a la personalidad del Führer, quien, no solamente amenazaba, sino que cumplía sus amenazas y que no se limitaba a rodearse de una guardia de S. A. para cometer toda clase de desmanes, sino que él mismo proclamaba el uso de la fuerza y de la violencia que eran, en sus manos, un arma en su lucha por la grandeza.

Las palabras irradiaban tal fuerza de fe y convicción que excluían toda duda y, en consecuencia, mientras los estratos más ínfimos del yo colectivo se rendían incondicionalmente ante este despliegue de fuerza, los de nivel más elevado se impregnaban de una fe y deuna convicción saludable que era como un bálsamo sedante que calmaba el temor y la ansiedad.

La sumisión a una fuerza omnipotente e inflexible con duce a un estado de éxtasis lo mismo al individuo hipnotizado que a las mujeres en el momento de su entrega, produciendo el mismo efecto sobre las masas cuando se hallan subyugadas y esclavizadas.

Hemos hecho, pues, el retrato psicológico de Hitler. En su niñez, un fuerte complejo de Edipo le produjo reacciones de rebeldía y despecho. Necesitaba destituir al padre y lograr su propio predominio.

La manía de grandeza se fue desarrollando en él a la par que se iba formando su incipiente yo dotado de una pronunciada predisposición narcisista, mientras que su actividad permanecía estacionaria mirando con profundo disgusto cualquier género de trabajo ordenado que consideraba como una ofensa para su ardiente megalomanía y como el reconocimiento de una derrota para él.

Su evolución psicosexual y la crisis de la adolescencia, sólo pueden reconstruirse partiendo de datos a posteriori y basándose en nuestra experiencia general en psiquiatría, y en este sentido parece muy probable que, además de una cierta inferioridad orgánica, jugaran un

importante papel a este respecto la enemistad hacia su padre y una acentuada impotencia.

El temor al engaño, la enfermiza sensibilidad ante cualquier ofensa y un exagerado deseo de exhibición de masculinidad de carácter compensatorio; todo esto son manifestaciones características de la angustia del impotente.

El sentimiento de masculinidad amenazada, producto de su complejo de impotencia, encontró también otra válvula de escape, y, en este sentido, consideró como peligrosos ene-migos a todos aquellos a quienes conceptuó, de un modo u otro, superiores a él y a cuantos no se prestaron a reconocer su superioridad.

El carácter primitivo de su yo le condujo a la tendencia de cargar en la cuenta de sus adversarios sus

propios defectos, corregidos y aumentados, y pobló su imaginación de enemigos a quienes tenía que destruir implacablemente so pena de ser él destruido por ellos, atribuyendo así sus propios impulsos agresivos a diversas personas, partidos y hasta naciones, determinando esta tendencia el comportamiento personal y político del dictador alemán.

Puesto que Hitler concedía una importancia decisiva al conocimiento de los métodos de sus adversarios (judíos, socialismo, propaganda inglesa...) a quienes constantemente trataba de imitar, es perfectamente lógico presumir que el prototipo de esta actitud fuese el deseo de arrebatar el poder a su padre, deseo éste irracional e irrealizable y fuente, en consecuencia, de una inquietud y de su desasosiego eternos y origen de todos los impulsos agresivos sucesivos.

Las represiones en su desarrollo psicosexual, no permitieron la depuración y elevación de las tendencias agresivo-sadistas qué, desde un principio, no evolucionaron debidamente para originar el impulso erótico normal.

La futura identificación con el padre no tuvo efecto ni siquiera en el terreno psíquico y surgió una tendencia permanente hacia la postura pasiva y femenil en vez de la esperada masculinidad que, como ya hemos visto, quedó reducida solamente a un plano de agresividad brutal a lo que se añadió la necesidad constante de acentuar esta virilidad para ocultar la tendencia contraria, lo que constituye un complejo que se da en todos los homosexuales, tanto los meramente latentes como los efectivos.

Ya hemos expuesto las tendencias de Hitler hacia una brutalidad pseudo-masculina, como es característico en los homosexuales en potencia. Las tendencias pasivas y femeniles influyeron quizá para dotar a Hitler de aquellas condiciones de .médium que dijimos que jugaron un papel tan importante en el comienzo de su carrera.

Las tendencias viriles originarias se mantuvieron en lucha constante con el abatimiento, la depresión e incluso con el impulso suicida. Además, Hitler, que era tan afeminado en su estructura psíquica, se sometió a los componentes de su camarilla y a los dirigentes del partido que venían a llenar un vacío espiritual.

La creencia en su propia masculinidad pareció que iba a prevalecer cuando se despertó en él la fe en la misión a que se creía llamado, pero, a pesar de ello, fue un instrumento en manos de las Reichswehr, e incluso después del asesinato de sus camaradas, cuando repudió definitivamente cualquier veleidad homosexual, cuando al tratar de justificar estos asesinatos condenando el homosexualismo de sus víctimas exclamaba *«necesitamos hombres y no monos»* y parecía proclamar ante el mundo *«soy un hombre fuerte e implacable»*, después, en fin, de todo este sangriento episodio, continuó, sin embargo, siendo dócilmente manejado por el ejército cuyo apoyo necesitaba y sin el cual no podía alcanzar el poder.

Los acontecimientos posteriores demostraron que el método de absorción de la fuera ajena puede conducir al éxito y el mismo Hitler

llegó a ser el jefe supremo de aquella fuerza armada que tanto había adorado y que había ejercido sobre él una impresión tan poderosa.

El trauma psíquico que le produjo su antisemitismo, señala un momento crucial en la vida del dictador. El intento abortado de desarrollar su masculinidad normal le condujo a una regresión aún mayor de la tendencia agresivo-sadista, y la supuesta causa de su fracaso, los infaustos judíos, cargaron sobre sus costillas con todas las culpas de sus primeros enemigos y perseguidores que habían osado impedir que el joven Adolfo lograse la grandeza, el amor y la felicidad.

Apoyándose en la inquina a los judíos compartida por el sentimiento popular, ese odio acérrimo al semita consiguió sus objetivos, tales como dar constantes pruebas de la anhelada virilidad y aniquilar al diabólico enemigo.

En los mítines públicos, mientras Hitler embrujaba y fascinaba a sus oyentes y amenazaba a sus enemigos, proclamaba también a los cuatro vientos la declaración de su virilidad, presagiando la destrucción de todos aquellos que habían conseguido triunfar antes que él y que, según su modo de pensar, eran sus perseguidores.

Al demostrar así su masculinidad, se imponía ante las masas como el padre, el gobernante y el ideal, desencadenando el sadismo más extremado y, paralelamente, el masoquismo pasivo más abyecto.

Las masas se consideraban felices pudiendo adorar a un Führer tan magnífico y confiaban en que? gracias a él, lograrían la fuerza y el bienestar, viendo en su caudillo el símbolo de un poderío que les devolvería con creces todo lo que habían perdido y plegándose hasta el máximum de pasividad a fin de participar, en el futuro, en la espléndida masculinidad de su Führer.

Posdata

El precedente estudio se escribió en 1941-42 cuando Hitler estaba en el apogeo de su poderío.

Actualmente está ya cerrado el proceso histórico y nos es posible añadir un breve epílogo a nuestro análisis de sus crímenes y de su insania.

Pasando de una agresión a otra y satisfaciendo su paranoia con el asesinato de 'millones de desvalidos «enemigos» en las cámaras de gas, Hitler siguió proclamando su buena fe y presentándose como el salvador de su amada Alemania y de la civilización europea.

Cegado por sus delirios, el dictador perdió todo el sentido de la realidad. Estaba plenamente convencido de que al cabo de unas semanas de guerra contra Rusia aniquilaría todo su ejército. También se hallaba persuadido de que las democracias de habla inglesa se habían degenerado y no podrían resistir el asalto de la renacida Alemania.

La demencia paranoide lleva siempre consigo este alejamiento de la realidad y Hitler, esclavizado por el demonio que le poseía, no podía descansar, creyéndose atacado por nuevos enemigos y no pudiendo tolerar ningún otro poder por encima del suyo. En el camino hacia su ruina convertía en realidades las ilusiones que le poseían por completo.

Cuando ordenó el incendio del Reichstag, Hitler puso ya en marcha el colosal engendro de su mente perturbada, presentando sus medidas terroristas como encaminadas a salvar de la conspiración bolchevique y de la revolución a Alemania y el mundo occidental y proclamando con orgullo que si no hubiera actuado enérgicamente «*serían hoy un montón de ruinas, no sólo el Reichstag sino todos lo*s edificios públicos de Alemania y quién sabe si del Occidente entero».

De este modo, él mayor criminal paranoico que recuerda la Historia, condujo al más espantoso desastre a todo aquello que, precisamente, había proclamado que pretendía salvar.

STALIN Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Los problemas psicológicos suscitados por la dictadura bolchevista exigirían un estudio especial, pero, sin embargo, el autor cree que esta obra resultaría incompleta si no se dedicara por lo menos un capitulo al estudio del gobierno dictatorial ruso.

Debemos recordar que el ambiente psicológico de la primera fase revolucionaria rusa se formó a consecuencia de las derrotas sufridas en la Gran Guerra, del hambre, del cansancio y de la creciente anarquía que se adueñó del país y del ejército, contribuyendo también a ello la corrupción reinante en las clases superiores que aniquiló los fundamentos de los antiguos ideales, perdiendo la dinastía todo su prestigio y ofreciéndose, en estos aspectos, un panorama similar al de la Revolución Francesa.

La iniciación de la revolución rusa, saludada como una liberación, proclamaba el logro de los grandes ideales de la revolución francesa a la vez que la abolición del sistema capitalista por medio de la implantación de una democracia socialista que debería gobernar en lo futuro. Esta situación llena de promesas, cambió por completo después de la subida al poder de Lenin y de su plana mayor, procedentes del destierro en Suiza.

Los alemanes permitieron que los dirigentes bolcheviques entraran en Rusia para que su influencia desmoralizadora contribuyese a desmoronar el esfuerzo bélico del país de los Zares. No fallaron en sus cálculos, pues Lenin se preocupó muy poco en hacer honor a la alianza de su patria con las potencias burguesas y los bolcheviques indujeron a los soldados a que arrojasen las armas, entrando en negociaciones sobre una paz separada con Alemania.

Los comunistas triunfaron en sus maniobras a pesar de la oposición del gobierno provisional social-demócrata de Kerensky. A partir de aquel momento, los principios de la violencia, aplicados por una

minoría bien organizada, fueron el dogma fundamental de la política bolchevique.

La asamblea constituyente, que no estaba formada sólo de *«capitalistas»* sino también de obreros, campesinos e intelectuales demócratas, fue disuelta por Lenin y sus fieles marineros. Los bolcheviques se aprovecharon de la tolerancia de los dirigentes demócratas que creían que no era posible detener a los representantes del partido socialista, y, ciertamente, tuvieron que pagar muy cara esta concesión al prejuicio *«burgués»* del humanitarismo.

Después qué Lenin minó el poder de la asamblea constituyente, inició la aplicación de la llamada dictadura del proletariado, idea ésta que había sido proclamada en primer lugar por Marx, que la consideraba comió una etapa necesaria en la transición entre la sociedad capitalista y la democracia socialista del futuro.

El fondo de violencia contenido implícitamente en este concepto falseó todo el ideario socialista. Según la versión de Lenin, «la democracia no significa la subordinación de la minoría a la mayoría», sino que es un Estado que reconoce esa subordinación, es decir, una organización política establecida para el uso sistemático de la violencia por una clase contra otra, por una parte de la población en contra de la restante.

«...Nosotros señalamos como último objetivo la destrucción del Estado, es decir, de toda violencia organizada y sistemática, de todo empleo de la fuerza contra los hombres en general». Además del influjo que esta concepción ejerció sobre Lenin, éste se halló también muy influido por Sorel que, a su vez, *«estaba saturado por algunas teorías de Nietzsche»*.

Sorel dice: *«La violencia proletaria no sólo asegura la revolución, sino que es el único medio por el cual las naciones europeas, entontecidas actualmente por el humanitarismo, pueden recobrar su antigua energía...»*, añadiendo que *«la violencia del proletariado, que se ejerce como una manifestación pura y simple del sentimiento*

clasista y como una forma de la lucha de clases, es, desdé este punto de vista, una cosa bella y heroica... El concepto de la lucha de clases tiende a purificar el de la violencia... La teoría de la huelga general, siempre vivificada por la emoción que provoca la violencia proletaria, mantiene una tensión espiritual de carácter absolutamente épico».

La teoría oficial bolchevique.se basa en el principio de que el fin justifica los medios. Lenin aseguró agresivamente: *«Los grandes problemas existentes en la vida de las naciones se solucionan solamente por la fuerza»*.

Trotsky escribió en su *«Defensa del Terrorismo»: «No existe otro medio de destrozar el espíritu de clase del enemigo, sino el uso de la violencia de un modo sistemático y enérgico».*

El socialista Martov y el teorizante marxista Plechanov han sostenido que el terror y la violencia, utilizados a favor de la dictadura del proletariado son, por sí mismos, un fin, especialmente donde el capitalismo no ha entrado en una fase de reacción violenta.

El socialista Kautsky, que se opuso al concepto de la dictadura del proletariado basándose para ello, virtualmente, en los mismos fundamentos alegados a su favor, fue tratado por Lenin como un traidor, sistema éste que se convirtió en seguida en un arma habitual en manos de los comunistas y que se empleó constantemente contra todos los disidentes, heréticos o críticos.

Lenin eliminó del campo de la política, incluso con anterioridad a la revolución, todos los principios éticos elevados tan característicos del socialismo y con la ocupación del poder y el establecimiento del terror se barrieron por completo los principios burgueses tales como la libertad individual e incluso la idea misma de la libertad.

En vano Gorky, defensor del pobre y del oprimido, se encaró con los comunistas diciéndoles: *«Evidentemente es más sencillo matar qué persuadir y el primer método es muy fácil de emplear por gente que se ha criado entre matanzas y ha sido formada en medio de ellas»*. Añadiendo:

«Todos los rusos son todavía salvajes y corrompidos por sus antiguos amos que han infundido en el pueblo sus terribles defectos y su despotismo insensato».

El terror se convirtió en un fácil substitutivo de la libertad de palabra, de Prensa, de opinión, etcétera. Se consideró que los ideales del fenecido sistema capitalista no eran más que instrumentos eficaces de la explotación burguesa.

Esta ¡manera de razonar, tan tortuosa y característica de los bolcheviques, pudo invocar en su justificación la gran autoridad del Manifiesto Comunista cuando dice: *«Cuando los ideales cristianos sucumbieron frente al racionalismo en el siglo XVIII, la sociedad feudal libró su batalla de muerte con la burguesía revolucionaria. La doctrina de la libertad religiosa y de la libertad de conciencia no hizo otra cosa sino dar forma a las normas de la libre competencia en los dominios del pensamiento humano»*.

Para Lenin y sus secuaces fue una tarea fácil el envilecer y ridiculizar todos los principios democráticos que son comunes a la civilización occidental y, con cierta apariencia de justicia, el jefe comunista proclamó, por ejemplo, que no podía hablarse de libertad de reunión en una sociedad en la cual los edificios más grandes donde podían celebrarse los mítines, eran propiedad de capitalistas, siendo, en consecuencia, un requisito previo para dicha libertad de asamblea la ocupación de tales edificios.

Marx consagró la mayor parte de su vida, tanto en sus escritos como en sus investigaciones científicas, a desprestigiar la libertad, la igualdad y la voluntad de la mayoría, proclamando que cualquier especie de libertad es un fraude a menos que sirva a los intereses de la emancipación del trabajo oprimido por el capital, afirmando que la humanidad sólo podrá llegar al socialismo por medio de la dictadura del proletariado.

«La dictadura del proletariado es inevitable; es evidentemente esencial para la transición del capitalismo. Dictadura no significa solamente violencia, aunque aquélla es imposible sin ésta, sino que

significa también una organización del trabajo que supere a la forma anterior de la misma».

«La dictadura del proletariado significará la substitución de la actual dictadura de la burguesía por la de los obreros...; cambiar la democracia a favor de los ricos por la democracia a favor de los pobres y los derechos de libertad de reunión y de Prensa dé que goza una minoría, la de los explotadores, por esos mismos derechos en beneficio de la mayoría, los trabajadores, dando forma a una enorme expansión en la historia dé la democracia del mundo, .que pasará a convertirse de una mentira en una verdad, es> a saber, la emancipación de la humanidad de las cadenas del capital».

La dictadura de una pequeña minoría, que se identificaba ella misma con los *«oprimidos»* y que invocaba el gran ideal socialista de la liberación de los trabajadores explotados, constituyó un objetivo que se pensaba que conduciría finalmente a una sociedad sin clases, llegando, de esta forma a convertirse la supresión de la libertad en un atributo esencial de un sistema que precisamente pretendía implantarla.

En las teorías de los comunistas anteriores a su actual disfrute del poder en Rusia, podemos ver cómo se pretendió justificar la apetencia de mando y los deseos egoístas en la consecución de beneficios permanentes para las masas.

Para conseguir el poder fue preciso que la teoría de la dictadura del proletariado se pusiera en práctica por un jefe plenamente conocedor dé sus características y dotado de condiciones que le permitieran persuadir y obligar a las masas a aceptar su programa.

Ciertamente, Lenin no sólo dominaba el arte de manejar las multitudes, sino que poseía las condiciones dominantes de un verdadero jefe. Se había preparado para la conquista del poder con una existencia dura y azarosa y se proponía usar del mando sin ninguna clase de limitaciones. Sus creencias eran absolutas e inflexibles y se basaban en lo que conceptuaba que era la verdad

absoluta, siendo él el hombre que podía llevar a su total cumplimiento las predicciones de Marx.

Nunca puso en duda que su propia misión y la de la Rusia revolucionaria debía ser la iniciación del hundimiento del capitalismo en todo el mundo, salvando así a la humanidad. «*La revolución proletaria es la única capaz de salvar a la cultura y a la humanidad que están pereciendo*».

Engels había asegurado que la revolución se producirla a consecuencia de la guerra. «*Tenemos derecho a mostrarnos orgullosos y a considerarnos afortunados porque nos ha correspondido el ser los primeros, en esta parle del inundo, que podamos acogotar a la bestia salvaje del capitalismo que ha empapado de sangre la tierra, conduciendo a la humanidad a la miseria y a la desmoralización, y cuyo fin próximo es inevitable sin que importe qué se agite con frenesí salvaje al verse frente a la muerte*».

Lenin fue realmente quien, conociendo a fondo las teorías de Engels, condujo a Rusia desde una atmósfera de revuelta y sedición armada hasta las cumbres del fervor revolucionario, siendo el caudillo de las masas rusas, saludado en todo el mundo como el mesías y el salvador del proletariado y como el heraldo de una nueva era de justicia social y de libertad, fundiendo en su persona el sufrimiento acumulado por siglos enteros de opresión.

Un fiel partidario suyo escribió sus impresiones de una visita a Lenin en términos de una devoción profunda: «*Había en su cara una expresión de sufrimiento indecible. Quedé conmovido y tembloroso. Se me representó la imagen de Cristo crucificado... Lenin me pareció abrumado y oprimido por todo el dolor y sufrimiento del pueblo ruso...*»

Mientras representaba de este modo los eternos sufrimientos de las clases oprimidas haciéndose portavoz de los mismos, Lenin podía, con más facilidad, estimular y alentar el odio de las clases trabajadoras contra sus supuestos opresores y combinando las

ofensas personales con la justificación ideológica de la teoría de la lucha de clases se hallaba en condiciones de canalizar estos sentimientos de odio y violencia contra el enemigo directo y visible, es decir, contra la burguesía.

Freud, en 1930, escribió: «*Es comprensible que el intento de edificar una nueva cultura comunista en Rusia halle mi apoyo psicológico en la persecución de la burguesía. Pero no puede uno por menos que preguntarse qué es lo que los Soviets harán una vez que hayan acabado de exterminar a su burguesía*».

No estamos ahora en condiciones de contestar a esta pregunta. La acción agresiva desencadenada encontró nuevos objetivos que sirvieron al mismo tiempo de víctimas propiciatorias cuyo sacrificio pudiera satisfacer a las masas desilusionadas, atribuyendo a las, maquinaciones de los saboteadores, de los antiguos liberales, de los socialistas mencheviques y de los agentes extranjeros las constantes privaciones del pueblo y el fracaso permanente del régimen en el logro de las finalidades perseguidas.

De este modo, mediante el exterminio de todos aquellos «enemigos del proletariado», el equipo gobernante podía satisfacer, no sólo sus propios impulsos agresivos, sino también encauzar esos mismos ímpetus sentidos por las masas, reforzando así su poder con la demostración de su «*vigilancia bolchevique*» y de su lealtad hacia los ideales de la revolución.

Las maquinaciones de esas víctimas propiciatorias fueron un recurso excelente para robustecer los lazos que ligaban a los gobernantes con el pueblo; la lucha coa el enemigo común y la salvación de un peligro también común suministró un factor importante para la formación de nuevos ideales que encarnaron en la persona del jefe y de sus discípulos más adictos.

¿Qué fue del ideal proclamado por Engels y predicado con tanto entusiasmo por Lenin? Después de la conquista del poder por los proletarios oprimidos se creyó que el Estado «*se desvanecería*».

Engels predijo «la relegación de toda la máquina estatal a un museo de antigüedades. Cuando el proletariado asumiese el poder «*ipso facto*» destruiría al Estado considerado como tal. El primer acto de un Estado en que el proletariado procediera como representante de toda la comunidad social, es decir, la consecución del dominio de los medios de producción en beneficio de la colectividad, sería también su último acto independiente como tal Estado. Bajo el gobierno socialista se renovaría inevitablemente una gran parte del contenido de la *«primitiva democracia»*.

«La burocracia y el ejército permanente son parásitos aposentados en el cuerpo de la sociedad capitalista, y en las palabras hacer pedazos la burocracia y la maquinaria militar del Estado han de considerarse expresadas claramente las principales enseñanzas del marxismo relativas a los problemas estatales, poniendo al proletariado frente a frente con sus responsabilidades revolucionarias. Todas las revoluciones anteriores pretendían perfeccionar la máquina gubernamental mientras que la nuestra lo que quiere es destruirla y desmontarla pieza por pieza».

Transcribamos ahora una última cita importante. «La intromisión de la autoridad del Estado en las relaciones sociales se hará entonces superflua progresivamente y al fin cesará por sí misma».

Nadie, ni siquiera el más entusiasta admirador de la Unión Soviética, podrá negar que la revolución evolucionara en un sentido completamente contrario y el propio Stalin reconoce que «existe una contradicción en nuestro modo de tratar el problema del Estado, pues, por una parte defendemos la desaparición del organismo estatal, mientras que por otra fortalecemos la dictadura del proletariado.

La fórmula marxista tiene que ser ésta: desarrollar hasta el máximo grado el poder del Estado con objeto de preparar las condiciones para su desaparición. Stalin explica esta, contradicción aparente diciendo que es un repliegue táctico de la dialéctica marxista.

Como consecuencia de lo que llevamos expuesto, se hace posible describir él modo de evolucionar de la Unión Soviética considerándola como una acumulación de todos aquellos niales característicos, no ya sólo de la opresora sociedad capitalista, sino incluso de la más rígida autocracia.

Se trató de justificar esta evolución hacia el totalitarismo alegando la existencia de enemigos interiores y exteriores, pero, en realidad, los verdaderos motivos psicológicos pueden describirse en pocas palabras diciendo que fueron el deseo de perpetuar el usufructo de un poder ilimitado y la necesidad de reprimir los impulsos anárquicos y rebeldes desencadenados por la revolución al hacer añicos el viejo ego-ideal.

El equipo gobernante hizo suya la ideología de la violencia proletaria para justificar así esos deseos y necesidades y se identificó con los intereses de las masas a fin de que cualquier actividad opresiva pudiera ser considerada como un acto de servicio y una verdadera salvaguardia de la nación rusa. Luchando contra los capitalistas opresores, los gobernantes soviéticos extendieron su hostilidad a todos sus adversarios.

Por medio de un análisis minucioso de la posición bolchevique, que trata de justificar la violencia y la dictadura del proletariado alegando la consecución de un porvenir ideal, es decir, el establecimiento de la libertad y de la igualdad en un futuro cuya mayor o menor proximidad no el específica, podemos llegar a un examen comparativo de las realidades conseguidas en Rusia.

En lugar de los antiguos amos existe en el sistema soviético un equipo de dirigentes que han conquistado el poder; pero, en último término, podemos preguntarnos: ¿es qué este equipo está formado por los mismos proletarios auténticos que habían sido maltratados y oprimidos hasta la conquista del poder por los comunistas?

Todo el curso de la revolución rusa demuestra precisamente lo contrario. Los actuales amos son una pandilla de burócratas, un reducido número de miembros destacados del partido que parecen

haber llevado a la realidad el concepto de Nietzsche de que los jefes deben ejercer su mando de una manera implacable para dominar así a las masas. Realmente, estas masas incautas han sido embaucadas con tal habilidad que llegan a creer, en gran parte, que han intervenido en la elección de sus gobernantes; pero se puede inferir que esta supuesta libertad de elección no es más que una fantasía, de la siguiente observación del propio Lenin.

«Ciertamente la libertad es un bien precioso y lo es tanto que debe ser racionado». El curso posterior de la revolución rusa demostró hasta la saciedad que incluso el objetivo inmediato dé la liberación de los obreros y campesinos ha venido a parar en una esclavitud mucho peor que la que puede existir en una moderna organización capitalista y que, poco a poco, los obreros socializados han perdido todas las libertades individuales que sus campaneros, los proletarios occidentales, han conseguido lograr tras largos años de tenaz lucha, no siendo menos trágico lo sucedido con los campesinos y su explotación por el Estado, estando este episodio lleno de violencias y de sangrientas represiones desencadenadas por la resistencia que tuvieron que oponer ante la amenaza de su total exterminio pues, como es bien sabido, en el curso de la lucha contra los *«kulaks»* se aniquilaron por completo distritos rurales enteros, llegándose a su despoblación, ocasionada, bien por el hambre originado por las requisas agotadoras, o por medio de las deportaciones forzosas, siendo ésta, sea dicho de paso, la primera aplicación en gran escala del principio de los traslados en masa de núcleos de población llevado después a la práctica por los Soviets de una manera implacable y emulado por los nazis.

Dé este modo, la tan cacareada dictadura del proletariado vino a parar en una dictadura sobre el proletariado, ya que, en efecto, la total estructura de un despotismo implacable y de una sumisión absoluta a la autoridad que, finalmente, se convirtió en el dominio del jefe omnipotente, ofrece una similitud realmente notable con el fascismo.

Después de su muerte, Lenin, el conductor supremo y el ídolo de las masas y a la vez el tirano responsable de todo aquel inmenso sufrimiento, fue deificado, embalsamado y depositado en el gran mausoleo de la Plaza Roja, como una momia sagrada, presentándose así ante el pueblo como un substitutivo visible de los antiguos santos iconos que las masas habían adorado hasta el advenimiento de la revolución.

Los nuevos adoradores llegaban desde los más remotos confines de Rusia para prestar homenaje a la imagen sagrada, aunque por una ironía de las circunstancias el gobierno se mostraba temeroso de que esta adoración pudiera encerrar peligros y adoptaba toda clase de precauciones haciendo registrar escrupulosamente a los peregrinos e inspeccionando con todo cuidado la impedimenta que llevaban consigo, como si temieran alguna violencia que pudiera ejercerse contra la sacrosanta imagen.

Se diría que procedían como los hijos, que después de haber dado muerte al padre, arrojasen sobre los demás su propia culpa y el peso de su atormentada conciencia, no debiéndose dejar de tener presente este detallé psicológico si es que pretendemos entender las circunstancias que rodearon el acceso de Stalin al Poder.

La batalla por la sucesión de Lenin, que empezó ya durante su última enfermedad, fue llevada a cabo por Stalin con una gran habilidad y sin ninguna clase de contemplaciones, eliminando a todos los posibles rivales y extremando sus medidas para conservar su posición de dictador único de la República Soviética.

Esta lucha entre los hijos de la revolución en turno a la sucesión del poderoso padre, siguió todas las fases agudas que, como sabemos, se sucedían en las tribus primitivas donde los demás hijos eran eliminados por el más fuerte y hábil de ellos, que temía después las posibles represalias de los vencidos. Fue, pues, inevitable que la propia revolución sentase sus bases en las mismas rocas de las reacciones del Termidor o de Bonaparte.

Los acontecimientos que se desarrollan después de la muerte del patriarca en las tribus primitivas, tal como las ha descrito Freud y las expone Roheim con el apoyo de abundantes pruebas étnicas, nos facilitan la inteligencia de las vicisitudes de la revolución.

Después que el poderoso padre, odiado y amado a la vez, era muerto y devorado por los hijos rebeldes, éstos comenzaban a identificarse con aquel héroe ideal. Algunos intentaban apoderarse del mando, pero no lo conseguían por impedirlo él odio y los celos de los hermanos rivales, hasta que, al fin, triunfaba uno de ellos e imponía su dominio sobre lo* demás eliminando a sus rivales más importantes: los posibles herederos que hubiesen podido disputarle su posición privilegiada.

El asesinato del padre ocasionaba un profundo sentimiento de culpabilidad y el temor a la venganza. El hijo que había asumido la jefatura en detrimento de sus demás hermanos temía tal venganza como procedente, no sólo de esos hermanos, sino también del propio padre muerto, y la mayor parte de sus reacciones tenían este origen.

Como la culpa era compartida por los demás hermanos este factor común contribuía a estrechar los lazos entre ellos existentes. Al devorar a su padre creían absorber sus poderes secretos, identificándose de este modo con él y también mutuamente entre ellos, según se testimoniaba por las fiestas y prácticas de carácter totemista en las que probablemente se han establecido los cimientos de la sociedad humana.

Este proceso de identificación del asesino con su víctima es un fenómeno que se observa en los ritos funerarios de los primitivos grupos humanos y ha sido estudiado con toda extensión por Roheim, encontrando su contrapartida clínica en la psicopatología de los melancólicos, originando, finalmente, en los asesinos, la elevación dé la imagen interna de su víctima a las cumbres de un ideal poderoso, adorándola y deificándola, procurando de este modo acallar sus sentimientos de culpabilidad y aplacar la cólera vengativa del muerto,

transformando la reprimida hostilidad que les animó en vida del padre en una fidelidad creciente a su memoria.

Existía, sin embargo, a lo largo de este proceso y con carácter permanente, el peligro de un nuevo brote de hostilidad que, en esta ocasión, se dirigiera contra el sucesor y nuevo substituto del patriarca, y, en consecuencia, el nuevo jefe y su grupo de seguidores habían de adoptar fuertes medidas de salvaguardia que contuviesen la hostilidad amenazadora de los hermanos rivales, ya que cada uno de éstos podía aspirar a la sucesión, llevándose a cabo esta labor precautoria por medio de tabús, elemento éste tan importante en todas las sociedades primitivas y que, en el período que sigue a una revolución, en tiempos más modernos, adopta la forma de leyes severísimas y de medidas de reacción caracterizadas por su dureza y por las terribles penas que establecen.

El padre asesinado, que en la historia de las hordas primitivas se convertía en dios, pasaba a ser el centro de un culto. En una revolución, el primer dirigente de la misma y sus inmediatos sucesores adquieren también unas características mitológicas similares, y sus figuras se identifican con la nueva ideología, y de esta forma, al exaltar y proteger su poder personal, el jefe protege y exalta también los ideales por los que se derramó la sangre de los revolucionarios.

La hostilidad de los hijos rebeldes, sofocada por el prepotente sucesor y reprimida por la imagen idealizada del padre asesinado, se manifestaba en forma de una tendencia paranoica a achacar las culpas a los demás, y, de esta forma, los hijos se acusaban mutuamente y germinaba entre ellos el odio, en especial cuando se dividían en grupos con tendencia a disgregarse de la horda común. En una revolución este proceso se justifica fácilmente alegándose divergencias ideológicas tras de las cuales el equipo gobernante ve ocultos anhelos de poder que, justo es decirlo, existen muchas veces.

Después que el grupo que había logrado la victoria conseguía su consolidación y se fusionaba entre sí por él terrible vínculo de la

sangre de los enemigos vertida en común, la hostilidad reprimida en sus componentes se ponía de relieve por medio de reacciones paranoicas que se centraban en torno a la posible oposición surgida en el interior y también a los grupos ajenos y extranjeros de diferente estructura social o nacional, dándose este proceso tanto en los grupos primitivos como en los movimientos revolucionarios de épocas anteriores o más modernas.

De forma semejante, en el desarrollo de la mezcla final del bolchevismo con el nacionalismo puramente ruso, encontramos una fusión característica de los viejos ideales nacionales con la ideología revolucionaria que surge, por así decirlo, de la represión, teniendo todo este proceso de consolidación del grupo gobernante su contrapartida inevitable en el odio y en el recelo dirigidos contra los países extranjeros y justificándose fácilmente estos sentimientos por diferencias de ideología o viejos conflictos históricos.

La lucha del hijo contra el padre fue un factor importante en la formación de la personalidad del sucesor de Lenin, Stalin, y este antecedente quizá resultara provechoso para que el que había de ser nuevo dictador en su competición por el poder cuando tuvo efecto una lucha semejante en el palenque político.

¿Cuáles fueron las características fundamentales de la personalidad de Stalin según lo que podemos deducir de datos aprovechables?

Único hijo superviviente de un tosco y tiránico zapatero de aldea, Stalin, ya desde su niñez, aprendió pronto a odiar y a reprimir su hostilidad hasta que llegara el momento oportuno. A pesar de la posición asignada al padre en la estructura tradicionalmente patriarcal de la familia georgiana, fue la madre de Stalin la que tuvo la mayor responsabilidad, cayendo sobre sus hombros todo el peso de la misma.

Trabajaba mucho y ganaba muy poco como asistenta en las casas acomodadas del pueblo. No podía proteger a su hijo contra la brutalidad paterna y tenía que contemplar, sin poder remediarlo, los malos tratos de que José era víctima.

Los golpes, inmerecidos y bestiales, que sufrió el niño, le convirtieron en un ser tan huraño y despiadado como su padre, transfiriéndose el odio reprimido que sentía contra éste a cuantos ejercían algún otro poder sobre él o estaban revestidos de autoridad. El padre de Stalin murió cuando éste tenía once años, siendo ya demasiado tarde para que este acontecimiento pudiera cambiar su manera de ser, aunque es seguro que el muchacho respiraría con alivio, sintiéndose desde entonces el protector de su madre que siempre había demostrado hacia él un gran cariño.

La madre, que deseaba la elevación de su hijo, quiso que éste fuese al seminario, por creer que ésta era la carrera más apropiada para un muchacho de sus condiciones y la única por medio de la cual podría mejorar su posición. De esta forma, la religión ortodoxa griega, con su rígido dogmatismo, vino a ser el camino que se emprendió para satisfacer las ambiciones tanto de la madre como del propio hijo.

Las humillaciones sociales acrecentaron, naturalmente, el complejo de inferioridad del joven seminarista e hicieron brotar en él sentimientos de revancha y deseos de compensación. Además de estas humillaciones sufrió también la influencia depresiva derivada de la dominación de los funcionarios zaristas sobre los habitantes de Georgia.

También tenemos que tener presente que existían en Stalin algunos elementos de inferioridad en su contextura física, tales como una atrofia en el brazo izquierdo, las huellas de la viruela que afeaban su rostro y otros detalles poco atractivos. Según las teorías de Alfredo Adler, esta clase de imperfecciones orgánicas y físicas representan un papel importante en la desviación de la personalidad por medio de la mecánica de la compensación psicológica.

El joven Stalin resultaba realmente áspero y poco agradable. Su amigo dé la infancia, Iremashvili dice de él:

«Nunca le vi llorar y sólo tenía una mueca sarcástica frente a las alegrías o las penas de sus compañeros. Siendo niño y muchacho, y

en el curso de toda su juventud, fue un buen amigo para aquellos que se prestaron a someterse a su voluntad dominante».

En el seminario donde Stalin recibió la enseñanza para su carrera futura progresó mucho en el desarrollo de una personalidad en la que figuraron como rasgos más salientes el disimulo de su odio y la doblez con que se gozaba en la espera de la llegada del tiempo oportuno para tomarse la revancha.

La rígida disciplina del seminario le imbuyó un aborrecimiento más profundo todavía hacia la autoridad. En aquella institución se prodigaban los mayores castigos por crímenes tales como la lectura de un libro *«liberal»* y los inspectores y los monjes se mostraban recelosos y hostiles manteniendo una estrecha vigilancia sobre los estudiantes, observando todos sus movimientos y registrando minuciosamente sus habitaciones y sus personas con el más mínimo pretexto.

Obligado a la sumisión a sus maestros, Stalin buscó una válvula de «escape ejercitando su despotismo en el círculo limitado de sus camaradas. Iremashvili dice a este respecto: *«Consideraba absurdo que ningún otro estudiante pudiera erigirse en jefe u organizador de un grupo. José conocía el modo de perseguir a los demás y de vengarse de ellos y sabía también cuál era el punto débil donde podía redoblar sus golpes... En su pugna por el mando, Koba (éste era el apodo de Stalin entonces) fomentaba toda clase de rencillas entre sus compañeros con su cinismo altivo y lleno de veneno.»*

El futuro revolucionario hizo, pues, su aprendizaje en la práctica del disimulo, de la crueldad y de la superchería, acentuando cada vez más, en esos días escolares, sus sueños de revancha.

Cuando José Stalin se identificó con el movimiento revolucionario rompió con la Teología y substituyó los dogmas de la religión ortodoxa griega por los del marxismo. Fue en él una cosa perfectamente natural el adherirse a la causa revolucionaria con el mismo fanatismo dogmático que había asimilado los preceptos teológicos de aquella religión a la que consideró, más tardé, como

una cosa perfectamente natural en él el hacerla víctima de sus odios, recordando rencorosamente que había sido objeto de correcciones en el seminario donde le fue enseñada, desencadenando, en consecuencia, desde la jefatura de la URSS, un feroz ateísmo.

Una vez que Stalin hubo abrazado la azarosa carrera del revolucionario profesional, halló en ella, al fin, la oportunidad de sacar a la superficie las reservas de odio y de resentimiento que se habían ido acumulando en su interior.

Sus pasadas experiencias de seminarista le habían preparado magníficamente para tomar parte en conspiraciones y había aprendido a sospechar de todos, contribuyendo a aumentar su astucia y sus dotes para el disimulo sus prácticas revolucionarias, a la par que aumentaba su inquina y su envidia a la autoridad por las persecuciones de la policía secreta zarista, asimilando, además, la técnica de sus perseguidores que acudían a procedimientos inquisitoriales para obtener *«confesiones»*, aprendiendo de ellos, por así decirlo, todo lo que podía llegar a saberse referente a amenazas, violencias físicas, torturas morales, falsificación de testimonios, soborno de testigos falsos y demás armas del arsenal del terror y de la opresión, sin que olvidara nunca estas lecciones que aplicó con tal maestría, cuando estuvo en el poder, que habría avergonzado a sus propios perseguidores zaristas.

La falsía de Stalin y su talento insidioso para incitar a los demás a emprender actividades peligrosas mientras él permanecía a buen seguro, se ponen de manifiesto por un testigo ocular que pasó un año, aproximadamente, con el futuro dictador, en varias prisiones. Fue tal la astucia y la habilidad de Stalin para escapar al castigo que nunca fue posible desbaratar sus defensas.

Como resultado de sus primeras experiencias, el joven Stalin se revistió de una armadura protectora que encerraba su yo y le hacía insensible para el sufrimiento e incapaz de compadecerse de las penalidades ajenas. Durante su reclusión en la cárcel de Bakú, un

vecino de celda le refirió un sueño que había tenido sobre la revolución.

«¿Tienes sed de sangre?», le preguntó Stalin de pronto; y sacando un cuchillo que llevaba oculto en la caña de sus botas, se alzó el pantalón y se infirió una profunda cuchillada en la pierna, exclamando «¡Aquí tienes sangre!»

La significación del incidente que acabamos de contar se diría que encierra en sí la esencia del desarrollo de la personalidad de Stalin. Su carácter sádico se había formado ya, sin posibilidad de mejora, y el curso entero de la historia del mundo tenía que sentir la influencia de un temperamento formado, en primer lugar, por la represión que había sufrido en su juventud por parte de cuantos ejercieron autoridad sobre él.

La crueldad de Stalin, que tuvo sus raíces en la forzada sumisión a su padre, se refino por la muerte de su primera esposa que le produjo un hondo desconsuelo.

Su biógrafo Iremashvili escribe: *«A partir del día en que enterró a su esposa, Stalin perdió el último vestigio de sentimientos humanos. Su corazón se llenó de odio, indeciblemente feroz, que su insensible padre había empezado ya a encender en él cuando era todavía un niño. Con sus sarcasmos destruía sus impulsos morales, cada vez menores y menos frecuentes. Implacable para sí mismo, lo fue también para con todos.»*

Kameniev, uno de los miembros de la vieja guardia bolchevique, opuesto a Stalin y que fue liquidado a su debido tiempo, hacía presente, en 1925, a Trotsky: *«Tú crees que Stalin se preocupa por contestar a tus argumentos. Nada de eso. Está ideando el medio de liquidarte sin incurrir en responsabilidad.»* Como Robespierre, Stalin estaba convencido de que todo sentimiento de oposición contra él, era, en sí mismo, una traición y un crimen, y trataba de justificar su crueldad frente a los que eran meras diferencias de opinión asegurando la necesidad que tenía el partido de buena armonía y el bolchevismo, en general, de unidad y disciplina.

Podremos llegar a una visión más amplia de la manera de ser de Stalin si consideramos que su actitud irracional frente a la crítica obedece a algo más que al mero deseo de conservar el mando.

Por medio de un examen más detenido se llega a la conclusión de que Stalin, lo mismo que Robespierre, se hallaba dominado por el deseo megalomaníaco a cuyo logro sacrificaba todo, poniendo todo su esfuerzo en conseguir que se concentrase en su persona la pureza más absoluta dé las ideas del partido.

Stalin no solamente se identificó por completo con los apóstoles y teorizantes del comunismo, sino que creyó que representaba la quintaesencia de la verdad absoluta formulada por él.

En nombre del idealismo, y apelando al pasado para buscar en él la justificación de sus crueles medidas represivas, desencadenó el terror en una escala que no tenía precedentes. No faltaron, naturalmente, apologistas profesionales que interpretaron la significación de la conducta de Stalin y la justificaron históricamente, y así, un cierto profesor Tarle, que era un historiador oficial autorizado por el Gobierno, alabó al terror de la revolución francesa y a Robespierre que, decía, que al poner en funciones el terrorismo, no hizo otra cosa que interpretar la voluntad del pueblo.

Pueden descubrirse ciertas tendencias en el largo curso de las prácticas terroristas de Stalin. No se hace preciso recordar que sacrificó en aras de su exclusiva posición dictatorial a todos aquellos a quienes consideró como rivales, en presencia o en potencia.

No satisfecho, sin embargo, con este método, tan sencillo y eficaz, liquidó a toda la vieja guardia bolchevique como si temiera que poseyesen un conocimiento excesivo de su pasado y pudieran actuar como testigos en detrimento de la leyenda que se había formado alrededor suyo.

«Stalin exige ser considerado, en todo momento, como la luz conductora y destruye hasta el último testigo que pudiera, en cualquier momento, deponer verazmente en contra suya.

Ahora se venga de ellos por no haber sabido callar, y demuestra el grado de su valor y de su "humanitarismo" cuando, seguro de todo riesgo, injuria a los vencidos, infama a sus prisioneros y lanza bramidos de cólera contra los muertos».

Otra tendencia del dictador, muy acentuada y a nuestro juicio muy importante, es su identificación con el enemigo. Es una cosa típica en Stalin, que no puede ser conceptuado como un pensador provisto de originalidad, el no tener inconveniente alguno en adoptar como propias las ideas de aquellos adversarios que había suprimido.

En este sentido vemos que luchó contra Trotsky, basándose, según sus afirmaciones, en la política seguida por éste con respecto a los *«kulaks»* y a la colectivización agraria, para proclamar después las mismas ideas del enemigo. Stalin adoptó inmediatamente, y puso en práctica, todos los planes del general

Tukhachewsky, liquidado durante la purga en masa llevada a cabo en 1936, figurando entre esos planes el de un pacto dé estrecha colaboración con Hitler que constituyó la base de la acusación contra dicho general como reo de traición, no obstante lo cual, cuando Stalin firmó este mismo pacto, esta misma determinación fue ensalzada como un acto de suprema sabiduría.

La mezcla *«sui generis»* de una astucia perspicaz y de una dureza implacable, permitió a Stalin la organización del terror en gran escala y la creación de un poderoso aparato en apoyo de aquél. La cheka, es decir, la policía secreta, se constituyó en el período inicial de la revolución, transformándose después, por su sucesivo desarrollo, en la siniestra G.P.U. y más tarde en la no menos fatídica N.K.V.D. Estos organismos, de inmensa extensión, constituyeron verdaderos estados dentro del Estado, provistos de los mayores privilegios, desconectados por completo de las leyes vigentes y responsables sólo ante el propio Stalin.

Durante las famosas purgas de 1936 se revelaron algunos detalles de su espantosa maquinaria interna ante los ojos atónitos del mundo, mientras se divulgaron otras revelaciones semejantes cuando

Krawchénko y otros descubrieron sus ramificaciones mundiales, sin que, no obstante ello, tales revelaciones hubieran podido alcanzar la resonancia que lograron, a no ser porque el mundo entero se sobrecogió de espanto ante varios casos, internacionalmente famosos, de asesinato y secuestro llevados a cabo por la N.K.V.D. para desembarazarse de los enemigos de Stalin.

Toda oposición, incluso aquella de una importancia política secundaria, fue aniquilada sin escrúpulo alguno. Podemos preguntarnos, ¿cuáles pudieron ser los motivos fundados que determinaron las sangrientas purgas de la Armada?

Parece que solamente puede atribuirse a la creencia sustentada por los oficiales más jóvenes de que las unidades ligeras (submarinos, lanchas torpederas e hidroplanos) eran preferibles a los cruceros y acorazados, costosos y vulnerables.

Los que sustentaban este punto de vista, meramente técnico, fueron acusados de enemigos del pueblo por su pretensión de privar a la U.R.S.S. de una flota de mayores proporciones. Afortunadamente, «*los gloriosos funcionarios del Comisariado del Pueblo del interior segaron las cabezas de estos reptiles*».

Los métodos de terror sistemáticos implantados por Stalin y el aniquilamiento sin piedad de los adversarios trae a la mente, con toda la fuerza de la evocación más nítida, la larga serie de déspotas rusos que encabeza Ivan Grozny (Iván el Terrible).

Este tirano fue quien inició el sistema del *«Opriczniki»* de sus fieles siervos, tristemente célebre por su crueldad y que libres, dé toda traba legal, ejercieron las funciones de la moderna policía secreta, haciéndose famoso su jefe, Shuratov, por su bestialidad y su ciega y absoluta obediencia al Zar.

La organización que hemos citado guarda una sorprendente semejanza con la N. K. V. D., especialmente por su inmunidad ante la ley, siendo, en consecuencia, muy natural que, actualmente, los escritores soviéticos profesionales que tratan de historia y de arte,

elogien a Ivan el Terrible, considerándole como un gran monarca constructivo que se vio obligado a aplicar medidas drásticas debido a la ignorancia y al letargo de las masas eslavas y sobre todo a la oposición de la nobleza.

No obstante, la analogía existente entre los métodos del despotismo zarista y los del staliniano, hay que reconocer que el actual gobernante ruso ha multiplicado por mil el terror desde el tiempo de sus predecesores y que, al frente de una organización dotada de todos los medios modernos y de un poder sin límites, tortura y persigue a sus víctimas en una escala que no podría ser ni siquiera soñada por los antiguos tiranos, aparte de que la policía secreta de Stalin, la N. K. Y. D., tiene una eficacia inconmensurablemente mayor que la antigua Okrana zarista.

Si bien la deportación de los delincuentes y de los prisioneros políticos a Siberia fue establecida por los zares, mientras en tiempos de éstos las desgraciadas víctimas se contaban por docenas de millares, es lo cierto que ha tenido que reservarse al país del proletariado el triste *«record»* de que ahora se cuenten por millones, enviándolas a los más lejanos confines de la Siberia y a otros apartados rincones de la U.R.S.S., y si bien no es menos cierto que los trabajos forzados no se inventaron tampoco en tiempos del comunismo, han adquirido en él una extensión mucho mayor que antes.

El número total de reclusos en los campos de concentración y de trabajo se cifra entre los 15 y los 20 millones. Ciertas grandes empresas, que constituyen el orgullo de la industrialización soviética y son el resultado de varios planes quinquenales, como por ejemplo Dnieprostroy, el canal del mar Blanco y otras varias, han sido ejecutadas principalmente por los modernos esclavos de Stalin bajo el látigo de la N. K. V. D.

Podría creerse que el georgiano Stalin, miembro de una de las minorías nacionales oprimidas por los zares, hubiese asimilado todo el sadismo de éstos y se vengara devolviéndolo multiplicado a costa

del resto del antiguo imperio, pero, es lo cierto que en esta siembra de terror no olvidó a su país natal y que la crueldad más implacable caracterizó su actividad en la sovietización del mismo, pues la fuerte resistencia opuesta por sus paisanos, gente orgullosa e independiente y con mucho arraigo socialdemócrata, fue quebrantada de un modo típicamente staliniano hasta el punto de que el propio Lenin, indignado cuando se le informó de la táctica brutal empleada por él que más tarde había de ser su sucesor, se esforzó, aunque sin resultado, en poner un dique a aquella ola de sangrienta persecución.

Es interesante llamar la atención, en este punto, sobre la semejanza de la conducta de Stalin con la de Hitler, al llevar éste a cabo la anexión, al Reich, de Austria, su país materno. La aspereza y la falta de piedad con que ambos dictadores trataron a sus patrias de origen, se explica teniendo en cuenta los padecimientos que sufrieron en su niñez a manos de padres duros y crueles. La conquista del país materno tiene, en la esfera de lo inconsciente, la clara significación simbólica de redimir a la madre, de una parte, y de otra, la de vengarse del padre odiado, y esas conquistas, o anexiones, justificadas por las soflamas ideológicas y apoyadas por la fuerza de las armas, sirvieron para libertar a la madre y para compensar al dictador de sus pasadas humillaciones.

Stalin transfirió a toda la enorme extensión del imperio zarista las penalidades y el resentimiento de su infancia miserable, y, a pesar de formar parte de una minoría racial perseguida por él régimen fenecido, se comportó como si se hubiera identificado con él, y, una vez en el Poder, extremó todavía más la política imperialista.

Analizando la política internacional del dictador bolchevique, se comprende plenamente que no sólo realizó los sueños imperialistas de los zares, sino que los superó, y todavía habría ido más lejos a no haber sido contenido por otras poderosas potencias.

Resulta impresionante ver cómo ciertos países que habían formado parte del imperio moscovita y que alcanzaron su independencia nacional durante la revolución, iban siendo reincorporados por la

U.R.S. S. y reabsorbidos por un despotismo mayor todavía que el de los zares.

El imperialismo soviético en acción fue una cosa muy distinta de las soflamas leninescas contra las anexiones, tratando de justificarse con ficciones demasiado transparentes. Se habían proclamado ruidosamente las seguridades más solemnes de que los soviets habían venido para liberar a una nación cuyos malos gobernantes habían participado además en el cerco capitalista, concepto éste al que se consideró primero como un sinónimo de razones cínicamente utilitarias y que, muy significativamente, acabó por constituir una obsesión paranoica para los dictadores.

Hemos llegado ahora a un punto en el que resulta evidente la identificación entre el dictador Stalin y su país, poderoso y de tendencias expansionistas. No satisfecho aquél con la destrucción de los enemigos pasados y futuros, que se había llevado a cabo con todo éxito, realizó los mayores esfuerzos para borrar de la memoria del pueblo todo lo que pudiera menoscabar de algún modo su grandeza mítica, y, en forma semejante a la denominada falsificación retrospectiva e inconsciente en los paranoicos, Stalin, de una manera perfectamente consciente, hizo cuanto estuvo a su alcance para crear la imagen de su incomparable grandeza, y así puede comprobarse que en las ediciones sucesivas de la Enciclopedia Soviética, en los libros de texto de historia y sobre todo en la biblia soviética, llamada *«Kratki Kurs»*, especie de historia resumida del partido comunista, se exageró y alabó con repulsiva adulación el papel desempeñado por Stalin mientras se vilipendiaba o se dejaba de mencionar a sus antagonistas.

Casi todas las vulgares y trilladas frases del amado jefe eran saludadas por la oficiosa *«Pravda»* como heraldos que anunciasen el comienzo de una nueva era histórica. La sed de alabanzas, propia de Stalin, se acentuaba todavía más en el campo de las ideas y experimentaba el intenso y constante deseo de que se le creyera un profundo pensador.

No era suficiente que se le conceptuase como el maestro por excelencia y el genio del mundo proletario ni que la prensa rusa incensase su persona constantemente culminando todos sus discursos y sus intervenciones en los mítines con un tributo extático a su genialidad incomparable y con elogios que era determinadas ocasiones estaban totalmente fuera de lugar, como por ejemplo, cuando con motivo de la celebración de un aniversario de Spinoza o de un artículo sobre Kepler, se homenajeaba al dictador presentándole como un conocedor profundo de las doctrinas de aquel filósofo o como un astrónomo eminente.

Un profesor de filosofía escribió que una carta del camarada Stalin revelaba el verdadero sentido de la concepción ideológica de Kant, y en el periódico *«Frente Cultural»* pudo verse la afirmación de que *«en realidad, ciertas ideas de Aristóteles solamente han sido interpretadas con acierto y debidamente expresadas por Stalin»*.

Otro profesor se quedó muy satisfecho afirmando que el verdadero significado de Cervantes había sido descubierto por fin gracias a la luminosa observación del camarada Stalin al declarar *«que el Don Quijote era una gran sátira»*.

Todo este florilegio de alabanzas no era otra cosa que una forma adecuada de compensación para la incultura y la carencia de formación intelectual de Stalin, factores éstos de suma importancia para la formación del complejo de inferioridad inconsciente del dictador y que determinaban que fuese una cosa perfectamente natural que éste, situado en condiciones favorables para poder hacerlo, exigiera que se le juzgara como un pensador original, un filósofo profundo y un teorizador brillante.

La manía de grandeza se engendra, por regla general, y en lo que respecta a su contenido típico, en los propios elementos específicos de signo contrario determinantes de los complejos de inferioridad.

De este modo, expresiones tales como *«El Sol de las Naciones»*, *«El Jefe amado»*, etcétera, llegaron a ser términos comunes en la mitología soviética de tipo homérico, en la que se creó un panteón de

héroes revestidos de atributos casi divinos y eternos, sin que ello quiera decir que no existieran ya precedentes en la mitología rusa propiamente dicha, y así se puede observar que algunos himnos y panegíricos dedicados a Stalin recuerdan los relatos míticos de la vieja Rusia, como el de *«Byling»*, un héroe de gigantescas proporciones y dotado de un poder sobrehumano que lleva a cabo hazañas maravillosas para socorrer a los oprimidos y a los desgraciados, mientras que, a su lado, todos los demás mortales quedan empequeñecidos por las dimensiones enormes del legendario personaje.

De un modo semejante se puede decir que Stalin *«el gran maquinista de la locomotora de la historia»*, es un gigante tan poderoso que, junto a él, todos los restantes estadistas que pueblan el escenario internacional resultan *«tan menudos y dignos de lástima como los pigmeos...»*. Y no sólo exaltan a Stalin los oscuros poetas de las repúblicas asiáticas llamadas *«Autónomas»*; hasta el vate Alexey Tolstoi, escritor distinguido y de verdadero talento, ha escrito una oda a Stalin que contiene la siguiente estrofa:

«Tú, brillante sol de las naciones; sol de nuestra era, nunca apagado, que superas al astro del día puesto que éste carece de tu sapiencia».

Estos excesos de baja adulación llegaron a su colmo con ocasión del 60 cumpleaños de Stalin. En la *«Pravda»* del 21 de diciembre de 1939 sólo se dedica una columna a las noticias de la guerra ruso-finlandesa y a las de la propia guerra mundial, mientras que se consagraban setenta y una columnas a ensalzar al jefe. Según palabras de un corresponsal norteamericano *«se estableció con ello, en el periodismo, un "record" de diarios que carecen de noticias»*.

La megalomanía del dictador se rodeó de otras formas de idolatría y así pueden verse retratos y estatuas de Stalin, algunos de enorme tamaño, en toda Rusia, decorando las estaciones ferroviarias, los edificios públicos, etcétera.

El asesinado *«Tzar Batiushka»* (El Padrecito), sé reencarnó en una escala enormemente ampliada y en proporciones mucho mayores en

la figura del «padrecito» rojo, debido a que tal reproducción se apoyaba, no solamente en la megalomanía del jefe comunista, sino también en la adoración cínica o bobalicona de sus partidarios.

La idolatría colectiva soviética es ya lo bastante bien conocida para que requiera mayores explicaciones, pero podemos seleccionar algunos ejemplos entre los muchos que nos vienen a las manos y, así, por ejemplo, después de una entrevista con Stalin referente al en la producción histórica y artística, algunos compositores rusos declararon lo siguiente:

«A la luz de las manifestaciones del camarada Stalin se alzan nuevas y grandes tareas en el frente musical. Hay que desarraigar el liberalismo podrido, con sus melodías burguesas y contrarias a la clase proletaria». Se comenzó, pues, a revisar el acervo de los compositores del pasado, empezando por Beethoven y Moussorgsky.

«Las manifestaciones de Stalin obligan a que cada orquesta soviética colectivizada emprenda una lucha en pro del marxismo-leninismo».

La apoteosis total del jefe requería, como un requisito previo, el desprestigio total de sus adversarios, fuera cual fuese el período en que éstos osaron oponerse al dictador, y esta misión fue llevada a cabo por un armónico coro dirigido por el propio gran hombre y formado por una serie de cantores, fieles y obedientes unos, atemorizados otros y simplemente cínicos la mayor parte.

La lectura de las informaciones de los procesos de depuración, hasta donde se han hecho accesibles al conocimiento público, muestra el enorme cúmulo de injurias que se consideró preciso amontonar sobre los que se habían atrevido a oponerse a Stalin. *«Traidores»*, *«reptiles»*, *«lacayos del fascismo»*...; estos fueron algunos de los epítetos lanzados contra los infelices qué habían provocado las iras stalinianas.

Forzosamente había que vilipendiar también la memoria de las víctimas y de un modo especial cuando se tratara de gente de cierta categoría política y que hubieran realizado algunas proezas que les

acreditaran. Tiene un gran interés psicológico el analizar algunas de estas acusaciones, cuya total carencia de verosimilitud hace que podamos preguntarnos cuáles fueron los motivos ocultos que las originaron.

Si, por ejemplo se examinan los verdaderos orígenes del proceso contra Bukharin, uno de los miembros más destacados de la vieja guardia bolchevique, a quien Stalin acusó de haber dispuesto un atentado contra la vida de Lenin en 1918, surgen ciertos hechos que no podemos por manos que tener en cuenta. Es bien sabido que Bukharin se hallaba ligado a Stalin por vínculos estrechos de amistad y admiración.

Podemos conjeturar que la acusación contra él no fue otra cosa que una transferencia de los designios, o quién sabe si de los planes, que se ocultaban en la mente de Stalin y que iban encaminados a los propios fines que ahora se imputaban al acusado.

En esta tarea, dirigida al aniquilamiento moral de sus adversarios, Stalin recibió la ayuda de sus secuaces. Las organizaciones comunistas y los oradores de los mítines exigieron la ejecución de los traidores, declarados ya tales, mucho antes de que se reuniera el tribunal que había de juzgarles, y así, en la *«Revista Soviética de Psiquiatría y Neurología»* pueden leerse violentas condenaciones de los *«criminales»*, *«sanguinarios agentes del fascismo»*, *«reptiles miserables»*, etcétera, pareciendo firmadas tales soflamas por hombres que se destacaban en el mundo científico de Rusia.

La tarea de moldear la opinión pública de acuerdo con los intereses propios del partido, no presentó dificultades, puesto que estaban en manos del gobierno todos los medios de educación y todos los conductos por los que podían canalizarse las expresiones dé las ideas.

Generaciones enteras han sido formadas en la ciega obediencia al partido y al jefe amado, ajustándose las ideas a los modelos más rígidos y sin que se tolerara ninguna diferencia de opinión. En la

«línea del partido» cualquier veleidad critica se ha equiparado a la herejía y se ha reprimido por métodos inquisitoriales.

El miedo que experimenta el jefe y la camarilla dominante es tal, según parece, que se hace preciso tener montado constantemente un sistema de reacción defensiva, tanto en el terreno material como en el espiritual, lo que explica la aguda sensibilidad de los gobernantes soviéticos ante los comentarios críticos procedentes del extranjero y también la costumbre típicamente bolchevique, tan incomprensible para la mentalidad democrática, de estigmatizar a escritores y artistas por *«falta de ideología»*, expulsándolos de las organizaciones profesionales por *«desviación burguesa»*, representando tal expulsión, especialmente si va seguida de la baja en el partido, la pérdida de colocación, la detención o la deportación.

La dictadura maneja todos los instrumentos de coacción, tanto positivos como negativos, consistiendo los primeros en los métodos de propaganda incesante, como la prensa y la radio, y los negativos en la constante vigilancia de la censura y la amenaza de los más severos castigos.

El miedo y la propaganda son suficientemente poderosos para obtener una opinión pública de unidad monolítica, lo que fue el ideal robesperiano, no logrado nunca por el dictador francés. En la Rusia soviética es tan fácil lograr un acuerdo unánime en un mitin como verse obsequiado con un uniforme de presidiario en un campo de concentración.

Hasta hace poco se había impuesto en Rusia un aislamiento tan absoluto del peligroso Occidente, que los súbditos soviéticos tenían miedo de recibir y de contestar cartas pro-cedentes del exterior y para un ruso suponía correr un riesgo en el terreno político el conocer a un extranjero y ser visto con él en Moscú.

La constante repetición de frases tales como «el cerco capitalista» y otras semejantes, creaba en la población un ambiente psíquico adecuado para que se aprobara cualquier clase de medidas de defensa que, en realidad, eran medidas de ataque, que el gobierno

pudiera adoptar y que han culminado en una ley, única en la Historia moderna, que prohibe a los ciudadanos soviéticos contraer matrimonio con súbditos extranjeros. Esta propaganda creó una justificación para todas las privaciones impuestas por el régimen sobre sus gobernados.

Todas estas medidas defensivas, unas ridículas y otras terribles, indican el constante temor a una rebelión o a una disidencia, y es natural que cuanto mayores sean la opresión y el terror impuestos por la dictadura staliniana, más tiene ésta que temer a las represalias, por lo que el régimen soviético tiende a reaccionar con medidas de defensa en una escala inconmensurable.

La *«Pierietasowka»*, es decir, la deportación en masa dé todos los habitantes de una comarca *«liberada»* o de dudosa ideología a los más lejanos confines de la Unión Soviética y la importación de alguna tribu remota a la región que acaba de desalojarse de sus habitantes propios, es uno de los métodos de defensa, monstruosamente amplificados.

Es evidente que las familias de raza kalmuka, establecidas en la parte de Polonia recientemente anexada, o los ucranianos deportados a lo más remoto de Siberia, se hallan desarraigados y tan faltos de vigor en su posible resistencia política, nacional e incluso física, que no es de esperar inicien ningún movimiento irredentista.

Además, estos procedimientos constituyen una excelente salvaguarda contra los plebiscitos del futuro. La pureza ideológica del paraíso del proletariado se halla mejor preservada si los españoles, que lucharon contra Franco en la guerra civil y tuvieron que huir de su patria, son trasladados al Uzbekistán.

Estos desgraciados habían sido seducidos con toda clase de promesas y más tarde se han visto deportados y arrastrando una vida miserable, obligados a trabajar en las plantaciones algodoneras codo a codo con los coreanos que corrieron la misma funesta suerte al ser trasladados allí entre los años 1934-1939 después de las

escaramuzas fronterizas que crearon una especie de guerra no declarada entre Rusia y el Japón.

Tales métodos son totalmente inconcebibles y repugnan por completo a las inteligencias civilizadas, siendo un índice evidente del desprecio que sé experimenta en el país soviético para los individuos humanos, pudiendo inducirse de estos atropellos que no se concede ninguna importancia al elemento individual, qué, de acuerdo con estos principios, debe reducirse a ser arrastrado por el servilismo más abyecto, sometiéndose sin reservas a la voluntad del Estado y a la del dictador.

Una mentalidad de esta clase excluye la menor posibilidad de la creación de una estructura social y política de base ética. Stalin y sus colaboradores se muestran inquietos ante la perspectiva dé ser acusados de duros y sin conciencia, y por esto se han llevado a cabo constantemente toda clase de deformaciones en la interpretación de las ideas democráticas y liberales.

La dictadura comunista emplea, como un mero rótulo de fachada, los términos de libertad y democracia, en la U.R.S.S. y los países satélites, e incluso aplica el vocablo *«elección»* al obediente acogimiento de una lista única de candidatos impuesta por el gobierno a las masas sumisas.

Cuando se piensa que este sistema dé opresión proviene, por medio de una evolución de signo inverso, de las teorías socialistas que predican algunas de las ideas más elevadas que han sido concebidas por la mente humana, no se puede por menos que quedar asombrado ante esta trágica paradoja de la historia.

Podremos llegar a un conocimiento más completo del fenómeno ruso si pasamos revista a los principales puntos de nuestro análisis. Aunque tiene su origen en el socialismo, la ideología comunista culmina en el odio, el ansia de revancha y la violencia, impulsos éstos que reemplazaron en seguida a los ideales originarios y convirtieron el principal elemento de dominación, la dictadura del proletariado, en un fin en sí mismo.

Las ideas se desenvolvieron en una atmósfera recargada dé agresividad y odio y no podían conducir a una sociedad basada en valores éticos; por el contrario, esas ideas produjeron el fanatismo, la corrupción y a veces se colorearon de delirios paranoicos.

Para la cristalización definitiva de la autocracia comunista rusa sé necesitaba el concurso de individualidades de una mentalidad especial. Stalin, que poseía todas las características esenciales de un dictador fanático, dio el último toque.

No sólo sabía la forma de exterminar a sus rivales y posibles sucesores, sino también la de combinar sus odios y resentimientos personales con las más poderosas pasiones colectivas, pudiendo justificar su crueldad individual con el pretexto del servicio a los intereses públicos y a sus ideales, ya que, como se identificaba con la causa del pueblo, podía imponer su tiranía personal como una muestra de triunfo ideológico.

Por medio del terror, dé la coacción, de la propaganda incesante y de la enseñanza tendenciosa, él y sus secuaces consiguieron imponer una serie nueva de valores y conceptos sobre las masas, reemplazando el antiguo ego-ideal colectivo, mezclando la ideología comunista con métodos y objetivos creados y expuestos por muchos de los zares anteriores.

En la U.R.S.S. se ha fundado una nueva mitología en la que Stalin se ha entronizado como una especie de Ser Supremo revestido de todos los atributos de una imagen patriarcal, bárbara y arcaica, y de esta forma, so capa de una liberación, la dictadura sentó sólidos fundamentos para un sistema de esclavización política y psíquica y la revolución, que se supuso tenía que asentar un golpe definitivo al Estado como institución política, degeneró en la creación de un superestado que explotaba implacablemente al individuo.

Como consecuencia de un proceso de total identificación, los nuevos gobernantes han asimilado los métodos e ideales de los tiranos rusos del pasado y, bajo el disfraz de ideales sublimes, los han hecho

aceptar, no sólo por las enormes masas de su propio país, sino incluso por los afiliados y simpatizantes del mundo entero.

La angustia y el sentimiento de fracaso producidos por la postguerra actual, añadidos a la fragilidad característica de nuestra estructura social, han creado en las masas una necesidad profunda de ideales respaldados por la fuerza material. Este anhelo colectivo rodea al Soviet de una aureola de salvación que hace que los simpatizantes pasen por alto los sufrimientos y la opresión en que descansa.

Ya hemos dicho anteriormente que la Unión Soviética evolucionó hacia la misma situación deplorable que había existido antes de la revolución, sin que pueda admitirse la justificación basada en la existencia de enemigos interiores y exteriores porque, en realidad, la tiranía impuesta sólo pretendía el mantenimiento de un poder ilimitado y la represión de la anarquía que había desencadenado la propia revolución al destruir el viejo ego-ideal, aceptando, los nuevos gobernantes, el dogma de la violencia proletaria para justificarse buscando así una identificación con las masas que hiciese considerar como un acto de servicio y de salvaguarda de Rusia cualquier exceso opresivo.

Los gobernantes, al luchar contra el capitalismo abrumador, extendieron su acometividad a todos los oponentes y disidentes y se identificaron de una manera inconsciente con todos los poderes de opresión soviética que habían existido en la historia rusa.

A esta identificación inconsciente se sumó otra de carácter más consciente que consistió en que los dirigentes comunistas se erigieron en representantes del pueblo ruso anteriormente oprimido y ahora liberado, según decían, extendiendo esta representación a todo el proletariado irredento y, si fuera preciso, a las nacionalidades subyugadas del mundo entero.

En resumen, el bolchevismo ruso ha conseguido llevar los ideales comunistas a un punto en que es ya el alma de un nuevo ego-ideal colectivo que ha substituido al anterior, logrando que las masas renuncien a sus anhelos de libertad personal y bienestar,

substituyendo estos objetivos por el nuevo ideal de una lucha colectiva, de carácter épico en el presente, y de una felicidad comunista en un futuro más o menos remoto.

Hablando en términos psicológicos, ciertas situaciones se repiten no obstante la evolución y cambio de las circunstancias. El stalinismo, al destruir el súper-ego colectivo formado por el transcurso de muchos siglos de progreso civilizador, supone una regresión hacia un inconsciente arcaico, y, en consecuencia, no debería en modo alguno sorprender que la situación originada en Rusia envuelva una semejanza tan marcada con procesos considerados como típicos de las sociedades más primitivas.

Recordemos que el asesino triunfante y el grupo de sus secuaces crearon medios poderosos de salvaguarda para reprimir la amenazadora hostilidad de los hermanos rivales, cada uno de los cuales podría aspirar a la sucesión, consiguiéndolo por medio de tabús que tuvieron una importancia tan grande en todas las sociedades primitivas y que, en el período siguiente al triunfo de los revolucionarios, adoptan la forma de leyes rígidas y de organismos de reacción caracterizados por su dureza y la severidad de las penas impuestas.

Como conclusión a todo lo expuesto, habremos llegado a una cierta comprensión del proceso, extremadamente complejo, que ha transformado el poderoso resurgimiento de un pueblo hacia su libertad en un sistema de opresión implacable.

En la dictadura comunista, como en todas las otras formas dictatoriales que hemos estudiado, el resultado contradictorio de ese proceso evolutivo ha sido factible por la cooperación que ciertos factores históricos y sociológicos prestaron a la personalidad de un jefe fanático que consiguió imponerse a las masas sufrientes como un ideal redentor.

ORIGEN Y PREVENCIÓN DE LAS DICTADURAS

Los precedentes estudios de varias figuras de dictadores, han demostrado que existen ciertos factores psicológicos que favorecen la implantación de la dictadura.

La obediencia ciega y la auto-sumisión hacia la autoridad constituida por la propia voluntad de los que la ejercen, sólo son posibles cuando el pueblo flaquea en la robustez de su personalidad colectiva y renuncia a todo espíritu crítico y de independencia que hasta entonces pudiera haber alimentado, pudiendo sobrevenir esta debilitación del yo colectivo bajo el peso abrumador de la inquietud, del miedo y de la inseguridad. La miseria y el temor a peligros inminentes son factores importantes que llevan a esta situación y también producen el mismo resultado las penalidades originadas por una guerra perdida o una revolución agotadora.

Bajo tales circunstancias, el yo colectivo, acosado por la desesperación, realiza un retroceso hacia etapas más primitivas y busca ansiosamente la esperanza, el apoyo y la salvación.

Cuando un movimiento revolucionario desintegra la estructura social, o cuando menos prepara el ambiente para ello, no sólo se origina un estado general dé desasosiego que debilita el yo colectivo, sino que, al destruir el armazón social, se minan los cimientos de las normas e ideales que forman las bases del ego-ideal colectivo.

Las masas quedan de esta forma preparadas para buscar un nuevo ideal que, debido a la regresión mental colectiva, no pueden ya saciarse con conceptos y teorías abstractas, sino que necesita confiar ciegamente en algunas individualidades poderosas dotadas de condiciones de caudillaje, adoptando la adhesión a las mismas las características de un nuevo culto y revistiendo a los jefes de atributos sobrehumanos.

El yo colectivo, debilitado en sus sentimientos de seguridad e impulsado por la corriente retrógrada a etapas más primitivas de evolución, se inclina a buscar apoyo en un personaje que produzca la ilusión de qué va a descargarle de toda responsabilidad y preocupación por el futuro, dotando al gran hombre de una aureola de omnipotencia casi divina, y siendo adorado con fe ciega por el grupo, lo mismo que el padre, dotado de poderes mágicos, lo es por el candoroso niño.

En esta regresión, el yo colectivo alumbra las mismas fuentes ocultas de las que, en el pasado remoto, manó la magia, la mitología y la religión, rodeando así a la persona del jefe con la aureola de una nueva mitología.

El caudillo, o mejor dicho, la imagen que le representa en la mentalidad colectiva, reemplaza al viejo ego-ideal conmovido por la crisis social que precede y prepara el establecimiento de la dictadura, incorporándose tal imagen a la mente popular como si fuera un nuevo súper-ego, y, de esta forma, el jefe se convierte en la autoridad suprema que no sólo gobierna sobre millones de fieles súbditos, sino que regula sus sentimientos y sus actividades, lo que puede llevar a cabo con la ayuda de sus colaboradores a través del miedo originado por el terror y gracias al apoyo ofrecido por la correspondencia y la sumisión de la colectividad.

El análisis de la forma de reacción del grupo social frente a la dictadura, revela muchos factores importantes. Al someterse al gobernante absoluto e implacable, el grupo complace a sus profundos sentimientos de masoquismo, en parte reprimidos, aunque, por los propios medios, muchos de los «súbditos» de una dictadura totalitaria satisfacen sus instintos sádicos de codicia de mando, puesto que, debido a la estructura de la sociedad totalitaria existente, casi hay tanto lugar para el dominio sobre los subordinados como puede haberlo por la sumisión al superior, y, además, la dictadura ofrece a sus secuaces otras válvulas de escape para las tendencias sádicas y así siempre puede haber a la vista una campaña contra

algún enemigo interior y, seguramente, contra un adversario exterior que amenace al país con la agresión o con la *«política de cerco»*.

Al desencadenar sus propias agresiones, la dictadura da vida a su sadismo personal y peculiar y a su inquietud, disfrazándose con un ropaje ideológico y atribuyendo a sus enemigos los más malévolos designios.

La sumisión al dictador se apoya igualmente en él proceso de identificación de los correligionarios y discípulos con la augusta persona de aquel que es, para sus secuaces, una encarnación de sus propios ideales y deseos y una corporización de sus resentimientos y anhelos de grandeza, prestando una fe absoluta a las promesas del jefe a quien dotan de omnisciencia y casi dé omnipotencia.

Constituyendo uno de los rasgos característicos del jefe su inflexibilidad, la imagen de aquél ejerce una fascinación poderosa que excluye cualquier duda o crítica que pudiera surgir.

No es preciso decir que el terror y la enseñanza tendenciosa y sistemática, llevados a la perfección por las dictaduras modernas, son el mejor medio para desarraigar cualquier género de oposición indebida.

El efecto que el dictador produce sobre las masas, participa mucho de la fuerza hipnótica de un poderoso sugestionador y como tal, infunde a la comunidad sus propios deseos, ideales, odios y resentimientos e impone su modo de pensar, cegando al pueblo y haciéndole impermeable y sordo a la realidad, obligándole a ver, pensar y creer de acuerdo con el pensamiento del jefe y de sus colaboradores como si se realizara un gigantesco experimento de hipnotismo colectivo haciendo aparecer en él alucinaciones y sugestiones, tanto positivas como negativas.

En una situación así, el dictador, apoyado por sus más íntimos seguidores y dirigiendo la maquinaria del terror y de la enseñanza tendenciosa, puede imbuir sobre las masas ideas tan recargadas dé pasión y tan alejadas de la realidad que lleguen a asumir

características de verdaderas manías colectivas de grandeza o de persecución, basándose así, de nuevo, su poder, en los estratos más primitivos de la mentalidad humana cuya reaparición se halla favorecida por la tendencia general hacia la regresión que es característica de la psicología colectiva.

Sin embargo, la relación entre las masas y el dictador se basa en una completa reciprocidad, en un *«toma y daca»* que se mantiene progresando en ambas direcciones. No sólo es evidente que es inconcebible que un dictador pueda perdurar sin el apoyo moral y material de sus discípulos, sino que, además, éstos le infunden su fe y le nutren con sus ideas y sus sentimientos, dándole la grandeza y haciéndole que se sienta más importante que ningún otro mortal, transmitiéndole así sus propios desmedidos impulsos megalomaníacos.

Rodeado por la adulación y la idolatría, el dictador tendría que estar dotado realmente de un espíritu autocrítico sobrehumano para poder resistirse a la tentación de impedir que nadie comparta con él el mando y de profesar la creencia en su misión, a la que se estima llamado, y en su poder casi divino, y por ello vivé, junto con las masas que le vitorean, en una atmósfera de común manía de grandeza o de persecución, irradiándose enormes cargas emotivas y pasionales que van desde la persona del dictador a sus seguidores, y viceversa, creándose así un proceso constante de identificación mutua que se refuerza por los lazos de la codelincuencia y por las inquietudes compartidas.

Se han cometido, o perdonado, crímenes, y se ha derramado sangre que clama, o al menos así se cree, venganza, y se temen las represalias de enemigos que se encuentran preparados al ataque o a quienes se planea acometer.

Esta identificación fue la base psicológica para que Robespierre actuase como un representante del *«Pueblo»*; para que Hitler proclamase los derechos inalienables de Alemania y la santidad del

partido, y para que Stalin se presente a la adoración pública como un defensor del proletariado y de la pureza de la ideología comunista.

¿Cómo son los hombres aptos para actuar como fuente de una tal fascinación colectiva y a la vez como receptáculos de la misma? Los dictadores, según ya hemos estudiado, aunque representan una gran variedad en su conformación psicológica, tienen ciertas características comunes, algunas de las cuales se hacen patentes y se evidencian por sí mismas, tales como su narcisismo acentuado, los impulsos de agresividad, el odio y el ansia dé mando.

Un análisis más profundo revela, sin embargo, que tras esta fachada se esconden complejos de inferioridad basados, a menudo, en un fracaso precoz de la virilidad insuficiente. El pueblo sufre el saqueo, el desenfreno y la crueldad, no por parte de un ejército ni de una horda bárbara por los que tuvieran que verter su sangre y sacrificar sus vidas, sino por la obra de un solo hombre que no es un Hércules o un Sansón, sino un simple hombrecillo.

Con harta frecuencia este homúnculo es el más cobarde y afeminado de la nación, ajeno al fragor de las batallas y vacilante en el palenque donde se decide la contienda, careciendo no sólo de energía para mandar a los hombres por la fuerza, sino, incluso, de suficiente virilidad para enamorar a una mujer cualquiera.

Sin embargo, a pesar de todos estos rasgos neuróticos, el dictador posee una individualidad que tiene un conocimiento intuitivo de las masas y una capacidad suficiente para conducirlas bajo el imperio de la sugestión, pudiendo lograr estos resultados por la especial estructura de su personalidad.

Parecido en esto a los artistas, nunca resuelve sus primeras complicaciones y fracasos emocionales, nunca los traduce en acción y siguen éstos siendo el eterno motor de sus actividades.

La fuerza de sus convicciones, basada en la pasión fuertemente hundida en el inconsciente, es tal, que resiste victoriosamente a las presiones de la lógica y de la realidad, adoptando así las

características de las ideas hipervalentes que en psiquiatría se consideran como la antesala de las manías, formando la médula del fanatismo sin que importe que adopten el disfraz de una justificación ideológica.

El fanatismo, con su poderosa sobrecarga de impulsos emotivos reprimidos o conscientes, capacita al dictador para despertar un eco en las masas, puesto que apela a pasiones semejantes a las que agitan a éstas y consigue, además, imponerse sobre ellas por medio de la sugestión y de su propia identificación megalomaníaca, haciéndolas creer que él es, realmente, el mejor representante suyo, su ideal, su salvador y la garantía de su grandeza y de su bienestar.

Mientras los rasgos pasivos de su personalidad capacitan al dictador para absorber todas las turbias emanaciones e ideas de las masas, y para actuar como un médium en una sesión espiritista, sus tendencias activas, agresivas y sádicas, le permiten concentrarse para la subyugación de las masas y para el exterminio moral o físico de sus antagonistas.

La estructura de la personalidad de un dictador contiene numerosos trazos perfectamente descritos por la psicopatología. A veces parece estar en el límite de una psicosis definitiva, de la manía de la grandeza o de la persecución, pero lo qué le diferencia del típico psicópata es la dirección de sus ideas hacia la realidad.

Desgraciadamente para las masas nacionales, y a veces para toda la humanidad en general, las ideas fanáticas de un dictador no permanecen confinadas en su mórbida imaginación, sino que están llenas de dinamismo y poder explosivo y si bien no son más que ilusionéis éstas tienden a verse realizadas y a entrar en acción, radicando en esto su peligro y el hundimiento final de todas las dictaduras, puesto que por más realista, perspicaz y ducho en intrigas que puedan ser el dictador y el gobierno de sus partidarios, en definitiva tienen que tropezar y estrellarse contra una realidad que olvidaron en su frenesí: el amor a la libertad tan profundamente arraigado en el espíritu humano.

¿Qué conclusiones podemos extraer de nuestro estudio referente a la prevención de esa enfermedad social denominada dictadura?

Sería demasiado sencillo el eludir todo el problema haciendo depender la contestación a la pregunta formulada de que la sociedad y los seres humanos adquieran una perfección sólo posible en los sueños de la utopía, puesto que existen muchas otras dolencias individuales y sociales que no podemos eliminar y contra las que, sin embargo, luchamos encarnizadamente para prevenirlas o cuando menos para volverlas más innocuas.

Algunos de los factores que debilitan el yo colectivo sólo pueden ser eliminados cambiando las condiciones económicas a fin de asegurar contra la necesidad a todas los componentes de una comunidad determinada, y, en último término, de la humanidad en general.

Este postulado parece indispensable como medida de pura prevención social y a él deben añadirse el reconocimiento de todas las consideraciones precisas en el terreno moral y humanitario, constituyendo, pues, un problema, de organización política y económica, el conseguir una adecuada distribución universal de los bienes indispensables

La experiencia histórica, y nuestro propio análisis, indican claramente que este objetivo no puede lograrse por medio de la violencia qué conduciría inevitablemente a la dictadura política y la desintegración de los propios dirigentes y sus seguidores.

Por otra parte es patente, que sin ésa distribución equitativa, planeada de una manera conveniente, la miseria y el hambre, prevaleciendo en todo el mundo, crearían un estado de continua tensión e inquietud y producirían la debilitación permanente del yo colectivo con todas sus consecuencias, originándose un resultado semejante por la depresión económica y la falta de trabajo que crea una situación de inseguridad nacional.

Existen también en nuestra organización social otros elementos también inevitables y todavía más dañosos para el espíritu colectivo.

Estos factores están ligados con nuestra civilización industrializada que lleva en sí misma la reglamentación y la mecanización, es decir, una uniformidad casi incompatible con el debido desarrollo de los individuos.

Incluso los modernos esparcimientos y distracciones, tales como el cine y la radio contribuyen a moldear las emociones colectivas dentro de un tipo *«standard»* preparando a las masas, por así decirlo, para la fácil aceptación de todo tópico propagandístico que se imponga por una demagogia sedienta de poder.

Puesto que la producción en serie y la cultura encerrada ya en límites definidos conducen inevitablemente a un cierto grado de uniformidad, el pensamiento individual e independiente debería ser desarrollado estimulándole por medio de la presentación a las masas de una producción científica y artística de nivel cada vez superior. Evidentemente sólo puede conseguirse esto si los elementos responsables de las industrias del espectáculo y de los medios de difusión de las ideas y sentimientos, se dan cuenta de su elevada responsabilidad social, cuando menos en el mismo grado en que se preocupan por sus intereses materiales.

Los resultados estimulantes de las investigaciones científicas deberían aprovechar a grupos más extensos de población a fin de servir de acicate para una mayor independencia y depuración del pensamiento, equilibrando así el auge de lo que Platón llama *«espíritu de apetencia»* que es característico de nuestra civilización adquisitiva.

Este extremo trae a la consideración todo el problema esencial de la educación popular en el sentido de que ésta sirva de ¡medio para que la mentalidad colectiva adquiera mayor madurez y sienta menos necesidad de dependencia y sumisión. Sería lógico creer que cuando las ciencias psicológicas se van incluyendo cada vez más en los planes de enseñanza y la pedagogía colectiva adquiere una difusión más amplia, los métodos educativos orientarán su influencia sobre el

pueblo, no en el sentido de adoctrinarle para la dictadura, sino, por el contrario, infundiéndole una mayor madurez y elevación moral.

¿Cuáles deberían ser los objetivos de una educación encaminada a la prevención de la tiranía, o, en otras palabras, a la formación democrática?

En primer término, y para contestar esta pregunta, deberemos recordar una verdad básica: para que la educación sea realmente efectiva, debe comenzar en la primera infancia, puesto que, según nuestros actuales conocimientos sobre la materia demuestran, este período inicial es el decisivo para la formación del carácter.

El propio Platón reconoció plenamente este principio puesto que preconizaba que se desterraran de su utópica ciudad ideal *«todos los habitantes... que tengan más de diez años, y... puedan más tarde, educar a sus hijos libres de la influencia que sobre ellos hubieran podido ejercer sus padres»*.

La educación democrática de la infancia debería, según nuestros actuales conocimientos psicológicos enseñan, mantener un término medio entre la sumisión y la dominación, respectivamente, características de la organización social autoritaria, y, de otra parte, la carencia de disciplina que conduce a la anarquía y que, finalmente, da paso a los gobiernos tiránicos. Para expresar este pensamiento en términos psico-analíticos, podemos afirmar que es igualmente nocivo imponer sobre el niño la huella de un súper-ego severo e intolerante, como el educarle, si tal afición fuera posible en algún modo, en un ego-ideal.

Los funestos resultados de la errónea concepción autoritaria están demasiado a la vista y son harto conocidos para que necesiten ninguna explicación más. Los errores de la posición contraria, es decir, de la tendencia anárquica, originan un tipo individualista con una excesiva despreocupación hacia sus semejantes y sin que aquel sentimiento de comunidad que pueda equilibrar el narcisismo y la agresividad primitiva del *«espíritu de apetencia»*.

Carentes de toda autocrítica y desconocedores de los vínculos sociales y su influencia sobre la realidad, estos espíritus anarquizantes se hallan expuestos a caer en la neurosis o a provocar, en otro caso, toda clase de conflictos colectivos, pudiendo llegar a constituir un verdadero peligro para la democracia, tanto al presentarse como posibles candidatos a dictadores, en mayor o menor escala, como pasando a integrar el grupo de psicópatas amorales donde las dictaduras recluían sus guardias pretorianas.

El narcisismo individual y la agresividad primitiva sólo pueden ser refrenados y depurados cuando la educación se fundamenta en ideales verdaderos que son tan necesarios para la formación del niño como para mantener el equilibrio mental de los adultos La carencia de tales ideales es una) invitación para las descaminadas ideologías de los demagogos que explotan el ansia de las masas que buscan la verdad.

Puesto que el narcisismo y la agresividad primitiva de carácter individual hallan su desahogo principal en la encarnación y expresión colectiva de esos mismos impulsos, es evidente que la educación democrática debe refrenar este peligroso desarrollo estrechando activamente los vínculos de simpatía entre todos los seres humanos sin tener en cuenta la raza, la religión ni las ideas y regímenes políticos.

La pedagogía colectiva, aplicada a la enseñanza infantil, ha inventado métodos para combatir los impulsos de agresión y hostilidad antisocial y se hacen esfuerzos para conseguir la eliminación de todo vestigio de prejuicios y vanidades. Por fortuna, los dirigentes religiosos, al menos en este país, fomentan una tolerancia creciente y un mayor respeto para las creencias diferentes a las suyas.

Evidentemente es contrario y peligroso para el espíritu de la democracia que cualquier grupo religioso o político alimente la idea de hallarse en posesión de la verdad absoluta y se crea, en consecuencia, superior a los demás grupos. Éste importante cambio de conducta en los jefes religiosos capacitará a la religión, ayudada

por el moderno conocimiento de la naturaleza Humana, para jugar un importante papel en la mejora social.

Esta tolerancia no puede parangonarse, de ninguna manera, con el cinismo y la creencia en la mera relatividad circunstancial de aquellos valores humanos esenciales que forman la base de la democracia y que, encabezados por el respeto a la dignidad humana, en la forma que fueron establecidos por los fundadores de la democracia norteamericana, deberían constituir el principal objetivo que inspirara a la sociedad y a sus educadores.

Esta ideología, cuando encarne y se fomente en la educación y en la vida diaria, llegará a formar un baluarte poderoso para la defensa de la libertad. Nunca se verá libre de Caliban quien se arrodille, con abyecta adoración, ante el canalla borracho que le brinda su botella y le promete liberarle del gobierno paternal del noble Próspero. La libertad no consiste sólo en romper las cadenas que oprimen al individuo en una imperfecta organización histórica de la sociedad, sino que consiste principalmente en permitir el libre desarrollo, en toda su plenitud, de la dignidad individual en el marco de una sociedad que se perfecciona y se hace más flexible gracias a la creciente mejora producida por la depuración de sus componentes.

Esta evolución, pues, y no los trastornos violentos, será la que contribuya a la formación de una estructura social más perfecta que no ha de imponerse desde fuera y por los que se llaman a sí mismos reformadores y salvadores, sino por las etapas de un desarrollo verdaderamente humano.

Los estadistas, que deben asemejarse más a los sociólogos y a los consejeros filósofos del príncipe que describe Platón que a gobernantes en el antiguo sentido de la palabra, aprovechándose del grandioso progreso de las ciencias físicas y técnicas y del conocimiento de la naturaleza humana, deben contribuir al hallazgo de formas más perfectas de la vida colectiva.

Si todo esto parece utópico, debemos tener en cuenta que lo que realmente se pide es nada menos que una modelación más racional

de la historia, es decir, un desarrollo de la evolución humana en términos más acordes con la razón, y que si estas solicitaciones se basan en los profundos deseos de todos aquellos que han estudiado a fondo los fenómenos sociales, razón de más para que creamos que es algo que supera a un mero ideal irrealizable, ya que, al fin y al cabo, los verdaderos fundamentos de tales creencias se apoyan en él total curso de la evolución de la humanidad que camina desde sus orígenes infrahumanos hacia el pleno apogeo de toda su grandeza.

«Sub-specie aeternitatis», es decir, a la luz de la evolución, todos los horrores de la crueldad y de la opresión no son más que estallidos de la revancha de una animalidad reprimida y no deben empañar nuestra visión del objetivo ideal de la evolución humana: la Libertad y la Nobleza.